JUAN MODESTO CASTRO

Aguas Estancadas

Ediciones RUMBOS

Juan Modesto Castro
AGUAS ESTANCADAS
Nº de Inscripción 6.910
Impreso en los talleres de Ediciones Rumbos
San Francisco 359 - Fono 6392785
Santiago de Chile
Printed in Chile/ Impreso en Chile
Derechos reservados
Prohibida su reproducción total o parcial
Cualquier medio utilizado es un delito penado por la ley.

JUAN MODESTO CASTRO

Aguas Estancadas

NOVELA

Ediciones RUMBOS
Santiago -Chile
1995

PROLOGO

Juan Modesto Castro, uno de los tres Castros destacados de la literatura chilena de Rancagua (Baltazar y Oscar son los otros dos), ingeniero de profesión, al sentir latente el llamado de la Letras, encontró, en la sala común de un hospital santiaguino, la motivación para su segunda obra, tras haber publicado un volumen en prosa con el nombre de "Cordillera Adentro". Es un denso libro de cuatrocientas páginas que recibió el bautizo de "Aguas Estancadas", título que denota un acierto metafórico y también realista. Es una novela dramática, humana, de un ambiente que pocas veces se encuentra en la creatividad chilena, salvo en el poema "Tarde en el hospital", de Carlos Pezoa Véliz. Se trata de una narrativa con características naturalistas; en cierto sentido precursor de la novelística hispanoamericana contemporánea, aunque un tanto primitiva y espontánea. En el establecimiento hospitalario, los enfermos, como en las prisiones, han perdido su identidad personal, convirtiéndose en meros números correspondientes a las camas que ocupan. El protagonista principal, Manuel Valdebenito, cuya filiación es el 21, se ubica en el centro del volumen, en circunstancias en que su preparación cultural y sagacidad observadora lo colocan en un sitio privilegiado de interlocutor válido para recibir los informes objetivos de los personajes que se desenvuelven dentro de la trama ambiental y el entorno físico adyacente. Médicos, enfermeras, hermanas religiosa de la caridad, gente de servicio menor, pacientes e impacientes que se hallan tendidos en las camas; todo cobra dinámica vital en las páginas de "Aguas Estancadas". Al escritor no le inquietan los tecnicismos sofisticados ni las medidas proporcionales de lo permisivo en una novela de marca registrada. Sólo percibe lo que cree esencial para la comunicación, aunque ello vaya en desmedro de la preceptiva.

Detalles, pormenores, hipotéticamente sin importancia, son registrados con minuciosidad y emoción. Es aquí donde lo que esta aparentemente demás se convierte en útil e impactante. Los avatares de los enfermos se hacen hervor y símbolo de padeceres, de goces y sentires en general.

Juan Modesto Castro narra con la espontaneidad como si recibiera un mensaje desde alguna fuente de magia. No para en estaciones, puertos o curvas que regulan las disposiciones académicas. Pareciera que ojos, oídos y entendimiento dejaran paso a una corriente sin freno. Ello nos permite tomar parte -como lectores- en el desenvolvimiento del acontecer, y así, gozar del papel de actores con licencia de creación. Algo de eso lo notamos en la literatura superrealista última.

"Aguas Estancadas", entre otros elogios, recibió el premio "Marcial Martínez", de la Universidad de Chile. Nosotros ensayamos aquí un hito, aunque sencillo, en ese camino que dice bien de la novela en cuestión.

Efraín Szmulewicz

Entre los compactos grupos de curiosos que pugnaban por ver la fiesta de la juventud estudiosa, estaba Valdebenito; fue, por consiguiente, víctima de la imprevista lluvia primaveral, que transformó en mohínas las caras alegres de los disfrazados.

Corría precavido con el cuello del paletó levantado aprovechando los aleros y marquesinas. El chubasco que creyera nubada sin importancia persistía y los tranvías no circulaban por falta de corriente.

Llegó a su casa empapado por la sorpresiva lluvia y acezando de cansancio. La mampara entreabierta le permitió pasar directamente a su pieza.

Al verlo, desde la cocina, doña Eduvigis gritó:

-¡Cristiano por Dios, cómo aprovechó el aguacero! Acuéstese, no se vaya a quedar con esa ropa; yo le llevaré la comida a su cuarto.

-Gracias, señora Eduvigis, no es nada. La ropa sólo está mojada por encima. La sacudo fuerte, le paso una toalla y queda seca.

Esa noche, a la mesa, estuvieron presentes Morales, Villalobos e Inostroza, el oficial de Montenegro; éste y su inseparable Valderrama, no llegaron. Se conversó de ese temporal que perjudicaba la fiesta de los estudiantes, y doña Eduvigis intervino vaticinando, resfríos, pulmonías y catarros a granel.

- Las lluvias a destiempo, traen ese cortejo- terminó sentenciosa.

El maestro Morales, aprovechando la coyuntura, habló latamente sobre la función social de los hospitales. Al terminar la comida, Valdebenito se quejó de sentir

escalofríos. Le aconsejaron acostarse y la señora prometió llevarle una taza con vino caliente y torrejas de limón.

Quince días después aun continuaba enfermo. Aspirinas, creogeninas, tilo con flores pectorales y chicha caliente con naranja, fueron los remedios ingeridos.

Dos veces hizo tentativas para ir a la fábrica, mas el cansancio que sentía al andar, el acezar que lo ahogaba, lo obligaron contra su voluntad a regresar a su pieza.

Su enfermedad se agravó. Tosía casi toda la noche, no podía dormir, y sólo sentía descanso reclinado sobre el costado izquierdo. Si quería cambiar de posición llegaba la tos matadora, desesperante, un maldito toser seco, sin desgarro, que lo martirizaba.

La señora Eduvigis le dio un purgante; tuvo un pequeño alivio; desgraciadamente éste duró poco. Le prepararon comidas especiales, sin aliños y de carne blanca. El enfermo, para demostrar su gratitud, hacía esfuerzos por servirse, pero no podía, no sentía hambre, ni nada despertaba su apetito.

La noche de un miércoles se habló detenidamente de la enfermedad. Morales propuso llevarlo al otro día donde un médico que era del partido y muy buena persona. Con ese objeto, pediría permiso para retirarse hora y media más temprano de su trabajo. La señora y Valdebenito esperarían en casa del doctor.

El médico los atendió amablemente, lo examinó con todo interés y concluyó diciendo:

- Mi amigo, usted está enfermo del corazón. Un diagnóstico definitivo que fije las causas de esta alteración cardíaca, sólo es posible hacerlo después de varios exámenes de laboratorio que son costosos. A usted le conviene irse al hospital. Yo le daré una tarjeta para un amigo íntimo, doctor de "El Salvador", y él se encargará de conseguirle cama.

- Agradecido, señor. Haré lo que usted me indica.

Esa noche se reunieron los compañeros en la pieza del paciente y acordaron llevarlo al otro día al hospital. Después de discutir un momento, y rechazada por Valdebenito la proposición de faltar al trabajo para acompañarlo, se acordó que la señora Eduvigis iría con él. Para el almuerzo se conformarían con un sandwich y una taza de té. Sabían por experiencia propia lo que costaba hospitalizarse.

Terminantes y claras eran las instrucciones: estar a los ocho en el hospital, y entregar en sus manos al doctor Galaso la tarjeta de presentación.

Cansó al enfermo subir la rampa que da acceso al paso cubierto de la puerta principal. Se sentó en una de las bancas que hay en el amplio vestíbulo de la entrada, y la señora Eduvigis consultó al portero, un hombre chico de traje café y secos modales. Este contestó:

-El doctor Galaso no llega nunca los días viernes antes de las diez. Siéntese ahí. Le avisaré que lo necesitan cuando pase.

Uno junto al otro, Valdebenito se dedicó a leer el diario, y ella, tranquila, a mirar. El, abstraído en la lectura y dominado por su cansancio, a nada prestaba atención. La señora Eduvigis paciente esperaba sin hacer comentarios. Dos veces fue a recordarle al portero su encargo, y las dos veces éste le respondió:

-Ya se, señora. No soy chiquillo para que me esté repitiendo a cada rato sus asuntos.

Como a las diez y media un caballero que cambió breves palabras con el portero, la interrogó:

-Señora, soy Galaso. ¿Usted trae una carta para mí?

-Sí, señor -contestó entregando la tarjeta.

-Esta bien, señora, espéreme o vuelva. Yo saldré poco después de las doce.

El tiempo transcurrió lento, cansador. Se entretuvieron mirando la gente que pasaba por la puerta: producía

la impresión, en su indiferente ir y venir, de seres insensibles y carentes de curiosidad.

El doctor salió. Los buscaba con la vista. Al divisarlos, se dirigió hacia ellos y les dijo entregándoles un papel:

-Aquí tiene usted, señora. Como es muy tarde y ya está cerrada la Estadística, se van por este camino y en el Pabellón "Rosa Ester" se presentan con esta carta.

De pie, Valdebenito y la señora dieron las gracias. La carta era la misma que ellos habían traído, salvo que ahora en una de las esquinas tenía escrito: "Rosa Ester-cama 21. (Una firma): H. A."

Unos escalones, un pasillo embaldosado y una puerta lateral dan entrada al Pabellón. Oscuro el corredor, las persianas corridas; por él camina solitaria la blanca figura de una enfermera, al ruido de la puerta que se abre y de los pasos que avanzan, se vuelve dirigiéndose hacia ellos. Una leve inclinación de cabeza, la insinuación de una sonrisa que deja brillar tapaduras de oro, suave, acogedora la voz:

-¿Qué desea, señora?

-Señorita, nos han entregado esta tarjeta; en ella dan cama para este enfermo.

-¡Ah!, ¿sí? Ya lo sabía. ¿Usted es el enfermito?

-Sí, señorita.

-Bien, vamos a subir por el ascensor; le hace mal caminar a usted.

Los dejó en el segundo piso en una galería iluminada por grandes ventanales que daban a un extenso patio.

-Señorita -dijo Valdebenito-; me parece conocerla, mas no recuerdo dónde.

-Para mí tampoco es usted cara desconocida. Sigan por ahí derecho y en la segunda sala está la cama 21.

Poco más allá la galería se ensancha formando un

amplio vestíbulo; aquí descansan los enfermos que tienen permiso para levantarse. El menaje de este hall lo componen cuatro mesas, rodeadas de tres sillas cada una, muebles modernos, de estructura metálica tubular, niquelada y tela blanca de carpa para asiento y respaldo.

En la segunda puerta, una pequeña placa de números negros 11-22- les indicó el término de su camino.

— Espéreme, Manuel -dijo la señora, y entró en la sala. Muy poco tardó en salir.

-¡Da gusto, hijito! ¡Todito limpio como si fuese un pensionado. Yo conozco el de San Vicente, pero esto es mucho mejor. Su cama está en un rincón, abrigadita. Si se siente mal y no quiere hablar con nadie, se vuelve para la pared. ¡Tiene suerte usted, cristiano!. Me dijeron que hablara con el mozo antes de que se acueste. Siéntese, déjeme a mí hacer estas diligencias.

En uno de los extremos del hall, alrededor de una de las mesas, cuatro hombres juegan a la brisca. Uno de ellos, por su vestimenta, demuestra ser el mozo de la sala. A él se dirigió, preguntándole:

-¿Está lista para ocuparse la cama 21?

-Otro rato la voy a atender, señora -contestó sin mirar.

Volvió donde el enfermo, le comunicó la respuesta y se sentaron pacientes a esperar. Eran las doce veinte minutos y desde las ocho no hacían otra cosa. ¡Qué más daba minutos más o minutos menos!

Valdebenito sentía que los ahogos le aumentaban y que los zapatos le comprimían sus pies hinchados hasta causarle dolor. Se aflojó los cordones y tuvo un pequeño descanso; después, desconociendo el sonido de su voz, dijo:

-Señora Eduvigis, no se moleste más, yo esperaré que ese hombre se desocupe.

No, Manuel. Morales me recomendó que no me volviera hasta que lo dejara acostado. Se han visto casos en que a última hora le quitan a los enfermos las camas.

Luego se desocupará el jugadorcito ese. Por si se ha olvidado voy a recordarle que aquí esperamos.

El entusiasta bullicio de los jugadores de brisca no cesaba un momento, así es que al verse interrumpido por el requerimiento de la señora, contestó malhumorado el muchachón:

-Yo tengo libre para mi almuerzo desde las doce hasta la una y media. No es ni la una. Espere.

Molesta por el tono de la respuesta, le contestó recalcando las palabras:

-Perdone, caballero, que turbe su digestión. Lo hacía por un enfermo a quien le urge reposar.

Los jugadores continuaron su brisca en silencio.

Volvió rabiosa por el fracaso.

-No se queme la sangre, señora. Esperemos tranquilos; ya va a ser la una, y media hora se pasa rápido. Lo que más me mortificaba eran los pies, y al aflojar los cordones de los zapatos he sentido un gran descanso.

Cuando el reloj del hall marcaba la una y veinte, se fue el mozo jugador hacia el fondo de la galería. Volvió cantando un cuarto para las dos, y haciendo alarde de impertinencia, y sin entrar en la sala, le dijo:

-Acuéstese. La cama está lista -y se alejó cantando.

Se miraron mudos, conteniendo la indignación y, sin que Valdebenito atase su calzado, entraron en la sala.

-Acuéstese, Manuel; yo me encargaré de guardar su ropa.

Un enfermo de buena voluntad le indicó el cajón corredizo que había debajo del somier. Ahí quedó todo, menos el sombrero que ella se llevaría para evitar que se ajase.

Le palmoteó el hombro y, despidiéndose, agregó:

-Bueno, no se aflija, páselo bien; mañana que es sábado vendremos a verlo y quiera Dios que lo encontremos aliviado.

Llevándose la mano libre con el pañuelo a los ojos, salió de la sala la buena doña Eduvigis; en la otra mano se balanceaba, sin envolver, colgando del ala, el sombrero de paño.

Los ahogos, que eran más intensos si se tendía, obligaron a Valdebenito a mantenerse afirmado, con el brazo izquierdo en el almohadón. Las preocupaciones de su enfermedad tenían insensibilizado su espíritu de observación, al extremo que el conjunto de las camas y los enfermos que reflejaban sus pupilas no le sugerían ningún pensamiento.

Sentía que una atroz angustia lo apretaba estrangulándolo, pero no sabía definir su causa; ignoraba si era producida por las dolencias de su cuerpo o era de pena al verse solo, enfermo, sin recursos, recibiendo cuidados de limosna, como el más infeliz de los hombres. La función social de los hospitales, de la que tanto había oído hablar al maestro Morales, ahora no borraba de su mente la verdad:

"La Caridad lo favorecía".

-Compañero -dijo una voz a su lado...- ¿Quiere que le acomode el atril? Así afirma la espalda y descansa mejor.

-Gracias, señor; en realidad no sé cómo se arreglan estas camas.

El comedido interlocutor dobló la sección móvil del somier formando un respaldo como silla, y quedó, con parte del colchón y de la ropa, un regazo acogedor. Más arriba colocó el almohadón para afirmar la nuca. La sensación de descanso le arrancó un suspiro de satisfacción.

-Gracias, señor, gracias. Así estoy mucho mejor.

En dirección del costado izquierdo, desde varias camas más allá, lo hablaron:

-21, ¿viene usted enfermo del corazón?

Tardó un rato en contestar:

-Perdone, señor, no me había dado cuenta que era a mí. Es primera vez que me llaman por el número de la cama.

Se rieron.

-Al principio se extraña; pero ligerito se acostumbra.

-El doctor que me examinó dijo que estaba enfermo del corazón. Hace ya varias noches que no duermo; la tos no me deja cerrar los ojos -contestó Valdebenito.

Una voz fraternal:

-¡No se le dé nada, 21! ¡Yo llegué mucho peor que usted hace siete días atrás, y ya me ve! Cuando venga don Aliro, el practicante, le llaman "La Guardia", y si hay necesidad, le hace una sangría y descansa en el acto.

Un acceso de tos le impidió contestar, y cuando éste hubo pasado nadie se preocupó ya de él.

Guardó sus lentes en el velador, y la cortedad de su vista redujo su visión dejándolo totalmente aislado. Más allá, al extremo de su cama, se extendía un espacio borroso, salpicado de manchas blancas, desde donde, a veces, resonaban voces humanas.

El bienestar que le había producido el arreglo de la cama, tantas noches sin dormir y el cansancio de la activa y penosa mañana, concluyeron por quebrantar su resistencia. Se durmió.

Despertó al sonido destemplado de una voz forzada, de pronunciación fingida. Se colocó los lentes y vio que un mozo, el jugador de brisca, entraba con una bandeja cubierta de jarros. Se volvió hacia la pared y quedó solo, ajeno a todo lo que acontecía en la sala. Desgraciadamente fue por poco rato: la tos se hizo presente. Había olvidado que no podía reclinarse sobre el costado derecho.

-¿Qué siente, colega?

Un hombre moreno, de mentón mussolínico y regular estatura, enfundado en un largo delantal blanco, con los

brazos desnudos hasta más arriba de los codos, le dirigió la palabra:

-Diego, tráigame la romana y un termómetro de la clínica.

El jugador de brisca y perseverante cantor, corrió diligente a buscar lo pedido.

-Ya, amigo. Suba a la romana.

-Estoy desnudo, señor.

-¿Qué importa? Aquí no hay mujeres.

La romana marcó 72, 600, y el termómetro 37,5.

-Tengo fiebre?

-Muy poco, no se preocupe. Se va a quedar sin comer ni beber nada. Cuando pase "La Guardia" lo van a examinar.

Se alejó. Los tacos de goma ahogaron el sonido de sus pasos.

Prefirió quedarse sin los lentes Oía cerca voces que parecían lejanas. En la cama número 20 divisó borrosa la cara de un viejo de barba blanca que le recordó al San Jerónimo de una imagen que su madre colocaba a la cabecera de su lecho.

-Vecino, ¿tiene un cigarrito? -dijo el viejo.

-No señor, no fumo.

San Jerónimo levantando un poco la cabeza, le gritó:

-¡Boqueriento! Yo no soy señor. Si no querís dar una cigarro no tenís pá que reírte di'uno.

Lejana de procedencia, conciliadora, interrumpió una voz:

-¡No le haga caso, 21! El abuelo está medio trastornado.

-Ya viejito, déjate de estar molestando. ¡Cómo se te ocurre fumar con la tosecita que tiene el 21! ¿No estabas cacareando anoche con que los "veguinos" respetaban a las mujeres y a los enfermos?- concluyó la misma y lejana voz.

-¡Me duele tanto la cabeza, hijito! Con un par de puchaditas se me quita al tiro. Disculpe vecino, el dolor me hace difariar.

-Por mí no se preocupe, fume no más y que se alivie.

-Ya, Urrutia, dese vuelta para este lado, aquí tiene un cigarro prendido.

Esa voz sonaba por primera vez.

Ahora del fondo venía la pregunta.

-¿Qué horas son, 18?

-Falta un cuarto para las cinco. Luego van a repartir el puchero. ¿Y cómo se siente con la inyección?

-Tengo helada y envará la pierna izquierda, y el cuadril me duele como los rediablos.

El descanso le produjo somnolencia. A medio dormir sintió el murmullo de conversaciones.

Sonaron las manos palmoteando; y entre el ruido, una voz femenina dominó:

-A rezar, enfermitos.

Hincada junto a la ventana central una monja oraba. Hermoso el metal de su voz, admirable la pureza de su dicción. El tono piadoso hacía conmovedora la súplica:

-¡Oh María, sin pecado concebida.

-Rogad por nosotros que recurrimos a vos...

Terminada la oración, la monja se dirigió a Valdebenito:

-21, ¿no le han traído camisa?

-No, madre. ¿Es indispensable el cambio?

-No. Si quiere usar la suya puede hacerlo.

-Gracias, madre.

No sintió los pasos, pero sí vio el bulto que se dirigía hacia la puerta. Antes de atravesarla:

-Hasta mañana.

Y como en un colegio resonó múltiple la respuesta:

-Hasta mañana, madre.

Se iba la luz. La que entraba por los ventanales no era suficiente. Se insinuaban las sombras saliendo de los rincones, y su influencia deprimía los espíritus. Silencio. Intranquilidad angustiosa.

El nochero repartió agua hervida. Algunos aceptaron y prepararon té. Los otros indiferentes le dejaron pasar.

El sueño reparador volvió nuevamente.

-21, 21, ¿cómo se siente? Pasó "La Guardia" y me olvidé avisarle. ¿Lo llamo?

-Creo que no hay necesidad. Quería pedirle algo para no desvelarme.

-¡Ah! Eso lo arreglo yo.

-Caballeros, voy a apagar la luz.

Dos golpes de interruptor y sólo quedó encendida una débil ampolleta roja, pegada al techo en el centro de la sala. Abajo se imponían las sombras espesas.

-Tómese esta oblea, 21.

El nochero a su lado hablaba.

-¡Me asustó! Gracias.

A lo lejos, en sordina, oía la conversación de algunos pacientes.

La noche la pasó de un solo sueño. El remedio había sido eficaz.

Por la falta de costumbre, la claridad del alba lo hizo despertarse. Pálida, sin color, la luz del amanecer, impregnaba de una lividez anémica las cosas. Toda la noche sentado le había hecho sentir cansancio en las espaldas.

-¿Quién quiere agua para lavarse?

En la puerta, el nochero con una lavatorio en la mano era el ofertante.

-Yo, señor.

Sacó una toalla y se lavó sin jabón. Se peinó lentamente, y como observase que todos dormían, se pasó

la esponja de los polvos por la cara. Después eliminó prudentemente las manchas delatadoras.

-Hágase adelante; yo le acomodaré la cama.

Cuando el nochero se fue con el lavatorio, acercó la mesa corrediza hacia su cuerpo, afirmó en ella sus brazos, y como el arreglo de la cama le había quitado el dolor, se sintió bien, satisfecho, sin ningún malestar. Los lentes cabalgaron sobre sus narices y, como un telón que se corre en un escenario, vio la sala.

El horizonte de Valdebenito es limitado. El capricho de la vista que se pierde en todas direcciones internándose en la distancia, aquí no existe. Sólo se divisa espacio dentro de un marco de líneas geométricas.

Tres grandes ventanales al patio, cada uno con doce vidrios iguales y simétricos lo ponen en contacto con el exterior. Parte de ese espacio, que se ve como por alineados y verticales pancitos de azúcar, se termina en las galerías de las construcciones del frente, y la vista se desborda sobre los perfiles de los tejados; más allá, en el fondo, el macizo de la torre, después cielo, inmensidad, lejanía sin cenit. Los ojos buscan luz hacia las alturas, hacen comprender que se terminaron las ventanas; y sobre la vista y las esperanzas, cae implacable, achatándolo todo, el techo de la sala, pintado con blanco y desabrido color.

El pabellón se orienta de cordillera a mar. Parece dos veces más largo que ancho. Doce camas se distribuyen en su interior, cuatro al oriente, cuatro al poniente, dos en los paños de pared que hay entre los tres ventanales, y otras dos a los costados de la única puerta, la que da a la galería.

Un zócalo verde claro retorna los muros, sobre éste en una tonalidad más desteñida, temple fino. Una media caña une la pared con el cielo, dejando un pequeño plinto; desde ahí la pintura del techo. Para hacerlo resaltar, donde termina el zócalo, dos filetes de un verde más intenso se buscan sin lograr jamás juntarse.

Blancos los catres, blancos los veladores, blancas las colchas. Todo blanco, el jarro del agua, el de los orines y el escupitín. Una mesa móvil, de patas niqueladas, corre sobre la cama. Una silla de sólida construcción, barnizada al natural a los pies de cada catre. Frente a la ventana central, el escritorio con una silla igual a las demás, y ahí mismo, donde el muro se une al techo, sobre el eje del ventanal, un Cristo pequeño, blanco, con sus brazos en cruz, pasa inadvertido.

Observando, Valdebenito trata de fijar su atención en el sonido de una campanita, mas el toque no se repite y queda como un péndulo en la duda: ¿Sería de un reloj o de una iglesia vecina?

Volvió a mirar habituando sus ojos al lugar de su reclusión. Sobre los filetes, y frente a cada cama, una plaquita indica el número de ella. Los espacios correspondientes a la 15 y a la 16 estaban vacíos. Los pacientes siguen durmiendo. No dan señales de despertar. El nochero en una larga bandeja de madera, recoge los escupitines.

-¿Pasó bien la noche, 21?

-Sí, muchas gracias por la oblea.

Sentía un poco de frío, pero prefería no moverse. No había en la sala novedades en que fijar la atención. Sola la vista, inconsciente fue tras ellas, y el macizo imponente de la torre, dentro de su pobre horizonte, la retuvo un momento; después el chillar de los pájaros que anuncianban sus trinos, lo hizo cerrar los ojos dedicándose a oírlos.

La monja llegó a rezar. Golpeó las manos y el día colectivo se inició.

Un practicante alto, a quien no recordaba haber visto el día anterior, le puso el termómetro. Volvió, retiró el instrumento y apuntó en la hoja de control.

-Señor, ¿tengo fiebre?

Alto, elevadísimo, coronado por un gorro blanco, se alejó sin dignarse responder.

Un momento más tarde llegó otro practicante, el moreno, el que no usaba gorro.

Traía dos tubos.

-¿Qué hubo, colega?. Le vamos a dar unas pinchaditas.

Mientras le extraían sangre, pasó el mozo cantor repartiendo el desayuno. Aprovechó la ocasión para observarlo. Era un muchacho de más o menos veintidós años, delgado, chico, correctas las facciones, rubio el cabello, verdes los ojos; se dejaba un largo mechón ondulado. Convencido de su bella voz, cantaba entusiasta, tesonero, incansablemente para que nadie ignorase su arte.

La monja recorrió la sala revisando, escudriñando por todas partes, no dejando sin observar ninguna falla. Ese día el doctor jefe pasaba revista de aseo. Los mozos se movían de un lado a otro, refregando con sus paños donde la madre no encontraba limpio.

A las ocho y media entró en la sala un señor vestido de traje café. No saludó a nadie. Cortante la voz:

-18, toque el timbre al practicante.

-Listo, doctor.

Sonoro como una chicharra se sintió el timbre. El moreno que decía colega a Valdebenito entró.

-Buenos días, Aliro. ¿Hay novedades?

-Un enfermo nuevo que no vió "La Guardia".

-Bien, lo veremos apenas llegue la doctora. Tráigame el Pachón.

Salió de la sala volviendo enfundado en una casaca y acompañado de una señorita, también de delantal blanco.

-Tenemos un enfermo nuevo, doctora.

Alrededor de la cama 21 se situaron los dos facultativos.

-¿Qué siente?

-Con cualquier movimiento me ahogo. No puede

respirar. Si me acuesto sobre el costado derecho, la tos me congestiona. Además tengo hinchadas las piernas -contestó.

-Siéntese bien y sáquese la camisa.

-Présteme su fonendoscopio, Esteban. Olvidé traer el mío.

Con los fonos en los oídos empezó a auscultar sobre y alrededor del corazón; después en las espaldas, mientras el enfermo decía 33...33...33...

-Examine usted, Esteban. Encuentro un soplo a la punta.

Se repitió el proceso, y a su término el doctor dijo con tono hitlerista:

-No, lo que tiene es un ruido de Galop.

La doctora no alcanzó a responder; el practicante que llegaba a su lado decía:

-Estoy listo para las pruebas cardíacas.

-¡Ah, muy bien! Hagamos esto primero. Después lo volveremos a examinar. Póngase su camisa.

La presión había bajado y las inyecciones de las pruebas indicaron que no era necesaria la sangría.

-El Profesor está examinando en la otra sala -dijo el practicante.

-Entonces nos vamos, Esteban. Después continuaremos.

Sin la presencia de ningún doctor, la conversación fuerte de los enfermos semejó niños en recreo. La voz del 18 sobresalía:

-Los "cachorros" están al lado, compañeros. Nos tocó visita.

En ese momento una niña de delantal negro, pasos titubeantes, se acercó a la cama.

-¿Usted no pasó a la Estadística?

-No, señorita.

Un importuno interrogatorio hizo sufrir a Valdebenito al recordar sus padres y parientes. Ella, apática, escribía los datos en un formulario. En seguida se alejó vacilante, como si el dolor de los pies no le permitiese pisar. Un poco jibada, sin hacer esfuerzos para disimular la debilidad de sus piernas, parecía una seminválida. Su figura deprimía el espíritu, desentonaba en el tonificante ambiente de luz y limpieza.

Se acercaba una algazara por la galería. Silencio expectante.

Un grupo de médicos entró como una móvil mancha blanca; se hacía compacta, se disgregaba; a ratos uno se separaba para luego volver a juntarse. Eran ocho personas. Siete hombres y una mujer.

Alrededor del 11 se polarizó la vista.

Valdebenito no conocía a los "cachorros". Se dedicó a observarlos y con ellos a sus acompañantes. Con los datos que a continuación obtuvo y con sus propias reflexiones, logró formarse una opinión superficial.

El Profesor era un hombre de alta estatura, amplia la frente, proporcionado el rostro, bien formado, macizo, de pesada esbeltez. Vestía de negro, y el delantal sin abrochar, dejaba la impresión de quedarle estrecho. Un poco ronco el metal de su voz, opinaba dando razones, al parecer convincentes, pues nadie las refutaba. Cuando los términos técnicos no figuraban en su disertación, la lógica de su razonamiento tenía nitidez matemática.

A su lado, el hermano un poco más bajo y delgado, repetía su opinión, y asintiendo a ella en la mayoría de los casos por movimientos de cabeza, dejaba la impresión de impaciencia. Parecía más dinámico. Con lentes, los cristales hacían brillante el verdor de sus ojos, y en la palidez de su cara cobraba importancia la oscuridad del carey. Era indiscutible el parecido de ambos a su padre.

El señor Soza, delgado, buena estatura, sin llegar a ser

alto, era el único que usaba gorra. Pequeña la cara de pómulos rosados, un poco cargadas las espaldas, hacía observaciones ininteligibles para los enfermos.

Los doctores Solessi y Zuleta Palma demostraron ser grandes amigos, de estudio, de trabajo y posiblemente de pasar la vida; buenos muchachos, optimistas, contentos, siempre repartían sus sonrisas gemelas. Los enfermos los estimaban, los creían de buen corazón y con gran voluntad y paciencia para explicarles sus dolencias. El Profesor los interrogaba continuamente. Aceptaba sus respuestas y reforzaba a veces sus deducciones.

El doctor Farías no terminaba nunca de abrocharse y desabrocharse, ya fuese el delantal o el paletó; nunca tenía quietos los brazos, y sus palabras eran una aglomeración desbordante, al extremo de que algunas iban acopladas a las anteriores. Su movilidad estaba reñida con la gravedad circunspecta, propia de su docta profesión. Se alejaba un poco del grupo, no quería gastarse; se estaba reservando para su sala.

El doctor Esteban, casi bajo, sólo tenía de notable en su delgado físico un tic nervioso que lo obligaba a usar gafas oscuras. Sus opiniones las expresaba cargadas de yo: Yo estimo./ Yo creo./ Yo pienso./ Yo opino./ Yo haría...

La doctora era continuamente interrogada por el Profesor. Salía del paso más o menos bien, sin poder disimular que tales preguntas aumentaban su nerviosidad y no eran de su agrado.

En la cama 17 el enfermo suscitó una breve discusión.

El Profesor hablaba:

-Estás equivocado, hombre. No es posible lo que tú dices. Repite tu historia.

-Yo trabajaba con una cuadrilla en un canal; estábamos retirados del pueblo; no había vivienda por esos lados, lo pasábamos con pan y agüita de té. Así nos afirmamos más de tres meses. De ahí me vino esta debilidad tan

grande y el pintárseme las manos y las piernas.

-La plata que ganabas, ¿en qué la invertías?

-¡Vaya, señor! ¿No le he dicho?; en comer y en vestirme.

-¿Cuánto ganabas al día?

-Siete pesos y el descuento de la ley.

-¿Y no te alcanzaba para comer mejor? ¡A mí no me vienes a contar cuentos! Yo gasto en la alimentación de cada enfermo $2.10 por día. Cierto es que compro los víveres por grandes partidas. Al menudeo serán unos $ 3.00. Y la comida del hospital es buena. No se pueden quejar. Lo que hay es que en lugar de tecitos, tomabas vinito. Doctora, a este enfermo hay que trasladarlo a San Luis.

Llegó por fin el grupo a la cama 21. El Profesor se acercó a la cabecera, y después de mirarlo un momento, lo interrogó:

-Usted es ecuatoriano?

-No, señor. Chileno desde muchas generaciones.

-Tiene cara de tropical. Vamos a ver, ¿qué es lo que siente? Cuénteme todo lo que recuerde de su enfermedad.

Valdebenito repitió la narración de esa mañana.

-Bien, ahora sáquese la camisa.

Puso su oído en la espalda y dijo:

-Respire, abra la boca para respirar. Diga 33.

Se enderezó.

-Doctora, ausculte usted,

Otro lote de respiros y 33 para Valdebenito.

Discutieron. El doctor Esteban repitió el examen, miraron el color de los orines y en seguida el Profesor, golpeando el hombro del 21, dijo:

-Mi amigo, usted va a sanar. Su enfermedad es curable. Paciencia.

-Señor, le agradezco mucho la esperanza que me da; pero, dígame, ¿tengo para mucho tiempo?

-Regular; paciencia y nada más que paciencia.

Se alejó la comitiva, y se detuvo muy poco tiempo en la cama 22.

El Profesor habló un momento con el doctor Esteban y la doctora; después dijo al 22.

-Viejito, ya estás bien; como tienes estrechez te vamos a hacer trasladar a "Vías Urinarias"; así sales completamente sano del hospital. No lo olvide, doctora.

La visita ha terminado. No queda en la sala gente en pie, no hay bullicio: es un murmullo el que ahora predomina. Los pacientes comentan con sus vecinos cuanto el grupo ha hablado junto a ellos. Es como una conversación en privado. Una preparación para lo que se hablará más tarde en conjunto.

El muchacho cantor trae jarros con arroz sin azúcar. Pasa junto a Valdebenito y no deja nada ni dice nada. Casi terminada la distribución entra otro, a quien todos dicen Pacheco. Trae una bandeja cubierta de platos con comida, la coloca sobre una de las mesas y hace el reparto preguntando a los enfermos: ¿con sal o régimen? Frente a la cama 21 le pregunta:

-Tiene régimen?

-No, aun no me han dicho nada.

-¿Viene cardíaco usted?

-Sí.

-Entonces es fijo hambre y sed.

Continuó a las otras camas.

Volvió la pareja facultativa. Se detuvieron charlando animadamente junto al escritorio, y abrieron el cuaderno donde anotan los remedios que deben suministrarse a cada enfermo, fueron revisando número por número. Repitieron la mayoría. Los cambios eran resultados de insinua-

ciones del Profesor. Cuando llegaron al 21, el doctor Esteban dijo:

-Toque el timbre, 18.

Entró el practicante alto.

-Omar, el lunes a primera hora me lleva al 21 a rayos -y dirigiéndose a la señorita:

-Doctora Rubio, yo opino que el diagnóstico y la historia la hagamos el lunes. Lo dejamos a régimen hidrocarbonado seco, sus diez gotas de digitalina, y por hoy "hambre y sed".

-Bien, Esteban. Voy a ir a la sala Purísima. Haga usted el alta del 12.

-Se la dejo hecha. Usted la firma porque ya me voy.

El doctor después de escribir un momento llamó al enfermo número 12; le entregó una tarjeta diciéndole:

-Aquí tiene su régimen. Muy poca sal, pero muy poca sal en su alimentación. A pesar de que yo opino que no debía permitírsele comer sal.

-Y usted- dirigiéndose al 21- no va a beber ni a comer nada hasta mañana. El Profesor se ha interesado por usted. Cumpla lo que se le indica.

-Señor, ¿demorará mucho mi enfermedad? ¿Qué es lo que tengo?

-No se preocupe. De eso nos encargamos nosotros. Para algo y por algo estamos aquí.

Valdebenito quedó molesto; la contestación le parecía inconciliable con su dignidad; a duras penas reprimió una protesta airada; la idea de que ahí lo tenían de caridad era freno y lo tascaba. Pretendía consolarse analizando la contestación: en realidad, nada tenía de insultante. ¿Qué era entonces lo que tanto lo hería? ¿Sería el tono? ¿Sería la impertinente distancia que establecía entre el paciente y el doctor? ¡Al diablo!, fuese lo que fuese no había por qué quemarse la sangre.

El 12, con un gran paquete en una mano, se fue despidiendo de cada enfermo. Los deseos de mutua felicidad y mejoría fueron generales.

En la galería cesaron los ruidos. Los empleados estaban almorzando. Amodorrados la mayoría de los enfermos dormitaba y la lasitud del caluroso mediodía se hizo contagiante.

El 21 bostezó una y otra vez; al rato también dormía.

Lo despertó una voz insultante:

-¡Viejo cochino, chancho!. ¿qué le costará avisar para traerle la chata...?

Secó la transpiración que escurría por su frente; se colocó el pañuelo en las narices, y mirando hacia el techo se quedó sin pensar, oyendo desatento las palabras del mozo que, malhumorado, protestando, cambiaba la ropa del 20.

Se alejó el muchacho con las sábanas sucias y sus malos modales. Volvió la quietud propicia, y los que habían semidespertado por sus palabras, continuaron en el descanso reparador.

A la hora de comer, alrededor de las cinco, tomó animación la sala. Entonces, Valdebenito se dio cuenta que el enfermo 17 ya no estaba. Lo habían trasladado a una sala donde curan las enfermedades de la piel.

Mientras los demás se servían su alimento, llegó la señora Eduvigis.

-Aquí me tiene, Manuel; le traje plátanos y un paquete de galletas. No quise traerle otras cosas hasta saber qué le permitirán comer.

Valdebenito, después de agradecerle y de contarle todas las novedades, le pidió que no se molestara más haciendo gastos. A él le bastaba que lo visitasen los días de entrada; no quería sentirse solo y abandonado.

El practicante alto pasó y en voz bajo dijo:

-Señora, ya es hora de que se retiren las visitas.

Se alejó a grandes zancadas, repartiendo las gotas de digitalina.

La señora Eduvigis, antes de irse, le preguntó al 20, el viejito cara de San Jerónimo:

-Y usted, abuelito, ¿qué quiere que le traiga?

-Cigarros, señora, que Dios se lo pagará.

Los enfermos recordaban que el siguiente sería día domingo, día de fiesta, y a pesar de sus dolencias y de que se sabían postrados, se alegraban esperanzados, como si en realidad para ellos hubiese posibilidades de gratos paseos.

Se charló largo esa tarde. No había ningún enfermo grave. El descanso de la siesta, los estómagos satisfechos, el refrescar del atardecer, y los anhelos de tener visita el domingo, influenciaron los ánimos, provocando confidencias, dando cordialidad a la conversación. Era aquel un grupo de buenos amigos que se unían para pasar bien el tiempo. No había suspicacia. Los sentimientos de igualdad saturaban el ambiente.

Pasó el tiempo; repartieron el agua caliente cerca de las ocho. Se apagó la luz, y la ampolleta roja, desde el techo, presidió sus charlas.

Valdebenito, repuesto de sus anteriores insomnios, no tenía sueño; lo entretenía la charla pintoresca de sus compañeros, y después que todos callaron se quedó pensando en esas historias de hombres, vividas en tan diversos puntos y de tan distintos modos; y ahora el destino reunía enfermos en una sala de hospital.

Sin lentes, teniendo de escenario las espesas sombras de reflejos rojizos, ensimismado, meditando en cuanto había escuchado avanzó la noche.

El 11, hombre de 30 años, nació en el campo, cerca de Santiago; no ha perdido en sus andanzas la ingenua malicia, la cachudez de los campesinos. Muerto el padre, pronto se casa la madre. La crueldad del padrastro lo

obliga a huir cuando tiene 12 años, llevando como único bagaje cuarto año de instrucción primaria. Santiago, Valparaíso, Taltal, Antofagasta, son itinerarios de sus pellejerías. En Iquique hizo su servicio militar, ingresa a Carabineros y en tres años conoce el norte hasta Arica. Después, según él, de mala suerte, lo destinaron a Magallanes, Puerto Natales. Recorrió estancias, supo de lobos de dos pelos, persiguió contrabandistas y conoció recorriendo los límites con Argentina. Su placer es conversar de fútbol. Ha sobresalido como Centrodelantero y sus recuerdos queridos lo hacen rememorar continuamente este juego. Vuelve del sur, se casa hace dos años y ahora postrado con reumatismo y poseedor de varias cruces Wassermann espera mejoría.

El 12, todos recuerdan con cariño el último ocupante de origen alemán, enfermo de los riñones, estuvo más de tres meses recluido. Incrédulo, se reía de los rezos y de aquellos a quienes el temor a la muerte hacía creyentes fervorosos.

El 13, de entre el cuello de la camisa sin abrochar cuelgan las dos tiras de amarras que reemplazan al botón o a la collera; sale fláccida la piel del largo pescuezo; en la cara flaca, huesuda, anémica, constantemente transpirada, resaltan enhiestos los bigotes negros, tupidos y levantados. Nacido en Iquique ha recorrido la pampa de oficina en oficina. Trabajó en la apertura del transandino; se encontró en Arica para el plebiscito; llegó del norte con los cesantes el año 20 y estuvo en el albergue San Ignacio. Se fue enganchado al sur, llegando hasta Temuco. Según él, de allá volvió enfermo, hace dos años. Dice:

-Soy cardíaco y conseguí jubilación con $ 163. Cómo soy solo, esta platita y la que me diligencio en trabajitos livianos, me permiten ir pasando lo más bien.

Ignora cuantos años tiene; le parece que poco más de 55; lee poco y escribe menos, sólo un caudal inagotable de

recuerdos, de hechos que le han acontecido en el constante vagar de su vida. También es benemérito de la orden de Wassermann.

El 14, silencioso. Hasta ahora se sabe que viene del hospital San Vicente. Se queja de la comida sin sal y no habla casi nada. Monosilábico en sus respuestas, parece que es deliberado su- propósito de no descubrirse. Cuando se inclina luce una calva burguesa. Rapado, sin dientes, nada se distingue en su cara vulgar.

El 15 es un español. Lo tenían en aislamiento, es decir, grave. Siempre que un paciente está en peligro de muerte lo llevan a unas pequeñas piezas especiales. Se evita así que los enfermos del corazón se afecten presenciando la agonía de los que fallecen.

El 16. Hablaban de él como de un negro de gran estatura y muy enfermo, al extremo de que en la sala no estuvo más de una mañana. Sigue en aislamiento.

El 17. El hombre de la piel manchada lo habían trasladado a otra sala. Los recuerdos que hacían de él eran molestos. El 11 decía:

-Es roto diablo y malero, peligroso para compaña. Las veces que se levantaba la camisa para decir 33, se le veían unos rasguños de cuchilla que le iban de lado a lado. ¿No se fijaron?, cuando el Profesor le dijo que se desnudara; no quería; a regañadientes le obedeció.

El 18, hombre de cuarenta años, descendiente de italianos, blanco, de correctas facciones, tenía las simpatías de un campechano bebedor; el sonido de su voz hacía agradable su conversación. Se expresaba como un auténtico guaso rico. De espuelas, monturas, chamantos, riendas, rodeos y topeaduras; nadie hablaba con más conocimientos que él. Ameno y gracioso contador de cuentos y chascarros, ejercía un evidente predominio sobre sus compañeros. Por otra parte aumentaban su prestigio su decencia y la indudable buena situación económica de

las visitas que recibía. Todos los días un empleado de su casa le traía el almuerzo; el saboreaba y repartía, en parte, generosamente; entre sus vecinos. En su conversación demostraba grandes conocimientos de faenas mineras, campo y salitreras. Ocupaba una alta jerarquía en la orden de Wassermann y Kahn. Esa era la causa de su enfermedad al corazón.

El 19, gordo, de cara rapada, rojo apoplético, abundante calvicie, decía tener 59 años cumplidos, carecía de familia en Santiago. Soltero, en la minuciosidad y detalle de sus procederes y en la parsimonia y lentitud de su conversación demostraba ser hombre sedentario, cumplidor, de principios rígidos e inflexibles. Era empleado en la Escuela de Reforma en San Bernardo. Hablaba de una mujer que 20 años atrás había pagado su cariño con flores rosadas. Por su causa ingresó a las tantas veces nombrada orden de Wassermann y Kahn. Desde que se supo condenado decidió ser soltero; no quería hijos tarados; prefería su soledad a esa posible desgracia.

El 20 es un viejo que por lo menos debía haber pasado los 75 años. Ha sufrido un ataque que los doctores llaman hemiplejia y él dice que fue un aire colado que le produjo "hora muerta". Tiene sin movimiento todo el costado izquierdo. Por lo que se puede sacar de su conversación, trabajaba en la Vega, como empleado de uno de los grandes puestos interiores, aumentando sus ganancias con las propinas que le daban llevando sacos. Parece medio trastornado. Habla de repente incoherencias que provocan la risa. A ratos, en sus momentos de lucidez, contesta con viveza, pitancero, las bromas que le hacen. Se moja y ensucia como una guagua y por esto le reprenden sin consideración alguna. Su larga barba blanca le da un parecido con el San Jerónimo que Valdebenito no puede olvidar.

Una gran boca desdentada, una pinceladita mezquina

de nariz, vivaces dos ojos negros de ratón, poca frente, chupadas las mejillas, todo cubierto de arrugas; el pelo negro, retinto, tieso como clavo, el pescuezo flaco, de piel colgante, y un par de manos huesudas, oscuras, con el cutis suelto, marcadas negras y prominentes las venas, grotescamente abultadas las coyunturas. Tal era lo que se veía del enfermo 22. Su profesión era vendedor de guatitas; no teniendo ni una cana, aseguraba tener más de setenta años; hablaba recordando los tiempos de la guerra del Pacífico y lo hacía con tales detalles y minuciosidad que debió tener en aquellos tiempos por lo menos quince años. Llegó enfermo del corazón, pero a causa del baño caliente, obligado a la entrada del hospital, le dio un resfrío que degeneró en pulmonía. De esto no protestaba; lo que lo tenía indignado era que le hubiesen cortado el pelo, como si fuese un penado.

Meditando en las conversaciones que había oído, concluyó Valdebenito por dormirse.

Le parecía caminar dentro de un cilindro horizontal de longitud no mensurable por la vista; los pies se apoyaban en una superficie de extraña suavidad, y la luz, aunque clara para verla, no era suficiente...

Lejano, ondulando dentro del tubo, llegó el llamado:

-Adolfo, Adolfo, pasa un cigarrito. Adolfo, al laíto afuera de la puerta está la señora Clorinda, pídeselo a ella. ¡Ya, pues, hombre! ¡Muévete, no seai flojo!

La conciencia llegó junto con abrir los ojos. Valdebenito se dio cuenta de que el 20 hablaba.

-Adolfo, entrega el cigarrito, no te lo fumís, si no es pa vos.

-Compañero, yo no soy Adolfo, y no tengo cigarros. Pídale al 18.

-Dame una manito, Adolfo, para enderezarme.

-Compañero, ¿no le digo que yo no soy Adolfo?, y no

tengo fuerzas para tenderle la mano, iríamos al suelo juntos.

-¡Boqueriento, mala voluntad!

-21, no le haga caso, ¿no ve que está difariando?- aconsejó alguien.

-Adolfo, ¿llegó la Elvira? Adolfo, llama a la Clorinda, que viene Ricardo...

Quizás hasta qué hora siguió el 20 llamando a Adolfo.

Valdebenito consiguió dormirse.

Despertó nuevamente al alba. Casi silencio completo en el interior; afuera los chincoles y zorzales chillan afinándose para sus trinos matinales. En el pedazo de horizonte se divisa la cúpula de la iglesia, y en el descolorido amanecer la curva nítida, cenicienta, de su silueta es una detonante mancha oscura. Húmedas aún con el rocío de la noche resaltan las sobrejunturas de las dovelas que semejan grandes tejas de madera; sobre ellas saltan y cantan las diucas, esperando los primeros rayos de sol. De pronto una cantarina campanita, de polleritas cortas y repolludas, une sus sones al trinar de los pájaros; debe ser el llamado a misa de las monjas. Recuerda que es domingo, y a pesar de ser el primero que lo encuentra recluido en un hospital no siente tristeza; comprende que está mejor; cierto es que aún no puede tenderse porque se ahoga, pero ha dormido y los edemas de sus piernas, como llama a las hinchazones el doctor del tic nervioso, han desaparecido; nota también que la tos le viene cada vez más alejada.

En la puerta golpea las manos Manuelito, el nochero:

-¿Quién quiere agua para lavarse?

Valdebenito, despierto y sentado, aprovecha para ser el primero, mientras de casi todas las camas se levantan las cabezas, pidiendo el lavatorio. Quieren estar limpios; es día de visitas.

Un poco más temprano que de costumbre llegó la monja a rezar.

-Los enfermitos que tengan permiso del doctor, pueden ir a misa; empieza a las ocho, y para desayunarse más temprano pasan al comedor.

El practicante alto distribuye termómetros.

-Don Omar, échele una ronca al 20 que anoche no dejó dormir, se llevó todo el tiempo: "Elvira, llegó Ricardo; o si no llamando a Adolfo, o a la Clorinda; ¡Viejo lacho! parece que le come el mote a las dos y ahora se hace el santurrón". El que hablaba era el 18.

-¡Cállese hombre!, no sea hereje, ¡levantando crímenes! ¡Capaz que alguien crea esas barbaridades!

-¿Es cierto, don Urrutia, lo que dice el 18?- preguntó en tono de broma el practicante.

-¿Cómo se le ocurre, señor? Adolfo es el padre y Adolfo es el hijo; los dos se llaman iguales. La señora Clorinda es la mujer de Adolfo y la Elvira y Ricardo es un matrimonio que vive donde mismo alojaba yo. Ese 18 es un mal pensado, que quiere hacer risa de uno.

-No, abuelo. Yo no quiero reírme ni de usted ni de nadie.

-Abuelo, ¿le paso un cigarrito?- dijo el 19.

-¡Dios se lo va a pagar, hijito!, estoy heladito, no me he entibiado en toda la noche, aquí lo he pasado calladito, encogido y tiritando como un perro.

-¡Cuidadito, don Urrutia, que esos tiritones sean porque se haya vuelto a mear! Si lo encuentro mojado lo mando para aislamiento.

-¡¡No me vaya a comer el león, oh!!

Llego don Omar donde Urrutia, y al ir a colocarle el termómetro debajo del brazo, lo encontró empapado.

-¡Viejo cochino! ¡Está sucio hasta las orejas! A ver

Diego: llévese a este enfermo a aislamiento, no puede estar entre la gente.

-¡Y a dónde lo llevamos? Las tres piezas están ocupadas.

-Tráiganse el 15 que está bastante mejor; ahí dejan al 20. Apenas sirvan el desayuno lo hacen. ¡No se les vaya a olvidar, que después reclaman por el olor!

-Me permite ver el termómetro, señor? -dijo el 21.

-No tiene fiebre, ¿qué le va a ver? Y al retirarle el termómetro al 22 con ronco vozarrón:

-No se me destape, viejito. No se me destape, que si pesca otra pulmonía se va al diablo.

Salió con sus termómetros.

-¡Qui'hubo, niños! ¿Nadie va a misa para que pase a la cocina a comprar hallullas? -dijo el 11.

-¡No hay caso, compañero! Nadie tiene la colorada. ¡Con razón dijo el 12 que lo echaríamos de menos!- comentó el 13.

-¿Qué es eso de colorada?- preguntó Valdebenito al 19.

-Cuando los doctores autorizan a un enfermo para se levante en el día, le ponen una ficha colorada en la placa del número.

-Oiga 21, ¿por qué no nos ponemos de acuerdo con el 18 y compramos cada uno un diario distinto? Ayer había diarios repetidos.

-Conforme, compañero.

Acomodaron los mozos la ropa de la cama y se dispusieron a trasladar al 20. Lo llevaron con su propio catre, velador y mesa, inclusive; cuando iba saliendo gritó:

-El 21 tiene la culpa que me lleven; él reclamo del olor; pijes que sólo quieren oler a agua florida.

En ese instante venía entrando don Omar; lo interrumpió.

-Mira, Urrutia, déjate de estar mintiendo; nadie ha reclamado; yo, cumpliendo mi obligación, te hago llevar, porque eres un viejo sucio que deja hedionda toda la sala. Llévenselo, y si hay necesidad cámbienle el colchón.

Volvieron los mozos de aislamiento arrastrando un catre, cuando entraba, fuerte una voz de acento español dijo:

-Se saluda a los compañeros. Vengo de adonde son muy pocos los capaces de volver.

Valdebenito lo observó curioso. Si no hubiese sido por el acento español y la facundia de su verba, habría jurado que era un campesino chileno, uno de esos que él estaba acostumbrado a ver por su tierra; tieso de mecha, sucio el arrugado rostro moreno; más no se veía del personaje que se incorporaba al conjunto.

-Si, compañeros, que allá estaba yo solo y a los lados muere y muere enfermos, el carrito, el de la sonajera de fierro, arrea y arrea finaos y yo firme aguantándome. Todos los días en la tarde me pasaba a ver el capellán y allá la teníamos tiesa, que a mi no me callan frailes, si en España, en mi tierra les armaba unas broncas y en la misma iglesia, ellos desde el púlpito y yo desde abajo. ¡Era un contento para los que nos oían!

-Parece que no tienes ganas de hablar, 15... -dijo el 11.

-¡A mí con cachazas, carabinerito! ¡Y dígame, hombre! ¿le parece poco 17 días sin tener con quien atravesar una palabra?

Charló sin cesar el español Carmona hasta que llegó el vendedor de diarios; entonces increpándolo dijo:

-Y tú rapazuelo, ¿estás sordo?, trae acá "El Diario Ilustrado".

-¡Qué hace, amigo Carmona, se come a los frailes y compra "El Diario Ilustrado"!

-Que yo coma frailes no es verdad; les discuto sus

patrañas, y eso no quita que seamos amigos. Soy falangista y a mucha honra. En la solapa de mi paletó se puede ver mi emblema.

La lectura del diario mantuvo callado un rato al 15; de repente leía párrafos en voz alta, comentando su importancia; después se abstraía otra vez en la lectura.

Los doctores sólo hicieron una visita de cortesía. Los mozos, de los cuales uno salía libre en la tarde, repartieron el almuerzo con admirable rapidez, y Valdebenito supo por primera vez lo que era comer a régimen. En un plato de fierro enlosado venían tres montoncitos, uno más grande de puré de papas, el que le seguía de tallarines y el más pequeño de acelga picada, todo cocido en agua sin sal ni aliños. Comprendiendo que si no se alimentaba se iría debilitando cada vez más, a pesar de la repugnancia, el 21 se sirvió todo el plato. Recogieron los tiestos vacíos y después repartieron el pan, para veinticuatro horas dieron dos, que por el color de su corteza creyó de grasa; resultó que era pan sin sal, y no encontrándolo malo se comió la mitad de uno.

A la una y media distribuyeron sus camas y se dispusieron a esperar a sus deudos y amigos.

Valdebenito recordaba que siendo niño pensaba cuán triste sería la vida de los árboles, sin poder caminar hacia ninguna parte. Revivía ahora esos pensamientos al verse él y sus compañeros inmóviles, anclados con los árboles, uno junto al otro quizás por cuánto tiempo.

La enfermedad los tenía transformados; se llamaban por su número y se movían las cabezas en los cuellos de camisas iguales, y las manos también lo hacían al final de mangas idénticas; las diferencias faciales casi se borraban resaltando en cambio la tonalidad de la voz que era ahora lo que identificaba a cada cual. Los efectos niveladores de esta uniformidad eran desconcertantes; entre los pacientes no había escala de capacidad económica o de familia que

estableciese prerrogativas irritantes. Todos eran compañeros que vivían y sufrían juntos; la cordialidad, la más absoluta franqueza y desprendimiento parecían ser la norma de conducta. Valdebenito se sentía satisfecho de sus reflexiones.

En la galería suenan los pasos de los visitantes; es una ola in crescendo que llega al parecer invadiéndolo todo. En pocos momentos alrededor de cada cama se ve gente extraña; traen paquetes de las más diversas formas, desde los elegantes que indican pastelería como procedencia, hasta la bolsa de papel que se vende en los mercados y que casi siempre manchada demuestra la poca limpieza de los portadores.

La señora Eduvigis y el maestro Morales llegan a visitar a Valdebenito; éste le da un fuerte apretón de mano, se impone minuciosamente de todo y pregunta demostrándose conocedor, después perora:

-Aquí tiene usted, compañero Valdebenito, lo que consigue el continuo luchar del proletariado; este es hospital, aquí hay decencia, limpieza, higiene, predispone a la mejoría; aquí nadie se siente botado en una cama como perro destinado a la muerte. Esto enternece y demuestra que nuestros esfuerzos no han sido vanos; se mueve la burocracia burguesa satisfaciendo algo de nuestras aspiraciones. Compañero, por lo que usted me ha dicho, la atención médica no desmerece del edificio; ahora temo que por empeños y cuñas este pabellón atraiga a los zánganos y para el pobre obrero no hay cama. Valdebenito, observe e infórmeme, tomaré notas y una de estas noches hablaré entre los camaradas; esto parece estar bien. Estimo que a los enfermos no haya que hacerles visitas demasiado largas; se les cansa y se les perjudica. Este otro domingo que usted estará ya en franca mejoría vendremos todos a verlo; nosotros los obreros sabemos ser amigos. Ya Eduvigis, despídete.

Valdebenito arregló en el velador la fruta que la habían traído, y sabiendo que nadie más vendría a verlo, que no tenía a quién esperar, se dedicó a observar a los demás.

El 19, su compañero más cercano, está extraordinariamente visitado; la delegación de un club de San Bernardo viene a verlo; él es miembro honorario; ésta es la causa de tal deferencia. Sostiene una embarazosa conversación; algunos han venido con sus esposas y tuvo la imprudencia de decir que lo van a cambiar de sala por su otra enfermedad; y ahora ante las preguntas, no halla cómo responder decentemente que tiene una fístula en el trasero.

Más allá el 18 está rodeado de sus familiares; el acento italiano los hace notables, distinción que aumenta por la decencia, y por la gran corpulencia denotan ser gente de muy buen diente.

Al 22, lo va a ver la única nieta; él ha contado que en el mundo sólo tiene a ella y que ella sólo lo tiene a él. Es una muchacha morena como de 17 años, trabaja en una fábrica de tejidos, viste con limpieza. Ha venido acompañada de su novio, un mocetón un poco charro para vestirse y que no disimula su amor, parece influenciado por el biógrafo.

Sentada en la cama, jugando con los dedos nudosos, esqueléticos del 22, plenos de pena los ojos de la nieta contemplan a su abuelo que, con su flacura y su costumbre de hablar despacio, parece muy grave; la amargura de la niña ya estalla en llanto; buscando consuelo vuelve la vista hacía su hombre; entonces sus ojos que se agrandaban conteniendo las lágrimas, concluyen sonriendo al macho, dominador, de buena presencia y al parecer no mala persona.

Al 11 han venido a verlo dos visitantes que a pesar de su ropa civil trascienden a carabineros; uno de ellos debe ser mayor de 35 años, es ancho de espaldas con su

rostro colorado y sus dos dientes de oro tiene figura de abastero. El otro un poco más delgado y más bajo no puede olvidar la jerarquía; produce la impresión de que pronto se va a cuadrar y a decir:

-Sin novedad, mi sargento.

El más grande y gordo habla luciendo su picardía con chistes de doble sentido; su gracia sanchesca es celebrada ruidosamente por los tres, pero algo, una sensación extraña, convence a Valdebenito de que el 11 no ríe con sinceridad; su carcajada es fingida, una forma de agradecer la visita. No le han traído ningún regalo; la atención se reduce a la presencia personal. Largo rato lo acompañan informándolo y satisfaciendo todas sus preguntas, y por último se despiden siempre bullangueros.

Vuelven riéndose.

-Compañero, nos habían mandado a visitarlo y con un encargo y nos íbamos con él. Aquí tiene en este sobrecito lo que le hemos reunido entre los ñatos; le puede servir para remedio o para aliviarse en algo.

El 11 tendió la mano y emocionado no pudo hablar, y los dos alegres y dicharacheros se alejaron callados, en silencio: hasta sus pasos ahora no eran ruidosos.

El 13, como de costumbre transpirando, arrugado el ceño, enhiestos los bigotes, cruzados los brazos, levantadas las mangas de la camisa, mira indiferente como quien contempla algo muchas veces visto.

El 14 ha estado solo todo el tiempo, pero al finalizar la hora de visita entra en la sala un hombre borracho; lleva un canasto vacío colgado al brazo y se cubre con un guardapolvo de vendedor ambulante. Va mirando cama por cama con una fijeza dormida de ojos de beodo. Cuando llega al 14 se anima:

-¡Putas que me ha costado encontrarlo, compañerito!, pero he andado con suerte. Le traía unos plátanos, una media docena de duraznitos de la Virgen; sueltecita la

cáscara se pelan con la uña de un viaje, también le traía unas lechuguitas y limones. Ya estaba cansado de andar buscándolo, creí que no lo encontraría nunca, cuando un gallo medio afutrado, al verme medio entonao también, se puso a decirme tallas por las medicinas que llevaba adentro de la canasta. Yo le contesté firme. Usted sabe pues, cumpa, que no soy na callao. Total que me propuso que le vendiese la botica. Yo le ije que el establecimiento no estaba na en venta, que si quería me compraba los mixtos, $ 10, le saqué por lo que le traía. Aquí están, suyos son.

-Gracias, compañero; siéntese, ¿y cómo fue a saber que estaba aquí?

-¡Ah!, ño Santos, el de la chacra necesita un albañil que le arregle los cierres de la quinta. Ahora la Municipalidá no le aguanta alambrado a la calle, él me habló a mí del trabajo, de ahí decidí yo buscarlo a usted y fui adonde la señora Panchita y ella me echó para acá. Yo le traía unos platanitos, una media docena de duraznitos de la Virgen, sueltecita la cáscara, se pelan con la uña de un viaje, también le traía unas lechuguitas...

Y así repitió varias veces la historia, y al terminarla sacaba los $ 10 que el 14 a la vista de todos dejaba a un lado. La sala entera estaba preocupada si tendría o no $ 10 para entregar al finalizar cada edición de su aventura.

Llegó la monja con una campanilla anunciando que era hora que las visitas se retiraran. Entonces el 14 se despidió de su amigo, devolviéndole $ 50, lo que significaba que había repetido el caso seis veces. Salió éste haciendo eses y con la botica al brazo.

-¿Qué significa esto, señora?, ¿llegar tan atrasada? Ya la madre tocó su bendita campanilla.

Contestó en voz baja. Nadie fuera del 15 oyó lo que decía. Entró nuevamente la monja con su odiada advertencia:

-Ya es la hora, visitas.

-Madrecita, no me apure usted a la señora, que me está contando una desgracia que ha acaecido en mi casa.

La madre tiene que hacer, se va, quedando el 15 con su esposa. Es una mujer de pueblo, morena, peinada con moño y lleva un traje sastre, algo pasado de moda; lo tutea, lo aconseja y le habla de las gallinas, del riego, de la venta de la fruta y de las alcachofas que se están terminando. Le cuenta que pasó un hombre en carretela comprando diarios viejos y que ella aprovechó para venderle el montón grande que había en el dormitorio.

-¡¡Cristos y recristos!! ¿Que me ha vendido usted señora la campaña nacionalista, que estaba yo juntando para que después no me vengan con discusiones...?

No paró ahí su lamentación; se acaloró con su propia voz, siguió hablando en forma descomedida. La mujer sin la menor alteración, no prestándole ni siquiera atención, conversaba con el 14. Se cansó de gritar solo el 15, se calló un rato y después preguntó:

-¿Y cuánto le han dado esos vándalos por mis documentos?

-Treinta pesos; ahí le traigo veinte pesos, que los otros diez los he necesitado yo.

-¡¡Qué le vamos a hacer!! Hay que conformarse con todo, guardaremos esos veinte miserables perriques y después cuando algún paisano me discuta, ¡¡menudas rabias voy a pasar yo por no tener mis pruebas!! ¡y todo por esta mugre de dinero!!, me da un coraje que lo lanzaría por la ventana.

-Calló con esto el 15, se despidió la mujer y concluyeron las visitas.

El dinamismo de la tarde ha dejado cansancio, algo de melancolía. Los que han tenido muchos amigos a verlo, miran, al principio satisfechos, orgullosos de sentirse tan relacionados, pensando tal vez en la posible admiración y

envidia que deben haber levantado en los otros pacientes; y como ante sus ojos interrogativos nadie insinúa nada, forman también a la cola de aquellos que demuestran en el rostro lo que sienten en el alma: tristeza, amargura por la salud y libertad que no poseen.

Mustios se ocupan de arreglar y distribuir víveres y regalos en los cajones del velador. Después simulan acomodar la ropa de sus camas y se quedan callados, abiertos o cerrados los ojos; la vista incierta, vaga de aquí allá. Sólo quiebran el silencio embarazoso que pesa asfixiante sobre los ánimos, aislados suspiros que ¡curioso! degeneran en ataques de tos.

Llegan los mozos con la bandeja de la comida, y casi nadie acepta, sólo los réprobos, los abandonados, los que no tiene quien los visite se sirven y muchos aprovechan y se repiten hasta hartarse. En la sala vibra el ruido de platos que chocan y el sonar de algunas mandíbulas.

Cuando las penumbras reinan, en los enfermos dominan los recuerdos; las facciones no se divisan y sólo entonces se enhebran conversaciones que tienen saudades, pátina de tristezas. Como un murmullo se sienten voces opacas, cual burbujas de aguas estancadas, afloran aquí y allá...: déi nos tuvimos que arrancal pal norte... En aquellos tiempos yo era guaina enamorado... No había na trasandino. Me casé con la oposición de sus mayores...

Con voces emocionadas se consuelan narrando sus migajas de felicidad.

Una oblea facilitada por Manuelito, el practicante de noche, le permite a Valdebenito dormir por primera vez sin interrupción. Despertó al llamado:

-Hay que rezar, enfermitos...

Se disponía a comerse un durazno cuando resonó la voz del español, el 15:

-Se saluda a los compañeros.

Todos contestaron y el 18 agregó:

-¿Y cómo ha pasado la noche, don Alberto? ¿Olvidó el mal rato por la venta de sus documentos?

-No era esa toda la causa de mi molestia, va a ver, el muchachón se juntó con unos amigos, hijos de algunos paisanos conocidos míos, y se fundió con todo el dinerillo que había ganado y no apareció por casa hasta ayer, después de almuerzo. ¡No le digo! ¡Si los males vienen como cuelgas de chorizos!, uno tras otro. Atrasó a la mujer que tiene que traerme algo con que alimentarme, se gastó sin provecho los pesos que gana y todo anduvo mal, ¡si en el gallinero cuando falta el gallo hasta los polluelos cacarean!

-¡Muy cierto, 15!, pero algo de culpa debe tener usted, que a la vista se conoce que cuando joven ha sido lince para tragos y mujeres -comentó el 19.

-No digo que no, que en cada español hay un don Juan y un buen catador, y no me haga hablar más que estoy en ayunas.

Allegó la mesa hacia su cuerpo, extrajo un pollo del velador y con un pedazo de pan sobre la servilleta empezó a servirse.

Un momento después, prepotente su voz repercutió:

-Toma 14, come -y previo mordisco le pasó un tuto y pan.

Con una sonrisa enigmática, callado el 14 aceptó el regalo.

Don Aliro, que había tenido domingo libre, corría ahora los termómetros:

-21, lo voy hacer llevar a Rayos tempranito, que llegue de los primeros, esté listo para cuando traigan el carro.

Llegó el carro o camilla-móvil; lo traía un mozo alto, desgarbado; la locomotora humana, para estar más en el papel que desempeñaba, tenía los labios en forma de trompa. Habló:

-Apúrese.

Cumpliendo sus instrucciones Valdebenito quedó instalado.

Va cubierto con las sábanas hasta las narices, inútilmente protesta ante el mozo trompudo que lo lleva, éste no le permite enderezarse buscando alivio al ahogo que lo desespera. Bajan por el ascensor, siguen por un pasadizo. Los que pasan a su lado miran, algunos compasivos, otros novedosos y los más, indiferentes por costumbre.

La salita se oscurece al cerrarse la puerta tras el carro que entra. En un rincón una mesa, sobre ella concentra la luz la pantalla de una lámpara. Un doctor escribe.

-Un momento, voy a firmar estos dos informes y lo atenderé.

Golpes circunspectos en la puerta.

-Abre, hombre.

El mozo que ha traído el carro obedece.

En la inundación de luz, la silueta ascética de una monja, más atrás dos frailes esperan. Entra la madre y cuchichea como en un confesionario con el doctor. Este contesta con su voz rebosante de amabilidad.

-¡Cómo no, madre! Páselo no más.

Valdebenito mira curioso, medio ahogado, conteniendo la tos, sintiendo que no puede soportar más dice:

-¿Me da permiso para sentarme, doctor? Tendido me estoy ahogando.

-Siéntese, pero abríguese bien.

Se vuelve a mover la puerta y un fraile alto, flaco, con una enorme cruz roja sobre paño negro cosida a su hábito entra.

-Desnúdese el tronco, señor.

Sobre la silla queda una especie de babero; y los largos brazos se afirman sobre su espalda; recogiendo la sotana, desaparece la cabeza y el montón de ropa aumenta

en la silla. Ha quedado ahora de pie un jugador de golf que viste de negro; sobre sus zapatones dos grandes hebillas niqueladas y sobre el pecho un crucifijo de acero, junto con la tosca camiseta de grueso tejido, retira la imagen de su Dios, besándolo en los pies, y en la media luz de la salita resaltan los huesos de sus omoplatos y la flacura del pecho que acusan las costillas.

-Colóquese frente al cuadro negro y eche los hombros atrás. Respire fuerte, levante la cabeza, las manos en la cintura, atrás los codos.

El fraile obedecía puntual, comprensivo, con la rapidez de un gimnasta.

-Vístase, señor.

Sólo se oía el jadear de Valdebenito que curioso observaba y el ruido de la pluma sobre un papel rosado.

-Tome señor, lleve eso al doctor, que lo envíe a Rayos Central.

Solos, de nuevo, continuó leyendo y firmando papeles.

Se abrió ahora la puerta sin que ningún golpe avisase previamente, y un médico, según lo denunciaban su blanco delantal y sus palabras, entró seguido de un hombre como de cuarenta años.

-Hazme el servicio, dale un vistazo a este enfermo que voy a dar de alta.

Complaciente, sonriendo accedió.

Se desnudó el tronco el enfermo y con mayor dificultad cumplió las órdenes ante el cuadro negro.

-Colóquese frente al aparato y eche los hombros atrás; respire fuerte, levante la cabeza, las manos en la cintura, atrás los codos.

El rasgar del papel rosado donde escribía su informe epilogó la consulta.

Nuevamente quedaron solos: el doctor escribiendo, el

mozo indiferente afirmado en el carro y el 21 tosiendo y ya medio amoscado.

Simultáneamente dos golpes discretos y se movió la puerta. Eran dos señores discutiendo. Púsose de pie el facultativo que escribía, palmoteáronse mutuamente las espaldas y cerrando un círculo entre los tres, conversaron. Después, al llamado de uno de ellos entró un muchacho. Se repitió la historia de las órdenes ante el instrumental y costó más trabajo conseguir que entendiese, cumpliendo en parte, siquiera, lo que se le pedía.

-Eche los hombros atrás, respire fuerte...

El examen duró más que todos los anteriores juntos, pues, ahora discutían y observaban uno tras otro, una y otra vez.

Con un papel en la mano el paciente; sonrientes, tomados de los hombros los dos doctores abandonaron la salita.

Aun no terminaba de sentarse el galeno cuando leves golpecitos tamborileados con los dedos, se dejaron oír; se abrió la puerta y en el vano luminoso recortóse simpatiquísima en su alegría, la silueta delgada de una enfermera. Mimosa la voz:

-Doctor, por favor, atiéndame una enfermita que tengo tanto que hacer.

Y su silueta ondulante se hacía de tal modo convincente que no había forma de negarse a su pedido.

Se hizo a un lado la hermosa visión; empujando adelante a una vieja chica que cubría su cabeza pelada con una sucia cofia que fue blanca. Una blusa azul desteñida, con gran profusión de vuelos, una pollera negra manchada de grasa, zapatos negros de tacos torcidos y nunca lustrados, medias con absurdos costurones mostrando las piernas en otras partes, completaban la indumentaria de la repulsiva enfermita.

Se deshizo como hielo en verano la primaveral

atmósfera que había creado la atractiva, juvenil y femenina silueta de la enfermera. Valdebenito sintió que le hervía en la sangre la protesta por ser pospuesto a tal adefesio.

Se afanaba incansable la niña en su esfuerzo por hacer cumplir a la vieja lo ordenado por el doctor, pero era mucha la torpeza que provocaba la risa, mientras la enferma protestaba diciendo que siempre había sido tan flaca, que nunca había tenido cintura.

Se alejó la joven, grato rayito de sol, llevándose a la paciente facha de bruja y el infaltable papelito rosado.

-Señor -dijo Valdebenito- ¿qué le parece que me lleven a la sala y vuelva otro rato cuando pueda atenderme?

-No, no. Un momento, sólo me queda una firma y lo atiendo, no hay apuro.

Valdebenito fijó los ojos en la puerta con el temor de que llegase otro y se resignó a esperar acezando; sólo hacía una hora veinte minutos que estaba ahí. ¡Pequeñeces, detalles sin importancia!

Volvió a la sala el 21 conducido por el muchacho locomóvil, más loco que móvil por la manera desatentada con que lo trajo, a gran velocidad y con frenadas espectaculares al llegar y en las curvas. Había novedad: de acuerdo con el doctor Mariano se habían repartido la sala, seis camas para cada uno de los médicos.

Llegando fue auscultado por el doctor, y después sin previo aviso, fue sometido a interrogatorio molesto, como resultado del cual, tiempo después, supo que el galeno del tic lo clasificó en la categoría de los bebedores (borrachos).

Antes de terminar la visita se produjo una discusión entre la doctora y el español.

-Señorita, me siento bien, póngame usted, la colorada para ir acostumbrando las piernas.

-Recién sale de una pulmonía, sólo hace dos días que no tiene fiebre y quiere levantarse, ¿será loco o ha perdido la cabeza?

-¡Y qué de raro tendría si estamos en primavera!

La doctora estaba fuera de la sala, cuando vino a terminar su respuesta.

Llegaron las horas interminables de la siesta y la única novedad era la ficha colorada del 18. Celebraba éste el éxito de estar en pie a los diez días, como un triunfo ruidoso de sus cualidades de hombre resistente. Se vistió con esmero y resultó que el señor que se paseaba en la sala, caminando de cama en cama, era un caballero desconocido que sólo tenía de común con el 18 la voz.

-Se la gané, 15, ¿no decía que también hoy conseguiría la colorada?

-Vea usted 18, la niña esa me ha tomado un poco de ojeriza. Yo también soy hombre que entiendo mi poco de medicina y tuve con ella mis discusiones. Eso es todo.

-Mejor que no hable don Alberto, lo paró en la puerta, lo menos que le dijo fue si no tenía cabeza.

-¿Y no oyó usted mi contestación, hombre?, ¡que le aseguro que con ella le ha ido ardiendo la cara! ¡¡Rediez!!, que de mí no ríe nadie.

Por las miradas interrogativas que se daban mutuamente los oyentes, Valdebenito comprendió que ellos tampoco recordaban; la contestación del español había pasado inadvertida y era por lo que él decía un modelo de altivez. Influenciados por la modorra, nadie preguntó nada. Habría sido cuento de nunca acabar.

El 18 salió a conocer el hospital; la sala quedó en silencio.

A las cinco, a la hora de comida, recién llegaba el andariego. Don Aliro había tomado a los enfermos la temperatura de la tarde y él no estaba. Cuando lo vio le dijo:

-¿Usted quiere volverse a la cama con una más grande? ¡Primer día que se levanta y se larga a andar como si estuviese sano! Acuéstese y póngase ese termómetro.

-Si no he caminado, don Aliro. Me encontré con unos conocidos del Chile y ahí me entretuve hablando de carreras.

Se acostó, se colocó el termómetro y antes de que el practicante volviese, entró en la sala un caballero canoso, de fiero bigote, colorado de rostro, bajo de estatura, vestido con un terno café; llevaba el sombrero en una mano y unos papeles en la otra, miró hacia todos lados observando y concluyó por dirigirse a la cama 17; se sentó en ella y resopló fuerte, como un buceador que sale a superficie; después de un momento se puso de pie, abrió la ventana central que quedaba a un costado de su cama, sacó por ella hacia el patio la cabeza, estiró los brazos y aspirando aire a todo pulmón, estuvo un rato lanzando acompasados ¡Ah...! ¡Ah...!

Llegó don Aliro, y al verlo, dirigiéndose hacia él, le preguntó:

¿Qué siente, viejito?

Contestó con mímica; se llevó las dos manos al costado izquierdo y respiro sonoro: ¡¡Uf...!!

-¡Ah, se ahoga. No se aflija, desnúdese y se acuesta, sin tenderse, se queda afirmado en el almohadón. Yo voy a buscarle "La Guardia".

Se desnuda lentamente, descansando a cada esfuerzo. El 19 le indica el cajón donde debe guardar su ropa y responde:

-Que lo haga el mozo. Yo no puedo.

Vuelve don Aliro apresurado y desde la puerta le grita:

-Estése tranquilo. Ya vienen.

Momentos después llegan tres señores con el conocido delantal blanco de doctor, tras ellos viene también el practicante con varios utensilios en las manos. El que hace de jefe lo interroga, es un caballero de sus veintiocho años, cara rosada con lentes de carey y el pelo cortado a lo

Hindenburg, cuadrado, produce la impresión de ascendencia alemana; la casaca blanca desabrochada, los pantalones un poco cortos, dejando ver un calcetín que no está a tono con el color de su terno; evidencia que no presume de galán. Al lado de él un mocetón grande con un delantal que queda chico a su estatura, muestra ridículamente cortas las mangas; en su cara predominan, bajo una nariz casi chata, los labios vueltos, sensuales; sus ojos de un verde acuoso producen a Valdebenito la impresión de que duermen sin dejar los párpados que miran y ven borroso. Por último el tercer miembro de "La Guardia" es un morenito de lentes, que aún parece chiquillo; debe ser bromista, aficionado a la risa y a la chacota.

-Páseme el escuche, Aliro -habla el jefe.

Corre Aliro al escritorio y extrae un pañito albo, muy bien doblado.

Semitendido el 17, le levantan la camisa y auscultan el corazón; después hacen lo mismo con la espalda, pero lo obligan a respirar, a hacerlo con la boca abierta, a contener la respiración y a decir varias veces 33.

-Le vamos a tomar la presión; tráigame el Pachón.

-No funciona muy bien, doctor; a la doctora le cuesta trabajar con él; si quiere le traigo el de mercurio.

-No, tráigame el Pachón, no tengo fonendoscopio aquí para trabajar con Riva Roche.

Trajeron el aparato; entonces el jefe le dijo al alto:

-Tome usted la presión, Aliro, vamos a hacer las pruebas.

Volvió el practicante con dos jeringas de inyecciones y algodón con alcohol. Dejó los útiles sobre el velador y acercándose al enfermo le dijo:

-Mire, mi amigo, yo le voy a poner una inyección y va a sentir un calor que le corre por el brazo hacia arriba; cuando usted lo sienta en la boca o abajo en los compañones, me va a decir: ¡ya!, ¿me entendió?

-Si, señor.

-Estoy listo, doctor.

Sacó éste el reloj del bolsillo y fijándose en él dijo: ¡ya! Al mismo instante el practicante movió el émbolo de la jeringa colocando la inyección.

Un momento y el enfermo avisó ¡ya!; el doctor anotó el número de segundos, comentando con los otros en voz baja.

-Ahora le voy a colocar otra inyección, ¿conoce usted el olor a éter?

-Si, señor.

-Bueno, cuando sienta en la boca olor a éter va a volver a decir, ¡ya!

-Estoy listo, doctor.

Se repitió la historia, pero ahora el enfermo tardó menos en su aviso.

Los médicos cuchicheaban entre ellos.

Habían terminado sus exámenes y estaban listos para recetar. El jefe, poniendo su mano sobre el hombro del 17, le dijo:

-Estése tranquilo, le vamos a hacer una pequeña sangría y le voy a dejar unas obleas para que esta noche pueda dormir tranquilo.

-Gracias, señor.

Regresó el practicante con una gran copa de vidrio graduada en un costado. Traía además una especie de sábana y solicitó un diario viejo.

-Ya, mi amigo -le dijo al viejito de los canos bigotes, le voy a hacer una sangría y usted va a quedar como nuevo. No va a sentir nada porque tiene unas venas, ¡que ni de encargo estarían mejor para esto!

Un ¡ay!. El trocar penetró y un chorro de sangre saltó al papel, de ahí se escurrió en un hilo que caía dentro de la copa graduada.

-Esta disminuyendo el chorro, empuñe la mano y suéltela, tenemos que enterar 350 gr. y apenas llevamos 200.

El 17 de repente dio un bufido moviendo los pelos de su bigote como si estornudase.

Se enteraron los 350 gr., el practicante llevó la copa y la sábana y llamó a Pacheco para que asease el suelo.

El 18 tocó el timbre-practicante, llegó éste sin delantal, haciéndose el nudo de la corbata.

-¿Aquí llamaron? ¡Putas que son jodíos! ¡ni vestirse lo dejan a uno!

-Y usted don Aliro ¿hasta qué hora me va a tener con el termómetro?

-¡Bah! se me había olvidado, 18.

Infantiles, todos celebraban el chasco.

-¿Cómo se siente, compañero, después del remedio?- preguntó el 19 al nuevo paciente.

-Mucho mejor, si ahora respiro y puedo hablar sin ahogarme ¡era algo insoportable lo que me pasaba!, con decirle que tuve que ir a la Asistencia, me pusieron una inyección y me querían mandar sin más trámites al hospital. Yo no aguanté, tenía que avisarle primero a mis patrones. Entonces lo llamaron por teléfono a la tienda, lueguito estaba don Emilio al lado mío, ahí arreglé con él. Se portó muy bien, me pagó sueldo completo y quieren que tome la representación de la casa recorriendo el norte. Por ese lado estoy muy contento. Con todas esas garantías me he venido tranquilo, dispuesto a ponerle toda la tinca por sanar. No tengo nada más que 56 años, estoy pelado y canoso, pero esto es de familia, no por los años. Ahora que me siento bien voy a tratar de dormir un rato, hace más de una semana que estoy pasando malas noches.

-¡Qui'ubo 13!, ¿ha pensado en el cuento para la noche? A usted le toca ahora; desde la otra semana que está sacando el cuerpo.

-No tenga cuidado, compañero 18, que esta noche pago mi dita.

-Entonces yo me descarto-dijo el 11-, no me gusta estar en deudas; después si uno se muere y no lo perdonan, el ñato de San Pedro le pone tachas para la entrada.

-Camaradas, mientras se obscurece un poco, hay que entretenerse en algo, que no nos vamos a pasar todo el tiempo mano sobre mano, pensando en nuestras cosas, eso es empequeñecer mucho la vida y el horizonte de nuestras aspiraciones.

-¡Olé tu mare!- grito el 18 haciéndose el español.

El 15 saludó con un movimiento de cabeza, sonriendo al de la exclamación. Y continuó:

-Yo, con las pocas luces que Dios me ha dado y las pequeñas que he podido aprender por mi cuenta en el rodar tierras que ha sido mi vida entera, me he preocupado siempre de esta causa constante de disgustos que es la relación entre el patrón y el obrero, y hablando más en consonancia con la revolución española, entre el capital y el proletariado. He cavilado, mis amigos, y también como a don Quijote se me han ido las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio. Pero yo he tenido éxito y he encontrado la solución de mi problema y estoy seguro que si mi proyecto se lleva a la práctica, se acaban las huelgas, miserias y todos estaremos contentos.

-¡Agarrarse, por donde se descolgó el 15! ¿Conque usted tiene la solución del problema social; y estaba tan tranquilo y callado, y para colmo, en aislamiento? ¡No hay derecho!

El que hablaba era el 18. Valdebenito los contemplaba y al verlos tan serios no sabía qué pensar. ¿Cuál sería el loco? Para salir de dudas dijo:

-Siga adelante, señor Carmona, me tiene usted entusiasmado y si no es indiscreción, le rogaría a usted que nos dijese algo de ese su proyecto.

-Que indiscreción no lo es, pero explicárselos a ustedes en todos sus detalles y en todo el complejo de su extensión, no es posible; necesitaríamos conversar varias noches y así aún no terminaríamos. Confórmese usted con saber que es el non plus ultra de lo bueno y que ya tenemos aquí en Santiago más de trescientos núcleos de cinco individuos cada uno; es algo sencillo, hermoso y que no admite discusión, porque la verdad no se discute. Sirva un ejemplo de prueba: ¿Cuántos carabineros, soldados, marineros hay en el país de capitán a paje? Cualquiera de ustedes puede decirlo y yo le explicaré un punto del proyecto. Ya que todos se callan yo les daré un número.

El 11 lo interrumpió:

-Pongamos cincuenta mil por todos.

-Bueno, aceptemos ese número de cincuenta mil que yo me sé que son muchos más; cada hombre debe ganar término medio, pongamos quince pesos al día, son entre todos ¡750.000 diarios. Pues señores, en mi proyecto se suprimen carabineros, soldados y marineros y esa plata se dedicaría diariamente a comprar ropas y alimentos para dárselos a quienes los necesitan; así al 21 por ejemplo le daríamos calzoncillos que yo he visto aquí cuando se viste que no los usa.

-Permítame una interrupción -gritó el 21-. Yo no me pongo calzoncillos porque sólo voy al W.C. y no vale la pena vestirse bien para ir dos puertas más allá y por un momento, pues en seguida vuelvo a mi cama. Tampoco me pongo calcetines, no los estimo necesario. Y para probar que ambas prendas las tengo, las muestro.

-No se amostace, hombre, que yo no he querido decir que no las tenga. Yo sólo he querido dar una demostración y para ser mejor comprendido me pareció oportuno el ejemplo que di, no se me ocurrió que podía molestarle, ese no ha sido mi propósito y con lo dicho espero esté usted satisfecho. Lo que yo he hablado de mi proyecto, no es

nada con lo que aun me queda por decir. Vamos a ver, ¿ a cuánto asciende el presupuesto nacional?

-La cifra exacta la ignoro, pero aproximadamente deben ser unos 1.500.000.000 -contestó el 21.

-¡Vea usted qué sumita!, todo se ahorra en mi proyecto y aquí mis amigos no paran las ventajas. ¿Cuánto creen ustedes que gastan las municipalidades del país, sumándolas todas sin excepción? Veo que ninguno se atreve a dar una cifra; yo recuerdo que en mis cálculos era un poco más que el presupuesto nacional. Son entonces otros $ 1.500.000.000 a nuestra disposición. Veamos ahora qué se hace con esta fantástica suma de dinero, pues señores dos tercios de ella o sea $ 2.000.000.000 los dedico a pagar cuota a los extranjeros como indemnización por haberles confiscado todas las minas de cobre y el salitre y todas las empresas de luz.

-¡Bravo, muy bien 15!, ¡bravo, muy bueno, muy bueno!

El 22, el 11, el 13, y el 14 eran los entusiastas.

-¡Ese es proyecto!; la pampa salitrera para nosotros; nos pasamos toda la vida trabajando en ella, gastando los pulmones, hasta que no damos más; entonces enfermos, pobres y sin fuerzas nos mandan para el sur. ¡La pampa para nosotros, eso está muy bien!

El 14 había hablado; era para maravillarse; luego siguió el 13.

-Se me figura que el proyecto del compañero 15 no va a poder hacerse. Apenas sepan los yanquis se lo compran o lo matan, como lo hicieron con mi compadre Fidel; este hombre era muy entendido en la revoltura de mixtos, era medio químico el gallo, de ahí con lo que sabía logró inventar unos polvos, como los de persia, esos polvos se echaban al agua y se tenía bencina, lo supieron los gringos y se lo quisieron comprar, ¡qué esperanza que iba a aceptar, compañeros!, si el otro era roto fino, chileno hasta

los huesos, ¡no aguantó na pamplinas!; lo malo fue que se descuidó y un día amaneció muerto, le hicieron la autosia y salieron que había muerto de un ataque de tanto tomar. ¡Son muy ardilosos! No tomaba casi nunca, por allá a lo lejos, pero muy a las perdía, pa San Juan, para las Carmelitas, para el Dieciocho u otra fiesta muy soná, se daba sus parrandas de un par de días, ¡y eso era todo!, ¡son muy habladores y exagerados!, ¡qué se iba a morir de tomar, lo mataron por el invento!

El viejito 22 no pudo contenerse y comentó dirigiéndose al 21:

-¡Habiloso el coño!, ¡sería bueno para los pobres lo que él dice!

-Lo único malo que le encuentro al asunto es que yo perdería mis años de servicio y ya llevo 12 años en Carabineros, pero, ¡no importa!. ¡con tal que el cobre y el salitre sean de nosotros! -comentó el 11.

-Oiga 15, y si toda la plata se gasta en pagar las cuotas de indemnización, ¿de adónde se saca plata para los otros gastos?- preguntó el 18.

Consternación en la cara del 11, 13, 14 y 22; el 17 duerme, el 19 concentrado piensa y el 21 sigue meditando: "¿Quién será el loco?"

-En poca agua se ahoga usted, mi amigo; usted no se ha tomado la molestia de meditar bien mi proyecto; así son todas las críticas, cuando se les propone algo y ven que es bueno, ¡vamos encontrando peros!, y poniendo dificultades! Sí pues, amigo 18. Usted debe estudiar a fondo las cosas y de no que lo digan los compañeros, ¿tengo yo razón o no?

El 11, 13, 14 y 22 demostraban claramente que estaban de acuerdo con el español. El 14 habló:

-Si 18, hay que entender las cosas antes de encontrar las malas.

-¡Esto sí que es bien curioso!, hago una pregunta para

imponerme y me salen con el cuento que no he estudiado el proyecto, que no me he tomado esa molestia, ¡y que sé yo cuántas leseras más! Dígame, cualesquiera de los compañeros, ¿cuál es el famoso proyecto?, o por lo menos que me digan, ¿quién lo sabe?

Nadie contestó.

-¡No ve 15?, ¿cómo putas quiere que yo estudie su plan, si no se lo ha dicho a nadie? ¡Para mi que usted quiere irse por la tangente! El asunto es que usted no sabe contestar mis preguntas y es por eso que me sale con lo de las críticas malintencionadas. ¡Conteste lo que yo le pregunto y déjese de pamplinas!

La enérgica respuesta del 18 hizo nuevamente titubear al grupo de los entusiastas.

-¿Usted me pregunta con qué dinero se van a hacer los gastos si la plata del presupuesto nacional y de las municipalidades se invierte en las indemnizaciones? La respuesta es muy sencilla: con lo que producen las salitreras y las minas de cobre no sólo se paga sino que también sobra.

Triunfo completo del 15, entusiastamente celebrado por sus admiradores.

El 19 toma la palabra:

-Yo no soy un entendido, ni mucho menos un perito en estos asuntos, pero a mis pocos alcances algo me hace comprender que las cosas no son tan simples y sencillas. ¿Dónde está la falla? No sabría decirlo, pero no me cabe duda que existe.

-A mí me parece más conveniente no discutir las posibilidades de realización de este detalle del proyecto; lo más interesante es el proyecto mismo, de él debía decirnos algo para irnos familiarizando- . El 21 hablaba...

-Ya les he dicho que no es posible dar una explicación porque es muy larga y se necesitan unos dibujos que he hecho, donde con círculos negros y sus letras correspon-

dientes, se clasifican a los industriales según lo que hace, se les agrupa y estos grupos se seleccionan en nuevas agrupaciones que tienen delegados, y estos delegados se juntan con otros y todos juntos nombran representantes y así en una selección sucesiva se logra tener al representante de los productores. En la misma forma se procede con los obreros de las diferentes actividades y así se llega a tener el representante de los obreros industriales, lo mismo se hace en el ramo de la agricultura y ya tenemos cuatro hombres elegidos que se unen a un quinto, que es el representante de los bancos. Ellos mandan, lo que ellos dicen es la ley, los precios que ellos fijan son los precios que se pagan, y como nadie discute y todos obedecen, todo marcha como sobre rieles y el pueblo es feliz.

-Dígame 15, ¿esos cinco señores son para todo el país o para una parte de él? -preguntó Valdebenito.

-El país se divide en 10 zonas, según sus producciones, y se forma el consejo que lo rige por 50 miembros. Ese consejo es inapelable.

-Otra pregunta, 15. Entre los miembros que forman el consejo hay 20 representantes de los obreros; de los industriales y agricultores 20 y de la banca 10. ¿Y los consumidores?, los que compramos, ¿no tenemos derecho a ser representados? ¿no cree que esto es una injusticia?

-No, señor, no hay tal injusticia, que mi proyecto está estudiado desde todos los puntos. No están representados los consumidores, porque forzosamente todos los miembros son consumidores, lo que significa que para cada producto hay 49 representantes de los consumidores y no es posible aumentarlos más.

Hasta aquí llegó la discusión; se estaba poniendo muy difícil y latosa y los enfermos daban muestras de estar aburridos.

Manuelito repartió el agua caliente un poco más temprano; el 17 ya despierto aceptó la oferta del 18, pidió

agua y pudo hacerse de un buen jarro de té. Se localizaron algunas conversaciones de cama a cama entre vecinos, y apenas se recogieron los jarros, empezaron los reclamos:

-Ya pues, 13, pague su deuda.

-¡Qué me e'moro!/

-Yo, compañeros, he sido roto muy andariego. No tenía 12 años cuando falté de mi casa y me las empecé a batir por mi propia cuenta. Me han pasado chascos que creo que ninguno de nosotros ha corrido. Una noche caminó el diablo delante de mí más de dos horas y no puede darle alcance, ¡pasé susto esa vez!, pero no lo puedo comparar con los que pasé en esta misma sala. No hay ninguno de nosotros que no haya oído su historia de ánimas en pena, aparecidos, entierros u otras cosas de la misma laya. Pero, ¡yo apostaría quizás, con seguridad de ganar, a que ninguno ha sentido penar a plena luz del día y oír la voz del ánima.

Todos estuvieron de acuerdo en que, caso tan extraordinario; no les había pasado a ninguno. El 13 había captado el interés, y todos escuchaban entusiasmados.

-Esta famosa enfermedad cardíaca que tengo me ha obligado a venirme al hospital cada tres o cuatro meses. En una de estas estadas me pasó lo que ahora voy a contar. Fue en esta misma sala y como a fines del año pasado. Me tocó a mí la cama número 17; en la 16 había un hombre como de sus cincuenta años, ¡bueno el cristiano divertido!, ¡nos tenía riendo todito el día! Hasta los doctores no se podían poner serios con él. Después se supo que este gallo había sido tony de un circo muy nombrado por ahí por el Mapocho; eso se vino a saber por un enfermo que llegó a la cama 11 y que también era artista de circo. No venía na muy grave este gallo, de ahí que la de chijetes y bromas era para morirse riendo y para cansar a un santo. En la cama 12 había un español muy enfermo del corazón; lo tenían a régimen sin sal ni carne; el coño no hacía caso y

cuando tenía visitas de su casa se daba unas panzadas de pollos y otros comistrajos apetitosos que llegaba a dejar pasado la sala con el olor. Como el español era muy recicatero, el 16 con el 11 se llevaban enbromándolo. Una noche el 16 contó una historia de aparecidos que a él le había pasado siendo chiquillo por allá por Chillán. No fue más para que el 12 se enfureciera y empezase a ensuciarse en la Virgen, en Dios y en todos los santos, jurando y rejurando que todas eran pamplinas de ignorantes y falsarios. Molesto el 16 por la interrupción le dijo:

-Si yo me muero le voy a venir a penar y de día y delante de todos para que aprenda a ser mal hablado.

El 12 se rio burlándose.

Como a los tres días después, serían cerca de las cinco y media cuando el 16 gritó dos veces pidiendo practicante. El mismo coño tocó el timbre harto rato; tardaron muchísimo en venir con el asunto de que era la hora del cambio de los de día con los de noche. Se produjo la demora; le pusieron inyecciones de alcanfor mientras llegaba "La Guardia". De espaldas, el pobre 16 resoplaba ahogándose; trajeron oxígeno y se lo llevaron para aislamiento; como a la media hora el practicante de la noche nos avisó que había muerto. La noticia llegó como plomo; todos nos callamos; la sala quedó sin bulla y hasta el apetito se nos quitó; nadie aceptó agua caliente; parecía que de repente nos habíamos empeorado más.

La primera noche no hubo novedades, ni en la mañana siguiente tampoco. Había concluido la visita de los doctores, y el mozo, después de almuerzo, estaba repartiendo el pan cuando pasando frente a la cama del 16, que estaba desocupada, una voz delgada dijo:

-Sin sal.

Le dio tal susto al que repartía que casi soltó la canasta; se alejó de la cama, y volviéndose pálido hacia nosotros nos preguntó:

-¿Sintieron ustedes?

Le dijimos que sí: todos habíamos oído clarito. Los comentarios duraron toda la tarde. El 12 decía que él no había oído nada; nos entraron dudas y ya no creíamos ni en nuestros propios oídos. Rezó la madre y como de costumbre fue preguntando uno por uno si nos faltaba algo. Cuando pasó frente a la cama del 16 una voz doliente la hizo detenerse espantada:

-Madrecita, nada de comida. -La monja sin decir palabra se santiguó y salió de la sala.

Los enfermos quedamos aterrorizados; esta vez era una monja además de nosotros, la que había oído. Se conversó que había muerto sin confesión; se recordó su promesa y nos pasamos todo el tiempo con los ojos fijos en la cama 16; ya nos parecía verlo; cuando apagaron la luz y encendieron la roja, era pánico más que susto el que teníamos. Habíamos empezado a conversar entre nosotros para darnos valor, cuando volvió a sonar la voz:

-12, 12, no te comas los pollos solo. Convídale al 11.

Si hubiéramos podido arrancar le aseguro que no queda nadie en la sala; sin saber qué hacer, cada uno por su cuenta se puso a rezar y se tapó hasta las narices.

Apenas aclaró nos despertó la voz del doce que gritaba:

-11, 11, toma medio pollo, hombre.

¡Estaba reasustado el español!

Cuando pusieron los termómetros todos teníamos fiebre.

Le dijeron al doctor jefe y éste vino a la sala y el pobre doce tuvo que contarlo todo, incluso lo del pollo. Lo retó el doctor por no cumplir el régimen, y le quitó el fiambre que le dio al 12.

No creyó lo que le dijeron porque antes de irse con su vozarrón dijo:

-Si vuelve a pasar algo parecido, tomaré otras medidas.

El día se pasó con toda tranquilidad; no penó nadie y concluyeron los sustos. En la noche lo mismo, nada de penar. Así pasaron como tres días muy tranquilos. Ya ni conversábamos del chasco. El viernes en la mañana el mozo que hacía el aseo nos preguntó:

-¿Cómo pasaron la noche? Le contestamos que bien, sin novedad.

-¿No ven?. El doctor se botó a ronco y le entró el habla al ánima. Y riéndose solo siguió sus barridos; cuando llegó a la cama 16 que aun estaba desocupada se sintió un quejido y la voz dijo:

-¡Ay!... ¡Ay!...- despacito.

-¡Por la puta! ¿Qué diablos es esto?. Y tiró lejos el escobillón. El mozo no quiso seguir barriendo; vino otro a continuar el aseo, y el primero se dedicó a sacar bacinicas, traer agua y lavar los escupitines.

Volvió el finao 16 a nuestra conversación; todo era hablar de él y de su muerte sin ningún sacramento.

Esperábamos el desayuno y estábamos todos callados, cuando nuevamente se sintió la voz, pero tan despacito y tan clarita que nos llegó a poner los pelos de punta:

-¡12, maldito 12, no te comas solo el queso, convídale al 11!

El español furioso gritó a toda boca:

-¡Maldita ánima, que me quitaste el pollo y ahora me arrebatas el queso! Once, allá va el queso. Y se lo tiró a la cama. -¡Maldita sea la mare que parió a ese 16! ¡Muerto y too, rencoroso viene a joerme!

La mitad de los enfermos seguía asustado y la otra mitad se reía de los garabatos del coño.

Pasado un rato todos hablaban de pedir el alta. El practicante, que estaba oyendo, nos aconsejó que nos

esperásemos a ver qué hacía el doctor cuando supiese lo que pasaba.

Apenas llegó, vino a la sala, se le contó todo, retó enojado al 12 por comer queso y se estuvo paseando un buen rato; después ordenó que se llevasen a aislamiento al 11.

Cuando volvió nos dijo que no tuviésemos miedo, que ánima no volvería. Así fue: no nos penaron más.

Como a la semana después dieron de alta al 11, y vino a despedirse.

Unos días después estábamos contando al nuevo 16 lo que había pasado, ¡estaba reasustado el viejito!, quería irse si no lo cambiaban. Llamaron al practicante; entonces éste le dijo:

-¡No sea tonto, abuelo!, si no ha habido tal ánima en pena; lo que pasó fue que a esta cama llegó muy grave un tony, y a la once después llegó un artista de circo, de esos que hacen hablar muñecos; ellos hablan con el estómago y parece que fuese otra persona la que lo hace. Por darle una broma a los compañeros lo hizo simulando ser el finao y como castigo el doctor lo dejó en aislamiento.

-¡Mi mare, a ese 11 onde lo pille me tiene que pagar mi pollo y mi queso o le doy una paliza como nunca le han dado a un cristiano!

¡Puchas la de risa que se armó!, ¡habíamos llegado a transpirar cuando hablaba el ánima

Le celebramos la broma al compañero 11 todo el día; al 12 se le pasó el enojo, cuando se dio cuenta que el 16 no había cumplido su promesa; esto significaba que podía seguir con sus garabatos para la Virgen y Dios.

El 13 había pagado su deuda, dejándolos a todos contentos; y como con las risas se les había ido el sueño, decidieron de común acuerdo conversar otro rato. Chascarrillos criollos y cuentos del ingenuo y candoroso don Otto, fueron los temas. A Valdebenito le extrañó conocer-

los casi todos; sólo dos contados por el 11, como si él fuese el protagonista, eran inéditos para él; los demás o eran demasiados viejos por los repetidos o transformaciones burdas de cuentos de Bocaccio. Hablaba el 11.

-Estaba chiquillo cuando pasó este chasco. Vivía con mis padres en una hacienda que hay en el Cajón de Maipo y estábamos a más de cuatro leguas del pueblo; el patrón, el dueño de las tierras, tenía un hijo guaina crecido ya y muy diablazo. Un día me llamó para un lado y me dijo:

-Germán, tú te sacaste el premio de historia y geografía, así que tenís regüena memoria; te voy a mandar al pueblo, no se lo vas a decir a nadie, me comprarás en la botica unos papelillos y el nombre lo vas a aprender de memoria; me dijo lo que era, me hizo repetirlo varias veces y en un caballo del lechero salí trotando para el pueblo. Por el camino me repetí varias veces el nombrecito; después ya más seguro de que no se me olvidaría, me fui pajareando como si nunca hubiese andado por ese camino. Llegué al pueblo y a la botica y cuando fui a comprar se me había olvidado el nombre, ¡no hallaba qué hacerme de afligido!; pensaba y pensaba y sin poder acordarme.

-Ya pues, chiquillo -me dijo el boticario-; ¿qué es lo que querís?

No, me quedó más camino que contarle que se me había olvidado el nombre.

-¿Y no sabís pa qué es?

-No señor - le dije-; lo único que me acuerdo es que el nombre entero parece que dijera "péscame ñato".

Se río el de la botica y quedamos donde mismo. En ese momento entró el patrón viejo; se había parado para ver quien andaba en el caballo del lechero. Después que se saludó con el farmacéutico tuve que contarle lo que me pasaba. Se rio un buen rato, porque era buenazo para mostrar los dientes.

-¿Será permanganato?- me dijo.

-Eso es, patrón - le contesté yo.

-¡Este sinvergüenza se ha metido con la Melania!

Fue lo único que reflexionó; ¡quizás cómo sabía que ella estaba enferma!; la tal Melania era la hija de la llavera.

El 11 siguió contando un segundo cuento.

-Había una veterana muy viejaza, muy trabajadora y buscavidas; tenía seis gallinas y un gallo, viejo también pero no tanto como ella; linda la avecita de cola colorada atornasolada y de unas estacas que se llegaba a enredar cuando estiraba el ala y hacía la rueda; la vieja entre tantas cosas que poseía, tenía también su viejo. Querendona la señora, el veterano lo pasaba a cuerpo de rey, no trabajaba y se lo llevaba de fiesta en fiesta, con gran descontento de la esposa que no podía desimular los celos.

En esos años y por esos lados la fiesta de Cuasimodo era muy linda; se corría a Cristo y se quemaba a Judas; la señora de mi historia aprovechaba las fiestas para matar un chancho gordo y además hacer un ollón de humitas antes que se secasen los últimos choclos. En esa ocasión, cuando pasó lo que estoy contando, el viejo comió chancho y humitas en forma que era vicio; resultó, lo que tenía que resultar: en la noche los retorcijones de guata y la de calambres en las tripas hacía bramar al hombre; se hinchó; parecía buey empastado; a los dos días después estaba muy grave. Las agüitas caseras no le habían servido de nada. La señora, afligida y sin saber cómo sanarlo, hizo llamar a una meica que había en el pueblo; le mandó un propio con caballo ensillado para que viniese. Era más de la oración cuando llegó la entendía; después de pulsearlo, verle las aguas, dijo que era empacho, que se lo iba a quebrar y a darle otros remedios para que en dos días más pudiese andar por sus piernas. Lo puso de guata y en una de manos hizo una mezcla de romero, ceniza, sebo de vela y algunos escupitos; empezó con eso a rezar y a sobarle el lomo hasta la misma cola: lijerito se le soltaron los vientos,

parecía redoble de tambor como sonaban; descansó su poco el enfermo, transpiró y se quedó traspuesto; la mejoría estaba a la vista. La meica, debajo de la pollera y encima de los refajos, llevaba un bolsico con yerbas y polvos que ella recetaba; de ahí sacó lo necesario y dijo:

-En un tiesto mediano pone agua a calentar hasta que suelte el hirvor; entonces y solo entonces echa estas yerbecitas y las tiene en el agua hirviendo hasta que concluya de rezar un creo de agonizante; retira un poco el tiesto del fuego de modo que no se vaya a enfriar y al aclarar, apenas cante el gallo le coloca con esta agüita bien caliente que apenas la pueda resistir, una lavativa.

Le pagó la visita y el propio fue a dejar a la meica para traerse el caballo.

Las lavativas en esos tiempos y por esos campos se ponían con una caña y una vejiga de vacuno.

Al otro día por la mañana las lamentaciones de la veterana se oían por todo el vecindario; decía:

-Mi marido, mi infeliz viejo se ha muerto. ¡Qué va a ser de mí, y mi avecita, mi pobre gallo sin ser él el goloso, también se ha muerto...!

La vieja lesa le había puesto la lavativa al gallo.

Un "buenas noches" y los enfermos velados por la luz roja buscaron su descanso.

El 17 amaneció locuaz y contento; había dormido toda la noche y no sentía ni ahogos ni cansancio; estaba feliz. El 18 lo acompañaba en su alegría; esperaba que le diesen el alta, e irse a las doce. Su mujer vendría a buscarlo.

Don Omar, el practicante, entró, ejecutivo.

-Apúrese en tomarse su desayuno, 21, que tiene que ir a Rayos Central. Y usted 15. ¿Está en ayunas como se le dijo ayer? Lueguito lo voy a pinchar. Séquese el sudor, 13; este enfermo aunque esté nevando, transpira y transpira y ningún día logra tener ni un litro de orines, siquiera.

Pacheco, el mozo, fue a buscar el carro y Valdebenito otra vez tapado hasta las narices, conducido a Rayos Central.

Al 21, tendido, le venían ahogos; iba muy molesto en esa posición. En el pasillo del primer piso encontraron al doctor de la sala; detuvo a Pacheco; el 21 aprovechó para decirle:

-Señor, ¿por qué no me permite ir sentado?. Me ahogo tendido.

-No, no, se puede pescar un resfrío; tiéndase sobre el costado derecho y se sentirá bien.

El doctor continuó su camino y Valdebenito obediente se tendió sobre el costado derecho, pensando: ¡qué bella es la ciencia, ordena y prevé el resultado! No sólo le continuaron los ahogos sino que le vino un acceso de tos que lo congestionó. Volvió a su primitiva posición sobre el costado izquierdo, se acabó la tos y no pudo menos de pensar: ¡qué bella es la propia experiencia...!

Llegan a la sala de espera de Rayos Central, acomoda en un rincón Pacheco el carro y le dice:

-Oiga, 21, voy a entregar los papeles y hablar con el empleado que es conocido mío, y ojalá lo pasen de los primeros, que si no lo tienen hasta la una por lo menos.

Grande la sala, inconclusa, tiene asientos para cinco o seis personas, y hay ya una abigarrada multitud esperando. Unos en carritos-ambulancia, tapados casi hasta las orejas, sólo dejan visible parte de la frente y narices y es uniforme la mayoría por lo pelado de los cráneos. Al entrar al hospital le cortan el cabello al cero; otros en sillas portátiles de inválidos y los más esperan de pie, teniendo un papelito entre las manos juntas, mientras sus miradas, sin fijeza, van indecisas de uno a otro, sin detenerse en nada; están anonadados; la inquietud por lo que les espera los tiene semitemblorosos; la ignorancia les produce una tensión que los absorbe por completo.

Aquellos que nunca han sabido nada de rayos, preguntan y al enterarse que les sacan fotografías de los huesos, que les ven el pulmón, el estómago, piensan en el dolor que esto debe causar, disimulan su temor, para no quejarse. La ciencia es para ellos algo terrorífico y formidable.

Se asoma un muchacho moreno, algo crespo, cubierto con delantal y medio, trae un papel, lee:

-Manuel Valdebenito, Juan Gallardo, Candelario Flores y Cristina Sandoval.

Se apartan a un lado los nombrados; el moreno conduce el carro del Valdebenito; de atrás, en fila india siguen los demás; se entra por un pasillo oscuro y llegan a una pieza donde hay dos señoras y una serie de aparatos imponentes. Valdebenito piensa:

¡Valen los amigos! El primero de la lista por influencia del mozo.

-A ver tú -dice una señora de cara blanca, señalando a Juan Gallardo: -desnúdate de cintura arriba, quítate escapularios y medallas y fuera con ese cinturón.

Desnudo el torso lo obliga a colocarse delante del aparato. Ahora dirige al paciente una morena que viste menos elegante que la blanqueada dama de ademanes autoritarios; dice:

-Afirme aquí su pera, levante la cabeza y acérquese sin miedo; ponga las manos en la cintura, baje los hombros y respire hacia dentro lo más que pueda.

Observa los omóplatos y sigue:

-Respire lentamente hacia afuera, ahora fuerte y profundo hacia dentro. ¡Muy bien! Ya sabe lo que vamos a hacer; ahora empezamos a trabajar, cumpla mis órdenes. Respire hacia dentro profundo, lento hacia afuera. ¡Listo!, póngase su ropa.

Sin respetar el orden de llamada, pero no influenciadas por pedidos extraños, siguen trabajando. Cambian la placa

y la blanqueada señora de elegantes ademanes dice:

-Este que se vaya preparando; sácate ese trapo que tienes en el pescuezo.

-Este trapo se llama bufanda, majestad.

En la luz de la pieza se agrandaron los ojos de la gorda sorprendida, que se alejó callada, gelatinosa, con su extraño contraste de medias negras y zapatos blancos.

Molesto por el tuteo, Valdebenito cumplió marcialmente las instrucciones de la morena, volviendo sin ayuda a su camilla... Ya desocupado, le ordenaron esperar en la sala; era necesario revelar la placa y ver si se debía tomar otra plancha.

Mientras ha estado en el laboratorio, el número de postulantes ha aumentado; ahora son muchos los que esperan. Las sillas con ruedas y los carros portadores de enfermos impiden el movimiento con el desorden de su colocación. Una muchacha de cara pálida, de una lividez desesperante, mira con vaguedad, perdida tal vez su atención, dentro de su propio pensamiento; se muestra indiferente a sus narices que a través de dos algodones destilan, despacio, gotas de sangre en un escupitín que ella sostiene en una mano; todos la observan; las gotas rojas son imanes de atracción; las mujeres comadreras la miran y conversan sobre ella, la vuelven a mirar y siguen conversando. Perdida tras un carro, Valdebenito divisa diminuta, apocada, a la vieja con facha de bruja, la que nunca había tenido cintura y cubría su cabeza pelada con la sucia cofia. Ahora no estaba a su lado la enfermera de atractiva sonrisa y ondulante silueta. Lo había abandonado su hada madrina; tendría que esperar como lo hacían todos. Los enfermos de los carros, resignados, pacientes miran, y en sus rostros impávidos no hay muecas de dolor ni de ansiedad. Por el pasillo que va a los pabellones y donde falta la mampara, a veces se rompe el silencio: son visitantes que pasan, parejas que conversan alegres, miran

sorprendidos una mueca triste, algunos se alejan cabizbajos, otros siguen sonrientes; atrás queda acorralado el ganado enfermo e inquieto.

Le anunciaron que estaba desocupado, que vendría a buscarlo; la placa había salido bien.

Nuevamente en su cama se acerca el doctor:

-¿Qué hubo 21?, ¿cómo le fue?

-Bien, señor.

-¿Se le quitó el ahogo siguiendo mis instrucciones?

-Si señor, algo descansé.

-¿No ve?, ¡si para algo estudia uno! Luego vengo a examinarlo; tengo que terminar con el 17.

El 18 en pie se preparaba para irse; le habían dado de alta y feliz repartía generoso los alimentos que guardaba en el velador. Azúcar y té para el 14, aceite con el frasco al 13, poco más de la mitad de un tarro de cocoa Raff al 22. Unas revistas viejas para el 15 y un paquete con duraznos fue distribuido entre todos.

El doctor, después de examinar minuciosamente al 17 y hacer la historia de su enfermedad, fue a ver al 21. Lo ha encontrado mejor; el ruido de Galop ha disminuido; los exámenes de sangre son buenos; sólo la orina indica que el riñón está enfermo, el régimen sin sal tiene que ser riguroso y para que sea menos pesado acostumbrarse le trae un frasquito con Selaron, un sustituto. Agradecido Valdebenito se siente profundamente conmovido por la atención; es indudable que a pesar de sus modales bruscos es hombre de corazón bien puesto. Se hace el propósito de no adelantar juicios.

La doctora tuvo un serie disgusto con el 14; el examen de orina indicaba que comía sal y no era posible que ella se sacrificase por salvarlo, si él no cumplía el régimen.

El 11 y el 13 están condecorados; la ficha roja se destaca en la planchita niquelada de sus números: tienen derechos a estar en pie.

Los doctores se fueron más temprano. Hay reunión general. Se hace una vez por semana; en ella presentan los casos interesantes para el estudio en conjunto.

El 19 listo acomoda sus útiles y ropa; recién le avisan que ya tiene cama en la sala de Cirugía, donde lo operarán de la fístula. Reflexionando en voz alta dice:

-¡Qué diablos!, cuando uno está viejo se acostumbra en una parte y teme las novedades. Yo me sentía muy bien con todos los compañeros; sé que las otras salas son menos confortables y quizás cómo será el médico que me toque. ¡Qué le vamos a hacer...!

Repartieron el almuerzo y Valdebenito tuvo oportunidad de probar el Selaron. ¡No estaba malo!, quedaba un pequeño gusto ácido, una insignificancia.

El 17 charlador comentaba:

-¡Me gustó el doctor! Minucioso me averiguó todo, se conoce que el hombre quería imponerse de los antecedentes para dar con el "quid" de la enfermedad. ¡Me gustó! Me siento con fe en él, creo que este hombre va a ser capaz de mejorarme, Lo malo es que me dejó sin comer nada hasta mañana, ¡en fin...!, ¡por esto no nos hemos de morir!

-¡Le digo a usted que es un borrico!, ¿cómo se le ocurre ponerle sal a lo que le paso?; le he dicho que tenía un poquitín, lo indispensable, para que agrade al paladar, ¡si no sabré yo lo que me hago y ordeno en mi casa!

-¡Pero, compañero 15, si yo no le he puesto sal porque no tengo ni un grano! Me comí los pedacitos de pollo y la ensaladita tal como me la pasó. Lo que hay es que a usted no le han hecho examen de orina.

-No, señor, que la doctora para conocer si uno ha comido sal no necesita de examen de orina. Días atrás me tomó la presión y me dijo: Usted ha comido con sal, 15. Y así era.

Pacheco entra a la sala y dice:

-Les anuncio que Diego se va de vacaciones y va a reemplazarlo un mozo reguapo.

-Me alegro-comentó el 15- que se vaya con su canto a otra parte, que cuando viene aquí a barrer y se pone a cantar esa canción del pájaro, de la jaula y el nido, es para matarlo a palo, ¡hombre, que tener todos los días que aguantarle su canto, es un suplicio que ni en la Inquisición de mi patria no ha habido igual! Yo toco la bandurria, el mandolino y punteo bastante en la guitarra, y todavía cuando estoy un poco alegre entono mis coplitas, pero, si no lo hago bien no lo hago tan requetemal como ese hombre.

-Eso no es nada-habló sonriendo el 11-. El ñato es tonto, se cree bonito, todos los días de visita, poco antes de las dos, se afeita y se empolva, dice quedar volteador, que no hay chiquilla que no lo mire. Cuenta las conquistas por docena. Cuando venga le voy a tirar la lengua.

Entró a la sala y el 11 cumplió su promesa.

-Diego, ¿de veras que se va a ir de vacaciones?

-¡Claro, pues, mi amigo!, hay que darle descanso al cuerpo, cuatro años que no voy a mi casa, ¡trabajar y trabajar!

-¡Bueno con el hombre!, ¿y las chiquillas?, ¡va a quedar la pelería, lloriquea y lloriquea!

-¡Qué le vamos a hacer!, por su gusto, no más ha sido. ¡Nadie les hacía fuerza!

-¡No tiene corazón, usted! ¡Por allá por su tierra la "tendalá" irá a dejar también!

-Eso está por verse, que en habiendo ocasión no seré yo quien me eche atrás.

-Hombre que se bota a mujerero necesita buena bolsa con dinero. Si, señor. Lo sé por experiencia, que yo sería millonario si tuviese el dinero que me han hecho desperdiciar las faldas. -hablaba el 15.

-Yo llevo $ 500 y con ellos mi buen par de meses que voy a pasar; toco la guitarra, canto su poco, llevo un par de ternos como se pide, ¿lo irá a pasar mal este rotito?

-¿Y el enredo de la chiquilla con guagua?

-Ya le di cincuenta pesos. La vieja sabrá lo que hace.

Y se alejó cantando; venía la madre.

-¡Ah! ¡Ya! ¡Me alegro!, el 11 y el 13 en pie, ¿no ven?, portándose bien, rezándole a la Virgen se obtiene mejoría. Y usted 14, ¿cómo se siente?

-Madrecita, no puedo comer la comida sin sal, no me aguanta el estómago. En San Vicente me tuvieron dos meses con ese régimen, ya no voy a necesitar ni el cuero; estoy quedando en los puros huesos.

-¿Quiere que le mande un platanito y un poco de sémola con leche?

-Bueno, madrecita. Gracias.

-Y usted 15, ¿cómo sigue?

-Madre, yo estoy mejorando, pero muy sentido. El cura de los Pasionistas no ha venido a verme como es su obligación, soy su más antiguo feligrés y compatriota, y el organizador de la falange en su Parroquia; se lleva con recados con la mujer: Que dile a Carmona que esta tarde voy, que dile a Carmona que mañana sin falta sí que voy; y así de día en día y yo no le he visto las narices por estos lados.

-No, pues, 15. Hay que conformarse con la voluntad de Dios. Ese padre tiene mucho que atender en su iglesia, hay que disculparlo. Le voy a traer un librito muy bonito, escrito por un cardenal, se llama **Fabiola**. Leyendo buenos libros se aprende y se distrae.

-Y usted, 17, ¿va mejorando?, ¿cómo se siente?

-¡Como se píe, on Vito? -contestó feliz, restregándose las manos.

-¿Y quién es ese don Vito?

Sorprendido, rojo por la pregunta, sin saber qué contestar, se retorcía nervioso el bigote.

La monja, molesta, pasó, sin hablar a los otros enfermos. Se fue punteando el tiempo con el ruido de su llavero cantarino.

Llegó la señora del 18 a buscarlo, y mientras él se despide de cama en cama, ella disimulada le dejaba un par de pesos al viejito 22.

Llegó un carro-camilla y se llevó al 19, mohíno, triste: Con voz desconocida dijo:

-Hasta luego.

Arrastrando el catre trajeron desde Aislamiento al 16. Una cabeza enorme, pelada al rape, un gran cara peluda negra, tosca, y sobre la blanca sábana dos zarpas negruzcas. Era todo lo que de él se veía. Cuando el catre estuvo ubicado en su debido lugar, se sentó el enfermo dejando al aire, por la camisa que no alcanzaba a cruzarse, el pecho velludo, fornido: parecía un gorila.

-¡Ah! Volvió usted también de allá.

-Sí -más parecía gruñido que palabra.

Era hora de comida cuando despertando a los que aun quedaban somnolientos, entró el carro con un enfermo que se quejaba en alta voz:

-Mi mare, ya me reviento ya, sáquenme el agua, sáquenme el agua.

El portero que traía el carro lo guió hasta el costado de la cama 18. Llamaron al practicante. Acudió don Aliro:

-¡Hola, mallorquino!, ¿otra vez por aquí?

-¡Ah! Don Aliro, ahora sí que me muero de hinchado, me he aguantado afuera lo más que he podido, mes y medio y vea usted como vengo.

-Sebastián, pásate a tu cama para que este caballero se pueda llevar el carro -y los que miraban vieron el fenómeno de un hombre chico que se movía en cuatro

patas, con una barriga grotesca, inverosímil, asquerosa por el volumen. Ya acostado el practicante le tomó el pulso y le preguntó:

-¿Te sientes muy afligido, mallorquino?

-Si, llame a "La Guardia".

Llegaron los mismos médicos de la vez anterior, pero ahora casi ni se consultaron; saludaron al enfermo como antiguo conocido y los dos practicantes prepararon lo necesario, y rato después por el trocar clavado en el estómago, salía un chorro de agua que se acumulaba en un jarro de vidrio; cuando estaba casi lleno el recipiente lo cambiaron por otro y después otro. Total dijeron que le habían extraído más de ocho litros de líquido.

Se desinfló como una pelota la barriga del 18, pero las piernas le continuaron hinchadas, con la epidermis brillante de lo estirada.

-¿Cómo te sientes, mallorquino?

-¡Uf! Muy descansado, ahora soy cristiano, que denantes era una sabandija, un sapo inflado.

En ese instante llegó un enfermo para la cama 12. Lo atendieron prolijamente, apuntaron los medicamentos y al retirarse le recomendaron a don Aliro:

-No se olvide decirle al practicante de la noche que le coloque cataplasmas al pulmón derecho, por lo menos unas dos.- Quedaron anotadas.

Cuando se iban, venían entrando el 11 y el 13.

-¿Y ustedes? -preguntó el doctor jefe.

-Venimos del comedor, señor.

-¿Y hasta qué hora les dijo el doctor que estuviesen en pie?

-Hasta las cuatro, señor.

-Son las cinco y media. Acostarse inmediatamente.

Un golpe de viento cerró la puerta y el 21 tuvo

oportunidad de divisar al nuevo 12. Sentado, abrigado con un charlón, parecía que ningún dolor le aquejaba.

El 17, contento, redonda y gordita su cara rosada, parecía un queso holandés con bigotes. Se mostraba deseoso de hablar.

-Don Sebastián -dijo dirigiéndose al 18-: así creo que se llama usted.

-Sí, señor, Sebastián Oliver, para servir a usted.

-Gracias, igualmente yo a sus órdenes, ¿cómo se siente con el poquito de agua que le sacaron?

-Pues, ya estoy bien, estando tendido en cama no hay malestar. Ahora que el doctor me deje una inyección o unas obleas para orinar y en cuatro o cinco días más puedo partir para volver al mes siguiente. ¡Si ya he perdido la cuenta de las veces que he estado aquí!

-18, hay un paisano suyo en la sala.

-¡Ah!, ¿sí? -y con una mirada de miope, frunciendo los ojos observaba todas las caras tratando de reconocerlo.

-No se canse, paisano, que usted no va a reconocer a un compatriota que casi es chileno.

-Se le saluda, paisano, ¿y de qué parte de España es usted?

-Yo nací en Barcelona. Mi padre era andaluz y mi madre catalana.

-Yo soy mallorquino.

-¡Y de qué le vino su enfermedad, 18?

-Es historia larga de contar, pero la verdad es que me vino de mal genio.

Ni adrede que hubiera sido, la señora Angela, la practicante jefe del pabellón, entró, dijo "buenas tardes" y fue al lado del 18.

-Le advierto, Sebastián que a la primera pelea o disgusto que tenga con algún enfermito, lo hago llevar a Aislamiento y consigo que lo den de alta por mala

conducta. La última vez ya colmó la medida, llegar hasta dar un palo a un compañero, ¿dónde se ha visto atrevimiento igual? Agradézcale a Omar que lo defendió ,que si no se le come el otro.

-Pero, señora Angelita, si fue por defenderme.

-Bueno, sea como se sea., el hecho es que usted no me viene a formar camorras; usted es el pendenciero, sólo con usted son los disgustos; entre los otros enfermos nunca hay pelea. Ya está advertido.

La señora Angela, roja por el esfuerzo de voluntad desplegado, salió haciendo sonar los tacos de unos zapatos que en tiempos pretéritos fueron blancos.

Los enfermos quedaron pensando: ¡Cómo será de polvorita ese coño que grave se trenza a garrotazo con otro! La fama de su carácter era difícil cambiarla.

De pronto con general sorpresa se sintieron sollozos: el 18, el mallorquino lloraba con el pañuelo en los ojos; se notaba el movimiento convulsivo de sus hombros y de sus manos. Le dejaron llorar un rato para que se desahogase.

-Que tal vez como lo ven español, lo han querido atropellar y él se defendió y le ha quedado la fama de pendenciero -dijo el 15.

Manuelito llegó a hacerse cargo de su turno.

-Buenas tardes, caballeros, ¿no hay novedad? ¡bah!, el mallorquino por aquí otra vez y está llorando, ¿qué te pasa hombre?

El 18, casi consolado, contó lo sucedido con la señora Angela.

-Bueno que eres tonto ¿por qué no le dijiste que te habían robado el pacarito? ¿que no fue esa la causa del boche?

-Sí, por eso fué el disgusto. Mientras dormía me robaron el conejo, sólo me había comido un muslito, y no porque no tuviera apetito sino porque no me pillaran los

practicantes de día, ¿cómo les iba a decir a los doctores porque se había armado la zacapela? Y los otros también callaron por ladrones. Y ahora vengo yo a pagar el pato. ¿Quién aguanta una injusticia?, que me dan ganas de volver a llorar.

-No seas leso, no hagas caso.

-Cómo no hacer caso; los compañeros me tomarán por un gallo de riña y soy una oveja.

-Olvide esas cosas 18 y siga contando lo de su enfermedad -dijo el 17.

-Espérense un ratito, caballeros, dejen que se me pase el berrinche que me ha dado con el reto de la señora esa.

Momento después, ante la expectación de todos, se decidió hablar.

-Mis padres eran gente muy pobre; desde pequeño me hicieron trabajar; para lo primero que serví fue para cuidar ovejas, ordeñarlas, pastorearlas y llevarlas y traerlas del aprisco. Yo, cuando joven, era un poco tartamudo. Una mañana iba llegando a un campo donde tenía costumbre de llevar las ovejas a pastorear y me encuentro que allí había otro muchacho, como de mi porte y también con su ganado; arrié mis ovejas un poco más lejos, cuidando que no revolviesen con las de él. En la tarde cuando las traía, al pasar cerca me gritó: Bue... Bue... Buenas tar..des. ¡Me dio una rabia que me lo hubiese comido, me parecía que me hinchaba todo, le contesté: Pa... pa... pa... tu... abue...la pe... perro. No fué más y se me vino enfurecido encima; se obscureció y nosotros peleando e insultándonos; peleamos hasta que nos cansamos, quedando cubiertos de sangre y adoloridos que no podíamos ni movernos. Llegué tarde a la casa, el amo ya se estaba preparando para ir averiguar qué novedad me había retenido. Le conté todo lo pasado, diciéndole que yo no podía soportar que me remedasen el modo de hablar.

En lugar de enojarse, el amo se puso a reír como un

bendito. Después me dijo que el otro también era tartamudo y que con seguridad él creía que yo me burlaba remedándole.

-Está usted mintiendo, paisano; ese cuento es gallego y yo ya lo había oído.

-¿Lo conocía usted?

-Sí, señor, me lo contó un gallego.

-Pues, a ese gallego se lo había contado antes yo -dijo el 18 socarrón.

Feliz el 17 se reía a toda boca contagiando a los demás y continuaban las risas con igual intensidad al ver al 15, amoscado a punto de enojarse y al mallorquino muy serio, al extremo que era posible pensar que tal vez fuese cierto que se lo había contado a un gallego y la historia era verdadera. Al 17 se le caían las lágrimas de reírse; cuando pudo hablar respondió:

-Siga su narración, don Sebastián.

-Bueno, como les dije, con la rabia que me dio al oír que remedaban mi habla, sentí que me hinchaba. Desde entonces cuando me enojo ¿qué cree usted que me pasa?

-Le darán ganas de pelear -contestó el 17.

-No señó, me hincho.

-¡Qué curioso!

-¿Y sabe usted por qué?

-No, don Sebastián.

-Porque me enojo.

Nuevamente el 17 soltó el caudal de su risa, arrastrando a los demás.

-Nos está usted embromando, paisano.

-No, paisano, que el embromado soy yo, no ve que estoy enfermo; ustedes se ríen de todo lo que cuento; no cuento ninguna cosa más.

-No se enoje, don Sebastián, que se hincha.

-¡Verdad!; voy a descansar un rato.

El 15, embebido en la novela **Fabiola** no deseaba conversación. El 11 y el 13, cansados por la levantada después de tantos días en cama, reposaban; el negro con facha de boxeador no hablaba ni una palabra; el 17 continuaba riéndose solo. El 12, como nuevo, aun no entraba en confianza; era necesario primero charlar con el vecino, sentirse camarada de él; después cauteloso intervenir en las conversaciones generales y por último contar algo para todos, salvo que se fuese un confianzudo, que en todas partes esté en su casa. El 22, siempre callado, tímido, nunca contaba algo; se conformaba con oír como quien escucha con atención en un colegio. Tenía desarrollado en cierta forma el sentido del humorismo; era un niño grande, se reía sin bullas porque no tenía carcajadas; nadie había celebrado más que él la historia de "la voz que pena"; sentía admiración por ese 11, que tan bien le había quitado el queso y el pollo al coño, le habría gustado conocerlo, servirle un trago y ser su amigo, ¡roto vivo, diablo y con seguridad bueno para los combos y para la quisca! El tenía también sus cosas que contar, pero no se atrevía, le faltaba confianza, no se podía acostumbrar al hospital; era demasiado limpio, demasiado cómodo, ya era tarde para aprender. Más de setenta años de miseria y de repente: catre nuevecito, sabanitas y colcha albitas de lo aseadas, el almohadón era mucho más blando que el suyo que no tenía funda siquiera, los tiestos sin saltaduras, ¡ni cuando se casó los había tenido tan buenos! Estaba cohibido, achunchado. Le parecía que los otros enfermos debían estar habituados a esa manera de vivir y quizás si mejor también. Ya veía él cómo pedían y trataban a los mozos, y él apenas se atrevía a hablarles y nunca les pedía nada. De adentro, de lo más profundo, de la vida entera le venía el impulso que él retenía a toda costa, temiendo traicionarse. Su nieta lo había aconsejado tanto:

-Como a usted lo traten los enfermos, trate usted y no venga a humillarse, a tratar de caballero o de señor de

buenas a primera. -Por eso estaba siempre callado; si quería conversar, la palabra señor era la que acudía a su boca para dirigirse a cualquiera. ¡Mejor era no hablar!

El 14, brillante su calva, miraba indiferente; nada le importaba, ni movía su apatía.

Manuel Valdebenito, contento, tendido en su cama, el atril bajo y el almohadón a sus pies, ni ahogos ni tos turbaban su paz. La enfermedad declinaba, ya que los síntomas molestos desaparecían. Por segunda vez había constatado que los enfermos al dejar la cama, perdiendo la uniformidad que tenían al estar acostados, al vestir sus ropas de civiles eran personas desconocidas. El 13, ahora, era un hombrecito flaco, de regular estatura, toscos zapatos de gruesa suela y sin lustrar, pantalón de brin amarillo, grandes y sucias rodilleras por delante, pliegues por el doblar de la rodilla atrás, abajo no alcanzaban a cubrir la caña del zapato; a la cintura una faja roja vinosa, un chaleco de espaldas sucias por la transpiración y el uso, sin abrocharse los botones de diferentes clases, resaltaba un poco en el color verdoso del género que debió ser negro. A su lado el 11, el que en la cama era el gallardo carabinero y ágil futbolista, ahora era un hombre bajo, vestido con un terno azul marino obscuro, zapatos negros, chuecas las piernas, andar de loro. Los dos compañeros habían paseado junto todo el tiempo que habían estado en pie. Cuando entraron a la sala, se notaba en ellos el temor a resbalarse; era indudable que el encerado del piso se hacía respetar.

El 16 no sabía que en la noche daban agua caliente, no tenía ni azúcar ni té. De ambas cosas lo suplió el 11. Las gracias las dio con un gruñido ininteligible. Como manifestase que no tenía pan, Valdebenito le ofreció diciéndole que no teniendo con quien enviárselo, que esperase la llegada de Manuelito, pero él sin hacer caso se bajó de la cama y medio desnudo partió en busca del pan. El 21 había acumulado el de cuatro días, durante ese

tiempo había comido muy poco; no sentía apetito y le extrañaba por era sin sal.

Cuando el 16 vio en el velador todo el pan que había preguntó ansioso:

-¿Cuánto da?

-Lléveselo todo.

Comprendiendo que el pan no le cabía en las manos, se levantó la parte delantera de la camisa, con la intención de llevarlo ahí.

-No, no - gritó el 21. -Yo le daré papel, no sea cochino, -y los arregló en dos cartuchos donde le habían traído plátanos y duraznos. La figura del 16, desnudo, cubierto apenas con una camisa ridículamente corta, era grotesca.

Valdebenito quedó pensativo; todos los días compraba un diario, y ahora que quiso hacer un paquete no encontró ni una hoja; él lo facilitaba después de leerlo y se había olvidado de reclamarlo; al 19 y al 18 recordó que les pasaba los mismo. Entonces habló:

-Compañero 17, ¿qué le parece que nos pongamos de acuerdo para comprar diarios distintos? Así podemos leer dos.

-Con su amigo, 21. No hay más que hablar.

-Paisano, paisano, ¿está usted hinchado? -Varias veces repitió su llamado y su pregunta el 15. ¡Inútilmente, el 18 no contestaba!

-No responde. Yo quería pedirle que nos contara algún chascarrito, mallorquino, para acortar la noche.

-Al 17 le toca contar un cuento -dijo el 11.

-Yo no me hago de rogar, pero como cuentos no sé, sólo podré contarles a vuelo de pájaro algunas andanzas de mi vida. Así nos conoceremos mejor y pueda ser que los entretenga algo.

Nací el 81 en el barrio Almendral de Valparaíso; para la epidemia del cólera murieron mis padres y quedamos tres hermanos hombres sin más parientes que un tío por

parte de padre: éste se hizo cargo de un boliche que nos había quedado y trabajó con nosotros en él hasta que nos hicimos hombres. Estaba muchachón cuando me empleé como aprendiz de dependiente de un almacén de ropa hecha. Mis patrones era dos socios españoles muy buena gente: estuve con ellos siete años y aprendí a atender el mostrador y algo en sastrería. Me gustó esto último, por eso me retiré para aprender a sastre; cuando ya me desempeñaba bastante en mi oficio volví con ellos, gané buen sueldo para aquellos años, y una pequeña participación. Iba viento en popa cuando se produjo el terremoto de Valparaíso, ¡contar los sufrimientos y los horrores que entonces vi, sería cuento de nunca acabar! Mejor será que dejemos para otro día el narrarles cómo me salvé. Mis patrones y nosotros quedamos en la calle; murió mi tío y uno de mis hermanos y para completar la fiesta se quemó todo. Uno de los españoles que había sido patrón en la tienda me propuso que trabajáramos de pacotilleros para el Chile chico. Yo que siempre he sido aficionado al mar, en medio de mis desgracias me sentí feliz. Nos fué muy bien, ganamos bastante plata y encima aprendí el negocio. Me daba una vida estupenda, ¡qué de comer mariscos, compañeros! ¡Si es algo que se me llega a hacer agua la boca de recordarlo! Cuando caleteando llegaba hasta Iquique me daba unas panzadas de albacora que quedaba tieso; ¡pero albacora fresca, buena, sin que se eche a perder por estar en hielo! Yo he comprado aquí en Santiago y a pesar de que la he cocinado yo mismo, no se puede comparar a la que se come en el norte, aunque de allá vengan éstas.

Reuní algunos pesos y empecé a caletear mis pacotillas por cuenta propia.

¡Se acabó el patrón!, vamos trabajando para nosotros. ¡Me puse en forma a la tarea y trabajaba como un chino, alargué mis correrías hasta El Callao; iba con pacotillas y volvía con otras, lo pasaba muy bien, nunca me fijé en

gastos para tener bonitas mujeres y comer bien, junté mis pesos y levanté una casita, eso no impidió mis trabajos; tiempo después me case con una porteña que ya se estaba aburriendo de esperarme. Disminuyeron los viajes, empezó a llegar familia y a interesarme en negocios de tierra firme. Así fui a dar a Villa Alemana; allí tengo una quintita donde vive mi mujer y algunos de mis hijos. Disgustos que nunca faltan y mi carácter que no sirve para estar enjaulado, me hicieron venir a Santiago; aquí estoy empleado como sastre cortador de una tienda de ropa hecha que hay en calle San Diego; es una gran casa que está ampliando mucho su negocio. Los patrones son muy buenos, ¡les aseguro lo que quieran que el jueves vienen a verme! Ya van para los cuatro años que trabajo con ellos. Ahora cuando salga es muy probable que vuelva a mi vida antigua: me iré al norte por cuenta de la casa; es negocio que conozco como mis propias manos; espero ganar bastante, pero creo que nunca volveré a los tiempos de 1918; en ese año me gané por lo menos $ 80.000, y pesitos buenos y no febles como los de ahora.

-Pues yo, 17, ese año estaba en Iquique y también gané dinero como nunca había ganado en la vida. Con decirle que a pesar de los rumbos rangosos que yo me he dado, había que verme a mí vestido en esos tiempos y ¡qué diré para andar con amigos!. En todas partes pagaba yo y decía:

-¡Pues si eres mi amigo, déjame pagar que es mi gusto! Y no había más, yo pago y se acabó. Pues bien en aquella ocasión vine yo a Santiago y me dije:

-¿Por qué no me compro un pedazo de terreno?. Y con un paisano que se dedicaba a vender pollos aquí en la ciudad y andaba en una yegua tordilla, con dos canastos bandejas a los lados; ahí llevaba el hombre su mercancía, ¡bueno! a este hombre le dije yo:

-Paisano, dígame usted dónde podremos comprarnos un sitio -y él me llevó y compré la quinta que ahora tengo. Ahí vivo actualmente, ¡qué es aquello una preciosura!,

tengo de todo plantado allí: por ningún tesoro la vendería... pues, señor, como le decía compré el terreno y le dije al paisano:

-Yo tengo que volver a mis trabajos, hazte tú cargo del terreno, lo plantas, vendes lo que te produzca, vives en él, yo no te cobro nada.

Así lo convinimos y me volví a Iquique. No me vine hasta después de la crisis de 1920. Tuve que pleitar con mi paisano para que me entregara la quinta y aún tuve que pagarle $2.000, por una mugre de rancho que había levantado; ¡pretendía el usurero abusador $ 10.000, por las mejoras! Si hay sinvergüenzas más grandes que un cerro. ¡Y haga usted el bien!, para que se lo coman después.

-Yo también he ganado mis buenos pesos en la pampa; para 1917 habían quincenas que me salían a más de $ 40,00 el día. ¡Putas que gané plata y remolí harto!- Y el 13 se secó la transpiración.

-Yo también tuve un tiempo en que gané plata y lo pasé muy bien. Fue para el plebiscito de Tacna y Arica, tenía derecho a voto. Viví en Arica más de 10 años, en esos tiempos no era na carne de cogote; entonces las mujeres se fijaban en mí. ¡Bonito esos tiempos, compañeros!

El 14 había roto su indiferencia.

-También he dado mi batatazo. Una vez en el Chile me gané más de $ 7,000,000 en una mañana; andaba con un amigo muy íntimo, si no es por él, los había perdido en la tarde en el Club, ninguno de los datos que iba a jugar salieron. Pero de todas laya salí bollo, me casé con la hermana de mi amigo; el domingo estuvo a verme, es carabinero el también.

Manuelito llegó a apagar la luz y a dejarnos entre sombras.

-¿Y usted 21 -preguntó el 17- no ha tenido bonanzas?

-No, compañero, toda la vida fui empleado, puro sueldo y nada más.

-Y el 22, que está tan calladito, cuente algo antes que nos durmamos.

La oscuridad donde sonaban las voces y nadie veía las caras, animó al 22, que por primera vez empezó a recordar algo de su vida; antes sólo había dicho o afirmado que él se acordaba de tal o cual acontecimiento.

-¡Claro! Tuve un tiempo en que gané mucha plata. Desde niño trabajé en la venta de carne, de guatitas y patas. Hace muchos años atrás, antes del cólera, vivíamos por el lado de la Chimba; para esos tiempos todavía no habían na botado el Puente de Cal y Canto. De abril para adelante en mi casa mataban chanchos, preparaban prietas, arrollados, perniles, de todo, ¡si el animal se aprovecha entero!, todavía me acuerdo del olorcito de los costillares en adobo, coloreando de ají. Salía con un par de canastos que apenas me los podía, mi madre me acondicionaba en uno de los canastos un tarro con prietas en el caldito que las cocían, calientitas y para que no se enfriasen tenía su maña; adentro de un tarro más grande echaba ceniza, rescoldo sin brasas grandes, metía el tarro con las prietas y lo acuñaba con el rescoldo que le dije y metía ese tarro grande encima de unos pedazos de ladrillos, para que no se tostase el mimbre de las canastas; al otro lado lo contrapesaba con perniles y arrollados bien envueltos en unos paños de saco harineros, ¡no fueran a enfriarse así! Salía a grito que me las pelaba, ligerito la canasta estaba livianita; lo que más me demoraba en vender era la carne de cazuela y los mercados de manteca que mi madre metía en tripas de una curta de largo, los chicharrones me los arrebataban.

De mediados de octubre le cruzábamos a los corderos lechones, cabritos nuevos y también carne de vacuno, mermaban su poco las ganancias, pero no faltaba para vivir.

En la casa éramos cuatro. Mi taita murió dejándonos medianitos a nosotros, yo y un hermano mayor, en de entonces se puso a trabajar la señora y nos largó a nosotros

a la venta; pasó un montón de años, ya estábamos hombres, cuando se le calentaron los cachos a la veterana y le entró por casarse; nos dio padrastro; el hombre se llevaría a mi hermano mayor en sus diez años cuando mucho, era bueno para el trago y de muy odiosa rasca. Se peliaba con el mundo cuando estaba con su copita en la cabeza. Mi hermano al principio se hizo muy amigo de él; tomaban juntos, después se disgustaron y casi no se hablaban, hasta que una noche que llegó con trago el padrastro, y con trago también llegó mi hermano, se armó el boche. No hubo manera de apartarlos, sacaron cuchillos y en el suelo con el tripero afuera quedó el padrastro; lo que llegaron los pacos era finao; como no encontraron a quien llevar preso, mi hermano se había arrancado; me llevaron a mí pa San Pablo. Cuando le llegó el dato que me acriminaban, entonces se dio preso, con esta desgracia se deshizo la casa. Me llevé a mi madre por San Diego afuera y quise continuar con el negocio que sabía; resulta que por allá la gente iba a comprar al matadero y para el centro la carne la reciben del reparto de las carnicerías grandes. Sin saber qué hacer se me ocurrió trabajar en guatitas, sangre de cordero y patitas. Mi madre, con la muerte del marido y el hijo preso, fue lo mismo que sacarle la vida del cuerpo, no tenía valor para na. Con decirle que ni a lavar las guatas, ni a cuidar el fuego del sancocho me ayudaba. Le entró pensión. ¡Pobre mi vieja!. Antes del año se murió en los puros huesos.

Tiempo después me casé; me duró poco la señora; murió como a los cinco años. Quedé con dos guachitas, ahí se criaron al lado de una comadre que vivía en el mismo conventillo; era lavandera de casa de ricos, ¡ganaba montón de plata!; el compadre tan retomador el roto, trabajaba en el matadero en las matanzas. No faltaba nunca y nunca dejaba de curarse; por la oración llegaba a tastabillones por entre los coligües que sostenían los tendales de ropa.

Lo que tuvieron grandecitas, la comadre le consiguió empleo a las chiquillas, una para las piezas y la otra para el comedor. La mayorcita se casó con un cochero particular; murió mi hija y me dejó esa nieta que me viene a ver, la he criado de guagüita, al principio la venía a ver el padre después dejó de venir y no supimos más de él, quizás si estará vivo. La otra hija acompañó a los patrones, cuidando los niños en un viaje que hicieron para el París. Recibí varias cartas de ella, me contaba cosas muy bonitas; nos mandó también un paquete con ropa, porque eso es muy barato por allá, tuavía tengo en mi casa un yoky de cuadritos blancos con negros y unas tiras para taparme las orejas y parte de la cara, se abrochan debajo de la pera. Se vinieron los patrones y ella se quedó allá casada con un gabacho; hará sus veinte años que no sé de ella; lo último que supe fue que el marido lo habían muerto en la guerra, que quedaba con dos hijas. Me decía que no estaba pobre, que tenía para vivir. ¡Por eso se pondría ingrata!. No me escribió más.

Mi hermano se fugó una vez de la penitenciaría; lo pillaron y como a los quince años vino a salir libre, se fué para el norte; el año 20, un día que entré al albergue San Ignacio a vender guatitas, sentí que me llamaban:

-Ramón, Ramón.

Me vuelvo y diviso a un viejo flaco, zunco, que hacía señas; estaba sentado en una sillita de totora, tomando el sol.

-¡Me llamaba, iñol? -le dije.

-¡Vaya hombre! ¿No me conocís?

Entonces vine a caer que era mi hermano. Un tiro de dinamita le había volado el brazo, ¡han visto cristiano más fatal! Quedamos de juntarnos esa tarde; yo tenía que aprovechar la mañana para la venta.

Cuando llegué a la casa me estaba esperando, ahí estuvimos tomando unos tragos y recordando los tiempos

de chiquillos, cuando salíamos a vender chancho. Nos llegó a dar sed acordándonos de las panzadas que nos dábamos de chicharrones de chancho con harina tostá, ¡nos sonaban los dientes con los chicharrones duritos! ¿por qué será que cuando chiquillo lo pasa tan rebién uno? Se fué tarde al albergue, me dijo:

-Habilítame con unos tres pesos, ya deben haber cerrado, pero por la línea del tren, al otro lado del zanjón hay una entrada, por ahí me cuelo.

Al otro día supe la novedad, lo había pillado la máquina: en un saco tuvieron que recogerlo, ¡hay hombres muy fatales!

Así he ido quedando solo; ahora la nieta se quiere casar; está en la edad de formarse, mal haría yo en no consentírselo; lo triste es que estoy botado aquí en el hospital, pa las cinco semanas ya.

-Bonita su historia 22, pero no nos ha dicho cuándo ganó más plata.

-¡De veras, pues iñor!, se me había olvidado, yo, ahora último, ganaba un día con otro hasta mis $ 12,00 diarios, todo está en tener buenas calles y buenas caseras. Si le tocan conventillos, más es lo que fía y lo que se enrea.

De lo que me acuerdo con más gusto es de una vez que hubo una huelga en el matadero, duró más de una semana. Sin trabajar no hay con que calentar las tripas, pensando y pensando un día, creo que era el segundo de la huelga, le dije a un chiquillo, hijo de la comadre onde criaba a mis guachitas.

-Panchulo, ¿querís acompañarme a vender pencas y tallos?

-Y de adónde los va a sacar, iñor!- me dijo.

-¡No se te de na!, pídele permiso a tu mamita y mañana de albita te vay conmigo.

Como lo convinimos, lo hicimos; no aclaraba cuando ya estábamos en pie; íbamos por el camino de Los Pajaritos

para afuera, cuando nos pilló el sol; conseguimos agua, calentamos un tacho y tomamos desayuno. Como a las 9 de la mañana ya estábamos con dos grandes atados de pencas a la cabeza gritando por la Alameda; seguimos por Ejército, en la mitá del camino ya no teníamos nada, las habíamos vendido a $ 0,80 la docena. Las cocineras de los ricos que no encontraban qué hacer de comer por la falta de carne no se les daba nada pagarlas caras. Alcanzamos a hacer dos viajes ese día, total le di $ 5 al chiquillo y yo me quedé con $ 19. ¡Por la chupalla que era plata $ 19 en esos tiempos! Nos cebamos y mientras duró la huelga nos fue rebién, ¡como nunca en mi vida! ¡Chitas que gané dinero!

Era hora de dormir, un "buenas noches" general, y cada cual en su mente comentaba, esperando el sueño, la historia recién oída.

La monja entró en la sala, acompañada de un muchacho enfundado en un delantal blanco de mozo (las casacas de los doctores son muy distintas en forma y calidad).

-Enfermitos -dijo la madre- este niño va a reemplazar a Diego que salió a vacaciones.

Así se incorporó Armandito al personal de la Sala. Alto, gordo, sin musculatura aparente, blanca la cara, verdosos los ojos, torpe en sus movimientos de campesino sin desbastar, empezó su trabajo llevando la bandeja de madera con escupitines sucios; tardó en volver con ellos limpios a repartirlos, dejó la bandeja sobre la mesa del 22 e hizo su distribución. Llevó en seguida los jarros del agua: son éstos como lecheritas con capacidad para un litro, cada velador tiene el suyo; cuando volvió con la bandeja con los jarros llenos de agua, trató de hacer lo mismo que cuando trajo los escupitines: colocar la bandeja sobre la mesa del 22, pero ahora lo ejecutó con tan poco cuidado que quedando más pesada la parte saliente se dio vuelta con

todos los jarros del agua sobre la cama del 22. ¡Eran once litros!. El baño fué completo; el pobre viejo empapado de cintura abajo se encaramó arriba del almohadón tiritando y sólo cubierto por la camisa, y el tontón del mozo se puso a reír de lo que había hecho en lugar de atender al enfermo. Acudieron la monja y Pacheco a los gritos de los otros. Se cambió la ropa, la madre le hizo traer una buena taza de café caliente al 22 y Armandito recibió el primer reto del día.

Cuando llegó el practicante, don Omar, con sus termómetros para tomar las temperaturas, el 22 tenía 37,5. Había empezado a retar al pobre viejo, suponiendo algún desarreglo. Antes de que cometiera la injusticia le informó el 11. Llamó a Armandito y éste recibió un segundo reto, pero ahora más enérgico y contundente.

Entro don Aliro a sacarle sangre al mallorquino, y como viese enojado a don Omar, averiguó la causa e impuesto de ella creyó necesario detener a Armandito que se iba y darle un nuevo reto.

Poco después del desayuno, 8 y media más o menos, llegó a la sala el doctor Mariano. Previo "buenos días" empezó a visitar enfermo por enfermo, poniendo gran interés en la hoja de control de temperatura, presión, pulsación, etc., que hay en la parte baja, al pie de cada cama. Es doctor de carabineros; por esta causa tiene especial deferencia por ellos. Al primero que visitó fué al 11.

-¿Qué hubo, hijo? ¿Cómo se siente?

-¡Las inyecciones que me duelen tanto cuando me las colocan, doctor!

-¿Qué le vamos a hacer? ¡Hay que aguantarse si quiere sanar -y hablando revisaba la hoja. Está bueno que te vayas hoy día, te doy unos quince días para que te repongas y te alimentes bien. Eso lo puedes hacer mejor en tu casa que aquí.

-Bueno, pues, señor, ¿pero me dejarán hablar por teléfono a la tenencia de Puente Alto?. De ahí mandan avisar a la casa para que me vengan a buscar.

-¡Claro!, dile a Aliro que te hable.

Siguió su recorrido. Pasó al 12.

-¿Cuándo llegó usted, hijo?

-Ayer en la tarde, señor.

En ese momento entró el practicante moreno.

-Buenos días, Aliro.

-Muy buenos días, doctor.

-¿Y este enfermo?

-Lo vio "La Guardia", doctor, y le dejó algunos remedios.

-Amigo, ¿le pusieron unas cataplasmas, anoche?

-Si, señor, estaban muy calientes, tengo como sancochadas las espaldas.

-Así son buenas para que les haga bien. Un momento más voy a pasar para examinarlo.

-Y tú, hombre. ¿Te acordaste al fin dónde trabajabas?

El 16 no dio ninguna respuesta. El doctor siguió adelante. Se para frente al 17, lo mira un rato y le dice:

-Yo lo conozco a usted ¡Dónde lo he visto?

Complacido el 17 se pone más rojo, confundido no se atreve a mentir y como disculpándose, haciéndose el que piensa, contesta.

-No me acuerdo, señor.

El doctor observa la hoja de gráfico y sonriéndose, caminando hacia el 18 dice:

-Yo tampoco me acuerdo -y sigue alejándose atento y sonriente.

-Sebastián, ¿de nuevo aquí, hombre?

Pacheco que llega corriendo lo interrumpe:

-Doctor, lo llaman por teléfono.

El 11 y el 13 en sus camas se afanan arreglando sus paquetes para irse.

El 17 ha quedado muy contento; el cachorro lo ha reconocido, lo malo es que no se acuerda dónde puede haberlo visto. Comenta en alta voz:

-¡La memoria de estos hombres! Se acuerda que me ha visto en otra parte.

-No sea usted niño, 17 -grita el 15-; esa es una maniobra de políticos, se hacen que conocen a medio mundo para captarse simpatías.

Unánime, la protesta de los enfermos hizo callar al español.

-No, señor, no, señor. Es muy buena persona y no necesita porquerías de comediante para que se le estime.-

El que así hablaba no fué ubicado. Todos pensaban igual.

-18, tóqueme el timbre para llamar practicante.- El que hablaba era el doctor del tic, el que nunca se rebajaba a saludar a los enfermos, produciendo en todos por solo este hecho una molestia y predisponiendo las voluntades en su contra.

Llegó don Omar y le informó que el doctor Mariano había pasado dando de alta al 11 y al 13.

-¡Ah!, ¡muy bien!, voy a hablar con él.- Al estar cerca del 22 lo vio completamente cubierto con la ropa de cama.

-Viejito, ¿qué tiene que está tan arropado?

El practicante don Omar contó lo de los jarros de agua.

-¡Carajo, hombre! ¡No hay derecho a esas torpezas! Se mata uno por conservarles la vida y viene un animal de éstos y lo expone a otra pulmonía. Llámeme a ese individuo.

Llegó el inefable Armandito y ¡zas! otro reto. Oía como si le hablasen en otro idioma, ni pestañeaba. Cuando se cansó el doctor siguió su camino enojado, y Armandito, mirando a los enfermos murmuró:

-¡¡Chis!! Ya perdí la cuenta de los que me han retado. Esta salió más alaraquiento y bullicioso que los otros. -Y se fué sin haberse siquiera sonrojado.

Un grupo de facultativos entró charlador, conversando con alguien que iba al centro de ellos y que no era visto por los enfermos. Se situaron alrededor del escritorio y de vez en cuando se sentía una voz de mujer que contestaba riendo. Llegó el doctor Mariano, se abrió el grupo y una mujercita, diminuta, de nervioso andar, como pollita de la pasión, se adelantó a saludarlo; un apretón de manos y un semiabrazo:

-¿De nuevo, Corita, con nosotros?

-No pude acostumbrarme en Puerto Montt: es mucha lluvia para mí.

-Vamos todos a hablar con Homero a ver cómo arregla esta situación.

Se fueron; atrás cerraban el desfile los doctores Zuleta Palma y Pérez, los de las perdurables sonrisas gemelas.

Tardaron en regresar y cuando lo hicieron sólo venían cuatro doctores, el cachorro, el doctor Esteban y las dos doctoras. Formando una comisión hicieron la visita diaria. El 11 estaba de alta, en el 12; se detuvieron un rato, uno tras otro le auscultaron el pulmón, más de treinta veces dijo treinta y tres y concluyeron por mandarlo a Rayos, llamando a don Omar con ese objeto. Ellos iban al examen y la sala quedó en libertad de hablar en voz alta.

-Corita no parece doctora, ¡tan chiquitita! -opinó el 17.

-Yo la he observado desde aquí y vi que lo que ella dijo fue lo que opinó el doctor Mariano ¡las entiende la chiquitita, las entiende! A pesar de que yo no tengo fe en la ciencia de las hembras. En España, antes que yo partiese, no había doctoras.

-La doctora chiquita sabe mucho; antes estaba en esta misma sala; en una ocasión me extrajo más de 10 litros de agua. ¡Nunca me habían sacado tanto de una vez!

Llegó el carro de la puerta con un enfermo; lo llevaron a la cama 19. Debía venir grave porque para pasarlo a ella lo hicieron a pulso, entre uno de los practicantes y el mozo. Ya se iba el carro cuando se enderezó y dijo fuerte, dirigiéndose al que lo manejaba:

-Mi ropa, iñol; mis tiritas, mire que no tengo más.

-Mañana o pasado se la traen, tienen que lavarlas. Las ojotas y el sombrero se las dejé en el cajón.

El enfermo movió la cabeza resignado, afirmándose en el almohadón; daba su ropa por perdida. ¡Era mucha la desgracia del pobre! ¡Tan amolado que lo tenía la puntada al pulmón y ahora las tiritas con seguridad que se iban a perder! ¡Será la voluntad de Dios! Cerró los ojos y dejó de pensar.

Llegó el 12 de Rayos y con él los doctores. Continuaron su ronda. El 13 de alta nada había que ver. El 14 muy conocido de ellos. El doctor Mariano dijo, después de ver al gráfico:

-Suprímale la digitalina.

Al 15:

-Doctora Rubio, dígale al chico Dasa que vea a este enfermo: es asmático.

Al 16:

-A ver, usted Corita, si logra sacar algún dato de este enfermo; viene de la Asistencia con una neumonía. Ya está casi sano, aun no le sabemos ni el nombre. Interróguelo, ¡pueda ser que tenga más suerte que nosotros!

Al 17 lo auscultaron todos con su fonendoscopio, observaron el gráfico y llegaron a la conclusión que estaba mucho mejor.

-Siga estrictamente su régimen y en unos cuatro días más estará en condición de irse.

-¡Mallorquino, hombre!, ¿de nuevo por aquí? A ver cómo traes tu guata.

-Ya me han sacado ayer poco más de ocho litros.

Después de un examen, le recetaron obleas y régimen.

Iban hacia el 19; la llamada del 18 los detuvo:

-Doctor, doctor, ¿e que no podré comerme unos pacaritos?

-¿Qué clase de pajaritos?

-Unos pollitos tiernecitos, hechos en aceite, bien aliñaditos por mi mujer.

-No, no. Nada de eso- dijo el doctor Esteban.

Intervino, humano, el doctor Mariano:

-No, Esteban, déjalo que se coma su pacarito, que con tu autorización o sin ella, de todas layas se lo va comer. A viejos como este, para hacerles cumplir el régimen habría que suprimirles las visitas y ponerlos en aislamiento.

-Este enfermo acaba de llegar. Se refiere al 19 y el que habla es el doctor del tic; lo interroga:

-¿Qué le duele, viejito?

-¡Ah!

-¿Qué le duele?

-¡Ah!

-Es sordo, parece, ¡qué nos va a dar trabajo este veterano!

Se acerca de nuevo.

-¿Qué siente?

-¡Ah!

-¡Qué cosa siente, hombre!

-Mi ropa pues, iñol, mi ropa. No tengo más que esa.

Los doctores se miran extrañados. Interviene el 21 y dice:

-Desde que llegó reclama su ropa que desde la puerta deben haberla llevado al desinfectorio.

Se sonríen y la doctora Corita se acerca al enfermo:

-No tenga cuidado por su ropa hijo, se la llevaron a lavar. Mañana se la traerán.

-¿Con qué voy a pagar?. Gasté los cobres que tenía en las tomas que me daba la meica.

-No se preocupe, no le van a cobrar nada, dígame dónde siente la puntada.

-Aquí, pues, de la paleta me traspasa hasta acá. No me eja ni respirar, ni cerrar los ojos.

-Vamos a ver esto para dejarlo bien sanito y con ropa limpia. Súbase la camisa por la espalda. -Ella le ayuda, le coloca el escuche y afirmando los oídos le dice:

-Diga 33.

-Diga 33 - repite el 19.

No desmaya la doctora Corita y vuelve a decirle:

-Fuerte, diga 33. Fuerte, diga 33.

La risa es general. Seria la doctora los mira a todos y cuando se ha acallado algo el reír, vuelve paciente a poner su oído en las espaldas.

-33. 33.

Había solucionado su dificultad.

-¿Qué desarreglo me ha hecho, viejito. Que hoy tenía un poco de fiebre? -preguntó el jefe.

El doctor Esteban cuenta la historia de los jarros. Llaman a Armandito que en ese momento se dedicaba a sacar en su gran bandeja los recipientes de vidrio donde cada enfermo acumula la orina de 24 horas.

Un responso y se va a su tarea.

Se va el viejito 22, lo llevan a la sala San Luis sin que ninguno de los enfermos lo viera en pie. Se despide moviendo la mano y cuando ya está listo en el carro;

-Que se mejores, caballeros. Cuando venga mi nieta, díganle al tiro que me llevaron a San Luis. ¡No se vaya a asustar otra vez la pobrecita! Miren que cuando me

llevaron a aislamiento creyó que me había muerto y casi le dio un ataque.

Armandito va saliendo con la bandeja en alto. Lleva seis recipientes de orines; son de vidrio, hacen tres litros cada uno y la mayoría va más de medio. Sin esperar que saquen el carro, se apura por pasar adelante; la parte de atrás de la bandeja pega en la puerta y ¡zás!, todos los recipientes al suelo. El ruido de la quebrazón parece haberse ampliado; repercute en todas direcciones. El con las manos caídas mira el suelo, donde entre la pedacería de vidrios escurren los orines; un recipiente se ha salvado de la catástrofe; queda de pie, indemne, como Armandito. Novedosos acuden de todos lados, doctores, practicantes, enfermos condecorados de las otras salitas que componen el pabellón. Llega el jefe, mira, se da cuenta que Armandito ha hecho otra de las suyas. Conteniendo sus impulsos le dice:

-¿Que lo hace adrede, hombre?

-¿Cómo lo voy hacer adrede, señor? Me empape de meados los únicos pantalones que tengo.

Se van, no dicen nada. Los apuros de Armandito son demasiado grandes y su situación ridícula y conmovedora.

El de las gafas obscuras, le dice a la doctora Corita.

-¿Ve usted? Yo acostumbro a tener mis trabajos al día; aquí tiene todas las historias; la del 19 no me corresponde a mí, esa es labor suya. He terminado, hasta mañana.

-No te vayas, Corita; veamos si podemos conseguir algún dato de este enfermo. -Señala con el lápiz al 16.

La pequeña se sienta en la cama y la más grande se afirma en el respaldar del catre.

-¿Hace mucho tiempo que está enfermo usted, hijo?

-Si -afirma moviendo la cabeza.

-¿Cuánto tiempo, más de dos años?

-Cinturón cuero $ 7. -Pagué yo $ 18. -Zapatillas.

-¿No ves; Corita?, de ahí no es posible sacarlo, un cinturón y unas zapatillas. A este enfermo hay que mandarlo a la Casa de Orates no aquí al hospital.

-¿Zapatillas de goma?- le preguntó paciente, tratando de estimular su atención.

-No, zapatillas mías poner yo; cinturón mío poner yo.

-Pacheco, venga para acá. Abra el cajón de la ropa a este enfermo.

Resuelto se enderezó el 16, abrió su cajón y empezó a sacar la ropa y a dejarla al lado, en el suelo; al último, cuando ya nada quedaba que sacar, enojado dijo:

-¡Na zapatilla $ 18, na cinturón $7!

-Se le han perdido, hijo.

-Na perdido, robado a mi.

-Bueno, no se aflija por eso; yo le voy a conseguir un para de zapatos y un buen cinturón.

-¿Zapato cuero? -pregunta con la cara alegre el 16,

-Sí, zapatos de cuero grueso, firme, de los que usan los soldados; pero tiene que contestarme lo que yo le pregunte.

-¿En que trabaja usted?

-Panadero, empleado cuida caballos.

-¿Dónde era eso?

-San Pablo, lejo, bien lejo.

-¿Por Brasil?

-Lejo, lejo.

-¿Antes de la línea del tren o más allá?

-No pasa línea tren.

-Corita, con lo que sabemos basta; que la visitadora averigue en las panaderías de Brasil a Matucana.

La doctora no hizo caso y continuó:

-¿Cómo se llama?

-Zapato cuero.

-¡Ah! quiere los zapatos primero. Toque el timbre 18.

Entró un practicante.

-Omar, búsqueme a la señora Angela.

Llega la enfermera jefe.

-Angelita, hay que conseguirle un par de zapatos a este enfermo, que dice que le han robado unas zapatillas.

-¿Quién le va a robar, doctora? ¡Las ha perdido curado! ¿Qué número calzará? Saque un pie.

Obedeció el 16 y la señora no pudo retener la exclamación.

-¡Uy! ¿De adonde le vamos a sacar zapato a este enfermo?. ¡Calza el 50 por lo menos! Le buscaré, pero antes de la tarde no hay esperanzas.

-El asunto es que le consiga los zapatos, no importa que no sea hoy día.

-Ya ve, hijo, cómo le conseguí zapatos. Ahora, cómo se llama.

-Pancho Maldonado.

-No trabajemos más - dijo la otra doctora -: que la visitadora con todos estos datos complete el informe. Acompáñeme a ver una enferma a la sala Purísima.

Entre los pacientes había gran movimiento: el 11 listo para irse se disponía a partir, lo mismo el 13; transpiraba ahora más que nunca.

-¿A mí con doctorcitos a sacarme el asma? ¡Si me la irán a sacar!; hace más de treinta años que vivo así. Por lo que yo recuerdo en mi casa todos eran asmáticos, hasta un burro que teníamos para llevar las coles y verduras al mercado. Al burrito ese nunca nadie le oyó rebuznar.

-Paisano, ¿conque usted va a comer pajaritos?; se acordará usted de los amigos.

-¿Trafica usted en huesos o los quiere para abono?.

-¡Bravo! Mallorquino!, que no gane Barcelona.

-No se extrañe usted, 17. Que cuando el hombre es

mezquino le sale entendimiento hasta de la suela de los zapatos.

-Mida usted sus palabras, 15, ¡mire que cuando me enojo me da rabia!

-¡Vaya, don Sebastián, lo guardadito que lo tenía, ¿así que cuando usted se enoja no sólo se hincha sino que también le da rabia?

-Si, señó.

El 17 se reía como si le hicieran cosquillas.

El azúcar, el té y algunas frutas que tenían el 11 y el 13 fueron repartidas entre el 14 y el 16. En seguida se despidieron, dando apretones de manos a todos los enfermos. Los que habían estado más tiempo junto con ellos, se quedaban silenciosos, viéndolos partir casi sanos.

Se inició una conversación.

-21, mañana que es día de visita, va a tener usted oportunidad de conocer a mis patrones. Es gente muy buena y muy noble, ¡de los primeritos van a llegar!

-Me alegro, 17. Siempre es grato saber que existen estos casos raros: patrones enaltecidos por sus empleados.

-Oiga, 21; le ruego no se moleste por lo que voy a preguntar. ¿Qué le agrega a la comida que lo veo comer sin hacerle asco? Mire que tengo un hambre canina y no puedo comer sin sal. ¡A puros plátanos me estoy sosteniendo!

-Le agrego un sustituto que se fabrica especialmente para los que siguen régimen sin sal. Si usted gusta probarlo le puedo enviar un poco a la hora de comida.

-Se le agradezco, compañero, y si me permite comer le propongo que usted me convide mientras encargo un frasco para mí que después compartiremos.

-Conforme, 17.

-¿Qué se habrán hecho los diarios?, partieron para el lado de allá y no han vuelto.

-Hace tres días que noto lo mismo. Me da vergüenza reclamar.

El coche de la puerta llegaba.

Se veía pelada al cero la cabeza de un hombre joven, mal agestado, con una cicatriz que le iba desde la oreja izquierda al ojo del mismo lado, un poco sobre la frente. Colocaron el carro a un costado de la cama 13, que cambiada de ropa limpia esperaba un nuevo paciente. Este al ver el número de la cama dijo en alta voz, casi gritando:

-¡Por las rechu.... pilcas, el numerito que me ligó!

-Cállese, hijo, no sea mal hablado ¿qué más da un número que otro? -Se expresaba una mujer gorda, que llorosa venía acompañando al enfermo. Vestía una cotona blanca de vendedora ambulante.

-No diga na mejor, madre. ¡Si usted se calla es porque ya está gastada de protestar!

La conversación molestó al que traía el carro.

En su cama el nuevo 13 se arregla ayudado por la madre. El 14 le dice donde debe guardar su ropa; sólo entonces se da cuenta el 13 que no trae ropa consigo. Exclama:

-¡Miren al advertido, al discretito; se llevó mi ropa en su porquería de carro!

-No, niño. Si tu ropa fue al desinfectorio.

-¡Miren, qué lesera!, y si hay un terremoto, ¿con qué arranco yo?

-Te envuelves en la ropa de cama. Ya sabís, voy a traerte todos los días algo que comer, pago mi peso y me dejan entrar. A tu mujer, a la Sabina, le voy a decir que te traje al hospital, pero a las otras tirillúas de jeta pintá y boca sin dientes, ¡a esas las voy a corretear a palos!

-¡No esté difariando, señora! ¡Qué sabe usted de la Greta Garbo o de la Marlene Dietrich! ¡Debía ver bailar a esas rotas usted para que entienda lo que valen! No me

haga hablar más que esta maldita puntá que me está volviendo.

Se fué la señora morena y gorda, de guardapolvo y zapatillas blancas; se fué sollozando, lo que se marcaba en el bajar y subir de sus senos opulentos.

A la novedad de un enfermo nuevo primó la siesta.

Hay hechos baladíes que son trascendentales y uno de ellas indudablemente es limpiar la cama sin destaparse demasiado.

Antes de tenderse, el 21 sacudió las migas que había sobre la sábana. Para esta labor se necesita paciencia y método. Con la mano extendida, la palma hacia abajo, aplastando suave la cama, se mueve desde el centro lentamente hacia la orilla, sin brusquedades; los malos modos irritan a las migas secas, saltan, se vuelven hacia atrás, se esconden y después se vengan en las posaderas flacas y delicadas. ¡El saber es algo respetable! Así lo comprendió el 17 que lo interrogó sobre el método que empleaba para desalojarlas; ¡eran tan pertinaces y despiadadas en clavarlo que amargaban su reposo, contribuyendo a su prematura vejez!

El 21 no se hizo rogar; generoso cedió la sabiduría de su experiencia.

No terminaba su labor el 17; una señora entró obligándolo a tener más cuidado, más consideraciones al pudor; los ojos femeninos son muy sensibles en este sentido.

La visita era la señora del mallorquino; éste, glotón, voraz, hundía sus dientes en la carne del "pacarito" con arroz. El 15, su paisano, desprevenido roncaba.

-21, aquí tiene el agua para que prepare su té.

Pacheco lo había despertado, golpeando suavemente los fierros del catre. La práctica les ha enseñado ese medio; se evita remecerlos, asustándolos o hablando en alta voz, molestando a los demás. Armandito sostenía la bandeja y

el otro mozo hacía el reparto; repetía los golpes, suave en los fierros, cuando el paciente dormía.

Entró a la sala un caballero correctamente vestido; en una mano el sombrero, en la otra un rollo de papel. Sus modales y la limpieza de su ropa indicaban un hombre cuidadoso, instruido. No muy alto, excesivamente delgado, la palidez cerosa de su cara llamaba la atención. También era notable en sus facciones el avance de sus incisivos superiores que le daban cierta semejanza a los roedores. Acercándose a Pacheco le dijo:

-Buenas tardes. Vengo destinado a la cama 11, ¿estará lista? Como estoy enfermo del corazón me es conveniente el reposo.

-Si, señor. Puede acostarse.

El 15 le enseñó la existencia del cajón para la ropa y le recomendó usar el atril para mayor descanso.

Pacheco salió seguido de Armandito y la bandeja.

El 16 aun no se tomaba su té. Dirigiéndose a Valdebenito dijo:

-21, pan yo.

-¡Cómo no, compañero 16! Venga a buscarlo o espere a alguno de los mozos.

El 21 le dio sus tres panes y tres duraznos.

-Yo muy contento usted.

Y se volvió hacia su cama, negreante la piel casposa de sus piernas. El baño caliente que se da a la entrada, no fue suficiente para limpiarlo.

-¿Hay algún compinche que se raje con unos dos terroncitos de azúcar? ¡Estos gallos traen un té más desabrido que cuento de don Otto! ¡Chitas qué son rotos abusadores!

Un paquetito fué del 17 al 16, y de éste al 13 que era el solicitante.

Acalorados por la taza de té, continuaron la interrumpida siesta.

Como todos los días, a la hora de comer, más o menos a las cinco, cobró animación la sala.

El 19 que había pasado todo el tiempo sin dar señales de vida, se enderezó obedeciendo a Pacheco que le exigía comer. Se sirvió la sopa, después con los ojos legañosos miró hacia todos lados, concluyendo por dirigirse al mallorquino:

-¡Ta güeno el rancho! No me acuerdo naitita cuando llegué; tengo que ir a desmalezar una media cuaira e porotos, ¿me ejarán salir?

-Primero tiene que sanar bien. ¡No sea apurón, abuelo! Sírvase el guiso antes que se enfríe.

-No, iñor; me abutago, tengo que comer de a poquito.

-Paisano, ¿no vino su patrona a traerle el pacarito con arroz?

-No, paisano; como es primer día creerá que no me dejan comer.

-Ah! Entonces mañana lo probaremos, que a mí también algo han de traerme.

-17, ¿por qué está usted, tan callado? No le he sentido reírse.

-Estoy enfermo del estómago, 15; me ha caído mal el pacarito con arroz. No estoy acostumbrado a comerlo frío, aunque esté cocinado en aceite.

-¡Qué joder! ¿A quién creerle?, ¿quién miente? ¿El 17 o el 18? Diga usted, 21.

-¡Abísmese, 15, los dos!

-¡Mi mare!, ¿me pone usted un acertijo?

-No se quiebre la cabeza, paisano; el 17 y el 21 se han puesto de acuerdo para hacerle creer que me han traído pacarito.

En ese momento, llegaban con un nuevo enfermo. Lo colocaron en la cama 22. Era un hombre joven, 28 años como máximo, se quejaba continuamente. A un pañuelo de narices le hizo cuatro nudos, uno en cada esquina y se

lo puso en la cabeza como un gorro: decía que no podía acostumbrar pelado, sentía frío.

-11, ¿hace tiempo que usted sufre del corazón?

-No puedo precisar la fecha; hace poco más de un año que sufrí el primer ataque; antenoche se me repitió, fui a la Asistencia; me hicieron una sangría y descansé. Después, aunque mis parientes no querían, decidí hospitalizarme. Mi enfermedad es muy curiosa, fuera de la desesperación que sufro en el momento del ataque, el resto del tiempo no siento ningún malestar, eso sí que no puedo ni apurarme ni hacer ejercicios violentos, me canso de una manera extraña. Traigo aquí todas las recetas y tratamientos que me ha dado el doctor Zárate, profesor de la Escuela de Medicina; él me atendía y me prometió mejorarme en dos o tres años. ¡Esperemos ahora qué vientos me corren aquí!

Valdebenito lo oyó con interés; sentía en el tono de la voz o en la forma de expresarse algo que le recordaba su niñez.

-Paisano -dijo el mallorquino-; ¿le han dejado a usted obleas?

-No, señor, que mi enfermedad no las ha menester.

-A mí me han dejado y me recuerdan la primera vez que yo estuve aquí, en el hospital. Me sacaron el agua y me dejaron las famosas obleas. El doctor me lo dijo, y el practicante después me lo repitió:

-Tomarse dos entre las comidas- y me dejaron con el famoso régimen sin sal. A la hora de comer me traen el plato igual a los de ahora, un montoncito de pebre, otro de verduras y un tercero de tallarines. Llamo al mozo y le pregunto:

-¿Cuántos platos más son los que sirven? -Me mira el muchacho casi enojado y vengándose de mí da la noticia de sopetón:

-¡Ninguno!

Vea usted mi conflicto: un plato de comida y dos obleas por tomarse, ¡entendimiento requieren los problemas!. Yo solucioné el mío en esta forma: me comí el pebre, ¡oblea adentro!; de atrás las verduras, ¡otra oblea! y completé el entierro con los tallarines.

¡Media hora después ya me llevaban los diablos de dolor de estómago! Tuvieron que llamar "La Guardia"; me dieron una toma como purgante y lavados. Al otro día el doctor me retó, lo menos que me dijo fué borrico. Entre la comida no significaba lo que yo entendí.

-Ya empezó a mentir, compadre.

-El que miente es usted, paisano. Yo no he sido nunca compadre suyo.

-¡Por la rechu.....pilcas! ¿Qué agencia es esta donde hay tanto español? ¡Compare para allá, compare para acá, paisano para arriba, paisano para abajo y no escampa nunca de llover coños!

-Oyeme, pelao, tú que protestas tanto de los coños, ¿te figuras que estás en tu casa y que todos estamos a tus órdenes? Ponle candado a ese hocicazo, que aquí no estás en una cantina arrabalera, donde te puedan valer tus desvergonzadas maneras y tus palabrotas de matón.

El 15 estaba realmente enojado.

-¡Chis! Miren a onde vine a encontrar a mi abuelo para que me dé sermones! ¡No sabía que estaba en el Club de La Unión! Disculpe, pues iñol, ¡hace tanto tiempo que no voy a misa! no roche na que esta era iglesia; ¡ahora que veo su cara de mocho viejo las vengo a parar!...

No pudo continuar. Entraba "La Guardia". Atendió primero al 22, unas inyecciones y cataplasmas para la noche. Después se dirigió donde el 13. Cataplasmas también. "La Guardia" sólo receta los medicamentos momentáneamente más indispensables.

Ya se retiraban cuando habló el 15.

-Un momento, señores doctores. -Volvieron los aludidos.

-El enfermo 13, que acaba de llegar nos ha estado lanzando palabrotas a mí y a mi paisano. Yo no le había dicho ni una sola palabra cuando él empezó. Aviso para que después no se ignore de dónde ha partido la provocación.

Enérgico el doctor, en vista de que el 13 nada decía, le recalcó a media voz algunas frases. La sala nos las oyó. Después dijo:

-No tenga cuidado, el 13 no volverá a molestarlo.

El incidente deshizo la cordialidad que hasta ese momento había reinado entre los enfermos. Sólo el 17 aun conservaba alegría.

-¡Buena la mala suerte! Yo que me aprontaba para echarles carbón y hacerlos pelear.

Fue la última frase en común. Valdebenito, entre el 22 que dormitando se quejaba, y el 19 que con los ojos cerrados parecia muerto, era el más afectado. Los demás en silencio y con cara de aburrimiento miraban y volvían a mirar.

-¡Qué latoso está esto, don Sebastián!

-¡Qué le vamos a hacer, 17! Cayó una mosca y se ensució el guiso, que yo no me meto en ná, que ya me parece ver que se me viene encima la señora Angelita. A mi no me ha venido mal del too, mi paisano ya está casi dormido, ¡más temprano concluiré de comerme el pacarito! No es que yo sea mezquino: es que de dar a uno hay que darle a todos y entonces que quedo sin nada; mejor que sean ellos los que se queden sin nada. ¿Ve usted mi razón?

El 17 había encontrado causa para su risa.

Repartieron agua.

Valdebenito dijo en alta voz:

-11 y 13, si gustan prepararse té yo les puedo facilitarles azúcar y té.

-Yo le acepto -contestó el 11.

-Y yo también -dijo el 13 -esperemos que venga Manuelito para pasárselo- Pero no hubo necesidad. El 16, servicial, llegó a la cama del 21.

-Yo llevarle té y azúcar.

Valdebenito preparó los dos paquetitos, y el 16 indiferente a lo grotesco de su figura los distribuyó impasible, sin preocuparse de risas.

Recogieron los jarros; después, al rato, apagaron las luces y la penumbra rojiza lo envolvió todo.

El 21 no tenía sueño, no había con quién conversar; el 18 comía y producía tal ruido que parecía que masticaba hasta los huesos. El 17 dormía.

Con los ojos abiertos, aburrido, desolado, se hacía el propósito de no dormir más la siesta, así no le volvería a pasar lo de ahora. De pronto creyó percibir una conversación que se iniciaba. Prestó atención, y oyó:

-Fume no más, a mí no me hace daño.

-Compañero 11, usted no sabe lo que es ser vicioso; las ganas de fumar me dominaban a tal extremo que era incapaz de escuchar ni de seguir una conversación. El compañero 13 me ha convidado con un cigarrito, ¡que lo encuentro bueno!

-¿Y hace tiempo que usted, está aquí, 12?

-Desde ayer no más, compañero, pero hace más de una semana que estoy enfermo. Aguanté en pie y trabajando lo más que podía, ¡si tendré mala suerte!, sólo hacía tres semanas que había conseguido donde trabajar y me vengo a enfermar! La desgracia me viene persiguiendo hace ya más de seis años.

Yo soy de Concepción y tengo un hijo de 17 años; trabajamos lo más bien mi compañera y yo; ella es aparadora y yo soy tipógrafo. Se nos enfermó el niño de la vista y a pesar de atenderlo en el hospital de Concepción

los mejores especialistas, cegó del ojo izquierdo el pobrecito, y no paró nuestra desgracia, en el otro ojo le apareció la misma enfermedad. ¿Qué hacer? Desesperados le pedimos consejo a todo el mundo; por último decidimos juntar algunos cobres vendiendo todo lo que teníamos y traerlo a Santiago; aquí hay mejores oculistas. Llegando mi mujer, lo trajo a la clínica del Dr. Charcot; le dijeron después de examinarlo que podía sanar; le hicieron ponerse unos lentes negros y tenía que venir tres veces por semana. El niño cuando empezó a curarse aquí en Santiago tenía visión; le costaba para distinguir la gente de una acera a la otra. ¡Total, compañero que durante dos años fué un vía crucis! Yo conseguía trabajo en imprentas chicas, no me duraba nunca más de un mes. Mi mujer no logró colocarse en ninguna fábrica y ¿cómo emplearse cuando tenía que traer al niño aquí al hospital?. Arrendamos una pieza; ahí vivimos, tenemos derecho a cocina; en un cuartito de su 2,5 por 2 tienen que hacer la comida cuatro familias, si se puede llamar familia a esto que somos nosotros.

-No, compañero, perdone que lo interrumpa, eso no es familia, para que haya familia y se cree la fuerza coercitiva, ese amor que hace la unión férrea de sus miembros, se necesita hogar, se necesita comunidad de momentos felices, se necesita que el cariño mutuo se revista con los recuerdos de satisfacciones sentidas en común. Que la atracción de la sangre, que es el aglutinante de sus miembros, se refuerce por la atracción que sobre ellos ejerce el hogar, el santo hogar, lleno de recuerdos gratos de nuestra niñez y de todas las horas.

Disculpe, compañero que lo haya interrumpido. Estoy sincera y profundamente convencido de que el resurgimiento de nuestra patria, que la redención del proletariado, no está en el triunfo de doctrinas derechistas o izquierdistas: está en poder darle a cada trabajador un

hogar que sea atracción para él y no la pocilga inmunda donde hoy viven aglomerados, en una promiscuidad inmoral, degradante, que pervierte al muchacho, dándole prematuramente conocimientos que era mejor, por su edad, que ignorase.

Yo como profesor primario he tenido oportunidad de oírlos, mocosillos de siete años, comentando los actos sexuales de sus padres, relajando con deseos prematuros sus mentes que deberían estar ajenas a estos pensamientos. Me tocó en una ocasión oír a dos niños de mi curso, uno tenía siete años y el otro más o menos los mismo. El que hablaba dormía en la misma cama que sus progenitores. No tenía otra parte donde hacerlo. Decía:

Todas las noches mi mamita me dice:

-Ya Pedrito, vuélvase para el rincón y duérmase.

Al rato que apagan la luz, bien despacito empiezan...

Me da vergüenza, no me siento capaz de repetir esas palabras del más obsceno y depravado realismo. Fingía roncar para engañarlos y era así testigo de cuanto hacían en su intimidad carnal.

Dígame, compañero, ¿es esto hogar?, ¿qué papel puede hacer el profesor primario con mentalidades infantiles que ya vienen infectadas en esa forma? Desde arriba, desde donde se mueve doña Política, se divisan estas cosas y se habla de ellas por lo que se figuran, siendo que la verdad, la realidad es una lacra mucho más honda. Ver la lama verdosa de las aguas estancadas no es suficiente, es necesario remover la ciénaga, conocer hasta dónde llega la podredumbre en profundidad.

Puede ser que un día de estos conversemos y les dé a conocer mis observaciones y las demuestre. Perdone, compañero, me acaloro cuando toco estos temas, educar niños es mi profesión.

Valdebenito sabía ahora qué clase de recuerdos lejanos le traía la voz del 11: el tono doctoral de sus profesores primarios.

-Está muy bonito lo que usted me ha dicho, compañero 11. Yo le agradezco la interrupción y ojalá no se le olvide la promesa de hablarnos en otra oportunidad de estas cosas o de las que crea conveniente. Uno tiene pocas ocasiones de estar con hombres que saben más que uno y tienen voluntad para hablar.

-Sigo con mi historia, compañero.

Como le decía llevábamos más de tres años con el tratamiento que le daban aquí en el Policlínico. El niño en lugar de mejorar iba empeorando día a día. Ya apenas alcanzaba a distinguir el bulto de su madre, callado el pobrecito lloraba su desesperación. Solito, comprendiendo su desgracia, dejó de molestar con sus constantes preguntas:

-¿Iré a sanar, mamita? ¿Volveré a ver? Hable papá, para saber donde estás.

Cuando pienso y me acuerdo de estas penurias, me dan ganas de matar, de vengarme, de asesinar, producir tanto daño y tanta pena como las que he sufrido yo.

La emoción no le dejó continuar.

Las sombras sangraban, y allá donde se hacían espesas y casi nada era visible, sollozaba el 12.

Continuó su historia el atribulado narrador.

-Como le decía, compañero 11, me dan deseos de vengarme y no sé en quién.

Me mandaron llamar con la señora, pedí permiso porque estaba trabajando. Aquí un doctor muy serio me contó los sacrificios que habían hecho por salvarle la vista de ese ojo, que todos los medios científicos los habían aplicado y que sólo quedaba como única posibilidad una operación. Me había mandado llamar para que diese mi consentimiento.

Le pregunté:

-¿Recobrará la vista con la operación?

-¡Eso sería tonto asegurarlo, le puedo decir: es lo único que queda por hacer. Si no la autoriza queda ciego y operando hay algunas probabilidades que sane.

Le pedí permiso para pensarlo y quedé de contestarle con la señora.

La esperanza, compañero, es flor de los pobres, crece en el corazón de los necesitados y oprimidos, de los que sufren amargados, y cuando la esperanza se marchita, ¡que negra se hace la vida! Por la esperanza que acaba de desvanecerse, dejó mi mujer su ocupación en la fábrica, por lo mismo abandoné la imprenta, confiados en ella partimos a Santiago y estábamos pasando miserias y penurias como nunca nos habíamos imaginado pasar. La desesperación, la verdadera desesperación, yo no creo que existan escritores capaces de describirla, nos envuelve y nos penetra hasta los huesos, seca los ojos, impotente nos absorbe avasalladora, quedando pequeñitos ante una montaña de dolor. No se llora, el desaliento es tan grande que las penas no cuajan en lágrimas... Para decidir sobre la operación, creí conveniente decirle al niño lo que pasaba. Me oyó callado, ni pensó para contestarme:

-Padre -me dijo-, estoy cansado de sufrir, me duele mucho el ojo cuando me lo curan ¿cómo irá a ser si me operan y sin ninguna seguridad de sanar?. Será mejor que me conforme. ¿Querrá Dios que quede ciego? ¡Habría sido más bueno que antes no hubiese visto.

La mujer vino a decirle al doctor que el niño no se operaría. De esto han pasado más de dos años, el muchacho está crecido, tiene poco más de 17 cumplidos. Le conseguí un puesto de diarios que atiende junto con su madre; cuando él sepa desempeñarse solo, la mujer buscará como entrar en alguna fábrica de calzado.

-Y ¿dónde, tiene el puesto compañero 12?

-Es un puesto nuevo, está en Bandera con Moneda en

la punta de diamante que hace al oriente; hay una Cía. de Seguro en el primer piso y un hotel en los altos.

-Ya sé donde es, usted debe haber recibido alguna educación mayor que lo corriente entre los obreros, lo digo al ver como desenvuelve sus ideas y las reflexiones que hace.

-Sí, compañero, rendí algunos años de humanidades, y he tenido cierta experiencia societaría; mis padres tenían con que vivir.

-No nos acordemos más de cosas tristes; lo es estar enfermo y con eso ya hay bastante.

-Conforme, compañero, entonces "buenas noches".

"Buenas noches", dijeron todos los enfermos. Habían escuchado sin hacer ningún ruido. Por la historia triste de un hermano sentían más angustioso el silencio.

Entró don Omar con la romana; el peso debía tomarse en ayunas.

-Los enfermos nuevos, no tomen desayuno hasta que les avise, son el 13, el 22 y el 11.

Fue pesándolos del 11 al 22; cuando llegó donde el 18, el Mallorquino, éste habló.

-Don Omar, yo no puede pesarme.

-¿Por qué?

-No estoy en ayunas; ya me he comido esa hoja de noticias que me envió mi paisano.

-Péguele, don Omar, arrópelo. ¡Qué malo! ¡Qué malo! Ese no es chiste, -protestaron los enfermos.

-Estás muy desabrido, mallorquino.

-¡Qué quiere usted, don Omar!. Estoy a régimen sin sal.

-Pésate, luego, que me voy a enfermar con tus leseras.

Y cariñosamente, en broma, le dio una palmada en la cabeza.

-En la cabeza no, don Omar, en la cabeza no se pega.

-¿Por qué, hombre?

-Me extraña que un practicante con usted, ignore estas cosas. Mi mare que era una mujer muy sabida, le decía a mi padre, cuando él quería darme sus rebencazos: "En la cabeza no, Sebastianillo, en la cabeza no", ¿y sabe usted por qué?

-No, hombre.

-Porque después, a uno le salen ideas abolladas.

Los pacientes, sin excepción protestaron indignados; hasta el mozo Pacheco se unió a la protesta contra el hombre de los "pacaritos".

-Estás pesando menos, mallorquino.

-¿Y cómo quiere usted que no?, con el quintal de chascarrillos que les he dicho.

El 17 era el único que no había protestado; se reía hasta cansarse.

-Muy bien, 18, cuando hay una reunión siempre es conveniente que haya uno divertido que alegre a los demás, pasándolo bien -dijo el 11.

Sin contestar directamente, el 18 habló:

-Paisano, ¿ha oído usted al amigo 11?

-Sí paisano, sí, lo he oído.

-Entonces, alégrese. ¿Qué le dura todavía el berrinche porque el 13 preguntó el nombre de la agencia? Discúlpelo hombre, no lo hizo adrede, el pobre tiene algo que empeñá.

-No siga, 18, yo no estoy para bromas.

-¡Cuánto lo siento!, pero no se aflija, ya luego pasarán los doctores y le darán algún calmante.

El 13 miraba sonriendo como quien está seguro de vengarse cuando desea. El 17 se reía y el 16 decía en su lenguaje arrevesado.

-Yo dar coletos.

Recogieron los jarros del desayuno, Armandito no

hizo ninguna barbaridad y don Aliro después de sacar la sangre para examen de los nuevos pacientes, recordó que ese día pasaba visita "El Profe", como decían los doctores de sala.

La señora Angela entró trayendo unos enormes calamorros colorados.

-Pruébese esto -le dijo al 16.

Se calzó un zapato y afirmando el pie en el suelo decía:

-Bueno mío, bueno mío.

Le dejó los bototos y se fué sonriendo, aureando sus tapaduras de oro. Apenas hubo salido, el 16 sin preocuparse que sólo tenía una corta camisa puesta, se colocó los zapatos y andando feliz, pisando fuerte, fué don el 21 exclamando gozoso.

-Zapato cuero mí, contento, muy contento yo.

Y se volvió a su cama, como un niño chico, tan dichoso que posiblemente no oía la risa que provocaba su absurda figura.

Las doctoras llegaron juntas charlando como dos cotorritas; hicieron una visita rápida, deteniéndose algo más en los enfermos nuevos; se fueron a formar en la comisión que con "El Profesor" a la cabeza ya había empezado la visita en la primera sala.

Los enfermos comentaban la venida; los nuevos preguntaban curiosos y los antiguos contestaban atentos agregaban comentarios, demostrando satisfechos sus conocimientos.

El 11 decía no conocer a ninguno, el 17 recordaba que el Dr. Mariano lo había creído reconocer, el 12 contaba que en Concepción el padre le había dado la mano, el 13 decía:

-¿Qué hago yo, ahora?, ¡por las rechu...pilcas!, ¡me van a pasar la mano y yo no me las he lavado siquiera!

En la comisión faltaban el doctor Zuleta Palma y el

doctor Pérez, las dos sonrisas; en cambio venía otro señor, alto, de cuello almidonado, ondulado el cabello, recortado el bigote; se movía con pose de hollywoodense; era un joven doctor de películas, con la diferencia de que éste poseía además conocimientos profesionales. Otra novedad: en el grupo estaba la doctora Corita.

El 11 fue prolijamente auscultado, le recetaron inyecciones y una serie de exámenes. Fue mandado inmediatamente a Rayos, don Omar lo llevó. El diagnóstico del 12 era al parecer muy sencillo, lo examinaron y pidieron análisis de desgarro y rayos. El 13:

-¿Cómo se llama usted, amigo?

-Me da vergüenza decir mi nombre con esta cortadita de pelo a lo John Gilbert que le hace a uno en la entrada.

-Se llama Mamerto Mateluna -dijo alguien.

Contó una historia inverosímil sobre la causa de su enfermedad y usó pintorescas expresiones de roto diablo. Se hizo simpático.

Frente al 14, el Profesor no se detuvo, consultó a la doctora Rubio y le dijo:

-Hágale un recuento.

-¿Qué hubo, falangista? ¡Te libraste jabonado! Ya estás casi bueno. Levántate hoy día un par de horas, de 1 a 3 y entiéndelo bien, ¡ni un momento más! Llámame a Aliro.

Sonó el timbre del practicante y entró casi inmediatamente don Aliro.

-Cuide que este enfermo se levante de 1 a 3 y que no salga de la sala -y dirigiéndose a la doctora-: si no hay alteración le damos de alta el lunes.

Frente al 16 se impuso de las novedades que tenían las doctoras. Leyó la hoja de los gráficos y concluyó diciendo:

-Mejor es darle de alta; aquí ya no avanza más.

Delante del 17 el doctor Mariano lo informó detalladamente, llamándole la atención sobre la rapidez de la mejoría. El Profesor revisó la conocida hoja-control, se impuso de los exámenes y concluyó por decirle:

-Si sigue así, le podemos dar de alta el lunes; se toma después un reposo de unos 15 días, siguiendo el régimen que le damos.

Feliz el 17 le dio las gracias.

-Mallorquino, ¿nuevamente aquí?

Lo informaron y dijo:

-Este se puede ir el sábado.

El viejito 19 recibió una atención especial; le dejaron unas inyecciones y también fue enviado a Rayos. Al 21 lo auscultó y dijo:

-Se ha normalizado el corazón. ¡Mi amigo, paciencia y nada más que paciencia!

El 22 recibió también un examen minucioso y fué enviado a Rayos. Al irse dijo:

-Este enfermo, aquí a la entrada de la puerta, está muy expuesto al aire: pónganlo en el 20.

La comisión siguió a la otra sala.

El 16 que estaba de alta empezó a prepararse para partir. Contento con sus bototos colorados no se preocupaba del resto de su indumentaria; se paseaba por el interior de la sala más tirillento y astroso que tony disfrazado de atorrante.

Concluyó el Profesor su visita y volvieron a la sala los facultativos.

-Corita, hagamos las historias juntas: una va escribiendo y la otra interrogando; así andamos más rápido, ¿qué te parece?

-Si tú crees que es mejor, ¡bueno!; a mí me es indiferente. ¡Mira al 16 cómo se pasea luciendo sus zapatos! ¿No podremos conseguirle alguna ropa? ¡No se

da cuenta ese infeliz cómo anda! Voy a hablar con la Angela.

Trajines por un lado, trajines por el otro, hasta que consiguió que le diesen una camisa verde oscura, de cuello pegado y bolsillo a la altura del corazón. ¡Hombre más satisfecho era difícil de encontrar!

Trabajando juntas empezaron, desde el 11, un interrogatorio.

Este contó su historia recalcando la atención del Dr. Zárate, profesor de la Escuela de Medicina, y quiso entregar los exámenes y recetas; entonces la doctora Cora lo interrumpió:

-¿Usted quiere que veamos esto para que nos informemos y aprendamos?

Se cortó un poco el 11, pero reaccionó rápido:

-¡No, señorita!; le entrego estos datos para facilitarle su trabajo; creo que la opinión de un colega suyo, profesor universitario, debe merecerle consideraciones. Ese ha sido mi espíritu, señorita.

Ya se iban cuando afuera se sintieron protestas en alta voz, explicaciones del practicante, réplicas más fuertes, con dúplicas que empezaban a tomar el mismo tono.

Intervinieron pidiendo explicaciones. Un sargento de Ejército contestó:

-Señorita, me ha pasado lo siguiente: hice preguntar por teléfono cómo seguía mi padre, Fortunato Flores, y le contestan de la puerta que está grave. Yo sé, señorita, lo que significa una noticia así, dada por el hospital; comprendí que mi padre estaba en peligro de muerte. Me vengo en un auto para no atrasarme; en la puerta me confirman el dato y me dan entrada libre; llego a la sala y veo la cama desocupada y sin hacer, creo que ha muerto, me desespero y para confirmar la noticia le pregunto al del lado, a quien ya conozco y éste me dice que debe estar en la toilette afeitándose porque está de alta. Efectivamente

mi padre entraba rapado un momento después. No deseando ser injusto en mi reclamo, fui a la puerta a indagar cómo se había producido tamaña equivocación. Ahí me informaron que era el practicante de la sala el que daba el dato de los enfermos graves. Este señor es el practicante: a él le estoy reclamando.

-Yo, doctora, no di el dato de los graves. Así se lo he dicho al señor y él insiste en hacerme cargos.

-Llame a Aliro.

Este impuesto de los hechos, contestó:

-El dato lo piden por teléfono, y algunas veces, lo atienden los mozos. Ellos saben o nos preguntan a nosotros. Yo hoy día no he sabido nada, nadie me ha consultado.

-Llamen a los mozos.

Pacheco afirmó que él no había dado el dato. Armandito habló:

-Yo voy a decir lo que pasó. Tocaban y tocaban el teléfono; yo no quería atenderlo porque no entiendo mucho de ese aparato; como seguían tocando no me quedó más remedio que oír lo que querían; primero que nada me retaron, que éramos unos flojos, que no atendíamos los llamados; después me preguntaron cuáles eran los enfermos graves y apuraban, ¡los hubiera oído usted lo enojados que estaban! Grité llamando a don Aliro o a don Omar, ¿qué iban a venir?, ¡si creo que andaban por la botica y el laboratorio!; llamé a Pacheco, éste estaba almorzando, no oía; si colgaba esa cosa, la sonajera era para volver loco. Entonces le dije que los más graves eran los que me parecían a mí, el 3, el 15 y el 32. ¿Esos no más? me dijeron de adonde preguntaban. Como les había parecido poco les agregué otros dos: el 16 y el 21. ¡Eso fue todo!

-¿Y no se te ocurrió dejar colgado el fono e ir a preguntar?

-¡Yo no entiendo el aparato ese!

Armandito había hecho una de las suyas, pero ahora la culpa no era de él: debían enseñar a los mozos nuevos sus obligaciones y el uso del teléfono.

Juntas se van las doctoras, se despiden con un atento ¡"Hasta mañana"!

El 16, grandote, feliz, con zapatos y camisa nueva, muestra sus dientes albos y sus dedos juegan con la tarjeta que le han dado. Se dirige donde el 21; camina medio de lado:

-Ir yo, papel...papel no entiende.

Toma la tarjeta Valdebenito, la lee y se la entrega diciéndole:

-Aquí sale el nombre de la enfermedad que tuvo, los remedios que le han hecho y los que usted debe hacerse. Si vuelve a enfermarse le sirve para conseguir cama aquí mismo.

-Guardo yo, entonce. ¿No pan?

-Como no, sáquelo.

-Bueno usted mejore.

Con la cara seria, los ojos de bestia siempre acorralada, que nunca encuentra quien se compadezca de ella, lo miró un momento y sin tenderle la mano, ni despedirse de nadie, andando un poco de lado se fué el 16, mordisqueando pan.

-Cómo se siente, 11, ¿Qué le parecieron los doctores?

-Bien, satisfecho, contento. Yo nunca había estado en el hospital; me doy cuenta que este pabellón es, momentáneamente, algo excepcional, que la línea de conducta de la Beneficiencia debe ser conseguir que las salas de todos los hospitales sean como esta, ¡por algo se empieza!

-Que la Beneficiencia piense en transformar su servicio, dejándolo en todas partes como este pabellón, es algo absurdo. ¿Cómo no comprende que esto se hace para mostrar a los extranjeros, para engañar y conformar, como

yo me he leído que hacen en Rusia con los visitantes; les muestran lo que preparan con ese fin y la verdad queda en el estercolero.

-No, 15, está usted engañado o es que los años o la enfermedad lo tienen pesimista, amargado y todo lo que piensa lleva el sabor de ese desaliento. Las construcciones de esta índole se van a extender por todo el país, el Gobierno se preocupa de dar fondos con ese objeto y la Caja de Seguro Obrero está organizando también su servicio hospitalario. La noticia la he leído en la prensa de izquierda y de derecha, no se puede poner en duda.

-¡Ja! ¡ja!, con lo que me sale el 21. ¡Es algo increíble! Juegan con ustedes como si fuesen niños chicos; los engatusan y engañan como a unos infelices incapaces de pensar. Y usted demuestra ser hombre que se ha educado, ¿qué más será con los que apenas saben leer?

-Pero, 15, lo que usted le dice al 21 no son nada más que palabras; no hay nada concreto que las justifique; son comentarios mordaces que ninguna razón sostienen. Así se puede hablar en un choclón político, pero no entre compañeros que no persiguen propaganda en favor ni en contra de nadie.

-No, 11. No trate de hacerme hablar, que queda usted más amargado que yo; anoche lo sentí conversar y ya me estaba dando la razón.

-No se disculpe, paisano. Déjese de retorcer la lengua y dígales de firme lo que hay.

-No, paisano, que las paredes tienen oídos y no hay que nombrar la soga en la casa del ahorcado. Cuídate a ti mismo, que los demás se cuidarán solos. Aun necesito yo los servicios de aquí, y si saben lo que pienso, me despiden.

-¡Disculpas y nada más que disculpas! Encima hace mal en suponer que algunos de nosotros va a ir con el cuento a otra parte.

-¡Eso es, 11, atrínquelo, que el coño es fulero y se le quiere arrancar por baranda el niñazo! ¡gringo caldillento! ¿creerá que todos son como él que anda buscando al doctor para quejarse?-. Y el 13 que hablaba lo miró con rabia.

-Yo creo que los doctores y demás personal administrativo desempeñan aquí labores perfectamente definidas; no faltando a la disciplina se pueden exponer las ideas que se crean convenientes. Todos ellos son hombres cultos y saben respetar el pensamiento, por muy humilde que sea quien lo formule. El peligro que llegue a sus oídos, lo que usted diga es ilusorio, primero porque ninguno de nosotros, compañeros, es delator y segundo porque con certeza a ellos no les preocupa, por muy audaces que sean sus palabras. Lo malo sería que entrasen a considerarlo como un caso de estudio para los neurólogos. A lo mejor sus ideas son otro ilusorio plan, gemelo del que solucionaba la relación entre el Capital y el Trabajo.

-Me ha amostazado usted, 21, y voy a decirle las cosas por su verdadero nombre.

Carraspeó un poco, se enderezó, quedando sin apoyo su espalda y libres sus brazos para accionar. Dijo:

-El problema más grave que tiene el proletariado chileno es su alimentación y su casa. Hablar detalladamente de ambas casos no es necesario, todos las sabemos por experiencia, las hemos visto, las hemos palpado. En covachas dignas de bestias inmundas, una mujer viste de andrajos, casi siempre piojosa, a su alrededor tres o cuatro chiquillos peor que ella, famélicos, semidesnudos, muestran sus piernas y parte del cuerpo, costrientos, con las carachas a veces purulentas. Casi siempre el mayorcito es lustrabotas; sus manos son una obra maestra de suciedad. Estos infelices se alimentan con subproductos, tal es la calidad de lo que se les vende; en otros países no se permite el expendio de esas inmundicias; además la cantidad es tan exigua que nunca logran matar el hambre. En esta tierra,

abonada por la miseria, caen todas las plagas humanas, todas fructifican y florecen, quedan condenados a ser carne de hospital.

Se gastan millones en construir suntuosos edificios y educar profesionalmente a innumerables médicos que se especializan más y más; para enfermeras y visitadoras sociales se han creado escuelas. Ahora hay que justificar esos gastos, darle trabajo a esa caterva de hombres y mujeres con títulos; es necesario el material humano, ahí lo tienen en los conventillos y covachas, están listos los almácigos de enfermedades, no hay necesidad de ir a buscarlos, solos llegan, por sus propios pies vienen las víctimas.

Se les llena la boca leyendo mensajes, enumerando con minuciosas estadísticas las sumas fantásticas que se gastan en favor del pueblo; edifican hospitales, clínicas, casas de salud, open door y admirables policlínicas. ¿A qué tanto mentir?, fariseos odiosos, estupendos farsantes. Abran su conciencia y vean claro, oigan la protesta del pobre que les grita:

-Menos hospitales, menos clínicas, con las que hay bastan; dennos más alimentos, mejores casas, más ropa, dediquen sus esfuerzos a que no se produzcan enfermos.

Burgueses podridos, que gastan los dineros que administran en enormes construcciones, llenas de confort para que ganen sus hijos y los otros lobos de la misma manada; arquitectos, ingenieros, contratistas generales, inspectores y miles de burócratas y tras éstos las fábricas expoliadoras, también de ellos; y por último para utilizar estos palacios, estos rascacielos faraónicos, es necesario el personal administrativo; señoritos y señoritas, la delicada progenie de ese cúmulo de vampiros que amontonan dinero a costa de las carnes desnudas y de la desnutrición del pueblo.

-¡Pobredumbre maldita! ¡Civilización infecta, domi-

nada por el Don Yo, egoísmo y nada más que egoísmo: yo y los míos... Yo y los míos. ¡Hay que hacerlos volar con dinamita!

Y calló, recostándose sobre su almohadón, trémulo, pálido, sudoroso, parecía un poseído.

Todos los enfermos, con los ojos abiertos, fijos, miraban el vacío.

Se esperó largo rato; el 11 y el 21 respetuosamente no querían hablar; era necesario que el 15 se repusiese de su emoción. El 21 decidió romper las cavilaciones.

-Quitando esa especie de exaltación lírica que hay en lo que nos ha dicho, se puede resumir su argumentación en lo siguiente:

Con los hospitales que existen, basta; los dineros que se inviertan en construcciones hospitalarias, hay que ahorrarlos, con ellos se aumentará el bienestar del pueblo, mejorando las casas, repartiendo ropas y alimentos.

Careciendo de estadísticas a la mano y como pueden ponerse en duda los datos, anulando las conclusiones me voy a valer de la experiencia de todos nosotros.

Voy a formular al compañero 15 algunas preguntas; ruego a los que no estén conforme con su respuesta, lo hagan presente.

-Dígame, 15, ¿ha estado otras veces en el hospital?

-Sí, 21, estuve en Iquique y aquí en Santiago, fuera de éste, en San Juan de Dios.

El 17 y el 11 no habían estado en otros, pero los conocían por visitas y por conversaciones de gente que había sido hospitalizada.

-Dígame ahora, la sala, la limpieza, la comodidad, la sensación de bienestar que experimentamos aquí, ¿las sintió usted en los otros hospitales?

-¡Pero, hombre! ¡Eso no hay ni qué hablarlo! El de Iquique, en el tiempo en que yo estuve, no era hospital, era un matadero humano, algo inmundo, se estaba todo el

tiempo con asco. El San Juan de Dios está mejor, pero no se puede comparar con esto. ¡Si aquí estamos a cuerpo de rey! El que aquí no se mejora, es que está en su destino morir.

-Y ustedes, compañeros, ¿qué dicen a mi pregunta?

No hubo discrepancias: había unanimidad.

-Aun tengo que hacerle más preguntas, 15. ¿Y qué dice usted de la alimentación?

-Aquí se está bien: el pan es un poco escaso, dos panes para 24 horas no alcanza. De San Juan de Dios no se puede quejar, salvo que sea regodión y para esto no hay derecho. En Iquique, ¡puf!, no hablemos mejor, que allí el que no moría de la enfermedad, finaba de hambre si no tenía con que comprar sus faltas.

Aquí yo he oído muchas quejas; incluso el 14 que está aquí a mi lado, habla de que lo están matando de hambre.

Sucede en esto un caso curioso; los que así se quejan, están a régimen y como la comida es tan desabrida sin sal, prefieren no comer y se quedan con hambre.

Todos los enfermos opinaron igual, el 14 se calló y no quiso decir nada; se contentó con refunfuñar:

-Me debilito más si hablo. Mejor es que me calle.

-¿Y la atención médica?

-En Iquique el doctor no daba abasto y encima tiene que atender con pulmonía, quebraduras, enfermos del hígado, de los riñones y de cuanto diablo hay. Allí no había laboratorio de exámenes, ni rayos, ¡ ni qué sé yo cuántas instalaciones más que se dispone aquí. En Santiago da gusto, lo examinan tanto que casi rogase uno que hubiese menos médicos. Y de llapa tiene usted a los internos.

-Una última pregunta: ¿le costó conseguir cama?

-La verdad es que en todas partes cuesta conseguirse las camas: se las pelean. En provincias sé casos de enfermos que han estado semanas enteras esperando camas. Hay una escasez inhumana, ¡pero hombre!, si aquí

mismo en Santiago, cuántas veces la prensa no ha publicado de enfermos que mueren en la calle, de mujeres que botadas en alguna puerta tienen su guagua.

-Yo le encuentro razón en todas esas respuestas, y veo que todos estamos de acuerdo en la verdad de ella.

De aquí yo deduzco:

Primero: es indispensable acomodar todos los hospitales para dejarlos como este pabellón. Todos ustedes lo han estimado así.

Segundo. Faltan camas; es por consiguiente indispensable nuevas construcciones hospitalarias.

Tercero. En provincia la atención médica no es como en Santiago, donde se está bien; luego se necesitan doctores, practicantes y enfermeras, para mejorar esos servicios.

Por consecuencia los millones, cantidades muy mezquinas a mi entender que se invierten en esta clase de construcciones y en forma y educar al personal necesario, son inversiones indispensables.

La verdad: no se puede esconder entre hojarascas efectistas al hombre que razona. No cabe aquí mezcolanzas con fines de propaganda de un credo político o para satisfacer vanidades personales, recibiendo aplausos de los que ingenuamente aceptan todo lo que oyen.

El pueblo está mal alojado, muy mal vestido y pésimamente alimentado; esta verdad no la puede discutir nadie que se precie de sincero. La solución de este problema es la tarea de los gobernantes. Ahí están, en estos momentos, derechas e izquierdas prometiendo el oro y el moro para olvidar después su promesa y dejar todo como está o cuando mucho dar un pequeño avance, que pregonan y cacarean por todos los ámbitos como triunfo de iniciativa de ellos en bien del pueblo.

-21, me ha tomado usted de sorpresa. Yo soy hombre que necesito meditar las ideas; no tengo rapidez para

desenvolverme y encontrar el argumento de defensa; por esa razón no le contesto inmediatamente.

-No se preocupe de eso, 15. No hay apuro. Yo lo he refutado por la fuerza de sinceridad y emoción que levantaba en su espíritu un razonamiento falso, por la violencia de ataque de su exposición. Y también ¿para qué negarlo?, porque soy chileno y usted es español y en su patria que estimo profundamente, hay partes donde las cosas son peores, mucho peores. No hablemos más de esto que el tema es cansador.

Se relajó la atención general y cada enfermo fue auditor de sus propios pensamientos, las inquietudes, los anhelos, las esperanzas que hace nacer en ellos el día de entrada, saturaba sus mentes.

Las dos y media, el ruido de pasos que avanzan por la galería anuncia las visitas. La primera en llegar fue la señora Eduvigis; la acompañaba una niña morena, sin sombrero. Valdebenito, al principio, no la había conocido; creía que era compañía de la señora.

-¿Cómo sigue, cristiano? A la vista se conoce que está mucho mejor.

-Tiene razón, señora Eduvigis, estoy mucho mejor. Perdone, señorita Rosa, no la había conocido -dijo tendiéndole la mano.

-Así son los orgullosos, se enferman, se vienen al hospital y no avisan ni a sus compañeros de trabajo.

Sonriendo contestó:

-Creo que no merezco ser tratado de orgulloso. Bien sabe usted que no tengo amigos entre el personal de la fábrica, sólo conocidos que nos saludábamos y conversábamos una que otra palabra. No me perdonan que no haya pagado el piso.

-Aquí le traigo frutas. No me dé las gracias, que el dinero lo reuní entre los pensionistas, sus amigos. En la noche, cuando juegan brisca, se va dejando algo para usted.

-Gracias, señora, y déselas en mi nombre a ellos también.

-Aquí tiene, ingrato, para que tome té en la noche. Yo estuve hace dos años en este mismo hospital. En mi sala no había esta elegancia -dijo señalando la mesa movible.

Allegaron dos sillas y se sentaron a conversar.

El 13, al divisar a la señora gorda, su madre, que seguida de una niña joven entraba a la sala, dijo en alta voz:

-¡Apareció, señora! Ayer me tuvo con hambre toda la tarde, ¿para qué dice que va a venir si no lo piensa siquiera?

-Cállate, no te atarantes, averigua las cosas bien antes de hablar y si pasaste hambre la culpa es del borracho de tu hermano, que no se conforma con tomar, sino que tiene que armar camorras. Toda la tarde la perdí para conseguir sacarlo. Hasta la cama le empeñé para reunir dinero y pagarle la multa.

La conversación siguió en voz baja.

Entró un caballero con sombrero en mano, hizo un saludo con la cabeza y en seguida en voz alta: "buenas tardes". Nadie dejó de contestarle: era el hermano del 11.

La señora del mallorquino, con la nieta, le traía el pacarito dentro de un bolsón de papel que colgaba de su mano.

Alta, un poco gorda, gastados y chuecos los tacos de los sucios zapatos, con un traje rojo desteñido por la transpiración bajo los brazos, abundante la cabellera, aun sin canas, se la anuda en un moño sobre la nuca; la piel de la cara un poco pecosa. La tristeza de sus ojos demostraban las lágrimas que había vertido. Era la mujer del 12.

Al centro de la sala se detuvo una señora delgada, morena, vestida con un chillón traje azul claro, en la cabeza

un extravagante sombrero de paja, adornado con cinta celeste, los zapatos cubiertos de tierra. Preguntó:

-¿Ta aquí Manuelito Contrera? -Nadie le contestó. Se dirigió a la cama 17.

-¿No sabe usted, señor?

-Señora, no hay más enfermos que los usted ve.

-Es un viejito. De la Asistencia lo mandaron a este hospital; en la puerta me dijeron que estaba en esta sala.

-Vea al 19, señora, es un viejito; se pasa durmiendo todo el tiempo.

Cuando, acercándose a la cama, lo hubo visto exclamó:

-¡Ño Contrerita, ño Contrerita!; Bendito sea Dios, a lo que uno llega!

Se enderezó el 19 y después de mirar un momento con la cabeza vacilante, dijo:

-¡Patroncita!, ¿usted pu'aquí? Consiga que me dejen salir para ir a desmalezar los porotos.

-Ño, Contrerita, no piense en esas chacras; Antuquito las riega y las limpia. ¿Y cómo sigue, siente alivio?

-No se me quita na la puntá, ahora se me le ha ganado pa l'otra paleta.

En ese momento entraba la mujer del 15.

-Señora, se ha vuelto usted a atrasar; poco tardará la monja en venir con su mardita campanilla.

Le dio la morena una palmada en el hombre, que lo hizo sentarse en la cama, al mismo tiempo que le hablaba.

-Cállate, viejo rezongón, que te olvidas que tengo tanto que hacer en el sitio, acuérdate que estoy sola. Te felicito porque ya estás en pie.

-¿Y Antoñito? Todas las veces que viene el rapaz, no hago otra cosa que aconsejarlo y pedirle que te ayude.

-Antonio bastante tiene con su trabajo, y tú debes estar muy sano cuando estás levantado.

-El doctor me ha autorizado para levantarme tres o cuatro horas diarias, que yo ya te he dicho, me verás agonizar, pero no morir. Que tengo yo una fortaleza que ya se la quisiera para sí un muchacho de 20 años.

Se dedicó abrir el paquete que le traían, y momento después masticaba él y el 14.

Se acercaba la hora en que debían terminar las visitas. La señora Eduvigis y su acompañante se despidieron del 21. La joven, al llegar a la puerta, volvió la cabeza e hizo una última despedida sonriéndose y moviendo una mano con ademán cariñoso.

-Cuídese ño Contreritas: el domingo vamos a venir con Francisco.

-Muchas gracias, patroncita, yo hago toito lo que me icen los méicos.

Sonaron recios, hombrunos, los pasos de la patrona del 19.

-Hasta muy pronto, caballeros, que mejoren.

Todos contestaron: el hermano del 11 se retiraba.

-Tráigame lo que le digo, señora, si no estoy enfermo del estómago. Y al caldillento de Domingo que no se venga a meter curado aquí.

-Bueno, niño, Más parecís enfermo de hambre que del pulmón. Hasta mañana.

El 13 no contestó; la morena gorda salió seguida de la muchacha vestida de negro; movían las cabezas despidiéndose de los enfermos.

El mallorquino besaba a la nieta; después de la mano de la abuela partieron, también moviendo la cabeza. Saludaban.

Fueron retirándose los rezagados, también saludando. La despedida del caballero hermano que visitaba al 11 fue virulentamente contagiosa.

Al 17 nadie lo vino a ver; los patrones que eran más

buenos que el pan no aparecieron. Triste el risueño hombrecito, de la cara queso holandés, denunciaban sus bigotes canos sugestivo temblor. ¡También a veces se llora sin lágrimas.

El 15 leía nuevamente una carta que su mujer le había traído. Los otros enfermos no hicieron comentarios. Perezosas las últimas horas de la tarde transcurrieron lentas; algunos dormitaban; otros meditaban en sus inquietudes mirando al techo, desabrido, liso, no tenía siquiera tablas que contar.

Rezó la monja, repartieron el agua, y como continuaban callados dijo el 15.

Paisano, cuente usted algo para entretenerme, que así callados vamos pareciendo mudos.

-Yo cuento, pero que los otros se comprometan a contar también.

-A mí me tienen que disculpar -dijo el 12- lo que podía contar ya lo conté.

-Cuente, 18, que en el camino se arreglan las cargas y cuente largo.

Por dichos no nos quedamos, no vaya usted tan ligero que no hay que apurar el ganado flaco. Si pues, 17, donde usted pone un santo, yo pongo otro que valga más. Siendo yo chiquillo estaba ocupado en una granja, y una vez que la patrona perdió las llaves les prometió una vela a las ánimas para apareciesen. Yo que la oigo, y como me interesaba que no se encontrase lo perdido, porque me mandarían al pueblo, le ofrecí una vela a la Virgen para que las ánimas no pudiesen hacerla parecer. Me ganó la vela la Virgen. ¡Si ella puede más que las ánimas!

-¿Paisano, nos va usted a contar algún cuento mallorquino?

-No, paisano, les voy a contar lo desgraciado que fui yo cuando me casé. Calculen ustedes que llevaba seis meses de casado y sin verle el ojo a la papa.

El 17 empezó a reírse.

-Trabajaba en la granja que les he dicho, donde hice la manda. El era ya mocetón de más de veinte años; no salí en quinta, nada tuve que hacer con militares. Parece que a la patrona le había entrado algo por mí, porque se llevaba llamándome. ¡Sebastiancico! Para todas las cosas de la casa, como si no hubiese tenido dos mozas de los quehaceres. Me hacía lustrarle las botas; teniéndolas puestas le divisaba la pierna hasta más arriba de la rodilla.

-¿Por qué no aprovechó, 18?

-¡Qué iba aprovechar!, si era una vieja más fea que pelea de gatos. Y el patrón era un hombre muy bueno. No se me atravesó nunca por la cabeza la idea de que la patrona quisiera algo conmigo. Hizo arreglar para mí, un terno nuevecito del patrón; sólo tenía gastadas las sentaderas y deflecado un poco abajo los pantalones. Como yo era más bajo y mucho más delgado que su antiguo dueño, quedé hecho un elegante 'q las mozas daban vuelta la cabeza para verme.

-Lo desconocerían, mallorquino.

-Al patrón le pasó eso, no me conoció; después me dijo: ¿de dónde sacaste ese terno tan bueno?

-Se parece a un terno viejo que tengo por ahí adentro guardado.

-Pues señores: el terno me hizo conocer a la que es mi mujer y como sus padres tenían sus terrenitos, no querían yerno tan pobre. Me costó conseguir el consentimiento de ellos; tuvo que venir el señor cura a convencerlos.

Me casé y ya en la iglesia sentía unos tiritones y calores al cuerpo que me parecía que me iba a desmayar. Debe ser la impresión, me decía yo para mi consuelo. ¡Nada, señores! que a la salía del templo no podía dar paso. ¡Qué de cuchufletas y de risas no hicieron de mí! Caí con una fiebre que me llevaba Satanás; días después me brotó la viruela; a los tres meses estaba sano, pero más flaco que

perro sin amo. No podía ni andar de lo débil que quedé; a la semana siguiente, ¡tas! la señora a la cama con la esquelencia. Total seis meses casados y sin verle el ojo a la papa; me hacían tanta burla los paisanos que no me dejaban vivir y una bromas a la señora que la ponían como brasas. Llevaba como siete meses de casado cuando vine a "subir al peral" que aquí ustedes así llaman a aquello.

-Muy buena su historia -dijo el 11-; sería conveniente que el 13 contase algo, va quedando rezagado.

-¡Chis! Yo soy casado pero me subí al peral antes de casarme, ¡hay que conocer lo que se compra!

-No se trata que narre esas cosas si no sabe algún cuento; díganos cómo se pegó la primera curá de su vida, porque supongo que se habrá curado alguna vez.

-¡Ya llegó, iñor!; he perdido la cuenta de las veces que me he emborrachado, pero me acuerdo clarito de la primera vez. Soy como las mujeres; ninguna se olvida de la primera vez. La primera mona, pa hacerle talla, fue con cola de mono, bien dulcecito.

La veterana de mi madre ha sido mujer muy buscavida; así vieja como está atiende una cocinería que tiene al lado de la fábrica en que yo ya no trabajo. No me acuerdo en qué año fue, taba bien chiquillo; le mandaron a la señora 400 claveles para la venta, esa noche era la Pascua; sacaron albahaca e ilusión del sitio ¡y vamos haciendo ramitos!, un clavel, un poquito de albahaca y otro poquito de ilusión, unas vueltecitas y la amarra con hilo blanco, ¡listo el bol! En una canasta grandaza me echó 150 ramitos y ella puso el resto en dos canastas medianas y nos venimos en un carrito para el centro. Ahí en Plaza Italia nos apartamos. Mamerto -me dijo la señora, vos te vay por aquí hasta la estación, ojo que no te saquen los ramitos, a chaucha cada uno, ahí tenís dos pesos de sencillo pa que dis vuelto. Cuando se desocupís te vay pa la Plaza de Armas, allá nos juntamos. ¡Chitas que tuve que andar!, eran como las seis

de la tarde cuando me separé de la señora y a las doce todavía me quedaban ramitos; como estaba con hambre de tanto caminar y gritar los claveles con albahaca, me comí unas empanadas fritas y me senté frente al San Borja, ahí me quedé dormío. Desperté a los gritos de una niñoca que decía: No, esas no son bromas, pobre chiquillo, ¡cuánto habrá trabajado con su venta! Un futre, iñor, había cargado con la canasta y estaba tandeando, el gracioso, haciéndose que vendía ramitos. Total que me compraron todos los que quedaban, las niñas se ponían ramos por todas partes y los mismo ellos; yo calculo que me quedarían unos 25 ramitos, me dieron diez pesos por ellos. Se había acabado la venta, saqué la cuenta del dinero, tenía $ 48,60 me acuerdo como si fuese hoy día; a la veterana tenía que entregarle $ 32.; me sobraban $ 16,60. Ya no quedaba casi nadie por las calles; me fui con la canasta en busca de la señora; frente a la Catedral la encontré muy sentada, le quedaban como treinta ramos a ella, no estaba na cansada, se había llevado ahí en la plaza y en el Mercado. Después que le di la plata, me iba a pasar dos pesos, le dije: No me de ná mamita, mire que algunos ramitos los vendí más caros y que quedaron algunas chauchas.

-Hijo de tigre -dijo la vieja- tiene que salir overo.

Nos fuimos para el Mercado; ahí nos comimos un plato de caldo de cabeza cada uno. Vamos pa la Vega, me dijo después mi madre, allá venderemos estos ramitos que nos quedan; para allá cortamos; íbamos atravesando el río y ¡zas! nos ataja un gallo. Le compro todos los ramitos señora, en un lote. Ya pues le dijo: déme $ 12, por ellos. No se hizo rogar, pagó al tiro. Volvimos pa el Mercado; ahora fue chocolate con sopaipillas lo que nos servimos los rotitos. Después para la casa, dormí casi toda la mañana. En la tarde me junté con los chiquillos amigos; taba revoltario, yo, con mis $ 16., ni millonario que hubiera sido. Un guagualote que se apegó a nosotros fue el que nos dijo:

¿Por qué no nos conseguimos una botella y compramos cola de mono?; es regüeno, bien dulcecito, con lo dulcecito se nos destapó la sed, tomamos cola de mono hasta que se nos hinchó la jeta; era para la risa iñor todos los cuiquillos curados como piojos, nos metimos al sitio para que no hubiera rocha; al bullicio que teníamos entró para allá mi madre, también se puso a reír la señora, llamó a los vecinos y los discretitos en lugar de habernos dado una paliza a cada uno, nos celebraban la borrachera.

¡Saqué trago! Como no hay, me conformaré con la toma. ¿Serán benditos? La dejan por cucharadas y el remedio es rebueno, de esos que se pueden tomar por damajuanas.

Afuera se siente conversar fuerte. Entran Manuelito, un enfermero de la puerta y una niña de poco más de 20 años. Se acerca a la cama 22 que está en el lugar del 20 y rompe a llorar. Desde hace tres días su marido faltaba a la casa; al principio creyó que andaría tomando con otros amigos, después desconsolada con dos niños chicos, sin poder salir a buscarlo, avisó a los cuñados; éstos indagaron, tal vez, sin interés. Desesperada había salido esa tarde, dejando los niños encargados donde una vecina; de la comisaría la mandaron a Investigaciones, después a la Asistencia. En la Posta Central le dieron la noticia de que había sido enviado al hospital Salvador.

Abrazó a su enfermo y se fue, quedado de volver al otro día; los reglamentos no permiten visitas a esas horas; la dejaron entrar con concesión especial: compasión a su llanto.

Apagaron las luces, una buenas noches y hasta el otro día.

El resultado de la visita de esa mañana fue: al 14 le colocaron la ficha colorada. El 15 sigue esperando la venida del especialista que aún no aparece. La cama 16 desocupada. El 17 no ha estado tan locuaz, mejora, se

compensa rápidamente. Al 18 le han dicho que avise a su mujer para darlo de alta el sábado. El 19 no reacciona, parece dormir constantemente, no come nada. El enfermo que ocupa el lugar del 20 sigue con su puntada que le atraviesa el pulmón.

Eran cerca de los doce y media cuando dos caballeros, elegantes, cargados de varios paquetes, entraron a la sala.

El 17 al divisarlos gritó:

-Don Juan, don Alberto, aquí estoy.

-¿Don Guillermo, cómo sigue usted?

Ambos le daban efusivos la mano.

-Se han enfermado dos dependiente y no podemos movernos de la tienda; esa es la causa de que no viniésemos ayer.

-Así lo comprendí yo también, algo grave ocurre, porque no es posible que me hayan olvidado tan rápido.

Valdebenito reflexionaba: sin que se pusiesen previamente de acuerdo nadie se burló del 17 por el chasco que significaba anunciar tan seguro la visita de los patrones y no venir ni siquiera un mozo; la delicadeza del proceder lo sorprendía.

Los visitantes conversaron con una envidiable camaradería, se reían los tres como en competencia; estuvieron acompañándolo hasta la una y media.

-¿Qué hubo, compañero? ¿Qué le parecieron mis patrones? -preguntó el 17 apenas se hubieron ido.

-¿Y siempre son así?- indagó el 11.

-Siempre iguales, hace cinco años que estoy en la tienda y nunca los he visto enojados.

Repartió algunos duraznos, y contento, feliz, se restregaba las manos.

-21: esta tarde o mañana me traen el Salerón.

-Me alegro, ya casi no quedaba.

-¿Se fijó en los zapatos de la doctora Rubio?; ¡tan mal

gusto que tiene para vestirse!; se gasta unos choclitos que podría lucirlos, pero usa taco bajo como las gringas desabridas. Se pone taco alto... ¡y como se pide don Vito! Yo creo que estas niñas con su profesión de doctoras, pierden algo de sus atractivos femeninos; se me ocurre que no se ruborizan nunca.

-Está equivocado, 17; es verdad que esos zapatos verdes como alfombras no le sientan, le restan morbídez a las piernas, le quitan esbeltez al cuerpo que parece ahora más pesado al andar. En cuanto a lo que usted dice que la profesión no les es conveniente, hay un error fundamental y que se explica porque usted ha vivido en el prejuicio que limita el campo de las actividades femeninas a poco más de los quehaceres de la casa.

-Tal vez tenga usted razón: yo soy un viejo y en estas cosas mi manera de apreciar, de ver, son a la antigua. Así es la vida compañero 11; no en todos los avance podemos acompañar a la juventud.

-Hace mal usted en hablar en esa forma de las doctoras. A ellas debemos considerarlas como las mujeres a los sacerdotes.

Nadie comentó lo que acababa de exponer el 15; se limitaron a sonreír.

Momentos después llegaba el carro de la puerta; lo colocaron al lado de la cama 16. Se fue el portero con su móvil camilla y hubo en la sala un nuevo enfermo. Parecía no estar muy grave; colocó un almohadón para reposar la cabeza. Después dirigiéndose al 11:

-Dígame, cómo se puede llamar a un mozo.

-Tocando el timbre; hay para mozos y practicantes; están al alcance de la mano en las camas 12 y 18.

-Muchas gracias por la información-.

El 18 tocaba llamando. Armandito acudió.

-Mire hijo -dijo el nuevo 16 -¿dónde podré guardar esta ropa?

-En su cajón, el que está debajo de la cama.

-Bien; hágame el servicio de hacerlo usted porque yo estoy enfermo.

Armandito sin protestar empezó a ejecutar su trabajo. La voz del 16 lo aconsejaba.

-Más cuidado, hombre; el paletó no se dobla así, hágalo en esta forma; se guarda el pantalón conservando su doblez.

-¿Por qué no lo hace, usted, mejor?

-¿Para qué estás tú en esta sala?

-Para el aseo, repartir la comida y nada más.

-¡Ah! Muy bien, yo creía que entre tus obligaciones, estaba atender a los enfermos. Llámeme al practicante, 18.

-¿Para qué va a llamar al practicante?

-Para que me guarde la ropa; si no es obligación del mozo debe ser del practicante.

-¡Ah chitas! ¡La media alharaca que formarían! Yo se la guardaré, iñor, y déjese de tanto cuidado que no está na tan nueva.

-Insolente, cumple tus obligaciones y fíjate con quien tratas.

Los modales que empleaba el 16 tenían admirados a los enfermos que se contemplaban las caras unos con otros.

Canoso el pelo ondulado, amplia la frente, verdes los ojos, cutis blanco, correctas las facciones, había gallardía en sus movimientos y viveza al mirar, la camisa de seda que aun conservaba puesta era de hermosos colores y estaba limpia, en perfecto estado de uso. Las manos demostraban un cuidado que hacía pensar que sus uñas las había tratado la manicura; las movía con gracia y soltura.

-Necesito llamar al practicante; en la Asistencia me pusieron una inyección, pero no es suficiente. Toque el timbre, 18.

-No toque na. Yo iré a llamarlo -propuso Armandito retirándose de la sala.

Llegó don Aliro con el mozo.

-¿Qué necesita, amigo?

Lo miró bastante rato el 16 sin contestar; por último dijo:

-Pensaba donde lo había conocido antes para ser su amigo.

-Ningún enfermo en este hospital se ha sentido ofendido porque lo haya tratado de amigo, comprende que es humanidad, deferencia de parte de uno; lo trataré como lo indica el reglamento. ¿Qué desea, 16?

-Quiero que me coloque una inyección ojalá sea de morfina.

-Avisaré a "La Guardia".

Se fué don Aliro a cumplir su promesa. Y el 16 rezongó.

-Estos infelices, cuando tienen algún mando, se figuran ser una potencia internacional.

Nadie lo acompañó en su comentario, la opinión de los enfermos le era hostil.

Entró la señora del 22, traía comida para su marido: era una mujercita delgada, en su cara morena, triste, resaltaban luminosos sus grandes ojos; siempre con ademanes temerosos parecía asustada de todo, la timidez la dominaba.

"La Guardia", presidida por el mismo doctor de apariencia tudesca, acudió.

-¿Qué siente usted?

-Doctor, yo soy un dipsómano; un pequeño desarreglo alcohólico me hizo acudir a la Asistencia; de allá me han enviado aquí. Necesito un calmante para el dolor de cabeza y que me permita dormir esta noche.

El doctor no contestó, pidió el aparato para tomar la presión, lo auscultó y concluyó recetando:

-Las obleas son para la noche; se puede tomar una cada tres horas. La toma es una cucharada apenas la traigan; después cada dos horas repite la dosis ingerida.

El practicante salió tras "La Guardia" rumbo a la botica. Poco más atrás se retiró la señora del 22, haciendo un leve saludo al 21.

-¡Qué poco humano es el papel de estos señores médicos!; se enfundan dentro de una casaca blanca y se creen semidioses que lo saben todo, ¡es muy antipática la ciencia! Si no sabré yo lo que tengo, cuando mi familia me ha puesto en manos de los mejores especialistas para que me sanen; quince años que estoy en tratamiento, en la Casa de Orates; estuve ocho años recluido, tenía un departamento regio. Ahí me encontré con Pancho X, el millonario y Dianielito Z. el que hizo la gran jugada en la Bolsa con las acciones de la Cía. "Sin Fortuna" y "Aterradas". Nos dábamos una vida zorzalina; teníamos a nuestra disposición todo el vino que necesitábamos; no nos faltaba ni la morfina ni la cocaína. Los mozos y los cuidadores se curaban lo mismo que nosotros. Teniendo plata en todas partes se pasa bien.

-Se le ha soltado a usted la lengua, ¿tenía un taco de palabras?

El 15 era el interruptor.

-¿Y qué quieres que haga, coñito? No podemos jugar una manito de poker, ni un punto y banca, ni poner ruleta. Beber no me interesa; por acceder a las exigencias de un amigo, bebí en el club de Viña y llegando a Santiago me dio el ataque; resultado: de la estación a la Asistencia.

Yo me dedico a buscar, a hacer indagaciones de carácter histórico, en la iglesia Matriz, en los archivos judiciales; entre los papeles familiares de antiguos hogares porteños, de los cuales yo soy amigo de la casa. Obtenido

los datos se los traigo a Eduardo Matta: él los recopila. Los va aprovechar en una gran obra que tiene en gestación. Así me redondeo mis $ 2.000 mensuales: esto me permite vivir más o menos tranquilo. Tengo una mujercita, una muchacha que puede ser mi nieta; debe tener sus 18 años; vivimos juntos, yo le doy de un todo. Les advierto que no soy leso, no me hago ilusiones, exprimo de esta fruta que es la vida todo el néctar que me es posible para apagar mi sed de placeres; a mi no me coartan prejuicios, ni estúpidos preceptos de moral; comprendo además que en las noches, mientras yo juego en el casino, ella se divierte por su cuenta. Me parece humano, ¿a qué impedírselo? Lo único malo que le encuentro a esta muchacha es que todas las veces que deseo estar con ella, tengo que conquistarla como si fuese la primera vez.

-Con esas ideas y ese método de vida que no conoce freno moral, se camina a la corrupción más completa, a la disolución de la familia, a la destrucción de la civilización humana -contestó el 11.

-¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!, ¡qué divertido!, yo creo encontrarme entre obreros, y de ellos me parece que ha de haber un fuerte porcentaje de comunistas, lo más lógico y humano. Estas doctrinas son la expresión política de la protesta que levanta en algunos espíritus rebeldes el sistema de injusticia organizada con que se relacionan los hombres entre sí. Y me salen con el freno moral, con corrupción, como consecuencia de no aceptar al primero. Freno moral o prejuicio son identidades en las mentes pacatas, y no son en resumen nada más que sutilezas de la inteligencia de los débiles, que los han concebido para subsistir entre los fuertes y aun más esclavizarlos. Impiden en esa forma la natural selección entre los hombres.

-Se inflan los señores filósofos hablando sobre la fuerza del espíritu, la idea, del progreso y algunos hasta se sienten satisfechos de esta cacareada civilización.

Repito, ella es el producto de los intelectuales, de sus mentes enfermas, es la pus de sus pensamientos, contaminados por el temor de los destinados a sucumbir, si se rompen las cadenas y viene la superviviencia del más capaz.

A mí no me vengan con moral ni porquerías. En este equilibrio inestable en que vivo, sin preocuparme de nadie tomo mi plato, lo lleno con lo que es mi deseo y me lo sirvo. Me gusta el juego, es mi pasión, la satisfago y, carente de medios abundantes, lo hago con parsimonia, midiendo mis fuerzas, poniendo la mente al servicio de lo que llaman mi vicio. Me gusta la morfina y otros excitantes, la experiencia me ha enseñado que debo controlarme en su uso. Me gusta la buena mesa y no me falta.

-Eso no es nada más que egoísmo, porque usted no conoce a Cristo y sus doctrinas de bondad y justicia -el falangista Carmona era el que hablaba.

-¡Cristo y sus doctrinas de cobardes, justicia en otra vida, completamente al margen del espíritu de lucha! Si te pegan en una mejilla, pon la otra. Perdona a tus enemigos. No importa los sufrimientos en este mundo; hay que resignarse y recibir la recompensa en el otro.

Doctrinas basadas en la caridad y en la humildad: ambas cosas son degradantes, creadoras de vasallos y subhombres. Doctrinas faltas de contacto con la realidad inmediata. Medallas de una sola cara. ¡Hágame el favor! Dice el rico: Dad al necesitado. Si éste no obedece -como es lo corriente-, el pobre se friega, sufre esperando resignado. Muere; entonces se ubicará en uno de los casilleros del Sermón de la Montaña y tendrá gloria y vida eterna.

¡No señor! Si el rico no da, tómelo y así completa la medalla. Cuéntele a carneros esta historia, a mí no hay quién me obligue a creer y a esperar otra vida. Aquí tengo apetitos y deseos, aquí los satisfago.

-¿Qué es lo que pretende usted al decirnos estas cosas? -preguntó el 11.

-Fin determinado no llevo ninguno. Se ofreció la oportunidad y las digo. Deben serles útil la valentía con que yo ataco los prejuicios: no es común.

El 21 levantó la voz. Todos querían hablar al mismo tiempo; callaron para que él dijese cuanto pensaba.

-En lo que ha dicho no hay valentía, ni hay nada útil. Es la defensa de su propio Yo. Prima en usted lo material y para justificar su modo de entender la vida se vale de la inteligencia de que abomina. Acumulando raciocinios, aglomerando palabras con relativo sentido de lógica cree destruir las creencias y la moral. Siembra desconcierto y lo hace sólo para defender a base de cinismo sus defectos y taras. Usted impúdicamente lo ha dicho tiene todos los vicios y en lo sexual se demuestra un submacho que no es capaz de defender la hembra para sí. Y se atreve a preconizar la ley del más fuerte. ¿Qué sería de usted con ella?

Conozco su senda, es un camino angosto, sus elucubraciones son para ese camino una espesa alfombra; con ella cubre los abrojos y las espinas y así posa su planta, ignorando siempre el dolor, desconociendo la miseria. Su cinismo es su escudo para no tener deberes y se hace una coraza con la crueldad de frases ingeniosas. La burla y la risa es vuestra ayuda al pobre.

-¿Y por qué voy a ayudar al pobre si el sistema de organización humana los produce? ¡Allá ellos con su suerte! ¿Para qué aceptan el sistema? ¡Revélense!

-Aprovechemos una siesta; ¿a qué discutir sin objeto?- era el 17 que hablaba.

-¡Claro! ya está bueno que se dejen de parlamento, ¡ni la mitad de lo que han dicho les he entendido! ¡Les da por hablar y no escampa nunca!

Todos callaron, unos malhumorados por el exabrupto

y otros dispuestos a dormir en el silencio que habían logrado.

Distribuyeron la comida y el 16, a pesar de estar acostumbrado a los menús del Club y Casino de Viña, le hizo amplio honor.

Eran casi las seis cuando don Omar trajo de la botica las medicinas recetadas al 16; tomó éste el frasco, leyó la fórmula, hizo lo mismo con un cartucho de obleas y dijo en alta voz:

-¡Imbéciles!, ¿cómo se les ocurre darme a mí esta dosis? ¿Qué me va a hacer esto? Estoy acostumbrado al bromuro y no como bagatela, sino en cantidades considerables, dosis altas. No me queda más camino que beberme toda la toma e ingerir las obleas de una vez.

Como lo dijo lo hizo, ante la estupefacción de todos los enfermos, que no dudaban que se estaba envenenando. Alarmado más que ninguno, el mallorquino tocó el timbre al practicante. Llegó don Aliro e impuesto de la causa interrogó al enfermo:

-¿Qué hizo la medicina, 16?

-Me la tomé toda; el médico cobarde me deja una dosis que a mí no me hace nada; le digo que soy dipsómano y no toma en cuentas mis palabras. No tenga cuidado porque me he tomado esa pequeña cantidad de bromuro; sé perfectamente lo que hago.

Un momento y el 16 roncaba con la boca abierta.

Volvió el practicante antes de abandonar su turno, y al verlo dormido exclamó:

-¡Este no despierta hasta mañana!

-Nunca me había encontrado con un cínico tan desenfadado y parlanchín. Confiesa sus vicios con orgullo, irreverente a toda fuerza espiritual. Es un desfachatado, un descastado que habla de injusticia social para justificarse. Para mí es algo repugnante. Jamás en mis veinte años de profesorado había encontrado un ser más vil.

-Exagera usted, 11. Este señor demuestra ser un aristócrata en bancarrota. Llega por un casual ataque al hospital. Está entre obreros, ha oído decir que la mayoría es comunista o socialista; para él ambas cosas son idénticas, se figura que somos descreídos, demoledores del orden social; entonces para estar a tono con el ambiente y aun superarse, empieza a hablar con cinismo, con la audacia de un comefrailes de hace treinta años. Parecía una Belén de Zárraga sin las citas seudohistóricas. Y la verdad es que oímos a un ser trastornado, a un enfermo, a un semiloco. El 21 se calló.

El español 15 habló:

-Creo lo mismo y me parece que sería buen consejo de prudencia no contrariarlo. ¡A lo mejor este hombre se enfurece y con nuestra debilidad puede hacer lo que le venga en gana! Miren que eso del triunfo del más fuerte está indicando que el hombre es pendenciero.

-¡Qué va a hacer esa ñecla; les aseguro que no me aguanta dos puñetes! -y el 13 se arremangaba las mangas amatonado.

-Desde que llegó este señor es como si me hubiese entrado una pulga en el oído; no he tenido paz con su bullicio y palabrerío ¡y lo peor es que algunos compañeros lo toman en serio!

-A mí no me ha gustado lo que dijo de Jesucristo. ¡Quiera su mare que la muerte lo pille confesado! Yo tenía un paisano mallorquino como yo, pero él trabajaba en Barcelona y visitaba a sus padres que vivían en la isla; eran vecinos de los míos; ese individuo hablaba así como éste, pero aquél agregaba que nos iba a hacer volar con dinamita: a unos por marranos burgueses y a los otros por almas de lacayos; era hombre que nada encontraba bueno, ni siquiera unos embutidos que hacía mi madre y que lo

obligaban a usted a pensar en el cielo. Tuvo mal fin el paisano; armó unos enredillos con la Guardia Civil y le tocó pagar. ¡Yo siempre creí que estaba loco!

El 12 fué lacónico para expresar su opinión:

-De ricos así salen los hombres que hacen pacto con el diablo y le sobra dinero para sus vicios.

-Yo -dijo el 22, que se mezclaba por primera vez en la conversación general- no le entiendo mucho, pero me parece medio loco. ¡No ven que dijo que lo habían recluido en la Casa de Orates!

Continuó la conversación sobre el nuevo enfermo; éste roncaba imperturbable y los otros caminaban al mismo fin.

El día amaneció revuelto: una tenue neblina helaba el amanecer. Los enfermos frioleros despertaban pidiendo el cierre de las ventanas que dan al patio norte. Cuando la monja llegó a rezar nadie dormía. Después de la oración la madre interrogó al 16:

-¿No se va a poner camisa de la casa?

-No me han ofrecido, madre, y ojalá me consiguieran una frazada. Siento frío.

-Bueno, en seguida le mandaré de todo.

-Se saluda a los camaradas. Buenos días.

Salud por un lado; buenos días por otro, movimientos de cabeza más allá: de diferentes modos todos contestaron el saludo del 15.

-Y usted, 16 ¿cómo se encuentra después de la barrabasada de agotar de un golpe las medicinas?

-He pasado perfectamente bien; he dormido como un lirón y pronto voy hacer empeño a levantarme para ir a la toilette.

-¿Y qué dice ahora de sus conceptos de vida? ¿Sigue siendo usted un Petronio catador de todos los placeres, que mira displicente, despectivo las miserias humanas?

-Por lo que el 11 me dice supongo que ayer me he puesto a hablar sobre Cristo, sobre la ley de selección natural, etc., etc... Estuve en la Casa de Orates junto con dos amigos, cuyas constantes conversaciones eran sobre esos dos temas, mejor dicho, en esta forma se manifestaba la locura en ellos.

Cuando yo sufro un ataque, los recuerdo y repito sus peroraciones; me dicen que es un rosario de disparates de lo más divertido. En cuanto a Petronio para ser como él se necesita tener belleza varonil, cultura e ingenio en gran abundancia, dinero para dilapidar sin el temor de que se agote, pase por nuestras mentes empequeñeciendo el momento; y sobre todo se necesita tener la chispa divina, el perfecto sentido de lo Bello.

A mí sólo me preocupa salir lo más pronto de aquí. Vine a Santiago a traerle datos importantísimos a Mata. Yo me voy a levantar, aprovecho para ir a la toilette y hablo por teléfono con el doctor Fermín, él me tenía los papeles y es necesario que me los envíe; con ellos en mi poder voy donde Eduardo Mata, me da un cheque y me voy a Viña. No puedo perder más mi tiempo. Esta misma noche en el Casino me gano unos $ 500. Ahora si mi amigo el doctor me cumple lo prometido y aporta los $ 10.000 necesarios para poder hacer mi juego y me acompaña, en un mes tengo el dinero que quiero, ¡pero el que quiero! Haríamos saltar la banca en unas cuatro o cinco noches y después al extranjero, Niza, Montecarlo o Montevideo, Copacabana...

-Dígame, 16 ¿cree usted que salió sano de la Casa de Orates?

-Cállese el coño insolente, si no quiere que lo mate a palos.

-El 16 blandía en su mano un bastón que nadie le había visto antes.

-Cállese paisano. Ustedes mismo estaba aconsejando

que era peligroso meterse con locos y es el primero que lo hace.

-¡Han visto, hombres! Estos coños brutos me toman por loco. ¡Cómo se van a reír en el Club de Viña cuando les cuente esta aventura! Me dan ganas de levantarme y darles una tanda de palos a cada uno; cuando acudan los mozos ya les he dado su merecido y a mí me echarán para la calle que es lo que necesito.

El 15 y el 18 no chistaban; con los ojos agrandados rogaban a Dios que el 16 se olvidase de ellos.

Cuando pasó el desayuno solicitó un pan del 11 y se negó a quedarse en ayunas. Al practicante, que con jeringa en mano pretendía sacarle sangre le dijo:

-¿Quieren un análisis para saber si tengo sífilis? ¡No hay necesidad de sangre para ello!, basta que vean las piernas, hace veinte años que me curo la lúes.

No se dejó sacar sangre. El practicante molesto se fué

Se vistió cuidadosamente: zapatos café muy limpios, terno rayado con fondo también café, con el esmero que lo había hecho colocar en el cajón no mostraba arrugas. Su estatura era más que mediana y su aspecto marcial y agradable; tomó el bastón y salió de la sala con un pequeño cojeo producido por el anquilosamiento de la rodilla derecha.

El 21, silbando una música antigua, siguió el ritmo de sus pasos. La letra era:

"Un señor capitalista
que de viaje fué a París..."

La cantaba un pillete que seguía a un cojo, remedando con su canto la cadencia de sus pasos; por eso la silbaba el 21.

-Hay que tener mucho cuidado; no le vaya a repuntar el mal a este hombre y nos resulte un loco furioso.

Rato después volvió el 16; venía rapado, pulcramente peinado y golpeando más fuerte con su bastón.

-¿Quién acompaño mi salida, silbando al compás de mi paso? -dijo, tomado un aspecto furioso.

-Yo -gritó el 21.

Lo desconcertó la respuesta. No la esperaba.

-¿Por qué pretende usted burlarse de mí?

-No hay tal burla, cojea usted tan bien como sólo lo he visto en el teatro. El recuerdo me hizo silbar.

Miró un rato y después conciliador habló:

-Así me gustan los hombres, bromistas, alegres. Con estas cualidades usted puede ser un gran acompañante de juego. Usted tiene las cualidades del socio de carácter que nos hace falta. Tenemos que conversar sobre esto. Estimo más conveniente hacerlo después que pasen de visita los doctores.

Dio media vuelta militar y con el acompasado sonar de su cojera se dirigió a su cama.

El 21 pestañeaba, formulando así sus dudas...

Los practicantes informaron al doctor Mariano sobre la conducta del enfermo 16. Llegó acompañado de sus coletas y seguido de los practicantes:

-¿Qué ha pasado aquí? ¿Por qué no quiere obedecer?

-No hay tal cosa. Pretendían sacarme sangre para hacerme la reacción Wassermann. No hay necesidad de hacerlo; veinte años que sufro de sífilis, basta verme la pierna derecha. Por otra parte soy dipsómano, acostumbrado a reaccionar sólo con grandes dosis; me dejan unas obleas para guagua, no me queda más camino que tomarme las obleas de una sola vez, así logré dormir y calmar mis nervios. ¡Eso es todo lo que ha pasado! Total ¡nada! o casi nada; sólo una pequeña alteración en la rutina.

-Un enfermo se queja de que usted le ofreció de palos.

-Es cierto, me trató de loco sin darle yo motivo; le ofrecí lo que merecía: palos.

Se miraron, no dijeron nada; empezaron el examen; los practicantes se retiraron mohinos.

El doctor Faría, el nervioso que no terminaba nunca de mover los brazos, entró en busca del Jefe. Este continuaba examinando al 16, cuando el enfermo divisó al movible doctor y le dijo:

-Perdone, señor, ¿usted es de apellido Faría?

-Sí, ese es mi apellido.

-¿Entonces es usted hijo de fulano de tal?

-El es mi padre.

-¡Lo que es la vida! Hace veinte años no lo veo. Somos primos por parte de padre.

¡Curiosa manera de emocionarse! Debía estar tan contento el doctor Faría que se mantenía quieto, que le dio la mano al enfermo. Y salió con el Jefe, comentando la reciedumbre de su familia, de cuyo tronco salían hombres eminentes y bohemios de simpatía como el enfermo 16.

El 17 y el 21 se repartieron hermanablemente los últimos restos del frasco de Saleron; les quedaba la esperanza de que cumpliesen los patrones del 17 la promesa de enviar otro.

Llegó la señora del 18 a buscarlo, y cuando supo que no le daban de alta hasta el lunes, se quejó molestando.

-¡Pobre Sebastiancico!, ¿qué irá a comer el pobrecito? Si no le he traído el conejo con arroz que todos los días le daba fuerza para sostenerse.

-No se aflija, señora -le dijo el 16, -vaya afuera y cómprele pan y un tarro de miel de palma.

Le colocaron la inyección al dipsómano y se durmió; no despertó ni remeciéndolo a la hora del té, lo mismo cuando repartieron la comida.

-No era tan firme el hombre como carareaba; le hemos

puesto la mitad de lo que él decía y miren cómo duerme, -comentó parado a los pies de la cama del 16, don Aliro.

Volvió la mujer del mallorquino con la miel de palma y el pan. Dejó el paquete y se fue inmediatamente; tenía que avisar a los que esperaban en su casa a Sebastián.

-¿Está bueno el pan con miel, paisano?

-Está más bueno que pan y está más bueno que miel: mande usted algo en qué enviarle un poco para que pruebe.

-Pásele el tarrito, 18, -dijo el 17 con malicia.

-No, señor, que el catarlo me devuelven la lata vacía.

-Levántese, 15, aproveche su colorada.

-No, 11, hoy no me levanto; con tantas nubes como hay, si no estuviésemos en diciembre, anunciaría lluvias para la noche.

El 12 llevó el tiesto enviado por el 15; era un vaso como de litro y medio, y el tarrito de miel se perdía en su interior.

-Paisano, no tenía usted por casualidad un baldecito lechero que no me mandó -y puso tres gotas en el vaso. El 17 reía.

-Me habían dicho que los mallorquinos eran cicateros; no lo creía, han sido menester estas tres gotas de miel para convencerme.

-No confunda, usted paisano, mezquino con económico. Al que le cuesta ganar no sabe derrochar y vaya un ejemplo que explica mejor que un sermón: En mi tierra los ataúdes se venden por números y mientras más grande el difunto, más alto el número y más caro el ataúd; por esto hay paisanos que se encogen cuando mueren y siendo así más chicos menos cuesta el cajón. Todos dicen de estos hombres que son económicos y no que sean cicateros.

Los que tenían permiso para levantarse fueron de excursión a conocer el hospital; los otros, a dormir la siesta.

La morena de ojos tímidos, la mujer del 22, vino a

dejarle comida; la enfermedad lo ha puesto de mal carácter y por cualquier motivo las malas palabras son el pago de sus desvelos; él luchando por recuperar su salud se hace insensible y no comprende que si a veces los ojos grandes se nublan de lágrimas, no es sólo por el temor de perderlo; hay en esos llantos contenidos, tristezas, penas por una injusticia que no comprenden.

Antes de que repartieran la comida, una visita entró a la sala, dirigiéndose a la cama del 21. Era la señorita Rosa, la morena que había venido a visitarlo junto con la señora Eduvigis.

-Aproveché el sábado inglés. ¿Cómo sigue? Tiene buen semblante, yo diría que está sano.

-Muchas gracias por su visita, señorita Rosa. Me siento bien, pero los exámenes de laboratorio dicen lo contrario.

-No tiene nada que agradecerme; no me diga más señorita Rosa y estamos pagados; somos compañeros de trabajo, no tenemos por qué tratarnos como extraños. Yo no podría decirle señor Manuel.

-Muy bien, camarada Rosa, siéntese y cuénteme algo de la fábrica y de su vida.

Con confianza se sentó a los pies de la cama.

-En la fábrica sigue todo igual. Don Roberto ha tomado dos reemplazantes para que ejecuten el trabajo que usted hacía. Siempre se acuerda de usted; dice que era muy empeñoso y muy consciente. Los Santelices, los comunistas que trabajaban a trato, están en la mala; va a llegar una máquina para soldar los aros y todos esos agregados; se les va a concluir la ganga; no se les da mucho, tienen plata ahorrada, ¿no ve que son piedad azul?, ¡más cicateros que Judas!

Valdebenito ignoraba la mezquindad de Judas, pero era de presumirla por su codicia; prefirió no interrumpir.

-Han ido de nuevo al Centro y vuelta a la patilla de la plusvalía, del Capital y otras palabrotas que no me acuerdo. Yo digo: si tienen tan buen corazón y son tan comunistas, ¿por qué no aceptaron a mi hermano que es maestro, como oficial, y esperaron a que saliera el primo de ellos que esta en "La Guardia" y no sabía ni lo que era un cautín? Ha hecho muy mal la fábrica en darle esos trabajos a trato. ¡Traguillas!, todo lo dejan para ellos y no permiten que otro pobre se gane la vida. Después como canutos andan predicando la redención del proletario. Hombres así son los que hacen odiosos a los dirigentes. ¿Cómo se les va a hacer caso cuando son peor cuchillo que los patrones? Lo que persiguen es que los jefes les teman y para congraciarse les dan ganga, ¿qué más quieren ellos? Maman y el carneraje trabaja tranquilo; no hay huelgas ni pliegos de peticiones.

-Camarada Rosa, no se moleste porque hable de algo que usted puede considerar de su exclusiva incumbencia. En la fábrica se comentaba que uno de los Santelices la perseguía mucho.

-No siga, Manuel. Es cierto que Efraín, el mayor, me esperaba y hablaba conmigo; me proponía que dejara a Samuel y me fuera con él, que no trabajaría, que tendría de un todo, ¡en fin!, todas las promesas y paliques que los hombres hacen en estos casos. Yo le dije de frente, al tiro, que él no me gustaba porque lo sabía malo, que fuese más leal con su amigo Samuel y le contase sus intenciones. Cuando se convenció de que nada conseguía de mí, buscó a la Eugenia; la otra le hizo caso; es una quiltra en leva, y ahí están viviendo juntos, y de vez en cuando cada cual recuerda a sus antiguas amistades. Yo no, Manuel, si le tengo cariño a un hombre, no lo engaño; no podría, me daría asco. -No se figure que me estoy haciendo la escandalizada, y escondo mis actos como las beatas. Todos saben que me arranqué de la casa con un sinvergüenza que

de hombre no tenía nada más que la parada. Cuando comprendí que pretendía explotarme, me fui. Sólo he trabajado en la fábrica que usted me conoció, ya llevó seis años ahí, a Samuel lo conocí en el trabajo, no hace un año que acepté ser su amiga. Me ha propuesto que nos casemos; yo no quiero, lo que se es mujer propia empiezan los sufrimientos, los hombres se creen amos, se ponen borrachos, mujeriegos, no dan a tiempo el dinero para la matrona y cuando lo dan, ¡ya es tarde!, siempre queda mal una, la tisis la pesca al primer resfriado, ¡y para que hablar! Si no se hace remedio, se carga de chiquillos. Mejor es no casarse, una es libre, nadie la manda y se gana su vida sin que le echen en cara el pan que se come.

-¿Y qué es de su amigo Samuel?

-Más de seis semanas que no es mi amigo Samuel, con el tonito que usted pregunta. Fue injusto conmigo y como no lo quería decidí no acompañarlo más. Nos apartamos amigablemente. Los hombres a veces son muy lesos, se ponen celosos y lo único que hacen es llamar la atención sobre alguien en quien nunca se ha pensado.

-El jueves pasado faltó usted.

-Sí, tuve que renovar mi libreta.

-Para eso hay una señorita en la fábrica.

-Así es, pero yo prefiero arreglar personalmente mis asuntos.

La conversación siguió fútil, banal, llena de nimiedades transcendentales de la vida humilde. Llegó la comida y ella atenta le pasó el frasquito con aceite. Valdebenito, recordando el Saleron, le habló al 17.

-¿Qué hubo, compañero? ¿Fallaron con el encargo?

-Así es 21, pero todo se arreglaría si la señorita quisiese ir a comprar un frasquito. Ahí, en Plaza Baquedano, hay botica; como el alimento nuestro es frío esperamos un poco.

Servicial, con el frasco vacío de muestra, salió en busca del sustituto de la sal.

Cuando volvió le transpiraba la frente.

-¡Uf!, corrí un poco para que no se les enfriase la comida.

-¡Pero, Rosita, si le habíamos dicho que nuestro alimento se puede comer helado y que casi siempre viene así!

-Yo creí que ustedes, me decían esto para que yo no me apurase mucho.

Le entregó el vuelto al 17, se despidió de él y fue a hacerlo del 21.

-Me voy, Manuel, ¿no encarga nada?

-Nada, camarada Rosa, sólo me resta decirle que no sé expresar mis agradecimientos.

-Bien, camarada, hasta otro día.

-Sin tenderle la mano partió.

-¿Hasta qué hora irá a roncar ese loco?; y usted 21, ¿bien acompañado? ¡Que le aproveche!

-¡No piense mal, compañero 15! Es una compañera de fábrica y nada más.

-¡Que fabricarán los guachitos!; Me gusta 21! Los hombres hemos nacido para gallos y las mujeres... tiqui... tique.. ti, vengan unas pocas que aquí hay maíz. Yo también me las relaucheo; tengo mi fábrica, pero de producto na.

El 17 reía, pero ahora era al 13 que le celebraban los dichos.

-Amigo 17, ¿tiene usted una hojita de block y un sobrecito que me preste o me regale?

-Las que guste, 18. Y también tengo tinta y pluma.

-21, ¿quiere usted prestarme un momento atención?;

voy a pedirle un servicio. Se trata de lo siguiente: El señor Profesor me ofreció la última vez que estuve aquí, un par de zapatos. Yo quisiera que usted me escribiese un papel recordándole la oferta.

-Con todo interés, compañero 18.

-Paisano, ¿le ha hecho a usted mal la miel que está tan callado?

-No, señor, no hablo porque estoy leyendo el evangelio de mañana.

-Cuénteselo a la monja, que le puede ir bien.

En la sala se iniciaron conversaciones locales, de vecinos. Entre murmullos distintos, caminaba el tiempo Valdebenito meditó en la visita que había tenido; después se dijo a sí mismo:

-¡Tonteras!, ¿a qué suponer intenciones? -fijó un rato su vista en el techo sin pensar, luego miró hacia su limitado horizonte de cielo y vio admirado la generosidad de un sol poniente que volcaba todas sus coloraciones en rojo sobre las nubes inquietas...

La atención se concentró en la vida común cuando repartieron el agua caliente.

Golpeando fuerte en los fierros de la cama 16, Manuelito decía:

-Despierte, ¿o quiere que lo deje sin agua?

Despierto el enfermo, se restregaba los ojos asombrado.

-¡Esto sí que está bueno! Me han dejado dormir y me dejan sin once y sin comida.

-¿No ve?, yo lo cuido, lo desperté para que tomara té.

-Un amigo que me saque de este apuro: no tengo ni azúcar ni té.

-Espérese un momento que yo le voy a mandar un paquetito con ambas cosas.

-¡Ah, mi buen coño! No es rencoroso, muchas gracias.

-No tengo por qué guardar rencores; aquí en esta sala todos somos camaradas que debemos ayudarnos con nuestros escasos medios. Discutimos como se nos alcanza a nuestro entendimiento y lo hacemos porque nuestras vidas son comunes y no para convencer a nadie. Yo soy falangista, y nunca he hecho propaganda buscando prosélitos.

-Muy agradecido, 15. Me parece que considerar la vida de hospital en la forma que usted la formula, es un ideal fácil de conseguir. El espíritu, cuando prevé la posibilidad de un viaje al mundo desconocido, depone sus egoísmos; se purifica en muchos de sus arrestos prepotentes; saca a flor de piel sus mejores cualidades; se acerca el hombre más que nunca al ideal cristiano no digo beato.

-Usted en todo encuentra tema de conversación, y aún creo que podría alargarse en una pequeña conferencia.

-El 11 sonreía al hablar; quería parece irónico.

-Evidente, compañero, todo puede ser motivo de reflexiones, de consideraciones lógicas que llegan a un mismo fin, al Creador, origen de todas las cosas.

-Eso significa que todo tiene un mismo origen, que usted denomina Creador.

-Ese es mi pensamiento.

-Y más allá de esa entidad llamada Creador, ¿qué hay?

-El continúa más allá.

-Y en tiempos anteriores, ¿qué había?

-El, y en todo El y nada más que El.

-Así que toda duda, toda objeción concluye en El.

-Sí, señor. El mundo es humano hasta donde nuestro entendimiento lo concibe; hasta ahí lo contaminamos; más allá está Dios.

-¡Bonita manera de resolver las cosas! Una especie de bolsón donde meter todas las dudas, todas las interroga-

ciones que formula la inquietud espiritual del hombre. Hasta ahí llega la inspección de nuestro raciocinio; más allá, dentro del bolsón, está la solución: Dios.

-Con espíritu de zumba todo es motivo de risa. Me he limitado a exponer como pienso; no trato de convencer a nadie. Si usted tiene doctrinas aceptables para todas las mentes, lo felicito, y si carece de ella, lo lamento. Un maestro que al instruirlos, forma almas de niño, si no tiene una fe, una creencia, una moral en que apoyarse es lamentable.

-¡Ya, córtenla con esas latas! ¡Ejante enfermo!; ¡le hacen doler la cabeza a uno por seguirlos!- dijo el 13.

El 12 lo rebatió:

-Por mí no, compañeros, a mi me gustan.

-Bueno, para terminar voy a hacerle una pregunta al 16, y cualquiera que sea la contestación, no continúo. ¿Por qué habla de moral y de Dios, cuando ayer llamaba prejuicio a la primera y negaba la existencia del segundo?

-Porque ayer estaba bajo la influencia del ataque, y nada más que por eso.

Yo me eduqué en los padres jesuitas, los recuerdo de mi niñez; antes de entrar al colegio tenían olor a incienso y se movían alrededor del oratorio de mi casa; Había un gran San Miguel pisando al diablo y enterrándole la lanza en la frente. Yo todos los días le preguntaba a mi madre por qué la lanza no entraba más rápido, ¡siempre donde mismo! Ya ven ustedes que precozmente cruel era yo.

Sí, 11, el que tiene su niñez perfumada de creencias y de recuerdos maternales, no puede ser ateo, ni dejar de tener moral. Se ha tronchado mi vida por vicios atávicos, taras de familias que en mi hicieron crisis y se exacerbaron por incomprensión de los míos. Me consideraron un vicioso, siendo un enfermo; me recluyeron en la Casa de Orates, no para medicinarme, sino para eliminarme de la circulación y disponer de mis bienes. Han criado a mis

hijos en el desprecio al padre; les han inculcado que mis enfermedades son vicios y han silenciado el hecho de que en nuestra familias mi caso se repite cada dos o tres generaciones, en un miembro de ella. Para que comprendan mejor les voy a contar lo que me pasó con mi hijo mayor hace tres o cuatro años atrás. Me atropelló en la Alameda un camión; a consecuencias de este accidentes quedé inválido de la pierna derecha. Mi hijo mayor, mocetón de sus 19 años en esa fecha, me fue a ver a la Clínica Alemana, donde yo me había trasladado desde la Asistencia Pública.

Después de narrarle el accidente le dije:

-Voy a iniciar un juicio cobrando indemnización; el camión de reparto que me atropelló es de una firma millonaria. Mi abogado cree que entablada la querella, ellos buscarán arreglo: tal es la justicia de nuestra causa.

-Estusiasmado mi hijo exclamó: -¡Que lástima que no te hubiesen muerto, papá!; ¡qué gran indemnización habríamos cobrado para nosotros!

No le di un puntapié con el pie sano porque me habría caído; desde entonces nada sé de él.

-Con estas historias se me forma a mí, en la cabeza, un enredo peor que el que forma un gato jugando con un ovillo de hilo. Desde niño a curas y a viejos he oído que; Dios castiga al mal hijo. Vean ustedes: el 16 por las dolencias esas ha hecho sufrir a su padre, fué mal hijo, y por ser mal hijo Dios lo castiga y le dan un mal hijo y así tiene que seguir adelante; ¿cuándo se va a concluir esta cadena de castigos? ¡No entiendo! A ver 17, en lugar de reírse explíquelo usted.

-¡Ja!...¡ja!...¡ja! Muy sencillo mallorquino, no se casa el hijo.

-¡Ahí está la solución! ¡No se me había ocurrido!

Feliz el 17 celebraba a carcajadas su respuesta y el mallorquino lo miraba pestañeando con un ojo.

Durante un rato todos estuvieron callados, hasta que el 16 se decidió a entablar conversación.

-¿Le gusta el juego, 13?

-¡Clarito, pues señor!; y por ponerle arriba y abajo, mis buenos pesos me han arriado.

-¿Ha observado usted cómo se repiten las pintas?

-¿Se le ocurre que iba a perder tiempo en eso?; ¡cuando me faltaban ojos para mirarle las manos y cachar las maulas!

-Es evidente que si hacen trampas hay una intervención que destruye el azar y la ley de las probabilidades no rige; habría que estudiar la ley que rige las trampas.

-¡Ya se puso rudo para hablar!

-Voy a explicarme y aprovecharé para que el 21 sepa el negocio que le voy a proponer. ¿Conocen ustedes el juego de la ruleta?

El mallorquino no lo conocía; disculpando su ignorancia habló:

-No se inquiete usted por eso, 16; con algo que entienda de lo que conversan me basta.

-Como se costumbre, paisano.

-Entre bueyes no hay cornadas, no lo olvide, paisano, no sea cosa que yo le haga un loco, que aquí tengo un garrote ¡que ni de encargo estaría mejor!

-18, usted es un bendito, suelta la lengua y después piensa. Ni directa ni indirectamente le acepto que me califique de loco; si lo hace le daré la razón.

-Para hacer más fácil la explicación me voy a limitar a suponer que el jugador sólo hace apuestas a color. Anotemos cien jugadas; consecutivas y observemos cuidadosamente nuestros apuntes, veremos, por ejemplo: gana el negro cuatro veces, este conjunto se repite varias veces en las cien jugadas, sólo cuando se repite es lo que yo llamo

"la ley de las figuras". He hecho un profundo estudio sobre esta ley que yo he descubiertos, y estos en condiciones de ganar el dinero que se quiera, teniendo capital y carácter.

Voy a explicarme: yo aporto el conocimiento de "la ley de las figuras", otro aporta el capital, digamos unos $ 10.000; supongamos que sólo somos dos socios; nos ponemos a jugar y ganamos hasta estar satisfechos de nuestras utilidades, ¿qué pasa?, que como ambos somos jugadores, de la ruleta nos pasamos al bacará o al punta y banca y adiós utilidades y capital! Para estos juegos no he podido aún descubrir la ley de las figuras. ¿Ven ustedes la necesidad imprescindible de un hombre de carácter que haga de cajero y nos impida ir a desperdiciar en otros juegos lo que hemos ganado? El 21 me ha demostrado carácter; el sería el hombre indicado, el capitalista sería el doctor Fermín.

-¡Ah!, ¡chitas! ¡Claro que entendiendo así el juego es para hincharse!

-¡Que lástima que yo no tenga cabeza para entender esas cosas! Mi hijo me explicó eso de la Polla, pero no logro entender. En Mallorca no se sabe de estas cosas. Loterías y nada más que loterías. Yo lo que encuentro muy sensato, muy bien, es lo del socio de carácter y si el 21 no quiere serlo, ¡aquí estoy yo! En Barcelona una vez jugué a la ruleta, por algo se me alcanzaba a mí de esa ley de las figuras.

-Dígame 16, ¿usted ha puesto en práctica su método?

-Sí, 11. El año pasado empecé a jugar con $ 200; a las dos semanas tenía $ 30.000. Cuando mis amigos se dieron cuenta de mis ganancias, siguieron mis juegos. Me vi obligado a no continuar. Al verme con plata, para entretenerme jugué poker y bacará. A pesar de mi buena suerte perdí $ 23.000 en tres noches. En unas comilonas, me enfermé y cuando estuve en condiciones de volver se

terminaba la temporada del Casino. No alcancé a efectuar el golpe.

-¡No ser rico así es ser tonto! Si yo estuviera en su pellejo me haría millonario y podría llevar a mi cieguecito donde otros doctores que lo sanaran.

-Yo también sirvo para socio de carácter-musitó el 22 entre dos quejidos.

-Yo soy sastre, le puede hacer la ropa a los socios, -decía el 17 riéndose desconsideradamente.

El 14 movió su calva sentencioso:

-No sea cosa que los descubran y los lleven a las capacha; en eso tiene que haber trampas.

Solo el 19 no dijo nada. Llevaba más de 24 horas adormecido.

El 21, con un tonito doctoral, expuso:

-16, me han interesado sus explicaciones, pero no las he comprendido. Desde el momento que usted me pruebe la existencia de lo que usted llama "ley de las figuras", puede contar conmigo.

-Muy bien, 21. Esa explicación que exige me prueba que es usted el hombre que buscaba; mañana me voy a levantar temprano y con un gráfico y un cuadernillo del casino le daré todas las pruebas que necesita. Y no conversemos más de juego que se me quema las sangre pensando que estoy aquí archivado, en lugar de encontrarme en Viña.

-Aprovechando que aún es muy temprano para el buenas noches habitual, podría el 16, que es hombre de una esfera diferente a la nuestra, decirnos qué piensa de la política. Yo soy falangista.

-Para mí la política es un juego al cual nunca he podido tomarle afición. En el póker se blufea, pero se hace a gente que sabe en lo que se mete. En política, tal como se juega en Chile, se blufea al infeliz que cree a pie juntillas

la farsa con que lo engañan. Me parece muy inhumano pisotear las esperanzas de los humildes, ofrecerles todo a sabiendas de que no se puede dar nada. Seré un vicioso, pero nunca me rebajaré a tanto. Para mí los políticos son como los jugadores tramposos: me dan náuseas.

Antes que nadie, saltó el 13 a la palestra.

-Yo pienso lo mismo que usted. La política y demás patillas sólo sirven para engañar tontos que después se dejan apalear en los mítines. ¡No compañeros para mí ahora el voto son pesitos! ¡No me vengan con vote por don Perico de los Palotes, candidato del proletario, salvador del pueblo y demás sahumerios. Apenas están arriba "si te he visto no me acuerdo". Por avivar y hacerle claque a un candidato a regidor me abollaron la cabeza los carabineros. ¡Ni para árnica me dio! Después de un Alcalde, en un boliche salí en su defensa, se armó una rosca regrande, quizás quién sacó quisca y salieron después dos heridos. A la capacha y acriminados fuimos a dar. La vieja de mi madre lloró más que si picara cebollas; tempranito estaba en casa del alcalde a decirle lo que pasaba y pedirle una tarjeta acreditando mi buena conducta. Le dijo: "Señora; váyase tranquila, yo iré al Juzgado".

¡No fuera a aparecer el discretito!

Al otro día se disculpó con que tenía mucho que hacer, hasta que la vieja las paró que estaba machucando en fierro frío. Un gringo que había sido patrón mío me fué a sacar. Encontraron los cuchillos; de ahí sacaron quieren eran los dueños. ¡No se cuántos meses les salió! ¡Y todo por discutir de política! No, compañeros, vayan a buscar otro gato para sacar las castañas del fuego. Ya me chamuscaron y basta, que me desparramo diciendo herejías.

La política que hasta entonces había sido antipática, se había colado en la sala, enseñoreándose en los espíritus. El 11 siguió al 13.

-Tengo un compañero que es un socialista fanático; el

fanatismo ha saltado ahora de la religión a las ideas políticas. Atacaba yo a su jefe por incapacidad manifiesta de serlo; no le niego ni la inteligencia ni las buenas intenciones, pero eso no basta para ser el líder de un conglomerado que crece día a día, absorviendo en su filas proletarios intelectuales y manuales. Me contestó:

-No voy a discutir tu opinión sobre el camarada X, me limitaré a decirte qué representa él para nosotros. Nuestro partido es el de las masas que sufren, que pasan miserias en realidad, no palabrerías de propaganda; el hambre la sienten, no sólo por el sentido de la palabra, sino también por el vacío del estómago, por el desesperado tragar saliva. Sería desviarnos de nuestro camino pintar un cuadro de pobreza, que tú, como profesor, tienes que haber visto muchas veces. Para mover la apatía de esta gente anestesiada con desengaño y de tanto sufrir privaciones, necesitamos de alguien que les despierte el interés, que los mueva a luchar por la reconquista de sus derechos. De alguien en quien ellos instintivamente tengan fe. Ese es nuestro líder, lo quieren, lo aplauden -y como tú dices- son fanáticos por él.

Por otra parte, nuestro jefe no es el conductor omnipotente de un partido: es sólo un integrante en un consejo que posee cierto coeficiente de importancia. Un líder como tú te lo concibes es un dictador latente, en potencia, peligrosísimo; de ahí salen los Hitler, los Mussolinis y toda esa cáfila que pretende sostener un mundo que se derrumba.

Este compañero debe estar enfermo del corazón. Cuando habla termina acezando, transpirando y pálido como tal vez sean los poseídos. Yo he leído varias veces -con muchos interés- La Revolución Francesa. Al verlo acalorado discutir, me parece un Danton, un exaltado tribuno de la plebe como se les llamaba en esa época. Volviendo a él, recuerdo que decía:

-Llegaremos al poder para ejercerlo implacable en beneficio del proletario; nada nos detendrá en el cumplimiento de nuestro programa. Para llegar al estado actual, se ha pasado por dictaduras y atropellos sin cuenta; volveremos atrás por el mismo camino y todo lo que sea obstáculo o pretensión de detenernos o desviarnos lo arrasaremos sin contemplación. Un cambio en el estado social tan trascendental como el partido persigue, no es comprendido por las mentalidades burguesas: si molestan se las eliminará. Es menester compenetrarse de nuestras ideas, y no desanimarse; los frutos no los alcanzaremos a ver; sólo seremos la generación heroica, altruista, que poniendo al servicio de una causa todos sus esfuerzos sin escatimar sus vidas, consiguió mover la acumulación de siglos de injusticia.

Convicciones tan profundamente sinceras, se mueven con un furor, con una especie de misticismo político, y no hay que olvidar que el hombre siempre ha demostrado en estos trances ser un animal temible. Me asusta mi amigo.

Un silencio, como tomando descanso; después el 12 habló.

-Al principio, cuando recién uno se entusiasma por estas cosas, se figura que todo es muy fácil y sencillo. Un compañero grita a pulmón herido: Organicémonos, camaradas, y el triunfo será nuestro; somos los más; impondremos nuestras condiciones, no es posible seguir trabajando por jornales de hambre, consumiendo nuestros pulmones. ¡Qué más se quiere! Vámonos organizándonos y haciendo propaganda; el sobrante de nuestras energías juveniles se encauza en esta dirección y si somos tenaces y luchadores y no escatimamos esfuerzos, nos entregamos con alma y vida, no medimos las consecuencias de las palabras que decimos, y por más justicia que haya al formularlas, de pronto nos encontramos con que somos subversivos. Con cualquier pretexto, aprovechando a

veces faltas leves, nos separan del trabajo. Cesantes vamos de taller en taller, es imposible ocuparse, no hay vacante para los que estamos marcados; si el alma está bien templada se resiste hasta el hambre concluye uno por irse a otra ciudad, donde amigos leales le pueden ayudar a conseguir cómo ganarse el sustento. Si se acobarda al primer apretón de la miseria, claudica, se rinde al capital que se llama patrón. En ambos casos, un escéptico, un desengañado aumenta el rebaño obrero, y cuando oímos hablar del problema social no sabemos si comentar nuestra experiencia o dejar que una lucha árida queme las alas de sus entusiasmos; ¿cuál es el remedio a estos males?; lo ignoro, tengo mis ideas, pero me parecen tan utópicas e imposibles que prefiero callarlas.

-Terminemos hoy aquí, mañana en la noche podemos continuar, yo siento sueño.

-¡Chitas! Yo estaba cabeceando.

Un "buenas noches", y como caracoles humanos cada cual se recogió dentro de su cama.

Posiblemente, la inquietud, por ser doming,o despertó tan temprano a Valdebenito. El alba nacía. Era todo soledad, paz. El nochero se había olvidado de apagar la luz roja; la claridad helada de ese amanecer borró su influencia por toda la sala, y la lucecita, pegada en el techo, llena de rubor, se escondía, humilde dentro del globo blanco.

A través del conjunto de líneas rectas que forman su horizonte, la cúpula con su traje plomizo, color ratón, amaneció un poco húmeda; ya sabe que los trapecios que se ven, no son dos velas sino mentidas tejillas de madera hechas de zinc. La campanita, la de los cortos vestidos repolludos y almidonados, acaba de despertarse, da muestra de buen humor, hace bulla incansable, llamando a incrédulos oyentes a la primera misa; sus sones apresurados dicen: vengan monjas... vengan monjas... vengan

monjas... Un silencio y después el sonido... Ya... primera seña.

El sol desparrama el oro de sus rayos sobre el rocío que ennegrece los techos; bullanguean las diucas comadreras, y saltando sobre los caballetes de los tejados da sus últimos trinos el zorzal de notables notas altas y de inverosímiles piernas delgadas.

Llega Manuelito ofreciendo el lavatorio; Valdebenito lo aprovecha nuevamente el primero. El ruido ha despertado a los enfermos; sólo el 19, el pobre 19, continúa en esa somnolencia tan parecida a la muerte.

Por la galería se siente el pisar de unos zapatos que crujen. Entra la monja y se oye: "A rezar, enfermitos".

-Los que tengan permiso para levantarse deben ir a misa; empieza a las ocho; hay que darle gracias a la Virgen por haber recobrado la salud. Para desayunarse pasen al comedor.

El crujir de los zapatos con media suela nueva, se aleja apagándose.

Armandito y Pacheco en silencio asean la sala: están apuradísimos. La monja obliga al primero a oír misa de ocho. Entra el practicante. Como escama de pescado brilla el mercurio de los termómetros que se pierden entre las grandes manos; el gorro blanco encaramado en la cumbre de su cabeza hace equilibrios, temeroso de caer desde tal alto, y él, en su cara y en sus ojos, demuestra trasnochada alegría.

Tomada la temperatura de cada uno, la caravana de devotos se dirige al comedor; ellos son: el 12, muy bien peinado, partido al medio como los antiguos peluqueros. El 13, arrebozado en una frazada, parece no tener paletó, se calza con unas astrosas zapatillas de gimnasia; el 15 algo encogido luce en la solapa su insignia de falangista, en la otra mano renegrean las cuentas de un rosario que por su longitud puede competir con el de la madre; cierra la

marcha el 16 que golpea su bastón disimulando con gran éxito su cojera, casi al salir se arrepiente y se dirige al 21.

-Compañero, repugna a mi caballerosidad lo que voy hacer, pero es necesario. Me comuniqué ayer por teléfono con Eduardo Mata, me citó hoy en su casa a las nueve y media. Los papeles que debo llevarle los tiene mi amigo y futuro socio el doctor Fermín. Tengo el tiempo preciso para estar a la hora donde Mata, que es hombre que se preocupa mucho de la puntualidad. He decidido irme, y contando con su discreción se lo comunico, rogando me haga el servicio de disculparme con los doctores; sobre todo con los dos jefes, soy amigo de su padre y me duele no ser correcto. Le escribiré sobre nuestra sociedad. ¡Felicidades! No le tienda la mano porque al ver que me despide así de usted sospecharán los otros enfermos.

Y salió, con su cojera correctísima, teatral. A Valdebenito le costó contenerse para no llevar el compás con su silbido.

Entró Pacheco: dejaba adivinar en su rostro que traía una novedad.

-¿Se fijaron en Omar? No ha dormido ni una pestañada; anoche le dieron la despedida de soltero. ¡Firme el roto!

Y siguió charlando, mientras que para ayudar al practicante tomaba la densidad a los orines.

De vuelta de misa todos los enfermos condecorados venían masticando: el 13 de un cartucho grande fue extrayendo y regalando a cada uno hallullas calientes; quemaban, las manos.

-Sírvase, compañero, ¿qué le va hacer el poquito de sal que tiene un pancito?

Se detuvo en la cama del 10, remeciéndolo; le decía:

-Abuelo, sírvase esta hallullita.

-No me apetece na el cuerpo.

-Sírvasela, mire que sin comer no sana nunca.

-¡De veras, pues iñor!

Tendió la mano recibiendo la tortilla.

-Ta calentita, parece que reciencita la han retirado del rescoldo.

Los dedos negros y huesudos de una de sus manos se movían a compás; partían el pan afirmándolo en la cama y se llevaba los pedacitos a la boca.

-El 16 se botó a aristócrata; cuando bajamos la escala nos dijo:

-Yo me voy por acá.

Y cortó para el lado del gabinete de los rayos X. No lo hemos visto más: ni en la iglesias, ni en ninguna parte. Yo lo busqué; como dice que es tan jugador, quería ganarle alguna hallulla a las chapitas. Todos los días, entre ocho y media y nueve, venden pan recién sacado del horno en la cocina; y los mozos con el hocico pegado no dicen nada y uno pasando hambre. ¡Por las rechupilcas que es grande la cocina, tienen unos fondos que pueden cocer un cristiano enterito, como si fuese arrollado de malaya!

A pesar de ser domingo vino el profesor y su hermano. Sin ponerse casaca blanca, fueron de cama en cama, imponiéndose del estado de los pacientes. El mallorquino le pasó el papel en que le recordaba la oferta de un par de zapatos. Leyó y después compasivo le dijo:

-Lo siento hombre. Antes que estén viejos ya los han regalado.

El 21 cumplió el encargo del 16, y los doctores comentaron:

-Mejor que se haya ido. ¡Degenerado! Sólo habría servido para molestias.

Llegaron juntas y alegres las doctoras. Dieron de alta al mallorquino y al 13; al 12 le quitaron la roja; tenía un poco de temperatura. Al 15 y al 17 les dijeron que

posiblemente les darían de alta al otro día. Cuando el 21 les dio el recado del 16, parecían colegiales en vacaciones, contentos, reían y hablaban en voz alta, celebrando la sensata idea del 16; así consideraban su huida.

-¿Qué irá decir Faría, niña, cuando sepa la fuga de su pariente?

-La médica Rubio hablaba; después, tomando del brazo a la otra, salieron a esparcir la novedad.

El mallorquino empezó sus quejas:

-Mi hijo se va de la ocupación. No gana nada buscando empleo. Mi hija gana muy poco y mi mujer nada. Y el doctor me dice que no, que no es posible. ¿Y para que promete? Tengo que irme y no tengo zapatos. ¡Qué suerte tan mala es la mía! ¡Es negra, negra la suerte mía!...

Las quejas del 18 provocaban risa; el tono de su voz y los visajes de su cara eran de una comicidad irresistible; todos reían a carcajadas y el pobre mallorquino concluyó también por reírse con ellos.

El 15, más novedoso que ninguno, le preguntó al 21:

-¿Qué le ha dicho usted a los doctores que estaban tan contentos?

-Me limité, compañero, a darles el recado que les dejó el 16, pidiendo disculpas porque se veía en la necesidad de irse.

-Me alegro que se haya ido ese hombre. ¡No he visto cínico más grande!

El 13, arrebozado en su frazada, iba de cama en cama y a todos contaba lo mismo.

-Lo que falta que la veterana de mi madre no me traiga el paltó y los zapatos. ¿Cómo diablos me iría?

A la hora de las visitas, el 22 se vio rodeado de amigos y parientes. A Valdebenito lo visitó el maestro Morales y la señora Eduvigis; la camarada Rosa no apareció.

La mujer del 12 entró a la sala. Un muchacho gordo como de 18 años se apegaba a su brazo caminando indeciso. Llegó donde el enfermo y un abrazo los unió. La mujer retenía una mano del marido y así estuvieron sin hablar ni decir nada. Tal vez por la mente del muchacho pasó la idea de que en ese hospital, lo mismo que a él, no sanarían a su padre.

El 15 como de costumbre conversaba en alta voz con su mujer.

-Tome, señora. Ahí tiene diarios para que venda; yo también soy económico, me leo la prensa y después la guardo para sacarle aún más provecho.

El 17 se acercó a la cama del 21 y le dijo:

-Aparecieron los diarios que se nos perdían a nosotros; el 15 los guardaba para que su señora los vendiera. ¡Coño sinvergüenza, me las va a pagar!

La pintoresca patrona del 19 vino a verlo; le trajo una botella con leche y consiguió hacérsela beber.

-Tómese la leche, ño Contreritas, anímese para que sane pronto.

-No siento na de hambre, señorita; tengo reseca la boca, se me pega la lengua.

-¿No ve, pues?, tómese la leche, lo alimenta y le quita la sed.

-¡De veras!

-Y en la misma botella fue tomando el líquido y descansando.

El 13 hablaba enojado a un hombre de buena presencia y no mal vestido, que junto con la gorda señora de siempre, habían llegado a visitarlo.

-¡Chis! ¡Esto si que está bonito! Por sacar de la capacha al discretito me empeñan los zapatos y el terno,. ¿Cómo me voy ahora?

-¡No hablís tanto, hocicón! Será primera vez que anday con zapatillas y sin paltó.

-¡No sé nada!, me tenís que dar tu paletó y tus zapatos. ¡No estoy para volverme a enfermar!

-Cámbiaselo, niño, antes que dé más escándalo éste aquí. -intervino la señora.

El visitante se sacó los zapatos y se puso las zapatillas que usaba el 13; después se sacó el paletó, quedando en mangas de camisa.

Ya vestido el 13 se despidió de todos y salió con su madre y con el hermano que rezongaba vengativo.

Acompañado de su mujer y de la hija se fué el mallorquino; se despidió desde la puerta:

-¡Que se mejoren pronto, y hasta otro ratito!

Esa noche no se generalizó la conversación; de la cama 19, de rato en rato, salía un pequeño quejido. Todos comprendían que estaba grave ño Contreritas y guardaban silencio. Algunas miradas furtivas se fijaban en él, pero no hacían comentarios.

Sería medianoche cuando gritos ahogados hicieron despertar a todos los enfermos. Acudió Manuelito, y en encendió la luz; sólo entonces el 15 salió de debajo de su ropa, él era el de los gritos con sordina.

-¡Que lo que me pasa a mí no le pasa a nadie! Vea Manuelito, yo dormía profundamente, con toda voluntad, como hago yo mis cosas, cuando siento que alguien remece el catre, me despierto y ahí, a los pies, veo un bulto blanco que mueve unas especie de brazos. Yo tengo coraje, mucho coraje, pero cuando se trata de vivos, que para cosas de otro mundo soy una gallina. Me dio susto con temblor y todo y me tapé y empecé a gritar.

-Ha sido pesadilla -dijo el 17.

-¡Que no hombre! ¡Si me despertaron primero! Era un aparecido, ¿Qué se figura usted que yo me espanto de cualesquier cosa?

Fue opinión general que el 15 había soñado.

No aclaraba y un nuevo bullicio despertó a los enfermos.

-¡Carajo!, me viene a asustar aquí con sus atentones.

-Me levanté a faldear, pues iñor. La leche que me trajo la patrona me movió las tripas.

Ño Contreritas, sintiendo necesidad de ir al W.C. se levantó y fue a despertar al 17.

-¡Ya, pues iñor, diga por donde se va a faldear, mire que me apura!

Llegó Manuelito y encendió la luz; entonces se vio la figura del 19, corta la camisa, no alcanzaba a cubrirle el trasero, las piernas, inverosímilmente flacas, renegreaban brillantes.

-¡Acostarse! ¡Con pulmonía y anda venteándose! Yo le traeré la chata.

-Hágalo por su madre, caballero. ¡Deje ir a faldear!

-Póngase los zapatos y envuélvase en una frazada. Lo voy a llevar en la silla.

El 17 había transpirado; secándose dijo:

-¡Me asustó este hombre! Llegó remeciéndome y lo vi todo negro, menos el pedazo de camisa. 21, me desquité de la rapiña de diarios que nos estaba haciendo el 15. Me envolví en la colcha y le fui a remecer el catre, ¡Putas el coño asustado! ¡Rezaba a toda boca!

No hubo novedad esa mañana; el 19 había vuelto a dormirse; los doctores dejaron al 14 sin comer ni beber; dieron de alta al 15 y al 17 y condecoraron al 12.

Pasó la hora del almuerzo y llegaron las asfixiantes de la siesta.

El 15 decía, antes de irse, y ya listo para partir:

-Sí, señores, me remeció el catre y abría los brazos y era todo blanco, la cara no se la vi bien. Yo soy valiente como pocos y me dio un susto que temblaba entero.

-Estaría envuelto en papeles de diarios.

-No, señor, era una cosa blanca como luz, se parecía un poco a un fraile mercedario.

-Esa aparición ha sido para que se le quiten las ganas de volver.

-Puede ser, puede ser.

Al irse se despidió charlando con cada enfermo.

El 17 se fue serio y le dejó al 21 el Selaron.

El 19 no ha comido nada; todos ven que va caminando rápidamente hacia la muerte. Saben que sólo le restan pocos pasos en su camino y nadie le dice nada... nada. Ningún comentario se insinúa para advertirlo de su situación; no se ganaría nada.

La tarde calurosa hace insoportable el ambiente de la sala. Sobre las almohadas perezosas se mueven las cabezas somnolientas que buscan acomodo.

Algunos brazos desnudos, lentos, con flojera, corren a las moscas pertinaces... refunfuños... rezongos aislados... todo es un inmenso bostezo.

En la sinuosa superficie blanca de la cama 19, un rostro seco, cubierto de sucias arrugas, la boca abierta, los ojos cerrados; sobre los labios partidos, color carne podrida, verdegueante, caminan las moscas panzudas a hartarse en un hilillo de saliva que escurre sanguinolento de la comisura izquierda. Más abajo, sobre la blancura, inmóvil, dos manos negras, huesudas, de dedos cortos y nudosos en la coyuntura, muestran las callosidades de sus palmas, y cubierto por la ropa, palpitan las otras partes que sufrieron y vibraron en la vida miserable de Manuel Contreras.

Declinó el sol hacia su horizonte, calmóse algo el agobiante calor y fueron los enfermos saliendo de su modorra, uno tras otro. Algunas cabezas con sus frentes húmedas se enderezan; después se miran interrogativos sin hablar. Frases banales vuelan sin dirección; no son

dirigidas a nadie, no son parte de conversación. Triviales reflexiones en alta voz entonan las gargantas para más adelante...

-¡Puchas que hace calor!... Ya va siendo la hora de la comida... Y el 19 no da señales de vida... ¡Chitas! yo que no quería dormir para no desvelarme en la noche, la siestecita que me pegué...

Trajeron la comida, refrescó el atardecer, se levantaron las enaguas a las ventanas (persianas de palillos que se enrollan) -como decía el 13). La pálida luz de la oración muere en todos los rincones; una que otra frase oportuna trata de evitar el ambiente, pero ya están cansados los enfermos, el día es demasiado largo; hastiados, aburridos unos de otros, se pierden los esfuerzos, y la pesadez del silencio se hace más densa. Hay un compañero grave.

El tintinear de unas llaves, el ruido que hace al andar la punta del zapato y el taco... el tintinear de unas llaves, el ruido que hace al andar la punta del zapato y el taco...

La monja viene a rezar. El chocar de sus rodillas en el suelo no se siente; así nadie se da cuenta cuando está hincada. Algunos rezagados concluyen de enderezarse y todos repiten:

-Por la señal de la Santa Cruz... Y del Espíritu Santo...

Ha terminado la oración. De pie da una mirada circular y su costumbre se impone: arreglar las sillas, en esa ocupación va de cama en cama.

-19... 19... ¿cómo se siente?

-Golpeó el catre fuerte y el enfermo no contesta. Sale al corredor y grita.

-¡Manuel, Manuel!

Acudieron el nochero y la madre.

-¿Por qué no me había dicho que el enfermito 19 no esta bien?

-Yo creí que usted lo sabía, madre.

-Vaya a traerme una sábana chica que debe haber en la clínica de los practicantes.

Ya con la sábana en la mano, volvió donde él, mojó un extremo, corrió las moscas y fuE lavando los labios resecos, remojando las costras que desde la comisura ha dejado el hilillo de saliva rojiza.

A la frescura del agua se entreabren los cerrados párpados; chiquititas las pupilas apenas se divisan.

-Enfermito... enfermito. Es necesario que piense ponerse bien con Dios.

-Una leve inclinación de la cabeza y volvió a cerrar los ojos.

-Manuel, vaya a buscar al señor capellán.

Salió de la sala y volvió con varios utensilios; limpió y despejó la mesa-escritorio, extendió sobre ella un blanco pañito que cubriendo la mitad de la cubierta colgaba en una hermosa y ancha blonda y retornaba en los extremos. En seguida colocó un Cristo de fierro cromado que tenía su cuerpo sobre una negra cruz, y equidistantes de él dos sencillos y antiguos candelabros; un libro cerrado de tapas de cuero oscuro, más ennegrecido por el uso en las partes donde debía ser sostenido con los dedos, y colocó además con agua bendita y un hisopo un pequeño recipiente de bronce, patinado por el tiempo, que tenía la forma de una campanita invertida. En el suelo una caja de madera con una manilla, que la hacía semejarse a una pequeña maleta; de ella extrajo la mayoría de los elementos que había sobre la mesa. En el respaldo de una silla, albo el roquete, brillante la estola.

Concluyó diligente la madre sus preparativos, se acercó nuevamente al enfermo y le habló remeciéndolo con suavidad. Si contestó o no, ni los que estaban al lado lo supieron. Retrocedió hasta los pies de la cama. Hincada en alta y pausada voz empezó:

-Yo, pecador, me confieso a Dios...

Serios, emocionados, todas las cabezas clavan sus miradas en la monja que sigue imperturbable. Terminó su rezo y se acercó al enfermo y hablándole al oído dijo:

-Enfermito, el señor capellán viene a confesarlo, a ponerlo bien con Dios; le colocará la Santa Extremaunción y mañana comulga, recibe el cuerpo de nuestro Divino Redentor.

Llegó el capellán, un fraile gordo, de abultado vientre, -demasiado elegante, con voz nasal, gangosa; habló al enfermo, musitó algunas palabras latinas y le dio la absolución en artículo de muerte. Después se revistió con el roquete, leyó en el libro de tapas de cuero, poniendo sus dedos donde ya el uso había dejado sus huellas, le destapó los pies, bendijo. El libro quedó sobre la mesa y el roquete en el respaldar de la silla. La monja hincada rezaba:

-Señor mío, Jesucristo...

El fraile elegante, indiferente, salió de la sala. La monja seguía su oración en voz alta; conmovida; los pabilos de las velas continuaban humeando; nadie decía nada, pero en el corazón de los enfermos la cercanía de la muerte ponía su aflicción.

El ambiente de tristeza no se disipó; no hubo comentarios; no hubo conversación.

La noche fue mala, el 22 se quejó todo el tiempo y la idea de que el 19 podía morir turbó el reposo.

La madre llegó muy temprano, arregló la mesa, colocando ahora unos candelabros que parecían de plata. Rezó con todos los enfermos, y en seguida se fue a hablar al 19; éste se sentó y escuchaba a la madre como si comprendiese todo lo que decía. Se hincó la monja a los pies de la cama a orar, y ño Contreritas repetía las palabras con voz débil, desfalleciente, haciendo más patética la escena.

Otra campanilla, cuyos sonidos se acercaban, anunció al Santísimo. El mismo sacerdote gordo lo traía. Se paró

junto a la mesa-altar, rezó en latín, y de la ancha faja de seda negra, que rodeaba su estómago, sacó un estuche de oro o dorado; en él venía la comunión. Un sentimiento respetuoso y místico invadía los corazones, las cabezas gachas, la humildad de su actitud y el sonido suave de las voces que acompañaban a la madre en su oración, solemnizaban el acto, dejando la impresión de que todos estaban de rodillas.

Abrió la boca ño Contreritas y el sacerdote introdujo la hostia; se movió su garganta en el esfuerzo de tragarla, juntó las palmas de sus manos y siguió orando, repitiendo las palabras de la monja, mientras sus ojos se clavaban con fervor hacia el cielo, implorando el auxilio divino.

Todos repetían:

"Señor, yo no soy digno de que entres en mi pobre morada..."

Se fue el sacerdote, y en su camino la campanilla iba dejando un reguero de sonidos. La madre recogió los útiles religiosos, y antes de irse le dijo al 19:

-Le voy a mandar leche con sémola.

El enfermo parecía haber mejorado, se tomó la leche; se quedó sentado, levantado el atril de su catre, mirando la sala como si por primera vez la viese. Le dirigió la palabra al 21:

-¿Hace días que estoy por aquí, iñor?

-Sí, 19, hace varios días.

-¡Meh!, no me acuerdo naitita; ¿qué habrá dicho la patrona que le estoy faltando al trabajo quizás de cuándo?

-Su patrona ha estado dos veces a verlo.

-¿De veras, iñor?

-¿Para qué lo voy a engañar?

-Es que no me acuerdo, naitita, se me abombó la cabeza y perdí los sentidos. Tengo la influenza, la pesqué regando unas chacras; me empezó con un dolor de cintura

y después se me ganó pa la paleta, no me ejaba respirar la puntá y una de traspirar que llegaba a estar correoso. Fui a ver una meica, muy mentá, vive para el Blanqueado, me dio unas botellas con bebidas y fue pa peor, caí redondito a la cama y empecé a difariar, después no me acuerdo de na.

-Y achicando los ojos como miope, continuaba observándolo todo.

Don Aliro, al tomar la temperatura, dio la noticia:

-El Profesor se va a Europa; se lleva a una hijita enferma, va en busca de mejoría.

-¡Lo que vale ser rico! -dijo el 11.

-¡Ahí hay pesos, pues, compañeros! Y si con plata no salva a la hija ¿qué laya de padre sería? Yo, si tuviera, aunque quedase con las carnes al aire, la gastaba porque le dieran vista a mi niño.

Las doctoras llegaron más conversadoras; demostraron interés en desocuparse pronto. El 11 continuaba en observación; el 12 de alta para el jueves, a pasar la Pascua en su casa. El 14 fue causa de una larga discusión entre ellas; decidieron por último consultar al doctor Mariano. El 19, en vista de su mejoría, iría en el carro-camilla a Rayos Central; era necesaria una placa radiográfica. El 22, que ocupaba el sitio del 20, seguía con sus cataplasmas e inyecciones. El 21, el mismo régimen, reposo y comida sin sal.

Salieron de la sala y se instalaron en el hall, junto con varios médicos que había ahí: la zalagarda era grande, pero nadie lograba entender lo que hablaban.

Don Omar se llevó al 19 a Rayos Central; sólo se veía su cabeza negreando y parte de la frente, lo demás entre la ropa de la camilla no hacía bulto.

Allá quedó; una vez desocupado avisarían por teléfono.

Cerca de las doce volvieron las doctoras: venían discutiendo.

-No, no y no, niña. Yo no hago el papel de tesorera; quedé escarmentada con la última vez, tuve un déficit de ochenta pesos que pagué de mi bolsillo.

Entró el doctor Mariano.

-¿Qué se puede hacer con este enfermo? -La doctora Rubio señalaba al 14-. Estaba casi compensado y vea usted como cumple el régimen- y le mostraba la papeleta del examen de orina.

El doctor lo miró un momento; después le dijo:

-Te voy a dar de alta el jueves; así pasas la Pascua en tu casa y comes toda la sal que te venga en gana.

Amurrado, el 14 callaba.

El mozo que moviliza los enfermos, entró con el carro camilla donde venía el 19, y a toda voz, dijo:

-Este enfermito viene muriéndose.

Se acercaron los doctores y levantaron la sábana que le cubría el rostro. Entonces se vio la boca de ño Contreritas que se abría con intermitencias como la del pez fuera del agua; los ojos fijos al techo dejaban escurrir algunas lágrimas y los músculos del cuello se distendían en los esfuerzos por respirar.

-Llévenlo a aislamiento -gritó don Aliro, y él se dirigió a mover la cama 19; mientras el carro con el moribundo salía adelante.

A la una, Armandito trajo la noticia.

-Se murió el 19, estaba en los puros huesos y se puso negro como cholo y bien fuerte. Ya lo llevamos al depósito.

Todos fijaron la vista en el espacio vacío que ocupó la cama 19; el calor era más asfixiante, la siesta para olvidar más necesaria y ya nunca jamás se acordarían de ño Contreritas. Ni los practicantes, ni los doctores hicieron comentario; y los enfermos como si hubiesen tomado un

acuerdo tácito, no hablaron más de él. La muerte había pasado llevándose a uno de ellos; sólo restaba el silencio.

No hubo conversaciones; todos sufrían una opresión indefinible que sólo se mitigaba en el silencioso meditar sobre la muerte; sumidos en sus reflexiones, en el enigma obsesionante; aumentaba la inquietud angustiosa de un fatal desenlace a sus dolencias.

Una buena noche y la paz volvería con el sueño a sus espíritus.

El pensamiento de que faltaban dos días para la noche de Pascua, primó sobre todas las preocupaciones. Los practicante conversaban recordando Pascuas anteriores; comisiones de jóvenes recorrían las salas repartiendo cigarros, galletas, azúcar, té; atendían y tomaban nota de todas las peticiones que se les hacían. De desayuno daban chocolate abundante; nada de cicaterías.

Las doctoras continuaban charlando y preocupadas. Se trataba de hacerle una manifestación al Profesor, despedida de sus subordinados, con motivo de su viaje a Europa. Ellas trabajaban organizando, buscando los adherentes y cobrando las cuotas. Los detalles eran lo que más les preocupaban; había simpatía en ver las nimiedades, los hechos baladies que absorbían y hacían cavilar sus mentes acostumbradas a una disciplina científica.

Las salas van quedando vacías; se van sanos de alta y no llegan pacientes a reemplazarlos. Don Omar dice:

-Para nosotros hasta el Año Nuevo va a ser de flojera; los enfermos no se vienen al hospital, por muy graves que estén prefieren pasar la Pascua y el año Nuevo en sus casas. ¡Dios nos libre después de las fiestas! ¡Van a faltar camas!

Monótono, sin novedad ha llegado el jueves; esta noche es "Nochebuena" y hoy es día de visitas. El 14 y el 12 están de alta. Los doctores partieron deseando Felices Pascuas.

Don Aliro va de cama en cama diciendo:

-El 14, ¡pobre hombre!, no tiene ni para carro y tampoco tiene donde irse. Vengo haciendo una colecta para ayudarlo; contribuya con algo, aunque sea una chaucha.

Después lo llama y dice:

-Tome, viejito, aquí hay $ 18,60; se lo hemos reunidos entre todos para ayudarlo.

Se baja la cabeza del 14, su calva reluciente amarillea, la manga de su brazo izquierdo cubre sus ojos; se mantiene así un rato, ya repuesto habla:

-Gracias, compañeros, que pasen Felices Pascuas -y sobre sus piernas débiles siguiendo un camino sinuoso se aleja taciturno.

La sala ha quedado reducida a tres enfermos. El 20 continúa en aislamiento.

A la hora de visitas, el 11 está concurrido; han venido sus dos hermanos y dos hijitas; parece contento, feliz, no le impresiona la Pascua en el hospital. Al 22, además de su mujer, la morena de grandes ojos tímidos y voluntad infinita para servirlo, han venido a verlo sus hermanas.

La monja hacía sonar su campanilla cuando entró la señora Eduvigis. Traía los ojos llorosos, un paquete de duraznos y un ramito de claveles y albahaca.

Después de agradecerle, el 21 preguntó:

-Parece que hubiera llorado, señora Eduvigis.

-Al pobre nunca le falta por qué sufrir; ¿qué de raro será entonces que haya desparramado mis lágrimas? A Morales lo tomaron preso, por desacato a la autoridad; después de tres días hemos conseguido que lo dejen libre, está hecho un San Lázaro. Usted sabe lo porfiado que es el pobrecito con sus ideas libertarias. No lo hicieron callar nunca, ahí lo tiene ahora, machucado por todas partes. Ya no vengo hasta el domingo, Valdebenito. Que pase muy buena Pascua.

La madre, cuando vino a rezar, dijo a Valdebenito:

-¿Es usted comunista, 21?

-No, madre. No tengo ideas políticas que sean doctrina de algún partido.

-Tome esta carta que le ha llegado.

En el sobre decía: Al camarada Manuel Valdebenito. Sala: "Rosa Ester" cama 21. Hospital Salvador.

Rompió el sobre. Un papel sin líneas y escrito con lápiz:

"Felices Pascuas" camarada Rosa.

Entró el Profesor a la sala, se detuvo en el centro y con su voz ronca, dijo:

-Os deseo pronta mejoría y muy Felices Pascuas. La madre va a repartir unas guindas y unas galletas.

El 11 contestó.

-Gracias, señor, e igualmente Felices Pascuas para usted y los suyos.

-Lo mismo decimos nosotros, señor -murmuró el 22.

Nadie protestó porque Manuelito apagase la luz y encendiese la roja más temprano que de costumbre.

-Compañero 21, ¿está dormido?

-No, 11, converse, lo escucho con interés.

-Estoy apenado, compañero. Siento una tristeza que me desespera. Tengo dos hijas y por primera vez en mi vida pasaré lejos de ellas la Pascua; si fuesen chiquititas no importaba, no se darían cuenta y sólo existiría mi pesar, pero tener conciencia que ellas sufren, que en este mismo instante deben estar llorando, que no tienen quien las consuele, pues carecen de madre, es algo superior a mis fuerzas.

Las últimas palabras del 11 casi no se habían oído.

Valdebenito no se atrevía a contestarle para no aumentar su tribulación. Sentía también que la pena lo

amordazaba. Entonces, abiertos los ojos, entre las penumbras rojas, como de un fuego lejano, se dejó llevar por sus recuerdos: era un tronco a la deriva que ignoró los escollos del camino, hasta que envuelto en la vorágine fue cayendo de tumbo en tumbo, y ahí estaba ahora, disminuido, apocado, botado en una cama de hospital...

-¡Felices Pascuas, 11; lo mismo, 22.

-¡Salud, 21! No he pegado los ojos en toda la noche, no he podido olvidar ni un segundo a mis hijas.

-A mí me ha pasado lo mismo, pero fue el dolor de la puntá el que no me dejó dormir.

-¡Curioso!, yo también dormí poco, me he despertado a escribir una carta, a ella me voy a dedicar toda la mañana y después una buena siesta.

"Señorita Rosa;

"Usted ha sido muy buena conmigo al recordarme. Acabo de recibir su saludo de Pascua y como ignoro cuando la veré para retribuírselo, lo hago por escrito, mandándole esta "carta a la fábrica.

"He pensado largas horas sobre mi pasado; necesito decirle a alguien estas reflexiones y para que las comprenda como yo "las siento tengo que narrarlas tratando de hacer vivir el ambiente de esta noche de Pascua, donde ellas nacieron.

"En este rinconcito de la sala, mi cama está donde se juntan dos costados de pared, ellas son biombos de aislamiento y de sombras. Al dar las nueve pasa el nochero y grita:

-"Hay que dormir, enfermitos, voy a apagar la luz. Algunos ruidos apresurados siguen a la advertencia, después un golpe seco de interruptor y las sombras nos privan de visión. Otro golpe gemelo y en el centro del techo se enciende una luz roja, fanal amigo, perdido como leve esperanza en las tinieblas; nos acompañara toda la noche.

"Trabaja la vista buscando el difuso contorno de las

cosas y poco a poco, mientras yo continúo sentado, apoyada la espalda "en el almohadón y la cabeza en los fierros del catre, van, surgiendo mis conocidos de todas las noches. Son seres extraños que a nada se pueden comparar, inmóviles, sin vida se forman con pedazos de todo lo que se puede percibir y entre ellos brillan como miradas llameantes y oblicuas, las "partes curvas, niqueladas de nuestras mesitas de enfermos.

"Alrededor de la lamparilla roja se acumulan dinámicas, danzantes las mariposas nocturnas que quedaron encerradas y las que acuden por los altos ventiladores de la sala. Yo, pensativo, mirando este mundo que no puedo comprender, espero "que el sueño llegue piadoso, trayendo el querido descanso...; Jalonado, perdido en el tiempo se siente el bullir de un enfermo que arregla su ropa... el dolor de un quejido... una súplica desesperada: ¡Dios mío, señor, que punzada tan fuerte!... lejano el sonido de un claxon hace vivir en mi mente apenada el recuerdo de la ciudad que vibra gozosa, febril, celebrando la Pascua... Un golpe, allá en el pasillo, un ruido como respiración metálica, el ascensor trabaja. Puertas de fierro que chocan al cerrarse y en el corredor los pasos de "La Guardia" golpean marcial, junto con sonar el interruptor da luz y nombre a las cosas y en la entrada hieráticos, dominadores enfundados en sus albos delantales, los doctores miran a los pacientes en reposo... Mientras tanto las mariposas asustadas del foco luminoso que de rojo oscuro pasó a brillante enceguedor, huyen despavoridas, sin preocuparse en su pánico de los obstáculos del camino y en la pobre pared restallan sonoros los ¡chas! ¡chas! de las que golpean sus cabezas miedosas..., insisten testarudas pretendiendo pasar por donde no es posible y concluyen por fin volando, nuevamente hacia la luz y ahora lo hacen más lentas, ¡quizás si precavidad o atontadas!

Una voz, con sordina, me interroga:

-Y usted ¿por qué no se tiende a dormir?

-Lo hago más tarde, señor.

Se alejan los pasos marciales. El nochero, al compás de su golpe de magia con el interruptor, rehace en las trémulas sombras el decorado rojizo y mis seres extraños el del mundo de la noche, vuelven a su vida pavorosa de inmóvil. Lenta se acostumbra la vista a las penumbras indecisas. Las danzantes nocturnas han vuelto a su ronda de giros. Junto a mí, en mi mesa de enfermo, formando una escala de mayor a menor están los libros; trato de recordar sus títulos, reconocerlos y no puedo; tengo ya en qué pensar...

Los doctores pasaron en una visita rápida; fue casi un saludo y se fueron.

Valdebenito se sentía cansado, le dolía la vista y bostezaba; deseaba que llegase pronto la hora de la siesta. Continuó su carta.

"Seguía hurgando en la mente tras los nombres perdidos, cuando de pronto sin saber por donde había llegado, vi que hacía esfuerzos por posarse en uno de los extremos de mi mesa una mariposa grande, cual la bíblica paloma de la rama de olivo. Me asombró su aparición enigmática, y concentré toda mi atención. Tersas sus alas se alejan rectas hacia atrás, sin plegarse a la forma del cuerpo, semejan las tiesas capas pluviales con que ofician obispos obesos en sacras ceremonias cristianas. Reflejos de oro, de verde maligno parecen innúmeras pupilas satánicas, tornasolan con destellos de rojo escarlata el vibrar de su cuerpo que se afana buscando el equilibrio huidizo. Un golpe ruidoso y empieza el batir de sus alas, que la alejan sin dejarse percibir sus detalles. Curioso, hube de seguir con la vista a través de las sombras su vuelo y constato que se va achicando a medida que se acerca al rojo fanal, donde locas, incansables, siguen las otras su ronda.

"Un nuevo rumor me hace volver la cabeza hacia mis libros y contemplo asombrado que algo, usándolos como escalón, rezongando sube por ellos. Queriendo cerciorar-

me, dar fe y sin que ningún temor turbe mi espíritu, me acerco a indagar y veo a una mujercita, no más alta de un jeme, trabaja ascendiendo penosamente. Cuando llega a lo alto de la pirámide arregla sus largos vestidos y se sienta colgando sus piernas hacia abajo, restriega sus manos como sacudiéndose el polvo y murmura con una voz delgada, propia de su escasa estatura.

"-¡Siempre descuidado, no sacude ni sus libros!

"El estupor me tenía abismado; abría mis ojos incrédulos y en el colmo de la expectación maquinalmente repetía, sin darme cuenta de mis palabras, que estaba reconociendo a mi visitante:

"-¡Mi mamá!... ¡Mi mama!...

"-Sí, tu madre, ¿y qué?, ¿acaso no me puedo sentar en este montón de papeles inútiles?

"¿Cómo tuve valor para contestarle? Lo ignoro, quizás me animó su pequeñez, el hecho es que hasta el tono de mi voz "sonó a falso...

"-¡Vaya, vaya, viejita, con que te ha crecido el mal carácter, tanto como te has achicado de estatura.

"-No me vengas con tus contestaciones leídas quizás en qué libros, y que tú luces como ocurrencias propias.

"La interrumpí molesto:

"-¡Caramba, señora, qué agresiva viene usted. ¡No se enoje y dígame cómo ha llegado aquí y qué la trae por estos lados.

"-¿Entonces no me viste bajar de mi mariposa Kyrie eleison?"

Valdebenito se detuvo en su escritura, pensando como continuarla; inclinó un momento la cabeza, la mano soltó la lapicera, quedando extendido el brazo; sobre él cayó su rostro; dormía.

Sonó que era niño y su madre le acariciaba la cara diciéndole:

-Manuelito, qué buenos duraznos te tengo guardados.

Después le parecía ser ya hombre; veía que una mujer se acercaba a su lado, le echaba los brazos al cuello y los labios de ella buscaban los suyos con frenesí y al contacto de las dos epidermis nacía un filtro maldito que se escurría por sus venas calcinándole el alma. Ahogado, quiso pararse y en el esfuerzo despertó. A su lado de pie la camarada le tenía una mano en el hombro, como remeciéndolo.

-Manuel, feliz Pascua, ¿que se amaneció que está durmiendo a esta hora?

-Gracias, Rosita, me ha asustado. Me alegra mucho verla. Me quedé dormido escribiendo una carta; anoche me desveló la idea de que era Nochebuena y estaba recluido.

-Leí la carta; hace rato que estaba aquí; los otros dos enfermos roncaban, total los tres dormían.- Se detuvo un momento, lo miró fijo a los ojos y encendida de rubor le dijo:

-Te besé, ¡tenía tantas ganas de besarte!, venía con esa única ambición. Tú sabes que te quiero, no te lo he dicho, pero lo sabes. ¿Sabes que me aparté de Samuel por tu culpa? Yo no soy quiltra que cambio de compañero todas las noches. No podía aceptar sus caricias, pensaba en tí, por eso lo dejé. Tú no me has hecho caso, indiferente, no te has preocupado jamás de mí, ¡quizás si esa es la causa para tenerte tan adentro, sin poder olvidarte...!

Emocionada, con los ojos bajos, callaron sus labios entre el arrebol de su cara, mientras sus manos mimosas seguían palpando con ternura las del enfermo.

-Rosa, yo soy un hombre vencido, un derrotado; no tengo porvenir, para mí ya no hay esperanzas de ninguna especie; a mi edad los hombres que triunfan han recorrido parte del camino. Cierro los ojos y veo que mi vida futura no ofrece asidero de ninguna laya. Mi salud me impide

trabajos pesados, y son los únicos que puede desempeñar. La pobreza me condena a morir, ¿será en dos o tres años?, ¡no lo sé!, pero más no voy a durar. Un hombre que sólo sabe de miserias, ¿tiene derecho a amar?, ¿es honrado aceptar el sacrificio de una mujer? Toda mi vida he caminado buscando la compañera leal, aquella que se puede querer sin que nada empañe la fe que le tenemos... Ya es tarde, oí a las doctoras decir que mi mal era crónico, un año o dos, después el período de la uremia que es corto y hemos terminado. ¿No cree usted, Rosita que en estas condiciones es un delito aceptar su cariño?

-Oígame, Manuel, no sé discutir con usted. Yo lo que sé es que lo quiero y que estoy dispuesta a trabajar, a trabajar para que nada le falte mientras usted esté enfermo; cuando salga del hospital convaleciente se va a vivir a mi pieza y si alguna vez quiere a otra mujer, me lo dice y se va con ella. Si usted está contento sabiendo que nunca lo engañaré y que lo quiero tanto, podemos vivir felices trabajando los dos; nada nos faltará.

Los labios de la camarada se acercaron apasionados, impidiéndole toda respuesta.

Corrió la mesa y se sentó en la cama para estar más junto a él; después, acariciante, regalona, empezó a hablar:

-Mi hijito, no trabaje escribiendo esa carta tan larga y difícil de entender. Se que quiere contarme su vida pasada; me gusta que sea bien hombre y no ande con tapujos, pero en este caso no hay necesidad; todos en la fábrica saben tu historia. La Josefina Maldonado te conoce y la contó por todas partes.

-¿Cuál es la Josefina Maldonado, ¿dónde dice haberme conocido?

-La rubia que trabaja en los esmaltes. Una de ojos verdes que tiene fama porque estrena a todos los cabros nuevos.

-Rosita, me está usted hablando en un idioma que no

entiendo. Me acuerdo de la gorda de gruesos labios pintados y que usaba aros y pulsera roja; pero eso de estrenar a los muchachos, no entiendo.

-¡Buena cosa, Manuel!, la Josefina es la misma que tú dices; y estrenar a los aprendices o a los nuevos es ser amiga íntima de ellos por dos o tres días. Esa mujer, si no fuera tan aficionada a esas cosas y al trago, merece ser jefa; sabe el trabajo al revés y al derecho.

-¿Y que habló de mí?

-Contó tu desgracia en la Argentina y el atraco que aquí te hicieron, cuando te quitaron todos los pesitos que traías de allá, robo que no pudiste denunciar para librarte.

-¿Estás loca, Rosita?.

-Yo te estoy contando lo hablado por ella; a mí me costó mucho acostumbrarme a la idea de tener por cariño a un hombre que había hecho una estafa.

-¿De modo que a mí me creen un estafador fugado de la Argentina y que para demostrar mi habilidad me dejé robar aquí en Santiago?

-Ni más ni menos, mi hijito.

-¡¡Qué calumnia más abominable!! ¡¡Nunca he estado en Argentina!! Salí de mi casa porque la mujer que quería se casó con mi padre, y éste, para conseguir ese casamiento, me alejó con engaños, vilmente. Me vine sin verlo porque tengo miedo de no poder contenerme; aunque es un felón es mi padre. Ella no me importa, ni me interesa, tiene alma de ramera, se vendió al mejor postor. Aún conservo la última carta del caballero; léela para que comprendas y te convenzas:

Mientras hablaba, Valdebenito extrajo unas hojas de block de un rollo de papeles que tenía en el cajón de la ropa. La camarada leyó:

"Mi querido hijo:

"De política poco voy a escribirte; sin embargo, creo

que después de leer esta carta, estimarás, como yo, oportuno seguir visitando las asambleas a las cuales aún no has ido. Es menester compenetrarse del espíritu que reina en ellas y trabajar para que sea viable la reconstrucción del Partido Balmacedista.

"Habiendo meditado bastante, me parece conveniente que sepas, primero por escrito, ciertos acontecimientos que se van a verificar en nuestra casa y que después de pensarlos y aquilatarlos con serenidad, estés de acuerdo con mi determinación.

"Hace pocos años que he pasado los setenta; el doctor, por quien me he hecho examinar, dice que mi edad cronológica es ésa, pero mi vitalidad corresponde a la de un hombre sano, bien conservado, de cincuenta años, que así debo considerarla.

"Va poco más de un año que perdí tu inolvidable madre; el dolor que esto me causó se ha aquilatado en mi espíritu; su recuerdo jamás se borrará de mí.

"Tú conoces mi manera de ser y por consiguiente, tú comprenderás que no soy hombre para andar con santos tapados. Yo no puedo seguir solo, soy macho y necesito mujer. El médico me ha dicho que no tema embarcarme nuevamente en la aventura del matrimonio.

"Me he decidido y mi elegida me ha impuesto, como condición para aceptarme, que estos proyectos estén en tu conocimiento; dice que no siendo motivo de disgustos entre nosotros, ella me acepta de todo corazón.

"También me ha dicho Emilia que tú tienes ciertas pretensiones respecto a ella y que no atreviéndose a desairarte directamente, te pidió un año de plazo para contestar. Confiaba que pasado este tiempo, tú desistirías y no la molestarías más con tus requerimientos.

"La muchacha, que es hidalga y de corazón bien puesto, me prefiere a mí, porque mi vida entera es una

garantía sin renuncios de paz y de tranquilidad para ella. Criada a la antigua por mi hermana sabe que: quien a buen árbol se arrima, buena sombra lo cobija".

"No quiero que nada ignores, por esto te comunico que me casaré con ella como lo hice con tu madre-separado de bienes- así no hay motivos de disgustos o molestias. Le haré un "depósito de $ 20.000, como fortuna personal.

"Temiendo que tu despecho vehemente y atropellador haga prevalecer momentáneamente su juicio apasionado, en un hecho que en el fondo no tiene -ni debe tener para ti-, dada tu edad, trascendencia, me permito en tu propio beneficio, la siguiente solución para tus actividades futuras.

"Busca en Cauquenes, Chanco o cualesquier otro pueblo de la provincia, donde instalarte con una mercería. Yo te habilito con $ 15.000. en dinero y te afianzo con otros $ 15.000.

"Hijo, es doloroso para mí que tú hayas pretendido a la misma mujer que es fin de mis afanes, y gustoso hubiera sacrificado mi última pasión en tu beneficio, pero ella no te quiere; te estima como amigo y nada más.

"Con tus líricos arranques y apasionamientos incontrolados, eres demasiado joven para su alma mítica, tranquila, que sólo aspira a un casamiento bíblico y a la paz de un hogar cristianamente constituido, teniendo absoluta fe en el hombre que Dios le ha dado por guía y esposo.

"Nada de esto puedes tú ofrecerle; sólo palabras, vagas promesas, juramentos escritos en el agua. ¿Qué te puede extrañar que me prefiera, cuando toda mi vida habla a mi favor?

"¿Debo yo, a título del cariño que te tengo como hijo, perder este tesoro de mujer?

"¿Debo como padre desechar lo que más aspiro y sacrificarme para que ella vaya a manos de terceros?

"Mucho he pensado y estimo que la solución que doy es la mejor.

"Lee esta carta varias veces y espera algunos días para contestarme.

"Te abraza tu padre que te quiere y lamenta mucho lo que está pasando.

"Pascual Valdebenito.

"P.D. Emilia pone su firma en esta carta, para que no dudes de su voluntad y te evites escribirle.

P.V."

Siguió la pareja conversando en voz baja; era más de la una cuando se fue ella.

Valdebenito, aún sorprendido de su falta de voluntad, pensaba asombrado en la facilidad con que los acontecimientos lo iban envolviendo.

-Felices Pascuas, 21.

Una voz irónica lo hablaba.

-¡Bueno el hombre con suerte!: besitos en la mañana.

-Yo creí que ustedes dormían.

-Se es amigo, y cuando es necesario se finge dormir para que aproveche el compañero.

Por ser día de fiesta había entrada; la señora Eduvigis acudió nuevamente; el maestro Morales seguía mejor, y ella le estaba consiguiendo, con una antigua patrona que lo llevasen al fundo, como carpintero o llavero. Y por primera vez la alusión directa:

-¡Que buena mujer parece su amiga!. Y se conoce que lo quiere.

-No hay tal cosa, señora Eduvigis.

-No siga Manuel; cuando una mujer quiere, no lo puede disimular; lo grita con los ojos. Pobrecita de ella si usted no la quiere. Con qué interés ha ido todos los días a saber de usted; le tiene su pieza como un espejo; baldeó

el suelo y la ropa de cama; se la llevó y la trajo zurcida y limpiecita, ¡debe ser muy buena dueña de casa!.

Al 22 lo vinieron a ver varios compañeros de trabajo; entre ellos, un veterano que había bebido más de lo conveniente y le decía enternecido:

-No se aflija, compañero, nada faltará en su casa, aquí están estos brazos que trabajarán para que nada le falte a los suyos; sus chiquillos están bien; yo les he llevado de todo.

-Gracias, maestro Valdivia; después le pagaré por junto.

-No se apure, mi amigo, por eso. El que quiera conocer un hombre leal que hable con Valdivia.

El 22 preguntó, rato después, a su mujer:

-¿Qué le llevó Valdivia a los niños?

-¡Sois leso, hombre, que les va a llevar!; tempranito llegó a pedirme $ 2.00 para poder venirte a ver, ¡parece que no lo conocieras!

Cuando la madre pasó con su campanilla, ésta iba mohina, silenciosa; no había visitas que correr.

Don Aliro que era el practicante de turno, se sentó en la silla del escritorio. Dijo:

-Es bien curioso lo que a uno le pasa; cuando hay muchos enfermos, el trabajo no le deja un momentito libre y uno piensa que sería bueno que hubiese menos enfermos, para descansar algo; después para las fiestas patrias, Pascua y Año Nuevo, las salas están casi vacías y uno se aburre y no haya qué hacerse. Miren, aquí tres enfermos, más uno en aislamiento, dos en cada sala de los lados da un total de 8 pacientes. El hombre es un animal que nunca está contento.

-Es justa su observación, don Aliro; en la vida luchamos por aspiraciones que no nos satisfacen al ser realizadas. Sobre esto, como profesor, me ha tocado hacer

curiosas observaciones, y estas reflexiones son las resultantes de comparar lo que significa la vida para el muchachito que empieza y lo es para el hombre que ya sigue un camino determinado en ella. Limitando el alcance del tema, podría escribirse una conferencia sobre la manera de encontrar cada cual su propio camino. Es decir, aquel a que el trabajo sea de nuestro propio gusto, que el realizarlo no sea esfuerzo, sino placer o por lo menos, signifique no ir contra nuestra voluntad. ¡Ganarse el sustento sería menos odioso! La idea de disminuir más y más la jornada de trabajo, entre sus muchos méritos, tiene el de ir restando importancia al error que se cometió cuando elegimos nuestra profesión.

-Yo, 11, creo que usted, entiende y sabe mucho de estas cosas. Me parece que una conferencia sobre lo que usted dice debe ser muy bonita, y oyéndola, el tiempo pasa sin que uno sepa cómo. La malo es que los pobres no podríamos aprovecharnos de ella. No hay ningún pobre que elija profesión; nos ganamos el puchero en lo primero que pillamos, que el tiempo pasa y nos estruja el estómago. Le voy a contar algo de mi historia. Nací en el campo y cerca del mar; fui el cuarto hijo de una familia de siete; éramos pobres, posiblemente por esto y tantos niños, mi padre abandonó a mi madre y a toda la chiquellería; el mayor de los cuales, en ese tiempo, tendría sus doce años. ¡Lo que la pobre vieja tuvo que trabajar para que no nos muriéramos de hambre, sólo Dios lo sabe!. A medida que los chiquillos iban estando más capacitados para ganarse la vida, iban saliendo del lado de mi madre a correr tierras, como se dice en los cuentos. Unos paraban en San Fernando; otros llegaban a Santiago. Aquí me tocó llegar a mí; un hermano mayor y una hermana trabajaban ya en este hospital; entré para suplir. En ese tiempo no existían las vacaciones anuales; así es que había que esperar que un mozo se enfermase y entrar a ganar una miseria. Yo fui de todo: monaguillo, trabajé en el jardín, fui mozo, hasta

que por último se produjo una vacante en el depósito; nadie la quiso aceptar; aburridos de no encontrar quien la quisiese, me la dieron a mí. Me costó meses acostumbrarme al olor y a no impresionarme de estar todo el día partiendo muertos. ¿Qué iba a hacer? La profesión no era de mi gusto, pero había que vivir. ¿De qué podría servirme una conferencia como la que dice el amigo 11?.

-Al querer usted poner objeción a mis ideas las confirma...

-¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Por Diosito!... ¡María Santísima!

Llegaba un enfermo, quejándose más que una mujer en trance de tener hijo.

El portero chico traía el carro, despacio, cuidando de no topar en ninguna parte. Sobresalía de la ropa, apoyándose en los codos, el busto casi completo de un hombre pálido, de treinta años; eran notables su prominente nariz y los visajes que hacía con su cara.

-¡Por Diosito!... no me toquen los pies. ¡Pásenme con mucho cuidado!. ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Como me voy a morir!. ¡Es que me afiebro! ¡Cómo! ¿Qué voy a hacer para conservar la vida?. ¡Una inyeccioncita!; el dolor se me corre de la mano al codo, me duele ahora todo el brazo.

Mientras el enfermo se quejaba en esa forma, era trasladado del carro a la cama 16. Don Aliro empezó a interrogarlo:

-¿Qué es lo que le duelo tanto, amigo?.

-Los pies y las manos; es reumatismo, señor. Hace un año que me dio otro ataque y mejoré con unas inyecciones que me calman al tiro el dolor. ¡Ay! Diosito lindo, ¡si ya no puedo soportar más! ¡María Santísima, favoréceme!

Se fué el mozo con su carro y en el aire quedó vibrando el rezongo que dijo a su salida:

-¡Guagualote alharaquiento! ¡Grita como una mujer!

Don Aliro, encogiéndose de hombros, salió en busca del doctor.

El 11 trató de justificar al nuevo enfermo.

Hay hombres nerviosos e impresionables, que son excesivamente sensibles. ¡De todo se encuentra en el almácigo humano!

-No, compañero -dijo el 22 dando un leve quejido-. Yo tengo varios hermanos menores y por experiencia sé que los más vivos y pillos -otro quejido- se guían por aquello: "Guagua que no llora, no mama".

Mi padre hasta pocos años atrás corría guasca seco y tupido. Entre nosotros había uno, Erasmo, que antes que lo tocara el chicote, estaba gritando y quejándose, llegaba a alarmar al vecindario. ¡¡Yo no sé como mi padre se de desgració en él!!. -otro leve quejido- a toda boca, para que todos se impusiesen, decía:

-¡¡Ay!!... ¡¡Ay!!... me están matando, porque no tengo madre me pegan, porque no quiero tener madrastra me azotan. Y el viejo que le tallaba a una viuda joven que había cerca, no le quedaba más camino que no castigarlo. Este mismo hermano es el badulaque de la familia.

Desde que el 22 habló, escuchaba sin queja el 16, y cuando hubo terminado replicó:

-¡Yo lo quisiera ver a usted con este dolorcito! Hay noches que me amanezco quejándome y sin poder dormir.

-Compañero 16.

Nadie contestó.

-Compañero 16, a usted que acaba de llegar, hablo.

-Lo escucho. ¡Ay!, por Diosito, que dolor tan grande. ¡María Santísima!

-Le voy a dar un consejo. Este pabellón tiene tres salitas, donde caben hasta dos camas en cada una; se las llama aislamiento; ahí se llevan a los enfermos muy graves, por si mueren, para que los demás no vean su agonía. Si usted con sus gritos no deja tranquilos a los otros enfermos también lo llevarán para allá.

-¡Ay, qué desgracia tan grande! ¡No haberlo sabido antes! Allá en mi casa siquiera podía quejarme sin que me hiciesen callar. ¡¡qué me importaba a mí que los otros no durmieran!!...

-Entro "La Guardia".

Al ruido de los pasos y a la vista de las tres casacas blancas que se dirigían a su cama, el 16 acentuó sus quejas. Un leve examen, una inyección recetada y se fueron.

Momentos después venía don Aliro con la aguja hipodérmica lista.

-A ver un brazo, mi amigo. ¿Tiene buena vena? Con esta inyección se le van a calmar los dolores.

-¿Me dolerá mucho, señor?

-No tanto, se aguanta unos cinco minutos y basta.

El enfermo se tapó los ojos con un pañuelo, dejando más prominente su formidable nariz.

Cuando la aguja hipodérmica se introdujo en la vena, dio un bufido como vacuno que se marca a fuego.

-Ya está listo señor; y trate de no quejarse, que si no habría que pasarlo a aislamiento.

Callado el 16, se secaba la transpiración.

Volvió a su asiento el practicante y al tema de la charla.

-Dígame, pues 11, ¿se podría aplicar una conferencia tan interesante en sus deducciones, a casos como el mío?

-Es irónico usted, don Aliro, y para contestarme sólo piensa en su vida pasada y no mira hacia el porvenir. Le he oído decir que tienes dos hijos pequeños. En una conferencia, de la índole que yo decía, el provecho sería para sus hijos.

-Tiene usted razón, 11. Hay que pensar en los hijos. Yo para llegar a lo poco que soy ahora, he tenido que pasar muchas pellejerías. Me acuerdo que la primera vez que me dijeron que era "matón" casi lloré. Se enfermó un mozo

de la sala San Luis y me mandaron a mí para suplir. Había un enfermo en la cama 18, un panadero, ¡bueno el hombre odioso! Por lo menos unas 10 ó 15 veces al día llamaba para decir algo. A mí me decía: "Matoncito, tráeme agua, Matoncito, lávame el escupitín o tráeme la chata"... Huaso, sin desbastar uno no entiende las cosas. Yo pensaba: ¿Por qué desbastar uno no entiende las cosas. Yo pensaba: ¿Por qué me dirá matoncito este caballero? Hasta que un día se lo pregunté:

-¡Por qué me dice matoncito, 18?

-Como nos saca la mierda... es el matón entre todos.

En mi vida me he visto más humillado; en mis propias narices se rieron los enfermos. Salí achunchado y rabioso de la sala, me mordía los labios para no llorar. Como al año siguiente, una mañana me tocó ayudar a partirlo en el depósito. Yo ya no era "matón" y el cadáver tampoco era "el"... Por eso yo compadezco a estos chiquillos; uno que ha pasado por todas las bajezas que están recién pasando ellos, se da cuenta de sus sufrimientos. Los enfermos no, con pedir basta y si no se les atiende rápido se quejan, olvidándose que son tantos.

En ese momento entró la madre y viendo al practicante le dijo:

-¿Qué le parece, Aliro? Manuel me mandó avisar que está enfermo. ¡De beber vino estará mal! ¿Qué voy a hacer ahora?

-¡Pero, madre, con los enfermos que hay cualesquiera puede ser nochero! Deje a Armando, y para cualquier novedad llame a Miguel, el nochero de Máximo.

La monja salió, pidiendo fuerzas al Señor para vencer estas dificultades que la atribulaban.

-Perdone una pregunta, don Aliro; ¿cuánto gana un practicante?

-Actualmente $ 338. Cuando salga el salario familiar yo voy a ganar como unos $ 620. y algunos pesitos que me

gano por fuera. No estoy descontento con mi suerte. Bueno, hemos conversado bastante; ya es hora de que vaya caminando. Hasta mañana.

El 11 preguntó al 16:

-¿Cómo se siente con la inyección?

-Bien, se me han quitado los dolores casi por completo; siempre que me ponen esas inyecciones me pasa así; como a los dos o tres días me vuelven otra vez. Yo no sé por qué los doctores no recetan eso nada más.

-Porque son calmantes que perjudican su salud.

-¿Qué doctores son los que atienden aquí?

-Como jefe general el "Profe" Homero; como jefe de sala el hermano, y dos doctores que mañana le van a hacer más preguntas que un confesor.

-¿Qué me van a preguntar?

-Cosas así: ¿No ha tenido gonorrea? ¿No ha tenido peladuras? ¿Cuántos abortos ha tenido?...

-¡No le aguanto esa pregunta!

-Espérese, pues hombre; no he terminado la frase: su señora.

El 16 sigue sorprendido.

-¿Naturales o provocados?

-Ya, no siga 11; a nadie le gusta que se rían de uno.

-Si es serio, 16; lo va a ver mañana.

Armandito repartió el agua y como no tenía con quién conversar, se quedó un rato en la sala, charlando con los enfermos. Dijo:

-No hay ninguno grave, y son 9 enfermos por todos; me pasaba de leso si durmiera algo.

El 11, malicioso, le preguntó.

-¿Y cuánto le pagan por noche?

No comprendiendo la intención del 11, responde:

-No me han dicho nada; por el día nos dan la comida

y cinco pesos; por allá por el sur ¿cuándo se va a ganar esa plata uno? Ahí tiene a los practicantes; $ 12.00 y comida. ¡Esa es ganga!

-Hágase practicante, Armandito y la ganga será para usted.

-Claro, pues, señor, eso es lo que uno debe tratar de conseguir; por eso todos le ponemos empeño en aprender. Ya ven, Pacheco se va a ir; ha hecho todas las gestiones; de aquí que gana $ 150 se va ganando más el doble. Me voy, tengo que averiguar dónde está la campanilla que llama al nochero. Hago que un enfermo la toque, y así la encuentro.

-Debe estar por la clínica de los practicantes. ¿Y para qué quiere saber dónde suena? -preguntó el 21.

-¡Vaya, iñor!, yo soy pesado de sueño; voy a colocar el carro de los enfermos debajo de la campanilla. como yo voy a dormir en él, cuando toquen despierto al tiro.

Valdebenito sentía una picazón en la cabeza que lo tenía molesto y pensativo; sufría de una caspa seca que hacía aparecer su paletó espolvoreado de escamas chicas y blancas. La comezón del cuero cabelludo había desaparecido desde que empezó a enfermarse y ahora le volvía nuevamente; la deducción era lógica, estaba mejorando. Satisfacía a su espíritu al saberse tan observador; pensaba no comunicar a nadie su descubrimiento. Guardan relaciones las partes del cuerpo humano que son insospechadas y al denunciarlas pueden ser motivo por parte de los incrédulos, de chacotas que desprestigian ante la gente sensata; se callaría y así la picazón de su caspa sería un índice salutífero de información personal. ¡Oh, nimiedades trascendentales!

Valdebenito seguía pensando; creía comprender que todo en la vida, hasta lo más insignificante, toma en ciertos períodos capital importancia; por consecuencia, creía aun posible ser él causa de preocupación para alguien. Esa

misma mañana la camarada Rosa le había dado prueba de tal pensamiento. Eso sí que dejándolo muy desconcertado.

Sin tiempo para meditar y decidir, consideraba desleales los besos como argumento de convicción, sobre todo después de pasar una Nochebuena tan abandonado. Se hacía el propósito de no darle importancia a lo pasado y tomar en la próxima oportunidad un papel más varonil y dominante, propio de su sexo, conquistador y abusivo.

-¿Cómo se encuentra, 16?- preguntó el 11.

-No siento ningún dolor. ¿No le dije que una inyección me los calmaría?

-¿Y usted, 22?

-Siento bien caliente las espaldas, pero no me duelen; la puntada viene muy a lo ,y el dolor es distinto y más suave.

-Y usted, 21. ¿Tiene ganas de dormir ya?

-No, 11; al contrario, me agradaría conversar hasta la hora del sueño.

-Entonces todo va bien. Yo tampoco tengo ganas de dormir. Charlemos un rato... Cuando yo era un muchacho de unos 17 años, me gustaba mucho leer obras de Alejandro Dumas, y desde entonces no he podido olvidar una anécdota o cuento que se refiere a La Fontaine. Quería el poeta olvidar unas estrofas que había compuesto y no podía; se confía a un amigo, y éste, posiblemente después de reírse lo aconseja:

"Escríbelas y quema el papel; así las tendrás que olvidar.

"A mí me pasa algo parecido: el hombre cuando está con su propio pensamiento y sin que nada lo distraiga, se hipersensibiliza y sus deducciones y razonamientos, sin ser maravillosos, son más profundos y reales. Yo necesito contar lo que pienso para poder olvidar; me parece que al decirlo el pensamiento me abandona y me deja de martillar en la cabeza.

"Las verdades que necesitan de una demostración empírica requieren tiempo para acumular pruebas. Como profesor primario he tenido múltiples oportunidades de tratar a mis compatriotas del sector humilde. En los meses de vacaciones he recorrido parte del sur como vendedor viajero y me he preocupado buscando pruebas a mis pensamientos, y aquí en el hospital también las he acumulado: la conversación de don Aliro ha sido mi fuente informativa.

"Es mi afán demostrar que el chileno, el roto, no es el degenerado que el derrotismo de una prensa mal inspirada ha puesto de moda. Cualquier señor medianamente vestido, sin ninguna información y las más de las veces por impresiones superficiales, afirma y discute nuestra incuestionable inferioridad ante las razas extranjeras. Llevo diez años tratando de reunir casos, y los que he acumulado me obligan a decir que en el estado de pobreza fisiológica en que se desenvuelve nuestra raza, debería sólo producir subhombres; en cambio el florecimiento de seres inteligentes, emprendedores, sin vicios, es de una importancia que constituiría orgullo en cualquier país civilizado y lo que digo lo pruebo; de lo contrario, nada vale mi afirmación. Para eso es necesario un poco de paciencia y de buena voluntad.

"Las ideas que yo expongo no son para especialistas que tratarán de encontrar bondades en el esqueleto, en la estatura, en la conformación del cráneo, ¡qué se yo en cuantos índices más! Yo quiero defender al chileno, subrayando sus cualidades y comparándolas, pero no dejando a un lado factores que continuamente se olvidan.

"Se compara al chileno, al indoamericano, en general con los emigrantes, y todos dicen que este último triunfa sin apelación. Donde llega un gringo, pocos años después hay un capitalista, y se les admira y se les alaba y sólo se desea tener emigrantes para mejorar la raza.

"La inmigración en sí ya es una selección. Los individuos que pesando sus probabilidades se atreven a formularse a sí mismos la necesidad de ir a otras tierras a buscar el porvenir, demuestran una concepción previsora de la vida que no es común. Al partir aprietan el corazón dispuestos a todos los sufrimientos en tierra extraña; lo único que les interesa es el éxito. Un hombre así, equipado para la lucha es incuestionablemente un seleccionado, no es un hombre vulgar y más fácil le será el éxito mientras más de marmota son los métodos de la gente entre los cuales ha fijado su vida. Su dinamismo y sus aspiraciones son un ariete en marcha; nada lo detiene. He aquí el origen o causas del triunfo monetario de los extranjeros. Ahora, como un paréntesis; podemos preguntarnos: ¿produce nuestra tierra esta clase de emigrantes? Y la contestación fluye sola: dado lo exiguo de su población la produce en abundancia y de alta calidad. Recorra usted las costas del Pacífico, el Altiplano y la Patagonia argentina. En todas partes encontrará al chileno de empresa, que triunfa o que va en camino de ello. No hay que confundirlo con "el pata de perro"; esta es otra sección de nuestra idiosincrasia.

"El chileno que encuentra tiene en la mayoría de las veces ascendencia humilde. Una escuela parroquial o primaria fueron la base de su instrucción.

"Tengo una libreta en la cual hay apuntes de los casos de padres de alumnos que merecen ser considerados como individuos excepcionales por su empuje y un sinnúmero de cualidades que los dignifica como sobresalientes en su generación.

"No es mi propósito dar una lección sobre el tema; quería llamar la atención sobre esta nueva fuente creadora de hombres eficientes que es la Beneficencia; de hombres del pueblo, de lo que se llama "el roto". Tenemos aquí tres personas conocidas: Pacheco, don Aliro y don Omar.

"Pacheco ha hecho su servicio militar y está orgulloso

de sus notas; se ha presentado solicitando ser soldado de línea; cree que en seis meses de ejemplar conducta le permitirán pasar a hacer el curso de enfermero militar. Sus conocimientos sobre inyecciones, temperatura, cataplasmas, etc., le facilitan en algo el camino. Este hombre está en marcha y sólo un accidente puede detenerlo.

"Don Aliro ha demostrado ser un luchador tenaz y sufrido; se ha sobrepuesto a todas las dificultades y ahora con la inercia adquiridas a fuerza de corazón y empuje, sólo le basta conservar su línea de conducta para llegar a una situación de un buen pasar; es un elemento que saliendo del pueblo se ha formado solo y va en camino de ser el fundador de una familia por todo concepto honorable.

"La Beneficencia, el Ejército, la Marina, los Carabineros, la Instrucción Primaria y en todos los campos de la actividad ciudadana, encontrará al chileno, al criollo, desempeñándose con acierto, siendo dignos de todo respeto y consideración. Si en la ascendencia del 90% de los profesionales, se aleja de ellos dos o tres generaciones se encontrará al hombre de Yungay, ya sea en forma de capataz, de llavero, minero, en toda clase de actividades. A una raza que da tales productos de selección, desenvolviéndose en el más miserable de los ambientes, nadie, con razón, puede posponerla a otra extranjera. Podrán decirme que esos elementos que surgen no han salido de los conventillos santiaguinos y yo contesto: previo obligado silencio, daré nombre y dirección a quienes lo solicitan, siempre que no sea para satisfacer femenil curiosidad.

Calló el 11, en busca de un descanso y el 16 empezó a hablar:

-Todo es muy cierto. Ahí tienen a mi cuñado en la Fábrica de Papeles y Cartones; entiende las máquinas mejor que los técnicos que mandan del extranjero; es jefe y dirige todo, arma, cambia, y desarma y nunca se

equivoca en nada. Es hombre muy estudioso. No sé cuántos miles de pesos está pagando por un curso de ingeniero mecánico que sigue por correspondencia. Hay noches que aclara y el continúa estudiando. Yo le he visto los libros llenos de planos y máquinas. ¡Sepa Dios cómo los logra entender!

La voz del 16 era monocorde, cansadora, su sonido siempre idéntico y algo nasal; monótona más que un rosario, provocaba el sueño.

Todos dormían y el 16 continuaba hablando.

Esa mañana el aseo fue minucioso. El Profesor pasaba su última visita.

Temprano llegaron en comisión; venían incluso todos los doctores.

Al enfermo 16 le dejaron unas inyecciones y unos papelillos que debía tomarse con leche. El 22 fue examinado con toda prolijidad, y por último con una gran jeringa el Profesor le extrajo de la espalda un líquido que obligó a Valdebenito a llevarse el pañuelo a las narices.

-Hay que operar ahora mismo -fue el comentario.

Y el doctor le dijo al paciente:

-Para que pueda sanar, hijo, vamos a tener que hacerle un tajito en la espalda.

La cara de aflicción del 22 parecía "Mater Dolorosa".

Se fue la comisión; don Omar llevó al 22 a la sala de operaciones y don Aliro trajo al 20, al viejito cara de San Jerónimo, del aislamiento.

El doctor Esteban, el del tic nervioso volvió donde el 20; le inspiraba lástima verlo solo, sin tener con quien conversar.

-¿Cómo se siente aquí?

-Bien, doctor.

-Pero, ¿está mejor aquí o en la piececita?

-En todas partes estoy bien.

-Pero ¿qué prefiere usted?

-Se está muy solo en la pieza y hace mucho calor.

El doctor se va reflexionando en alta voz:

-¡Es muy zorro el viejo!

Valdebenito habla a su vecino:

-Qué hubo, abuelo. ¿Está mejor?

-Mejor no, señor; tengo el costado izquierdo muerto; no puedo hacer ningún movimiento. La cabeza la tengo más despejada, no disfareo, ni estoy suelto como antes. Ahora siento cuando tengo necesidad de obrar y puedo avisar, ¡si antes era bolsón sin gareta!, no sabía cuando estaba sucio.

-A mí no me dejaba dormir usted pidiéndome cigarritos y llamando a la Clorinda, a la Elvira y a Ricardo.

-Miren lo que son las cosas. ¡Bendito sea Dios! No me recuerdo naíta. Con decirle que no sabía que antes había estado aquí. ¿No tendría un cigarrito que me convide?

Nadie fumaba en la sala. El 20 no pudo satisfacer sus deseos. Burlón el 11 preguntó:

-¿Hasta qué hora conversó, 17?

-¡Quién sabe! Ninguno me avisó cuando se durmió. Me dejaron como tonto hablando solo hasta que me quedé dormido yo también.

-Es algo difícil avisar en esas condiciones, amigo 16.

-Oiga 11, ¿no vienen visitadoras sociales por aquí?

-Sí, todos los días pasan; son unas señoritas de uniforme azul.

-Tengo que hablar con ellas. Me han pagado un subsidio mucho menor que el que me corresponde. En la oficina de Ñuñoa se equivocaron. Ahora entregué la libreta en la puerta; el subsidio se viene a recibir 15 días después, mientras tanto en la casa comen: espera para el desayuno, espera de almuerzo, espera de once y espera

para la comida. ¡Y no crean que exagero! Del Seguro nos mandaron al hospital, aquí los más inteligentes entregan la libreta en estadística y de esta le mandan su primer subsidio al segundo viernes. Para lo que no entregan su libreta, que es la mayoría, es mucho peor, se demoran; hasta que de tanto reclamar vienen a saber que debieron haberla entregado en la oficina de entrada.

La voz del 16 que crispa los nervios con su monotonía continuó procaz.

-La ley es una idiotez, son una colmena de zánganos y ladrones. Hacen los descuentos que les da la gana. La primera vez que entré enfermo me trajeron un sobre con $ 3,50 y yo gano $ 14,50 al día. ¡Ladrones, sinvergüenzas se ponen de acuerdo con los patrones!; fíjense, si uno no se deja robar por la famosa ley, no hay trabajo; sin libreta no lo ocupan. Así no le queda más camino al obrero que aceptar que lo exploten.

-Perdone, compañero 16, que lo interrumpa, no es posible aceptar en silencio lo que usted asegura. Prefiero suponer que está mal informado; lo contrario sería una maldad unida a una ignorancia supina. La ley del Seguro Obligatorio es una conquista para el proletario; con ella asegura su pensión de vejez o de invalidez; además si se enferma, tiene atención médica, la medicina y parte de su jornal y si le es necesario, cama en el hospital, como esa en que usted está. Si no existiera esta ley nada de esto tendría. Antes a la familia del obrero que se enfermaba solo le quedaba la esperanza de las colectas entre los compañeros el día sábado. Para doctor y medicina se conseguía dinero en la agencia y si era grave, días y días de espera para la cama del hospital. Hoy el Seguro paga por usted; su gente, sin tener abundancia, puede sobrellevar con menos sufrimientos la enfermedad del dueño de casa.

-Bueno, supongamos que así sea, pero en la práctica

es distinto; las empleadas se roban el dinero y a uno lo engañan diciéndole que son descuentos.

-Esa manera de pensar es intolerable, demuestra cobardía, todos por naturaleza están predispuestos a creer lo malo y al oír lo que usted afirma, capaz que le presten fe. No se puede discutir cuando se suponen intenciones y se utilizan como razones de prueba. Los empleados no pueden robarle ni hacer descuentos a su antojo; tienen reglamentos que cumplir, formularios que llenar y usted firma recibo por el dinero que le dan.

-Así será, 21. Lo que yo creo es que usted no ha sufrido las injusticias ni el trato humillante que a uno le dan; está hablando por boca de ganso.

-No interesa al caso lo que dice; se trata de ladrón al que pueda defenderse; generalizar estos términos a gente que ni sospecha que usted los dice, es cobardía, y no me extraña, un hombre que grita y se queja peor que mujer, clamando a todos los santos por un dolor, debe ser un cobarde.

Un silencio molesto invadió la sala. El 16, callado, abrió un diario y los otros enfermos se miraban las caras, esperando una insultante respuesta que no llegó.

El practicante alto entró y dirigiéndose a todos dijo:

-Si viene la señora del 22, avísenle que está en aislamiento; le sacaron más de tres litros de líquido en la operación. ¿Y usted, don Urrutia, cómo se encuentra por estos lados?

-Yo no soy don; no tiene por qué hacer risa de un viejo. En mis años, los jóvenes respetaban a los ancianos, las canas eran consideradas, no motivo de burlas.

-¡Ya se enojó don Urrutia! ¡Bueno el viejo mal carácter!, cuando te ponga la inyección me las va a pagar, mientras tanto apróntate. Fúmate ese cigarrito, mal agradecido.

-¡Dios se lo pague, hijito!

Después que el practicante salió de la sala comentó:

-¡Este "caballo de la bomba" es bueno; me trata mal, pero nunca deja de traerme un cigarrito, ¡qué Dios se lo tenga en cuenta!

Como a las dos, la camarada Rosa llegó a ver a Valdebenito. La seriedad con que éste la recibió, la hizo comprender que la situación había variado, y tratando de para el golpe antes que se descargara, dijo:

-¡No se ponga tan serio, hombre!, ¡si no ha muerto nadie! Lo que ayer le dije son tonterías, resultado de beber un poco de ponche en leche. Seamos amigos, camaradas, y cuando sane veremos qué resuelve la suerte.

-Le agradezco lo que dice, Rosita; le voy a pedir, para estar tranquilo, que me venga a ver pero no gaste en traerme regalos; no necesito nada; el alimento que da el hospital es suficiente.

Con este tácito acuerdo que ambos comprendían que solo era una pantalla para evitar una molesta explicación, continuó su extraña amistad.

Al 16 lo vino a visitar una señora delgada, casi baja, de sombrero y correctamente vestida; le entregó dos paquetes que el enfermo desenvolvió con avidez, y comió con las ansias de un hambreado. Partió un melón e hizo cuatro raciones que su mujer se encargó de repartir. Valdebenito estaba pesaroso; lo había tratado de cobarde y el otro le pagaba enviándole una tajada de melón. Hubiera preferido un insulto, a pesar de ser menos suculento.

Esa tarde, después de la hora de comida, don Aliro vino a conversar un rato. Tras de nimiedades sobre la Pascua que ya había pasado y del Año Nuevo que estaba por venir, habló sobre un enfermo de la sala del lado; se decía que sus hijos eran ricos y el infeliz pasaba abandonado.

Acordándose de otro caso dijo:

-Hace tiempo atrás llegó un viejito mal del corazón; de esa enfermedad no se sana. Como a los treinta días, ya el hombre se podía dar de alta, tenía vida para rato el veterano y no le venía a ver nadie al pobre viejo; más sufría de hambre que de otra cosa. Sometido a régimen no quería comer sin sal; con el puro té y el pan se mantenía. Un día me puse a conversar con él, buscando manera de que contase algo de su familia para avisarles que el hombre ya estaba mejor y que debían llevárselo. Así vine a saber que tenía una hija muy bien puesta, con una gran tienda de sombreros en San Diego. Tenía un hijo en el norte, era contador jefe de una oficina salitrera, cuyo nombre mejor es olvidarlo, y además tenía otra hija soltera que era con la que él vivía; parecía media viva la tal señorita, por lo que yo tuve ocasión de juzgar después. Se le avisó a su casa que viniesen a hablar con el doctor de la sala. Al otro día llegó una dama cubierta de alhajas, perfumada, bien elegante y bonita la mujer, fachosa, daba gusto verla; cargada de paquetes, los dejó sobre una de esas mesas y preguntó por el doctor. Este vino y cuando supo quien era le dijo que su padre ya estaba bien, que debían llevárselo, que debía tenerlo a régimen y otras cosas más. No terminaba de hablar, cuando saltó ella a toda voz:

-No, no y no. No me lo llevo; mándelo al Hospicio si quieren; para eso hay Beneficencia.

-Y sin esperar respuesta, ni preocuparse de los paquetes dio un borneo y se mandó a cambiar, sin siquiera haber saludado a su padre. ¡¡Ese doctor Mariano llegaba a tiritar de rabia!! Cuando terminó la visita me llamó:

-Toma estos diez pesos, te buscas un auto y te llevas al enfermo a la casa de esa mujer.

Al día siguiente, como a las 8 y media de la mañana, llegué con el viejito al domicilio de la dama; despedí el auto y toqué el timbre, ella misma me salió a abrir.

-Aquí tiene a su padre, señorita -le dije y me las envelé más que ligero.

"Yo después pensaba: quizás qué defectos tendría el caballero. Cómo lo abandonaban todos los hijos. A mí, también, aquí en el hospital me tacharon de mal hijo.

"Como les he contado: mi padre nos abandonó, dejándonos en la miseria más triste que puede haber. Como quince años después, ya estábamos medio enrielados todos nosotros. Aquí en el hospital habíamos cuatro, mi hermano mayor y yo en el depósito, y dos hermanas de enfermeras. Una tarde llegaron las chiquillas felices a buscarnos; mi padre había venido a vernos y esperaba en la puerta. Mi hermano se alegró, se acicaló un poco y contento como mis hermanas, se fueron juntos a verlo. Yo no quise acompañarlos; me acordaba de las grandes penurias de mi vieja y me mordía los labios; me daban ganas de ir a decirle cuatro claridades.

"Al rato volvieron las chiquillas: que mi padre quería hablar conmigo, que me esperaba y que lo fuera a ver. Yo porfía y porfía. Vino la monja a convencerme. Le dije por qué no quería verlo, le conté los trabajos y sufrimientos de mi madre. Me dio un sermón sobre los deberes de los hijos, que había que perdonar, ¡en fin, no sé cuántas cosas más!; fui a ver al caballero; lo que me divisó me tendió la mano y me dijo:

-¿Cómo te va, hombre?

-Bien, señor -le contesté, agachando la cabeza.

Al ver el poco cariño que le demostraba se puso a conversar con los otros y no hizo más caso de mí.

Con las chiquillas se empezó a cartear. El estaba en Valparaíso. Como a los tres meses vino a Santiago; según él nada más que a buscarme para que lo acompañara al puerto. Yo acepté ir; no es que me hubiera amansado, sino que yo aproveché la ocasión, quería conocer Viña. Allá me encontré con cinco medios hermanos. Tenía plata el

hombre; su casa bien puesta y una propiedad grande que arrendaba por piezas. Pasé lo más bien. El caballero quería ponerse en la buena conmigo. Después, cuando murió, podíamos haber formado un lío de los demonios; se había casado estando viva mi madre y siendo casado con ella por las dos leyes.

No quisimos hacer nada; preferimos callarnos, ¿para qué sacar a luz el delito que había cometido?, la voluntad de él era dejarle sus bienes a los otros hijos y respetamos su voluntad.

"Su madre debió sacarle mesada; estaba en su justo derecho y lo correcto era que lo hubiese denunciado por bígamo.

"¡Son tantos los hombres que se casan dos o tres veces! Yo tengo un caso en mi propia hermana menor; se casó con un tipito que canta y toca la guitarra, de estos medios filóricos. La dejó con un chiquillo. Como es flojo y cobarde, lo que sintió el peso que significaba ser dueño de casa, abandonó a la mujer y al hijo y como es hombre sin conciencia, y toca, canta y baila y tiene labia, no les es difícil encontrar alguna tonta, dispuesta a casarse. Creo que ya va en el quinto casamiento; de ciudad en ciudad se ha ido al sur casándose, hasta que le salga una tiesa de mechas y lo encapache. La tonta de mi hermana dice:

"-No haré nada, no quiero que el padre de mi hijo vaya a la cárcel. ¡Las mujeres son muy fatales!, o son desgraciadas por buenas o lo son por malas, no hay manera de entender su sino.

"-La culpa de que existan esa clase de sinvergüenzas la tienen las mismas mujeres. Por razones sentimentales se dejan explotar y engañar y eso pasa en muchos matrimonios humildes. Cuando no son abandonadas, el marido se da a la bebida y come y toma a costa de la pobre mujer, que se gasta los pulmones trabajando para sostener la casa. Es el subhombre de nuestro pueblo. Existe, pero

no en mayoría, ni en porcentaje de importancia. Producto abyecto de la injusticia social, la raza se defiende de él y se salva buscando recursos en la fuente de su potencial latente. Por eso la vida presenta casos de compensaciones insospechadas; casi siempre acontece que del cuadro pavoroso del hogar de un borracho, donde el tesón y el esfuerzo de la mujer es lo único que sostiene ese remedo de familia, salen uno o dos hijos inmejorables, emprendedores, activos, ciudadanos dignos de la civilización del futuro. Se han forjado en el sufrimiento, en la pobreza, el constante lidear con la miseria; y el vicio aceró sus caracteres y enconó sus espíritus con una voluntad inquebrantable de surgir y triunfar, y se imponen, llevando dentro de sí el orgullo de haberse librado, de haberse salvado de esa cloaca inmunda donde se gestaron sus primeros años.

-Perdone una interrupción, 21. Me consta lo que dice y tengo anotado varios casos, dignos de conocerse.

-Continúo, compañeros. Estas excepciones no alcanzan a pesar en la solución del problema. Veamos por qué extraño camino viene ella.

"Se está produciendo un fenómeno visible para cualquier observador, y esto no es de hoy día; su origen no se puede precisar, se remonta quizás a más de cincuenta años atrás. La primera parte, aun no conseguida en su totalidad, fue la conquista y el reemplazo del grupo aristocrático que gobernaba, por los criollos enriquecidos y de talento.

"Elementos cuyos ascendientes fueron: empleados públicos, contratistas, industriales, agricultores, capataces, etc., etc. Dos o tres generaciones les bastó para formar esa nueva burguesía que aceleró su ascensión con títulos profesionales; entre ellos y siguiendo los mismos métodos, se formaron también descendientes de extranjeros.

"Aconteció el hecho curioso de que los conquistadores

fueron conquistados,. absorbidos. Posiblemente ese era su deseo. Esta nueva aristocracia, esta nueva clase dirigente, más liberal que la primitiva, ha evolucionado en los antiguos métodos de gobierno. Se han dictado leyes sociales y se han creado una serie de cajas, pozos absorbentes de dinero, que además del beneficio que dan a los imponentes, van a ser al fin acumulaciones de capital al servicio de ideales socializantes.

"Una lucha genera otra. Tras el logro de conseguir sus ambiciones, que era formar parte entre las clases dirigentes, predicaron al pueblo sus derechos e hicieron resaltar la explotación que con ellos se cometía. En un perezoso y lento despertar empezó a moverse la clase asalariada del país y ese movimiento es ahora una avalancha que nadie puede detener ni desviar, ni ningún hombre aprovechar en beneficio propio. Está en marcha y muchos, si no es la mayoría, no saben ni comprenden el fenómeno del cual son protagonistas.

"Algunos dirigentes de este movimiento son políticos, revolucionarios de salón, creen posible que por evoluciones sucesivas -narcótico para que pase el tiempo- se cambie este régimen que nació con ergástulas, alimentó la Edad Media y aprovechó el capitalismo actual, sembrando de esclavos la tierra.

"Si el sentimiento de redención de las masas no se lleva en la sangre; si la injusticia no ha mordido nuestras entrañas, casi con seguridad no se es sincero, ni revolucionario, ni comunista, ni socialista; sólo se es un aprovechador de circunstancias, un logrero, un arribista.

"Compañeros, es necesario que se sepa, que la alta marea de un sistema nefasto, fundado en la explotación, está llegando a su máximo. Ya viene el desborde que todo lo arrasará. En lo alto van esos corchos, esos individuos que siempre se conservan a flote; tales elementos, porque son los primeros visibles, se figuran que dirigen el

fenómeno y sólo son los primeros excrementos que eliminará esta formidable indigestión del conglomerado social.

-¡Conque usted es revolucionario! -dijo don Aliro, mirando sorprendido al 21.

-No, don Aliro. No soy socialista, ni comunista, ni revolucionario; sólo soy un hombre del montón, uno que sufre miserias y que se siente anonadado ante la realidad que le ha tocado presenciar. Comprendo que si no se pone pronto remedio a este estado de cosas, puede la presión de la pobreza alcanzar el punto donde se termina la mansedumbre humana y empieza la desesperación -mala consejera- que llega hasta anular el sentimiento de la propia conservación.

-A la monja le resultaría usted más hereje que un anarquista que murió en la cama doce. Llegando hubo que hacerle una sangría. No calló un momento, decía unas herejías capaces de hacer taparse los oídos a un carretonero. Se empeoró el hombre y vino la monja a ofrecerle confesión, ¡qué individuo más salvaje!, insultó a la madre con groserías increíbles; después le tocó el turno al capellán, le dijo una hasta ciento, lo revolcó a él, a su madre y a toda su parentela; el pobre fraile con la cabeza gacha rezaba sin contestar. Murió diciendo maldiciones y barbaridades. Un canuto que había entre los pacientes decía que ese hombre se había salvado porque era sincero y no mentía disimulando su pensamiento, ¡que Dios perdonaba su ignorancia por ser de corazón! La madre creía que era un poseído del demonio y el capellán callaba asustado

-Y yo me voy porque es muy tarde. Hasta mañana.

-Las ignorancias que cuenta, don Aliro - murmuró Urrutia.- Los poseídos del demonio no mueren; para que el alma abandone el cuerpo es necesario que el Angel de la Guarda se aleje, y cuando éste ve que el diablo está en

el cuerpo de un cristiano, no se mueve del lado de él para que Satanás no se lleve esa alma. Después el cura con sus bendiciones, oraciones y agua bendita corretea al demonio.

-Y usted, ¿cómo sabe esas cosas, 20? - preguntó el 11.

-Porque las vi cuando era niño mediano.

-Yo también vi, cerca de San Fernando -dijo el 16-; para unas misiones sacaron al diablo del cuerpo de un enfermo que echaba espumarajos por la boca; el demonio se pasó al cuerpo de un gato. ¡Por Diosito el animal afligido! Se encaramó por unos palos hasta el techo de la iglesia, ahí desapareció, no lo vimos más; pero todas las noches, a la hora que empieza a obscurecer, se sienten los maullidos durante un buen rato y nadie ha logrado volver a verlo. ¡Y esto es cierto!, el que quiera ir a la iglesia del fundo Lastenia cerca Tinguiririca oirá al gato con el maldito.

-El abuelo 20 debe haber tenido muchas oportunidades de ver al diablo; antes era más confianzudo, en las misiones o en los Ejercicios no dejaba nunca de hacerse presente, sembrando susto entre los varones y pánico en niños y mujeres.

El 11 era el que hablaba.

-No, hijito, los muertos me han tenido asustado, pero el diablo no ha querido meterse conmigo. Varias veces entré a Ejercicios, una en San José, ahí en la calle Moneda al llegar a Colegio. Algunos compañeros veían al demonio, las más de las veces vestío de sacerdote o la de no con manto, como las mujeres. A los gritos iba yo también a novedear. El olor a azufre quemado era lo único que encontrábamos.

-Abuelo, cuéntenos los sustos que le han hecho pasar los muertos.

-Le pondremos empeño. Soy muy olvidadizo, pero se el remedio; un cigarrito me despeja la cabeza y me acuerdo de todito.

-Ya con un cigarro y aureolado por el humo, dio comienzo a su narración el 20.

-Yo cuando era niño trabajaba con un hombre dueño de una tropilla de burros; acarreábamos arena para las construcciones. Doce burros llevaban una cachá de 24 capachos, eso era un viaje. Por aquellos años empezaron a salir los carretones de golpe para el acarreo de arena; no nos hicieron mella al principio; tenían que vender más barato, ellos dejaban el material afuera y nosotros con los burros lo botábamos donde se nos pidiera. Cuando uno es joven, el tiempo siempre es bueno, así me parecen a mi esos años. Resulta, pues señor, que de tanto estar metido en el agua paleando arena en las pozas, me enfermé de reumatismo. Me fui al hospital San Juan de Dios; ahí me consiguió cama una rica que me conocía desde niño. Era muy querida de la madre Hortensia y con ellas se las agenció para que me diesen cabida en la sala Santa Rosa, donde ella era jefe. Como a los dos meses estaba sano, me habían dado de alta cuando la madre me dijo:

"-Urrutia, necesito un mozo, ¿por qué no se queda usted? Tiene casa, comida, $ 12 al mes y se puede decir que vestuario. Usted sabe que yo hago lavar en el desinfectorio la ropa de los enfermos que mueren y no reclaman sus parientes. Esas prendas yo se las doy a los enfermitos más necesitados y a los mozos.

"-Bueno pues, madrecita - le dije yo-. Me conviene y me quedo.

Hacía dos meses que estaba empleado cuando se corrió la voz de que había aparecido el cólera. Por esos días se platicaba de que esa peste andaba pa la Argentina y que el gobierno había colocado un cordón sanitario en la cordillera para atajar el mal. En ese tiempo no existía el Hospital San Vicente, dei que a San Juan de Dios iban a dar casi toítos los enfermos. Empezaron a llegar tan tupío que no había donde ponerlos; trajeron catres y colchones

y se aumentaron las camas en todas las salas; los enfermos estaban casi uno al lado del otro y no dábamos abasto. En carreta, en carretela, en golondrina llegaban los atacados de a dos y tres por viaje, algunas veces queidan en la calle y ahí quedaban hasta que los levantaba la policía. Toditos con retorcijones de guata, con los ojos que se les saltaban y sueltos por la boca y por abajo. En llegando les dábamos un toma verdosa en una copa chiconcita, si la aguantaba en el estómago, ¡listo!, era fijo que se salvaba, ahí lo dejábamo tranquilo, y si la vomitaba, al ratito le dábamos otra y si esta tampoco la aguantaba le hacíamos tomarse la última, ahí lo dejábamos pasara lo que pasara. La tomita era para que se le cortara las arcá y la diarrea; si el enfermo descansaba un poco se le avisaba al doctor y le daban otros remedios y sanaba. Los otros tenían que ser muy fortachos para aguantar dos días; la mayoría se despachaban a las tres o cuatro horas después de llegar. Se desfiguraban mucho, se les encuevaban los ojos, tanto, que parecían muertos antes de estarlo; algunos se amorataban y otros se ponían negros, como si a golpes le hubiesen machucado las carnes, ¡daba espanto verlos! Morían uno detrás de otro; llegábamos a estar lagarteados de acarrear difuntos. Por un pasadizo largo íbamos a un depósito nuevo que habían hecho, porque el del hospital se hacía estrecho para contener cadáveres. Era una pieza grande asfaltá que tenía unas especie de mesones pegados a la pared; ahí los colocábamos y cuando se llenaban los mesones seguíamos en el suelo. Había también a un lado un montón de ataúdes de álamo, blanqueaban las tablas y en ellos los nudos parecían pezones de mujer. Esos cajones se tenían por si los pacientes reclamaban a los finaos. Se tenía un cementerio especial para los apestados; era una fosa muy grande, esta para el lado que llaman las Higueras de Zapata; al costado derecho, por donde pasa el tren para el Norte.

"Al depósito se entraba por una puerta mediana que estaba al final del pasadizo angosto que he dicho; en la pared contraria un portón de dos hojas y a los costados dos ventanas sin postigos, ni vidrios; solo barrotes de fierro distanciados como a un jeme. Todo daba a un patio empedrado; ahí siempre se encontraba un carretón, arrastrado por dos mulas. Apenas los muertos alcanzaban para llenar el carretón, lo cargábamos hasta los topes y encima le poníamos un tela de buque. Lista la cachá se las envelaba pal Cementerio de los pestosos. En esos tiempos las calles no estaban na lisitas como ahora. Con los barquinazos que daban el carretón en los hoyos, se desacomodaban, se arrollaba la tela de buque y por el camino iban los cadáveres moviendo los brazos como si hiciesen señas. Yo lo vi porque dos veces me mandaron en el mismo carretón a ayudar en las descargas y de llapa allá tenía que palear cal para taparlos. De la hediondez, ¡mejor es que no hablemos ná!

"A las nueve me iba a acostar y quedaba otro muchachón de nochero. Una vez, serían como las ocho, hacía poco rato que las campanas de San Francisco las habían tocado. Tenía dos muertos en la sala; me fui a buscar una angarilla, mientras el mozo de San Rafael me esperaba para ayudarme a llevarlos al depósito. Abrí la puerta que daba al pasillo largo, y a oscuras entré a encender la luz del gas que estaba en un cañón que caía del techo, en el centro de la sala. Busqué una angarilla, la dejé al lado afuera de la puerta y entré a apagar el gas; de vuelta ya estaba casi en el corredor, iba saliendo a tentones, cuando sentí un estornudo tan refuerte, que del susto me desorienté y no podía dar con la salida. Lueguito llegué a los mesones y empecé a sentir cadáveres debajo de las manos. Me daban unas rachas de fríos y otras de calor, con el espinazo como engrifado: ya me desmayaba de susto. Para colmo sentí que alguien se movía dentro,

y por alejarme del ruido caí encima de unos finaos. Casi muerto yo también, enredado entre las piernas de los difuntos, trataba de enderezarme cuando se prendió la luz; era mi compañero de la sala San Rafael que había venido a buscarme y al ver el depósito a oscuras y ruidos adentro, prendió el gas. Le estaba contando el chasco del estornudo, cuando se volvieron a sentir más fuertes que antes; entonces vinimos a darnos cuenta: era una mula del carretón la que estornudaba: estaba frente a una ventana y el ruido se sentía lo mismo que si estuviesen dentro. ¡Por mi madre, el susto grande que me hizo pasar!

El abuelo había terminado su narración; el 16 empezó a hablar con su voz monocorde de increíble anestesia. Pronto, todos dormían, y el Fábrica de Papeles y Cartones se desintoxicaba de palabras entre las sombras benevolentes.

Ese domingo fue monótono y tranquilo. Los doctores no vinieron, y su ausencia hizo más larga y pesada la mañana.

A la hora de visitas sólo el 11 y el 16 estuvieron acompañados; al 20 y al 21 nadie vino a verlos.

Como a las tres llegó a la sala un señor de nariz báquica, planchada y limpia su ropa. Se conocía un porfiado esfuerzo por disimular su vejez. Tras él entraron dos niñas de 16 y 18 años más o menos; llevaban un cuaderno y un lápiz en la mano. El parecido con el señor que las precedía indicaba que eran sus hijas. Cuando llegó al centro, se detuvo y accionando con los brazos dijo:

-Señores, un momentito de atención, soy el administrador gerente de una empresa que se ha fundado en beneficio de los enfermos de hospitales o de otros asilos similares. Nos encargamos de escribir cartas y hacer cualquiera gestión que se nos encomiende, ya sean personal o por correo. Podemos tramitar invalidez, cambio de lugar donde se paguen pensiones de retiro; buscar la ubicación de parientes, cuya dirección se ignora y muchos

trabajos más de utilidad para nuestros mandantes. Sólo se cobran los gastos y un pequeño porcentaje de utilidad. Repartiré una hoja: en ella se dan interesantes datos sobre esta empresa netamente nacional, de fines altruístas, que llena una necesidad que antes no había sido atendida y cuya comisión es ridículamente económica.

Repartió sus papeles de propaganda, que aparecían sucios, manoseados antes por otra persona, y seguido de las dos muchachas salió de la sala.

Los volantes repetían lo que él había dicho, eso si que en forma más extensa y con palabras rebuscadas; todos leyeron el papel y sin preocuparse más lo dejaron a un lado. Diez minutos después el extraño visitante entraba nuevamente a la sala y siempre seguido de las dos muchachas que tan curioso parecido tenían con él; se detuvo al lado del escritorio y acompañado de sus manos empezó a hablar.

-Señores, ya os habéis impuesto del prospecto de réclame que la casa que represento ha hecho repartir entre vosotros. Esta empresa de encargos es única; se distingue por la prontitud con que atiende a su distinguida clientela. Dos secretarias con su libreta de notas pasarán cama por cama tomando los datos que necesitéis.

Cruzó sus brazos y con la mirada perdida se quedó esperando el pintoresco personaje de la nariz galiquenta. Las dos muchachas, avergonzadas, iban de cama en cama preguntando:

-¿Qué desea señor?; diga con confianza, una carta a la novia, a la señora, al hijo extraviado, a los padres, gestiones privadas; o si sus encargos prefieren hacerlos a un hombre, llamaremos al señor Gerente.

Después, en vista de la inutilidad de sus ofertas, decían:

-Hágame el servicio de devolverme el papelito de

réclame. Imprimirlo cuesta mucho dinero y puede servir para que se imponga otro enfermo.

Nadie aprovechó los servicios de "la casa de encargos"; los volantes repartidos fueron recuperados en su mayoría con dobleces y arrugas, otros hechos una bolita de papel.

Impasible, con pasos lentos salió el caballero de la sala; tras él las parecidas secretarias afanosas estiraban las hojas-prospectos. Ya en la puerta se volvió:

-Señores: representantes debidamente autorizados por la casa os visitarán periódicamente para atender vuestros pedidos de encargo. Os deseo una pronta mejoría y buenas tardes.

Todos contestaron su saludo y Valdebenito se quedó meditando: ¿Quién será este extraño personaje que parece fugado de novelas picarescas, olvidado protagonista de una farsa triste e inhumana?

La digna lentitud de los pasos al salir y su altisonante discurso, disimulaban un desaliento que debía ser profundo. Tras él sus hijas, convencidas de la inutilidad de sus esfuerzos, seguían como imágenes gemelas del desaliento y del fracaso. Fue un momento; después se diluyeron entre las cosas pasadas las hijas, los volantes y el hombre de la nariz colorada: todos envueltos en tristezas.

El practicante alto le trajo cigarros a Urrutia; éste estuvo toda la tarde dentro de una nube de humo. Los enfermos sentían calor, aburrimiento, casi desesperación por no tener en qué gastar el tiempo.

El lunes pasaron rápido los doctores; enviaron a examen de ojos al 11 y al 21; llamaron a la señora Angela y le encargaron que llegando la visitadora social, le pidiese el traslado del 20 al hospicio y se fueron.

La sala de espera del Policlínico de la vista estaba completa; mujeres, niños, hombres, sentados, ocupaban las

bancas; algunos con anteojos ahumados, otros con vendas, tafetán, y algunos con el pañuelo sobre los ojos esperaban su turno.

El 11 se asombró que hubiesen tantos enfermos de la vista y de tan extraña catadura; comunicó su reflexión a 21 y éste le dijo:

-El grupo nos llama la atención porque llevan manifiesta su dolencia; no pueden disimular su mal, de ahí que pesan más sobre nuestra curiosidad y hagan nacer en nuestro espíritus una comparación a corte de los milagros. Los mendigos son más afortunados en su profesión, mientras más evidente es su enfermedad.

La vista es una palanca poderosa para mover nuestra conmiseración. Mirad y leed ese letrero que está frente a nosotros.

Fijó su vista el 11 en la dirección indicada y leyó:

"Este Policlínico es sólo para indigentes".

-¡Que canallada! Es como si al pordiosero que tiene la mano le escupiésemos la moneda antes de dársela.

-No se moleste, 11. Este es sólo un pequeñísimo botón de muestra. Comprenda usted ahora la mentalidad de esta gente. Se les paga para que administren dinero de la comunidad, en beneficio de los pobres. Saben que esto no es una limosna, que es una función social y como se encuentran con la sinvergüenzura de muchos pudientes, que por no pagar se aprovechan de estos servicios, para impedir ese abuso, no se les ocurre otra cosa que insultar al infeliz, arrojándole a la cara su pobreza.

-Ayúdeme 21, yo voy a sacar ese papel.

Cuando regresaron a la sala, el 11 llevaba como un trofeo el cartelón.

Al mediodía se produjo una novedad entre los mozos: Armandito se va de suplente a la sala de Máximo; en su lugar llega un muchacho que no tiene 20 años, de ojos

verdosos, correctas facciones, regular estatura, conversador, trata de congraciarse con los enfermos.

-Me llamo Carlos Godoy; soy de Chillán; allá hice mi servicio militar y saqué mi libreta con las mejores notas. Me vine a Santiago para entrar en el Escuadrón de Carabineros que hay en Las Acacias, por ahí por Macul, resultan que exigen 20 años cumplidos y yo sólo tengo recién 19; hay que esperar, mientras tanto me conseguí esta ocupación. No pude encontrar trabajo de zapatero; esa era mi profesión antes de entrar al Ejército. Si alguno de ustedes tiene que mandar a componer un par de zapatos, acuérdense de mí, yo les pido bien barato y pongo material de primera.

-Conmigo va a hacer negocio- dijo el 16.- Acuérdame a lo que venga mi señora a dejarme el almuerzo.

Cuando Godoy salió de la sala, el 11 casi gritó:

-¿Se fijaron? Otro hombre en marcha. Ese no sólo va a alcanzar una situación, sino que va a ser hombre de plata. ¿Se fijaron lo buscavida que resultó?

Sacó su libreta y apuntó el hecho.

Cerca de la una llegó, como de costumbre, la señora del 16; mientras éste se servía, ella repartió un durazno a cada enfermo. Cuando estaba cerca del 21 le dijo:

-¿Y cómo encuentra a mi marido?

-A la vista se demuestra que está mejor. Ya ve usted que no se queja, los dolores han desaparecido.

-Pero no dicen nada de cuando puede irse. Yo no puedo soportar esta situación. Me estoy matando: fíjese usted, saliendo de la oficina a las doce, vuelvo a mi casa; de allá sin probar bocado por falta de tiempo, salgo con los paquetes del almuerzo para él, y de aquí, irme apurada a la Oficina, entro a las dos. Me estoy matando.

Se fue donde su marido, preparó los paquetes y salió presurosa taconeando.

Momentos después la monocorde voz del 16 habló:

-¡Chitas que hemos dormido desde ayer tarde!

-No se equivoque, compañero. Es usted el que ha dormido todo este tiempo con la nariz destapada.

-¿Por qué me dice con la nariz destapada?

-Porque usted tuvo la sabia precaución de no arropársela, que si no habría quedado con los pies al aire.

-Tengo encargo de pitadorcitos.

-¿Si, compañero? ¿Para la Fábrica de Papeles y Cartones?

-¡Córtela, 11! ¡Mire que tengo mal genio!

-¡Cuanto lo siento compañero! Mal genio, reumatismo y su nariz que ronca como un regimiento. ¡Es para sentirse desgraciado!

-¡Ah! Ya las paré, usted está enojado porque ronco.

-Tiene buena medianaranja, 16. Dese con una piedra en el pecho: mire que encontrar una buena compañera es más difícil que pescarle el poto a un ánima.

-Sí, abuelo. Es muy buena mi señora y trabajadora como pocas; es vestonera; está empleada en una sastrería del centro; sale a las doce y entra a las dos y hace tiempo para traerme el almuerzo.

Valdebenito pensaba: ¡Vanidad humana! ¿Por qué no decir que es vestonera, cuando es es tan honrado como ser oficinista?

En una charla liviana, sin tema de dimes y diretes, pasó la tarde; se rieron, el aburrimiento no los hizo bostezar. Esa noche Urrutia contó su segunda historia.

-"De esto no hace muchos años y a pesar de lo viejo que estaba, tenía yo una tiemple; a nadie, habiendo salud y alma en el cuerpo, le falta "su peor, es na". Para San Ramón me regaló unos metros de franela blanca, frizuda por un lado, riquísima por lo calentadora, para hacerse calzoncillos y cotonas. Como a la semana, completamente

despejada la cabeza, me puse a indagar donde habría una señora que cosiera y cortase ropa blanca. Me recomendaron una y me dieron la dirección; como costurera me decían que era la número uno; vivía a la entrada una cité. Llevé el género y le dije que necesitaba unos calzoncillos largos, con fundillos grandes porque no me gustan que me aprieten al sentarme. La señora era bien baquiana; ella me explicó lo que yo quería, le hablé de la cotona y ya de más confianza, entramos al precio; ahí estuvimos un rato en el tira y afloja, ella a la larga y yo a la corta, hasta que nos pusimos de acuerdo. Me estaba midiendo la cintura cuando le dije:

-¿Y este gato tan grande, señora, que parece chancho, como ha conseguido que crezca tanto?

-¡Ah!- me dijo la veterana-. Si es mi regalón, me quiere más que si fuese hijo; donde yo voy, ahí va él detrás de mí. Es tan habiloso este animalito que me contesta si yo le hablo; me dice mamá.

-¡Eso sí que no, señora! Tendría que verlo para creerlo -le dije-.

Entonces la vieja toda zalamera y haciendo arrumacos, empezó:

-Samuelito, Samuelito, ¿Dónde está el regalón de su mamá? ¿El tesoro de esta vieja que lo quiere tanto? ¿Dónde está Samuelito, mi gatito que no contesta?

La veterana llegaba a estar empalagosa de azucarada y el Samuelito no daba señales de hacerle caso. Entonces la señora, llevándose el pañuelo a los ojos, dijo, haciéndose la que lloraba:

-Hip... hip... hip... mi Samuelito me ha olvidado, ya no se acuerda de su madre. Hip... hip...-

Y el gato, saliendo de debajo de la mesa, maulló:

-Maumau... Maumau... Maumau.

¡¡Era para pasmarse oir hablar un gato!!

-Este animalito -continuó la señora costurera- es como un cristiano, me quiere tanto que es celoso. Si usted me mira mucho y se acerca a mí, se enoja.

¿Quién iba a mirar a esa mujer que llegaba a ser amarga de fea? Vieja, arrugá como pasa, negra como pabilo quemado y con una boquita sin dientes que parecía portón de posá.

¡Si no se les quita nunca lo lesas!

La señora tenía ganas de platicar, dei continuó la conversa:

-Tenía otro gato, era más grande que éste, lo llamaba Bombom, era romano, un gato tan hermoso, tan bonito que me lo envidiaba todo el mundo. Tenía que cuidarlo mucho, porque en ese tiempo arrendaba adentro, en la cité; unos diablos de estucadores atrevidos y desvergonzados, que todas las veces que pasaban por mi puerta decían:

-Pronto comeremos Bombom con arroz, o Bombon en adobo.

Me tenían esos pícaros con el alma en un pelo, cuidando todo el tiempo para que no robasen mi animalito.

Aquí cerca, como a media cuadra , vivía una señora rica, solterona, aficionada a los gatos más que yo. Después de mediodía, salía con una niña que la acompañaba a pasear y tomar el sol, cuando lo veía en la puerta a mi gato, no se movía haciéndole cariño y regaloneándolo. Le tomó tanta afición que llegó a decirme que le pusiera precio, que ella lo pagaba. Yo, ni por todos los tesoros del mundo vendía a mi regalón; primero dejaba que me sacasen un ojo de la cara, antes de vender mi gato. La vieja acariciaba a Bombom, le decía que era tan lindo, que era tan gordo, tan grande, con el pelito tan fino, ¡en fin!, no dejaba elogio que no le hiciese y volvía a la carga con su afán de comprarme el animalito. Yo me ponía furiosa y la rica se iba enojada y la historia se repetía todas las veces que había sol.

Bombom hacía sus necesidades en un cajón con arena

que le tenía con ese fin. Un día quizás qué le dio, se fue a ensuciar dentro del canasto de las costuras; me dejó imposibles de sucias unas camisas que estaba hilvanando. Tuve que hacerlas lavar por mi cuenta. Cuando vi el perjuicio que me había causado, tomé una escoba para castigarlo. ¿Va a creer, señor? Apenas me vio con el palo en la mano se engrifó, arqueando el lomo, paró la cola y empezó a maullar tan feo que me asustó y me entró una de tiritones que no me sujetaba, me hubiera arrancado al tiro si hubiese podido; sentía una debilidad en las piernas que se me doblaban; tuve que sujetarme en la mesa que corto, y de ahí empecé a decirle:

-No te enojes, Bombom. Si no te voy a hacer nada - y ese brutito parece que había entendido, se fue a echar a su cama. Desde entonces le tomé recelo y me puse a pensar cómo deshacerme de él.

Después de un tiempo, noté que Bombom se había cebado. Toda las veces que yo tomaba la escoba para barrer, engrifaba el lomo, arqueándolo, paraba la cola y maullaba tan feo que no me quedaba más remedio que santiguarme. La casa estaba sucia, basuras por todas partes, no me podía acostumbrar a ese desorden, le perdí el cariño al gato que todo el tiempo me tenía asustada. ¡Si ya no era vida la mía!. Hasta que pensando y pensando vine a dar con la solución. Un día pasé frente a la casa de la vieja ricachona, vi la mampara junta. Corrí a la casa y traje en brazos a Bombom, abrí un poco la mampara y empujé al gato para adentro, cerré la mampara y corrí para mi casa.

Al otro día en la tarde pasa frente a mi puerta la solterona rica, iba muy encapotada. Con su voz gangosa me dijo:

-Buenas tardes, señora, ¿y el romanito?

-¡Ay! -le dije-; no he dormido en toda la noche. Desde ayer tarde que no aparece por ninguna parte el pobrecito.

-¿No ve, señora? Por no vendérmelo. Algún roto malo y hambreado se lo ha robado. Consuélese, señora, que así el pobrecito no pasará penurias.

Y la vieja beata, la sucia, conciencia de reptil, se fue muy oronda y tranquila, teniendo escondido mi gato en su casa. ¡Cuanto había sufrido yo si lo hubiese ignorado! ¡Si los ricos no tienen alma para engañar al pobre!

-¿Y por qué no lo vendió el gato en lugar de ir a dejárselo de contrabando?

-¡Vender mi gato! ¿Como se le ocurre señor? ¿Qué habría pensado esa vieja del cariño que le tenía a mi regalón? No, señor, imposible venderlo, imposible.

-Señora -le dije-, no tenga estos animales, son del diablo y un día la pueden ahorcar. Si usted de noche, a oscuras, le pasa la mano seca por el lomo, verá salir fuego. Son cosas del demonio, señora. Deshágase de ese animal. Hágame el favor de no olvidarse, quiero los calzoncillos bien fundillúos, que tengo las posaderas carnúas -y me despedí- Hastas otro día, señora.

No quería ser causante de que el gato se pusiese celoso.

Terminada la historia de Urrutia, el 16, Fábrica de Papeles y Cartones, a pedido de él mismo, empezó una historia.

Momentos después, los oyentes sentían los efectos de su voz y dormían.

Al otro día, después del desayuno, la señora Angela, la enfermera general, vino a prevenir al 20, al viejito Urrutia, para que se arreglase: en la mañana vendrían del Hospicio a buscarlo.

-¿Qué voy a preparar? -dijo Urrutia-. Mis tiras son ahora que el desinfectorio las lavó, más tiras que antes. Si me quitan la camisa del Hospital, me tendré que ir en cueros.

-Godoy, saqué la ropa del 20.

El nuevo mozo extrajo del cajón corredizo, un paletó de a cuadros chicos, blanco y negro, usado en veraneos por los elegantes de hace treinta años; un par de pantalones de montar con posaderas y entrepiernas de gamuza, tenía parches de diferentes clases y colores; el conjunto era un mosaico, digno del tablero de damas que era su paletó. Además sacó un par de calamorros sucios de barro y casi desarmados. Eso era todo, no había más que sacar.

-¡Pobre abuelo! ¡Si no tiene camisa que ponerse! Voy a buscarle una y ver modo de conseguirle un par de calcetines para que no se le hielen las canillas.

Como a las doce vino la Asistencia; trajeron una silla bajita, con ruedas enllantadas en goma y armazón niquelada. En ella sentaron al 20, que vestido hacía la más estrambótica figura. Su cara con barba blanca, como un San Jerónimo, camisa oscura de cuello pegado, el paletó a cuadros, el inverosímil pantalón, unas medias de futbolista y los calamorros embarrados, a punto de desarmarse; y él miraba despidiéndose, moviendo su mano viva y sonriendo con resignada amargura.

Colgando como un pingajo, que no se rebela contra la atracción de la tierra, iba enfundado en la carnavalesca manga, el brazo muerto; el resto de su cuerpo enfermo no se veía, lo tapaba una frazada.

El 16, insensible a la ida del 20 se aprontaba a reclamar ante todo el mundo. El salicilato disuelto en leche le hacía mal al estómago; debían darle Salipirina y no lo hacían porque decían no tener.

En la tarde llegó un enfermo nuevo; venía en el carro seguido de una señora. No pudo pasarse por sus medios del carro a la cama, lo hizo con ayuda de los mozos. El paciente se quejaba en alta voz: "¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!..." y la lamentación era tan graciosa que dejaba la impresión que era en broma y todos se contagiaban de risa.

A la hora de comida, el número 15 hizo comprender,

articulando trabajosamente las palabras, que no podía mover los brazos, era necesario darle la comida en la boca.

La madre fue la que entendió su mímica; ordenó a Godoy atenderlo y revisarlo porque se sentía mal olor.

El resultado fue lamentable; el que más protestaba era el 16. Decía:

-Con el portecito de mi nariz tengo que reclamar por tres para estar a la par.

A cada movimiento que hacían con el enfermo, éste se quejaba a todo pulmón y provocaba risas a carcajadas. Los mozos, menos compasivos, eran los que más se reían.

-¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Qué gente más inhumana, mientras más me hacen sufrir y me quejo, más se ríen!

Parecía una sala de locos. Un hombre sufre y se queja llorando; todos los demás ríen hasta saltárseles las lágrimas, mientras aprietan a sus narices un pañuelo.

Levantado el atril y apoyado sobre los almohadones, quedó el 15, tranquilo, sin ningún dolor. Era un hombre semicalvo que representaba tener unos 60 años, roja y gorda la cara, apoplético, escaso de pescuezo, sus ojos verdosos miraban con encono en todas direcciones. El 11 habló:

-Compañero 15, nadie ha querido hacer burla, ni reírse de sus dolencias, lo que pasa es que usted se queja de una manera tan cómica que no podemos contenernos y nos reímos, por más voluntad que gastemos en no hacerlo.

-Casa igual... yo prefiero hospital... allá... aquí... reír por dolores míos.

En esos momentos entró a la sala una joven. Anda en busca de un enfermo, lo habían traído esa mañana de la Asistencia. El 15 al verla gritó:

-Encantadora mademoisselle. Pase usted a ver a José Goujou.

Miró, curiosa, la niña y se retiró sin encontrar su pariente, ni contestar una palabra.

-¡Caramba, 15! A la vista de la joven se le quitaron las dolencias.

-¡Oh! monsieur. Una... hermosa es como una flor. Verla ya es delicioso.

-El calor que se gasta a sus años admirando a las muchachas. ¿Cómo sería usted cuando joven?

-¡Oh!, monsieur. A la edad que tengo... y enfermo, sólo queda el placer de mirar.

Valdebenito observa asombrado que ahora el 15 no tiene ninguna dificultad para expresarse. No había duda que antes estaba fingiendo.

-¡Oh! mensieurs. No saben ustedes cuánto sufro por esto; desde que me dio el ataque, nadie de mi familia ha querido atender mi pedido. Mis ruegos humillantes los dejan indiferentes; solicito en vano, y yo sé que si accediesen, sanaría, así me ha pasado en otras ocasiones. No quiero maldecirlos porque son mis hijos; prefiero sufrir, desesperarme de deseos.

La entonación de su voz entristecía. El 21, haciéndose intérprete del sentir general, habló:

-Si no es impertinencia, díganos que es lo que usted pide y no quieren darle; a lo mejor nosotros podemos ser útiles.

-¡Oh! monsieur, si usted consiguiese lo que deseo, no tendría como agradecérselo, me daría más que la vida. Yo sería el hombre más feliz de la tierra.

-No floree tanto, musiú, y díganos que es lo que quiere - dijo el 16.

-Mon ami, mi apurón Cyrano de Bergerac; lo que yo deseo es una botella de vino tinto, bon vino.

Después que se acallaron las carcajadas; el 16 se quejó:

-No me puedo quedar con lo que me dijo este gringo. Me trató de no sé qué cosa. Ya estoy por largarle un garabato. Para colmo con la rabia me han empezado a

doler las manos y los pies. ¡Si es mucha la mala suerte de uno!

-Está equivocado, 16. El 15 lo ha comparado a Cyrano de Bergerac, un personaje que tiene tanta nariz como valor, y de éste su caudal era inagotable.

-Valor voy a necesitar yo ahora, para los dolorcitos que me están viniendo.

Rato más tarde, entre los quejidos del 16, el 15 contaba, requerido por el 11:

-Yo soy chileno, pero de padres franceses; nací en La Serena. Fui niño muy inteligente, la admiración de mis padres y conocidos. Cuentan que siendo un infante de cuatro meses, mi padre quería que yo dijese papá y mi madre que dijese mamá; los dos deseaban ser primero nombrados y ahí se llevaban los dos enseñándome a decir mamá o papá, según cual fuese el profesor. Para no descontentarlos, yo que era una guagüita inteligente, la primera palabra que dije fue: mapa, la mitad para cada uno.

Los gritos del cobarde 16, implorando clemencia a la Virgen y a toda la Corte Celestial, impidieron que el 15 continuase su historia. Vino La Guardia, le recetaron una inyección y al rato después, ya calmado los dolores, se puso a conversar, explicando cómo los sentía. Minutos más tarde todos roncaban.

Esa mañana el doctor Mariano pasó, por causa del 15, un gran enojo, incluso reclamó a la puerta. No era posible que se estuviesen enviando enfermos que no correspondían a la sala; los médicos de la puerta no debían ser tan chambones.

Al 15 lo vinieron a ver varios miembros de su familia, y por la manera de tratarlo, demostraba que era hombre acostumbrado a la broma. La señora le decía que debía aprovechar su situación y confesarse, mientras, bondadosa, le hacía fumarse un cigarro colocado al final de una larga

boquilla, que iba acercando o alejando de la boca, según la necesidad. Después, a la hora del almuerzo, le dio cucharada a cucharada la sopa y un plato de lentejas que le trajeron. A los pedidos de "bon vino" le contestaban riendo que esa tarde lo vendría a ver un amigo, quien podría traérselo.

Como a la una llegó la señora del 16, y cuando supo que su marido había estado mal, creyó conveniente ir de cama en cama, lamentándose de sus sacrificios. Tenía que abandonar la oficina a las doce, correr a su casa, y volver al hospital y de aquí partir nuevamente corriendo a la oficina. El 15 la atendió compadeciéndola.

-Belle madame -le decía-; usted se agita por traerle bon manjar a su marido y en sus manos está sanarlo y evitarse ese trajín que la perjudica.

Contestando a su muda interrogación prosiguió:

-Traiga usted una botella de bon vino y yo le arreglo una toma que lo deja sanito y amoroso.

Ruborizada la señora, se prometió, tal vez, dar a su marido el afrodisiaco remedio que preparaba el 15.

Alrededor de las tres entró un fraile alto y delgado, todo enfundado de negro.

-Buenas tardes, enfermitos. Que Dios os restablezca la salud corporal, que la del alma está en vuestra voluntad recuperarla.

Introdujo una mano en su sotana, extrajo un papel blanco y leyó:

"Cama número 15, señor Goujou". Se dirigió a la cama 15.

-A usted vengo a ver, mi amigo. San Judas Tadeo me envía quiere que se ponga usted bien con Dios.

-¿Para que se fue a molestar, padre, si no pienso confesarme?

-¿Cómo es posible que diga esas cosas? San Judas

quiere que usted se confiese y me ha mandado a mí, me ha hecho caminar desde mi parroquia aquí, más de cincuenta cuadras. Este viaje no se puede perder, piense que mañana o pasado le vuelve el ataque y se puede morir.

-Padre, no pierda su tiempo, yo no necesito sus servicios. Quizás si el 16 quiera confesarse; anoche llamaba a todos los santos en su auxilio, hasta que Santa Inyección le quitó el dolor. Confiéselo, padre, esta mañana decía que los pelos de la barba del diablo eran de asbesto, que por eso no se le quemaban en el infierno.

-Hombre, yo he cumplido con mi deber, he prometido venir a verlo y tratar de conseguir la reconciliación de su alma con Dios. Si ahora usted no quiere atender a mi palabra, volveré otro día, cuando el tiempo me lo permita y si Nuestro Señor le conserva aún la vida.

Salió el padre secándose la transpiración y deseando nuevamente mejoría.

Esa tarde, después de rezar, la madre se dirigió al 15.

-Su señora, enfermito, me ha pedido que le proponga que se confiese. Quebrantada la salud es el momento preciso de ponernos bien con Dios; la salud del alma nos puede permitr recuperar la salud del cuerpo.

-Muchas gracias, madre, pero quisiera esperar algunos días más.

-No; le puede venir un ataque y morirse. Su señora ¿qué dirá si después de muerto no lo encuentra allá?

-¡No importa, madre! Con el gusto de verlos a todos se va a olvidar de mí. Tengo que pensarlo, madre. Tengo que arreglar algunas cosas. El Señor es misericordioso y me dará plazo.

-¿Usted ponerle plazo al Señor? Hay que hacerlo pronto. Yo no puedo quedar tranquila. Yo quiero que al llegar allá me encuentre con todos mis enfermitos.

-Madre, esta noche lo voy a pensar y mañana decido.

Apenas la madre se fue, rezongó enojado:

-¡Mon Dieu! qué mujer es la mía, ni le bastan los frailes del hospital, envía a la madre y al cura de San Judas Tadeo. No me van a dejar en paz; creo que mejor será irse a San Vicente, allá tengo doctores amigos y con ellos conseguiré que me dejen tranquilo.

Algunas trivialidades entretuvieron el tiempo. El 15 insistía en conversar sobre sus apuros espirituales.

-¿Han visto ustedes, la tardecita que me he llevado? ¡Mon Dieu! Si las plagas de Egipto tienen que haber sido ocho. Vean ustedes: tengo un hermano que es miembro de la Compañía de San Ignacio de Loyola; una hermana que es monja profesa, de claustro de Las Agustinas; otra en las monjas de María Auxiliadora, un cuñado en Santo Domingo y dos sobrinos en el Seminario, y para completar el beaterío entre mi mujer y mis hijas me hacen la vida insoportable. Yo soy el hereje, el bandido, los siete pecados capitales ¡y qué sé yo cuántas cosas abominables! Rodeado de tanta religión, apenas me vieron enfermo, se dejaron todos caer sobre mí. He pasado más molestias por sus exigencias que por el ataque. Me vine al hospital para alejarme y está saliendo peor. No hay más que mañana pido mi traslado a San Vicente.

El 16 intervino narrando la historia de una tía que se hizo monja, porque había visto al diablo y quería salvar su alma.

Al 15 le parecieron admirablemente sabios los medios que Dios pone en práctica para llamar a sí a sus siervos; decía: en realidad una mujer que le ve el rabo al diablo- que era el caso narrado- y que por esto decide salvarse, es un caso de extraña sensatez; juega sobre seguro, su criterio es digno de consideración; el traspiés al dejar visible su rabo es de esperar que al diablo le haya servido de lección. Su descuido es lamentable.

Replicó el 16 y pronto la soporífera voz hizo su efecto.

Los médicos llegaron temprano; era evidente el deseo de desocuparse pronto. El 15 expuso sus deseos de irse al San Vicente; conocía allá a varios doctores. Los trámites se efectuaron tan rápidamente que antes de las diez el carro de la Asistencia venía en su busca.

Luego de una serie de ayes quedó instalado en la camilla móvil, y ya sin dolor, accionando con ambas manos decía:

-Au revoir mensieurs, me voy contento sólo de pensar en la cara asustada de mi mujer cuando se encuentre que el pájaro ha volado.

A las once, hora de almuerzo, llegó la señora del 15, venía a cumplir su deber, a darle la comida con sus propias manos. La buena señora, al no encontrarlo, se lamentaba en voz alta:

-¡Qué hombre tan malo! Está postrado en cama y hace lo que quiere y todo por no confesarse. ¿Qué pecado tan grande habrá cometido este infeliz que no se atreve a comunicárselo al confesor? Ayer le mandé un santo sacerdote y sólo supo contestarle chacotas. ¡Si este hombre llega a ser el hediondo a azufre de malo!

Como a la una llegó la señora del 16. Dio un colectivo "buenas tardes" y deshizo con ayuda de su marido los paquetes, extrayendo por último una botella de vino; sólo entonces preguntó por el 15. Al saber su partida, la consternación fue grande, pero ¡a grandes males grandes remedios! Abrió la botella y se sirvió, dejando al 16 más de la mitad. Se quejó éste de que no le diesen salikerina, que el salicilato ya no lo soportaba y que como no había del primer remedio, ahora le habían dejado una inyección, tan dolorosa, que no había quién la resistiese sin quejarse, que sólo de pensar en los dolores que iba a sufrir, se le ponía la piel engranujada, como de gallina.

-No se deje poner esa inyección, mi hijito -el vino

hacía su efecto- Averigüe bien el nombre y yo le compraré el remedio.

Se dieron un abrazo, y la señora salió saludando con una de sus manos; en la otra iba el paquete de tiestos vacíos.

El 16 repartió más tarde a sus únicos compañeros de sala, 11 y 21, una pequeña ración de vino; estándoles prohibido, ninguno rehusó.

A la hora de entrada libre, el hermano del 11 fue el único visitante. Siempre atento, al despedirse se acercó al 21 y al 16, y tendiéndoles la mano les deseó Feliz Año Nuevo.

Don Omar trajo la inyección lista para colocársela al 16. Este no la aceptó; prefería irse a su casa antes que dejársela colocar.

-Muy bien, usted sabrá. Creo que es mi obligación advertirle que si no cumple lo que ordenan los médicos, le dan el alta.

-Claro, ellos ordenan y uno es el que sufre. ¿Por qué no me dan salikerina? El Seguro paga por mí y el hospital tiene que darme los remedios necesarios. Para cobrar están listos, pero para gastar en medicamentos, ¡las huifas!

-Cállese, 16. Yo no tengo por qué soportar sus palabras. Déle sus quejas al doctor.

Arrugado el ceño, conteniendo su ira, salió don Omar.

Esa noche entraba el Año Nuevo. El ambiente de la sala parecía que absorbía los sonidos; las palabras apagadas, opacas, no resonaban, costaba oírlas y entenderlas; los cerebros escuchaban voces antiguas, alegrías que se fueron...

Apagadas las luces, el 21 resonó viril:

-Compañeros, no nos dejemos subyugar por los sentimientos; no es posible que tres hombres callen taciturnos. Un convencionalismo que sólo fortuitas cir-

cunstancias han fijado su celebración en este día, nos tiene embargados de tristezas. Que entre un año nuevo y estamos enfermos y en un hospital, ¿qué más da compañeros? Nuestra desgracia es relativa; ninguno de nosotros está grave; todos vamos en vía de mejorar. Sanemos, pongamos nuestra voluntad al servicio de este propósito y olvidemos fechas de tan poca importancia como la que se refiere al cambio de numeración cronológica del año.

-Conforme 21, por lo que se refiere a nosotros, un esfuerzo de voluntad puede consolarnos; pero yo compañero, tengo dos hijas a quienes no se les hace este razonamiento y están habituadas a compartir sus alegrías conmigo, porque a nadie más tienen en el mundo. Dese cuente. En este momento están sintiendo el reventar de los petardos, el bullir de la gente, que entusiasmada pasea; más tarde la expectación del sonido de los pitos y sirenas. ¿Quién puede consolarlas cuando estarán invadidas por los recuerdos y como no van encontrar eco en mi corazón sus penas de este instante?

-¿Y su hermano?

-En estos casos el padre no se puede reemplazar.

-Debe tener razón, 11. Somos como las placas fotográficas, un débil rayito de luz las imprime dejando huella indeleble. No siendo nosotros los afectados, discutimos, desmenuzamos los hechos con pasmosa serenidad; las emociones nos parecen controlables y su importancia nimia. Yo, al dirigirme a ustedes, lo único que buscaba era conversación, algo como entretener el tiempo y espantar los recuerdos y la tristeza que llegan en el silencio. Estoy dispuesto a esperar las doce y levantarme unos diez minutos antes; no quiero que el año que empieza me encuentre acostado. Mi madre era una mujer muy católica y enormemente supersticiosa; por eso, durante toda mi vida, a las doce de la noche de Año Nuevo estoy en pie; ella me impuso esta costumbre.

-Por los campos se le da poca importancia a esta fiesta.

A mi no me apena; sin embargo, me gustaría estar despierto hasta las doce. A esa hora, si es cierto que el 21 va a levantarse, hacemos un salud ¡Aún nos queda vino, ciudadanos!

Continuó hablando el 16; contó una historia truculenta de bueyes y del diablo, porque el 31 de diciembre es el día de él y lo anda celebrando.

El decidido propósito de no dormirse logró tenerlos despiertos.

Manuelito, el nochero, se encargó de avisarle a Valdebenito cuando faltase un cuarto para las doce.

Se vistió, encendió la luz de la sala, se asomó al hall para verificar la hora. Faltaban aún cinco minutos; le llevó un pequeño vasito de vino al 11 y se sirvió otro él, mientras el 16 se empinaba la botella tomándose el resto. Sonaron las sirenas, los pitos de las fábricas, retumbó el cañonazo. ¡Era Año Nuevo! Un apretón de manos a sus dos compañeros y salió al hall. Una luz en el fondo del pasillo; en la cercanía, silencio, soledad, tinieblas, lejana algazara de la ciudad que estaba de fiesta... una congoja se anudó en su garganta, se sintió tan solo y abandonado que nuevamente, por un instante, supo lo que era desesperación. Paseó un momento, cabeza gacha, abrumado. Entro a acostarse; el 11, se tapaba la cara con un pañuelo; y el 16, negreando las ventanillas de sus enormes narices, roncaba de espaldas. Apagó la luz.

La monja, esa mañana, rezó un poco más, pidiendo a Dios salud y bienestar para el año que se iniciaba.

Esa mañana no hubo novedad. Los facultativos no vinieron.

A la hora de entrada, los primeros en llegar fueron las hijitas y el hermano del 11.

Entró la camarada Rosa, caminó en silencio sin mirar a Valdebenito. Junto a él, encendida de rubor, simuló un abrazo y dijo con voz apagada:

-Feliz año, Manuel.

-Feliz año, Rosita.

-¿Cómo pasó anoche? ¿Muy apenado?

-No, un compañero me dio un vasito de vino y estuve en pie hasta las doce un cuarto. ¿Y usted, cómo lo pasó?

-Yo fui al Tropezón; por allá vive mi hermano el carabinero, en la calle Las Heras. A la vueltecita mataron a Mesa Bell; esperamos las doce tomando cola de mono, comiendo pasteles y tocando la vitrola. Felizmente estábamos los de casa; poco antes de medianoche se apagó la lámpara de carburo y quedamos a oscuras; no podíamos encontrar los fósforos, ni la vela, así nos pilló el Año Nuevo. Nos ha apenado mucho esto. Mi cuñada le puso carburo a la lámpara como a las diez y la luz dura hasta ocho horas seguido. Estos son malos agüeros, Valdebenito.

-No sea supersticiosa, Rosita; con seguridad que la carga ha sido poca o el carburo se desvaneció.

-No, Manuel, ya hace tiempo que me estoy sintiendo desgraciada y ahora el Año Nuevo en tinieblas. ¡Es mucha mi mala suerte!

-Todos tenemos algo de qué sufrir; no se queje, su carga parece grande, pero no lo es.

-Se equivoca, me pasa algo muy raro, me desconozco yo misma; fíjese que hasta el biógrafo, que antes me gustaba tanto, ahora me aburre; me siento muy poca cosa, comprendo que no valgo nada y esto me apena.

Valdebenito le tomó una mano y acariciándola trató de cambiar de conversación.

-No se entristezca y dígame: ¿ha sabido de la señora Eduvigis? A mí quedó de escribirme aquí al hospital y no he recibido ninguna carta.

-Yo pasé anoche a la casa; allá sólo estaba la veterana del fondo; esa que es lavandera me dijo que no sabía ni una palabra, que por este sábado le había dicho que volvía.

-Me parece que la señora Eduvigis acobardó muy luego; a la primera dificultad que tuvo Morales se buscó acomodo para irse.

-No, Manuel, ha procedido muy bien. Si estos perros cuando han apaleado a un hombre se ceban en él en cualquiera reunión, aunque ellos no hagan nada, es a los primeritos que pescan y vamos dándole garrotazos y en la Sección lo martirizan, casi lo matan. El maestro Morales está muy viejo para andar en esas aventuras.

-Y la demás gente, ¿qué será de ella?

-Con la ida de la señora Eduvigis se desbandaron.

Eran más de las tres y recién venía llegando la señora del 16; éste estaba pálido, trémulo; cierto que era la primera vez que ella se atrasaba y era muy lamentable por ser Año Nuevo.

-¿Por qué llegaste tan tarde?

-Dame un abrazo y deséame felicidad primero.

Se dieron un abrazo largo; la nariz del 16 descansó sobre el hombro de su mujer.

-Llegaron de Limache las hermanas de tu cuñado. Nos acostamos como a las tres de la mañana. A las once estábamos desayunando, después fueron al centro y yo quedé de dueña de casa; he echado el quilo preparando el almuerzo.

Explicado el atraso, el 16 habló:

-Mañana me van a dar de alta; no quise, como quedamos convenido, colocarme la inyección. Bien clarito se lo dije al practicante: yo no estoy de limosna, el Seguro paga con mi plata; me tienen que dar los remedios que receten, si no hay, cómprenlos, ¡para eso cobran! ¡Miren que caballeros, por no gastar le colocan cualquiera inyección y listo!

Valdebenito, conversando con su amiga, y el 11, feliz con sus hijas, no prestaron atención a lo que el 16 decía a

su mujer; de otro modo no hubieran tolerado la injusta crítica.

Entró a la sala un hombre. En la inseguridad para caminar se conocía que estaba casi borracho.

-¡Mes! -dijo-; nu es na está la sala onde yo voy - después, mirando asombrado hacia la mujer del 16, prosiguió:

-¡Carmelita! ¿Usted por aquí? Démonos un abrazo bien apretado, que estamos en Año Nuevo. ¡Tantísimo tiempo sin verla!

-Y sin más preámbulo le dio un abrazo levantándola en peso.

Roja de vergüenza, la señora balbuceó:

-Carlos, le presento a mi marido.

-Gusto en conocerlo, caballero. ¡Miren como se casó la Carmelita y no convidó a nadie.

Conversó otro momento el confianzudo señor, y se despidió para seguir buscando al enfermo que venía a visitar.

A borbotones salieron las palabras del 16:

-¿Quién es ese ?... ¿Quién es ese?

-Un amigo que me conocer desde niñita, casi nos criamos juntos.

-¿Y por qué te abrazó?

-¿Que no oíste, hombre? Por ser Año Nuevo.

-Te levantó en peso, así no se abraza.

-¡Pero, hombre! ¿No te diste cuenta que andaba medio curado? Lo que falta es que te pongas celoso.

Calló el 16, pálido, le temblaban los labios.

Se fue la señora con una "hasta mañana" y en la sala ya no hubo visitantes.

Después de comida pasó don Omar; toma la temperatura. Antes de irse dijo:

-Les apuesto a que mañana a esta hora está llena la sala.

-Este don Omar es un tipo curioso -dijo el 11-. Serio, alto, deportista, a lo lejos afloran en él resabios de campesino; no se rebaja a hablar con nosotros; a veces nos tutea y siempre nos pone a distancia desinfectante. Creo que sabe menos que don Aliro; cinco años despresa cadáveres; es una práctica formidable. Me he fijado que nunca da una explicación si se la solicita; sólo acepta conversar de fútbol. A este hombre no lo detiene nadie. Ya tiene conciencia de su propia importancia, y no olvidemos que va surgiendo de la raza que dicen degenerada e inservible.

-Me he fijado, 11, que usted siempre observa buscando casos de hombres del pueblo que surgen. ¿Va a escribir algún libro sobre esto?

-No, 16. Si fuese capaz lo haría; el material me sobra. Hay un libro que se ha esparcido por América Latina: los que quieren conocer al chileno criollo, acuden a él en busca de informaciones sobre la idiosincrasia de nuestros connacionales. El libro se llama **El Roto**, nombre genérico con que se nos designa a todos, y el protagonista del libro es un vulgar cafiche, un roto, cierto, pero de los de peor categoría, un roto que no tiene ni siquiera alguna de las cualidades que se encuentran entre los más criminales. Debió llamarse **Un Roto**, y esa era la verdad. No pretendo, con mi observación, restarle méritos a la obra; al contrario, yo lector corriente y vulgar se los reconozco.

Después de rezar, la monja preguntó por Manuelito; no lo había visto hacerse cargo de su turno. Los enfermos no sabían de él. Un momento después, urgida, pues tenía que irse a la iglesia, llamó en alta voz:

-Manuel, Manuel.

-Ya voy, madre.

-¡Ah! Había llegado.

Otro momento de espera.

-Manuel, Manuel. ¿Dónde está que no viene? Apúrese, muchacho.

-Si me apuro, madre; pero, ¡me duele tanto el estómago!

Manuelito entró restregándose las manos sonriéndose.

-Buenas tardes, caballeros.

Contestado el saludo, el 16 preguntó:

-¿Está enfermo, Manuelito?

-No, señor. Es que todo el día le he puesto cola de mono y si me acerco a la monja, por el olor me pilla. ¡Si es muy viva!, se me hace la lesita, pero a mí, ¡naranjas que me las va a ganar!

Y el nochero, con los ojos medio dormidos, siguió restregándose las manos, sonriente, satisfecho de su pillería.

-Don Aliro nos anunció un torrente de enfermos, ¡y nada todavía!

-No se apure 11, que ya llegarán y ojalá sea mañana; estoy con un sueño que me caigo.

Antes que repartieran el agua, entraron con el carro camilla. El practicante nocturno y el mozo acondicionaron al paciente en la cama 18. Subieron el atril, dejándolo sentado entre dos almohadones.

-¿Que tal te sientes, gallo?

-Estoy bien, Manuelito. Me hicieron una sangría en la Asistencia, pa mi que son cobardes, fue poca la sangre que me sacaron, tuavía me ahogo. ¿No ve?, ya estoy acezando. ¡Es el colmo! Si conversa dos palabras uno queda cansado como un perro. Oiga, Manuelito, no se vaya. ¿Hay algún conocido entre los enfermos?

-Yo creo que no, pronto empezarán a llegar.

En el hall pasaba algo raro por la hora; se sentían varias voces femeninas.

Nuevamente el carro. De entre las alburas de las sábanas surgía, semicalva, la cabeza de un negro de ascendencia africana. El que lo traía habló:

-Al 17, y ahí viene una orden para una sangría de 400 gramos.

-Ya estás aquí otra vez, negro. Lueguito te voy a extraer sangre.

-Apúrese, Manuelito, que me ahogo.

En ese momento entró a la sala un interno; lo acompañaban dos niñas vestidas de luto. Aparatoso, conversa explicándolo todo y luciendo su ciencia avasalladora ante las dos ingenuas y gráciles cabecitas femeninas, que tamaños los ojos lo contemplan admiradas:

-¿Qué pasa?

-Es un enfermo que llega y hay que hacerle una sangría.

-Conforme, yo se la haré. Prepárelo.

No había que desperdiciar la ocasión; se luciría ante sus dos admiradoras.

Aprovechando el tiempo, Manuelito se afana, y el interno, magnífico en su papel de jefe, habla con una facundia propia de un charlatán.

-Ya está listo, señor.

Se acercó a la cama 17, se arremangó las mangas más arriba de los codos. El negro tenía el brazo izquierdo estirado sobre un diario, bajo éste una sábana chica para no manchar la cama, y en el suelo una gran copa graduada.

-Vamos a ver la vena, hombre.

Friccionó fuerte con un algodón empapado en alcohol y con fuerza introdujo el trocar.

-¡Ay! -se quejó el enfermo.

-Se corrió la vena -comentó el operante, retirando la aguja.

Las muchachas fascinadas, observaban temerosas.

Cuatro veces repitió la tentativa en el brazo izquierdo; después empecinado pasó al derecho, aquí fueron dos, después despechado ante su fracaso:

-A este negro no se le encuentran las venas, hay que operar con bisturí -y dirigiéndose al practicante:

-Haga usted una tentativa, pueda ser que tenga mejor suerte, si no me va a avisar a la puerta.

Salió acompañado de las dos muchachas que se mostraban indiferentes. Un balde de agua fría había caído sobre la admiración del primer momento.

Manuelito, a la primera tentativa, dio en la vena, y un chorro escarlata se fue acumulando en la copa de vidrio.

Oficiante nocturno de diabólicos ritos, salió el nochero con su ofrenda de sangre humana.

La indignación que la impericia del interno provocó los tenía en silencio. El pobre negro se quejaba y decía:

-Tengo como harnero los brazos; no he conocido interno más bruto. ¡Tontón el animal!

Antes que apagaran las luces se sintió varias veces el carro de la puerta; traía enfermos para las dos salitas laterales; a la central no llegó nadie más.

No se repartía el desayuno cuando trajeron un paciente nuevo. Era un hombre moreno, bajo los párpados; se quejaba con el ritmo de su respiración. Pesado, les costó dejarlo en la cama 19.

Llamaba la atención la pareja que en ese instante entraba. Bajos, de idéntica estatura los dos, uno delgado, moreno, de cara ascética, rapado, recortado el bigote, rizada la canosa cabellera, peinada hacia atrás, brillantes los ojos negros, vestido con mameluco azul. En su brazo se sostenía el compañero que caminaba despacio, cojeando.

Era este un hombre de 35 años, gordo, de cara redonda, pómulos rosados, ojos verdosos, amplia la frente, se agrandaba por una calvicie en principio.

-Ya es por poco, Miguelito. Allí se divisa la cama 14.

-Hemos andado con suerte, Absalón. Si no nos ve por casualidad el camarada doctor Vidal, le aseguro que todavía estaríamos esperando entre esa muchedumbre de enfermos.

-Triste es, compañero; tener que reconocer la verdad de lo que usted dice. Son irritantes esas preferencias que crean injusticias, y es harto lamentable que yo, por este maldito dolor reumático, la acepte en beneficio mío. Por otra parte es justo que nos ayudemos los hombres que tenemos la misma ideología.

El enfermo quedó apoyándose en el respaldo del catre, y el acompañante, con un papel en la mano, salió en busca del practicante. Volvió con don Omar, y ahora cada uno había extremado su estatura. Don Omar se veía más alto y el visitante más chico.

-¿Usted es Absalón Jiménez?

-Sí, señor.

-Acuéstese, en el somier hay un cajón para la ropa, este velador es el suyo. Dígame, ¿está en ayunas usted?

-Sí, señor.

-Buenazo, no tome ningún alimento ni agua. Usted que ya dejó a su enfermo instalado, puede retirarse: es hora de visita de doctores y no les gusta ver gente extraña en la sala.

-Que se alivie, Absalón.

-Gracias, Miguelito.

Don Omar entró con sus jeringas en una mano dirigiéndose a la cama 14.

-Tiéndase bien; súbase la manga de la camisa.

Extrajo muestras de sangre, y ya se retiraba cuando el enfermo le preguntó:

-Dígame, camarada, ¿para qué ha hecho esto conmigo?

Se volvió indeciso un momento, y después con una sonrisa de complacencia:

-Para hacerle exámenes. Mi nombre es Omar.

-Gracias, camarada Omar.

Este se retiró sorprendido.

Las doctoras llegaron separadas, y cada cual se fue hacia el grupo de enfermos que les correspondía. El primer examinado de la sección de Valdebenito fue el 17.

-Sáquese la camisa.

El negro obedeció y la doctora, al ver colgando de su cuello una cinta con medallas, preguntó:

-¿Y esto?

-Son mis devociones, señorita.

-Pero yo veo ahí una moneda.

-Es un cinquito de plata pura, muy antiguo; lo llevo para atajar los males.

-¿Qué males?

-Los que hacen los brujos, pues doctora. ¡No tengo en cuenta las veces que esta "contra" me ha salvado.

Cesó ahí la conversación y empezó su examen.

No demoró mucho: era enfermo antiguo, con historia hecha; habían traído de la Estadística. Digitalina y régimen fue lo recetado. Pasó al 18. Lo mismo -sáquese la camisa-. Obedeció este acezando y al dejar su torso al aire quedó a la vista la piel cubierta de cicatrices.

Lo auscultó, le hizo las pruebas cardíacas, le tomó la presión y recetó una nueva sangría, de 300 gramos.

El 19 sólo contestaba incoherencias; con ayuda de los practicantes se le auscultó, y este examen, unido a la temperatura y otros datos, le permitió prescribirle un

tratamiento, en el cual se incluían cataplasmas. El 21 no tenía necesidad de exámenes; desde muchos días no le hacían. Bastaban los análisis de la orina, cualitativos y cuantitativos; tenían que desaparecer de ella los glóbulos rojos y la albúmina.

-Omar, acompáñeme a ver al 22. Creo que ya ese puede traer de Aislamiento.

En la otra sección de la sala se producía en ese momento un incidente.

-Si no está dispuesto a cumplir las instrucciones del doctor, se va. En su casa podrá hacer lo que le de la gana. Aquí hay reglamentos que respetar.

-Perdone, camarada 16, ¿por qué procede así esa funcionaria con usted?

-Escuche pues, 14. Resulta que yo soy enfermo de reumatismo como usted.

-¡Ah! Me interesa mucho.

-Estoy aquí por el Seguro Obligatorio. El paga con mi dinero; no estoy de limosna como otros.

-Lo voy a interrumpir, camarada. Aquí en el hospital, nadie está de limosna; la Beneficencia al dar atención a los enfermos, desempeña una función social; y actualmente, según yo sé, lo hace mal, los individuos que forman parte de esta sección de la Administración Pública, son funcionarios rentados; se les paga por que cumplan una obligación, no para que se crean propietarios y traten a los pacientes como esclavos o limosneros. En cuanto a la Caja de Seguro Obrero, que pague con el dinero del 16 su estada aquí, es un error. Ella percibe el 2% de su salario, más la parte del patrón y por esto se compromete a darle asistencia médica cuando está enfermo, un subsidio como ayuda pecuniaria y le garantiza pensión de invalidez y de vejez. La obligación de la Caja es tener sus hospitales pro-pios, así como tiene actualmente sus policlínicos. Como aún no puede hacerlo, paga a la Beneficencia una módica suma.

-Así debe ser. Lo que me pasa a mí es lo siguiente: se me debe dar salikirina, porque el salicilato me hace mal al estómago; como no tienen de ese medicamento, en lugar de comprarlo me recetan unas inyecciones muy dolorosas. Yo no acepté colocármelas. Eso es todo.

-Está en su derecho, 16, y es una injusticia la que con usted se comete al darlo de alta.

-No se precipite en su juicio, 14, aún le falta un dato indispensable. Un enfermo de la sala del lado vino a despedirse del 16, sano, lo daban de alta, y había llegado con reumatismo a las piernas. El fue quien informó al 16 de la tal salykirina. Que yo sepa, nadie se la ha recetado.

-Entonces no he dicho nada. Por informaciones incompletas, uno formula juicios temerarios. Hay que ser leal y nunca faltar a la verdad.

En el hall se sentía el ruido de un grupo que avanzaba conversando, era la camilla de la puerta con un enfermo; más atrás el jefe, seguido de las dos doctoras.

-Póngalo en la cama 12. Examínelo, doctora Rubio mientras yo veo los nuevos enfermos de esta otra sección.

Revisó a los pacientes, mostrándose campechano con los antiguos conocidos. De los nuevos, que llegaban por primera vez a la sala, fijó su atención en el 12. Era éste un hombre menor de treinta años, moreno, circundaba su cara una barba negra, como plumaje de tordo; en el velador se veía un par de ojotas; el resto de su ropa había ido al desinfectorio.

-¿Qué le duele?

-Tengo una puntá, patrón, me empieza aquí adelante, en las costillas, déi se va a la paleta y se abre como puntas de fuego en el pulmón.

-¿Cuándo le empezó este dolor?

-No sabría decirle, patrón; hace tiempo que siento esta molestia y por la noche una de toser sin haber pa qué. Tuve que ejar hasta el vicio, no pueo fumar más. La

semana pasá me tocó regar el potrero grande; cambiando un taco medió la puntá, no me deja ni respirar. Mi madre me puso un parche poroso en la espalda y uno de telemplástica aquí en el pecho para la tos, y al entrar en el baño de agua caliente se me soltaron. El Administrador me mandó pa la Asistencia, dei me echaron pa acá.

Lo auscultaron varias veces y concluyeron llamando a don Omar y ordenando llevarlo inmediatamente a Rayos.

Se terminó la visita. Al rato, el practicante volvió con el 12; tosía en una forma espantosa.

Junto con Godoy entró un hombre que caminaba despacio, lo guió a la cama 13, le indicó los cajones y ahí quedó el enfermo, sentado, descansando.

Se repartió el almuerzo. Los nuevos pacientes y los a régimen confundían a los mozos.

-Camarada, haga el servicio de traerme un poco de pan.

-El pan se reparte en una hora más, 14.

-¡Esto es absurdo! Se da el almuerzo a las 11 y el pan una hora después. Es como si primero nos pusiéramos los zapatos, y después los calcetines. Esta sucesión irracional no puede justificarse. Si el almuerzo está antes que llegue el pan, exíjale al proveedor la entrega más temprano. Respetando el reglamento de trabajo nocturno en las panaderías, se puede cumplir con la entrega a las ocho de la mañana, a más tardar.

El 17 y el 18 quedaron a hambre y sed. Trajeron al 22 de Aislamiento; venía pálido, sentado entre almohadones, cargado a un costado; un encatrado de madera preservaba sus pies del contacto de la ropa. El mucho estar en cama le había producido esa dolencia.

Llegó un carro de la sala San Luis. Era un traslado, lo llevaron a la cama 15; con ayuda de los mozos se vio pasar de la camilla, afirmándose en el catre, a un verdadero esqueleto, cubierto de piel blanca, unos brazos inconmen-

surables por lo largos e inverosímiles por lo flacos. Ese individuo de pie debía tener 2.20m.; era un muchachón de poco más de 18 años; de San Fernando lo trajo la madre en busca de salud; primero lo tuvieron en la sala San Luis, ahora lo cambiaban. Sus dolencias podían tener origen reumático; hacía ya más de un año que no lograba tenerse en pie.

Llegó la señora del 16; no traía paquetes, se conocía que la ida del 16 sin restablecerse completamente era deliberada. Se despidieron del 11 y del 21; le dieron la mano.

Don Aliro trajo los elementos necesarios para hacerle la sangría al 18.

-¿Qué hubo?. -y dirigiéndose al 11 y al 21-: ¿Ven ustedes la sala?; casi llena. ¡Si estos pillos no son lesos; primero que pasen las fiestas, y después al hospital! A ver Calixto, te voy a sacar un poco de sangre; ¿qué fue lo que tomaste? ¿Tinto o blanco?

-Aliadito, don Aliro, no hay que preferir, así no se desprecia a nadie -y bajo su bigote espeso, se veía un hueco oscuro; era su boca desdentada que reía.

-Bien. Pues 18, vamos a ver ese brazo. Un momento, -y en la copa subía el nivel del líquido rojo.

El recio resonar de los tacos en pasos titubeantes por el hall, denunciaba un campesino. Se acercó al practicante.

-Aquí me tiene de nuevo, don Aliro. Vengo medio jodío.

-No se le dé nada mi amigo; ligerito le arreglaremos el cuerpo y hasta otra visita. ¿Le indicaron cama?

-Sí, don Aliro, la 20.

-Bien, ahí la tiene, acuéstese; le voy a llamar médico.

Casi al salir topó a un hombre y a una señora que entraban; al verlo le pasaron un papel.

-Bien, espérese un momento; cuando venga el mozo le pregunta si está cambiada la ropa de la cama 16. Si es así se acuesta; si no espera.

Entró Godoy y antes que lo interrogaran dijo:

-Ta lista la cama; acuéstese no más.

El nuevo 16 era un hombre casi bajo, de cara pequeña, de tupido bigote, moreno demacrado; tosía a cada instante.

Dos doctores llegaron donde el 20; uno de ellos era el que parecía de ascendencia alemana; el otro con lentes ahumados. Valdebenito no se atrevió a reconocerlo, pero el 17 lo miraba con aspecto feroz. El resultado de esta entrevista fue una nueva sangría que tuvo que hacer don Aliro.

La sala estaba completa; nueve personas desconocidas integraban ahora el conjunto. Valdebenito se sentía perdido, inquieto entre tanta gente extraña.

Entró la señora del 22, la morena de ojos tristes y de humildes modales, con su marido.

-Me dio susto donde no te encontré, y el tontón de Godoy me vio pasar para allá y no me dijo nada.

Después de la comida se enhebró una conversación general; el 21 dirigiéndose al negro le preguntó:

-Compañero 17, ¿qué le dijeron esta mañana por la monedita de plata?

-¡Ah! ¿Se fijó usted 21? Nada de lerda la doctorcita, al tiro le echó el ojo a mi cinquito; ¡ni por mil pesos lo daría!

-¿Y por qué lo aprecia tanto?

-Este cinco es "contra" 21. Al que lo lleva no le pueden hacer mal, no hay brujería que lo alcance.

-¿Y cómo se puede conseguir uno?

-Eso es muy difícil; tiene que ser de una mujer que sepa para que lo acondicione bien, y tiene que ser mandaruna; en la de no, cualesquiera le atropella el "contra".

-¿Y cómo lo adquirió usted, 17?

-Hace montón de tiempo que lo tengo. Yo siempre en Santiago he vivido para el lado de Providencia arriba; esto me pasó antes que hubiese pavimentación, ni carro, ni nada que se le parezca; en esos años, los eléctricos llegaban a Manuel Montt; tenían el número 11, había unos carritos con caballos para Ñuñoa y carretelas para arriba. Una veterana dueña de un sitio me daba alojamiento en el rancho, con la condición que le ayudara a cuidar el sitio. Me quedaba tiempo para atenderlo; trabajaba en una fábrica de tubos de cemento. Al lado de adonde alojaba había una casita de lo más mejorcito que se encontraba por esos lados; vivía en ella una señora de sus treinta años, ¿bonita la mujer! No había nadie que no se quedara mirándola; conmigo era muy buena; casi todas las noches la cocinera me daba sus paquetones de comida por orden de ella. Una noche me hizo llamar y me dijo:

-Moisés. Necesito que me podes los árboles y el parrón y que caves todos los camellones; pero tiene que ser después que se entre el sol; del pago hablaremos más adelante.

-Bueno, pues, patrona, a esa hora salgo yo del trabajo.

Al otro día empecé a podar; me dio una escalerita negruzca de lo sucia, creía yo, y un par de tijeras que yo noté medio raras, pero, para cortar filudas como navaja; serían las diez y la luna alumbraba poco; decidí parar hasta el otro día, sólo me faltaba amontonar los despuntes. Cuando me puse a hacerlo no encontré ni una ramita y había podado más que quince árboles. Me fui pensando en el chasco, la veterana todavía no se había acostado cuando llegué a la casa; le conté lo que me había pasado en la poda.

-Eso te pasa por no consultar las cosas con tus mayores; esa mujer es bruja y si vos la vay a trabajar cuando se entra el sol; capaz que perdáis tu alma.

-Esas son leseras, señora -le dije-; yo soy pobre y necesito trabajar, lo que gano es muy poco y no creo ni en brujos ni en brujas.

-No creís -me dijo; -deja de trabajar un martes o un viernes y verás al riquerido como llega a consultar la bruja.

No quise arenguiar más y me fui para la cocina donde dormía.

Trabajé como un mes de noche. Cuando me tocó la cava me salía la tierra granudita, ni un solo terrón. Estuvo una semana de para la fábrica; entonces vi que tenía razón la señora; los martes y los viernes era una romería de gente rica, ¡puras mujeres! Iban a buscar remedio para que las quisieran o a hacerle mal alguna que les quita el lacho o el marido; se pasaban horas y horas tendías en unos aparatos como sofá, fumándose unos puros hechos de yerbas raras, o la de no era la bruja la que fumaba y les contestaba las preguntas por lo que leía en los montoncitos de ceniza. Bueno sea como se sea, no me gusta meterme en estas cosas, no quise saber más; esas mujeres son muy rencorosas. Al otro día terminé el trabajo; me llamó la señora para pagarme. Qué preferís -me dijo-; este cinco o este rollito de billetes,

-Me dio una corazonada y le dije:

¡El cinco señorita.

Se puso seria y me dijo: te llevas un "contra" que cualesquiera daría sus $ 1.000 por él.

-Eso de los contras es bien cierto; conozco un caso que me pasó en la pampa; cuando me haya aliviado un poco se los voy a contar.

El 20 era el de la promesa.

-Yo he oído hablar muchas veces de estas cosas y nunca he logrado encontrar un caso en el cual se ponga en evidencia el poder de tales "contras".

-El caso que yo le voy a contar en estos días es de esos que usted busca, compañero 11.

Languideció un momento la conversación general. Se avivó cuando el 17 interrogó al 18.

-¿Anduvo en la guerra, 18?, tantísimas cicatrices que tiene?.

-Tendría más, compañero, pero se me perdió una.

Risas entre todos.

-¿Y cómo fue lo de la perdida?

-¿Se han fijado ustedes que las cicatrices de las vacunas se corren en los brazos?

Todos había hecho la observación.

-Bueno, cuando niño, travesiando con un botella, la quebré y me di un puntazo laito abajo de la cintura; me quedó una cicatriz como de medio jeme. Con los años empezó a correrse hasta que se me cayó el ombligo; ei se perdió.

Cuando se acabaron las risas.

-¿Y las otras cómo se las hizo?

-Esas las tengo por trabajador, por buscavida. Soy gásfiter; antes tenía mi tallercito lo más amononadito; no sólo tomaba los trabajos que me caían, sino que también compraba bronces, plomo, cañerías de gas y de agua, ñiples, una especie de cachureo. Una vez me llevaron un aparato de fierro con anillos de bronce, no podía desarmarlo; ¡fue inútil que lo pusiese en el tornillo y le hiciese fuerza con la llave de cadena!, decidí calentarlo y lo metí a la fragua. Me acuerdo del estampido no más; después desperté en San Juan de Dios. Tenía como veinte heridas en el pecho, parecía espumaera.

-¡Rara la explosión!, ¿también le hirió el espinazo?

-¡Puchas que son mirones! Esas heridas no, pues compañeros, esas me las hicieron a traición; también tengo una cicatriz en la guata de arriba abajo; con esa casi me despaché; caí con todo el triperío afuera; en una sábana me envolvieron y en la Asistencia estuvieron más de tres horas trabajando con eter para echármelas aentro. ¡Esa sí que fue escapá grande! Y pensar que este aparatito que mete bulla

me las tiene ganá. No me deja ni trabajar; por causa de él me deshice del tallercito; herramienta por herramienta se fueron vendiendo, y hora para el puchero me las bato con el taller a la espalda, y la réclame pues compañero, la réclame:

-¡Hay teteras, ollas, bacinicas que componer!

El pregón callejero provocó risa en todos los enfermos, menos en el 19 que continuaba inconsciente. Valdebenito pensaba:

-Será ignorancia o resignación heroica la que permite a este hombre reírse de su propia tragedia.

Le preguntó:

-¿Y pillaron al que lo hirió?

-Yo no quise decir nunca quien era; después le di una tunda de palos, con eso quedamos en paz y de nuevo amigos. No sería na de raro que viniera a verme en estos días.

Rezó la madre y llegó Manuelito.

-Te sentí hablar, ¿estabas contando cuentos, 18?

-No, Manuelito, no eran cuentos los que estaba contando; estos gallos novedosos querían saber por qué tengo tan zurcida la camiseta que me dio nuestra madre naturaleza.

-Caballeros, aquí tienen ustedes al rey de los cuentos; no hay quien pegue con él.

-Eso está muy bueno; para acortar la noche no hay nada mejor que contar cuentos. Yo estuve en el hospital de Chillán, y todos los días, oscureciendo empezábamos a contar; a uno le tocaba una noche, a otro otra.

El 13 se había incorporado al conjunto.

-Yo también sé contar cuentos, pero la tos no me deja -murmuró el 16.

-A mi me pasa lo mismo; se muy bonitos cuentos; lo que sane un poco les contaré.

-Yo celebro que los camaradas tengan historias que contar; nos hacen recordar los tiempos en que éramos niños, y como casi todos encierran ejemplos de reinvindicaciones, son convenientes para hacer germinar en la mente esas ideas, en que siempre triunfa o el bandido generoso, o el hijo e inteligente, e interpretan la inconsciente aspiración del pueblo. Es un sueño que todos los infelices han pensado para sí. Y tienen la belleza de traducir una emoción que está escondida en el alma de los pobres.

-Compañero, 14. Yo conozco muchos cuentos, y creo no ser temerario al afirmar que más del 90% son nuevas adaptaciones de cuentos de las Mil y Una Noches, de Boccacio o de origen español; por lo tanto el simbolismo que ellos encierran o las ilusiones que interpretan son antiquísimas y nada tienen que ver con el pueblo chileno.

-Si esas historias tienen origen tan antiguo, quiere decir que las mismas aspiraciones existían en la época que se inventaron, y si se han conservado en el pueblo chileno es porque le entretienen, le alegran y traducen una ambición que vive en ellos. Por otra parte sería bueno; no olvidar la época en que fueron escritos; y su fin, entretener a los sultanes, califas y demás grandes de las cortes persas.

-Camarada 14, no olvidemos que en esos tiempos, según las tradiciones, los hombres no se engañaban diciéndose que eran iguales; sin embargo, la injusticia existía, de ahí que en la obra de esos poetas o rapsodas, inteligencias superiores, captan esas esperanzas utópicas, y las hacen vivir en sus historias.

-Sea como sea, 21, lo bueno sería que el 18 nos contase el cuento.

-Yo no me hago rogar, con tal que después me toque oír; y limpiarse los oídos que voy a partir.

Todos se movieron arreglándose en las camas, buscando acomodo para escuchar.

-Para saber y contar, y contar pasa saber, era una quiltrita muerta que no se podía defender. Estera y estera para sacar peras, esterilla y esterilla para sacar perillas, esterones y esterones para sacar perones. Chicharacha, chicharacha, esta era una vieja muy lacha, póngale y acondicione montoncitos y montones. No le dejaré de echar porque de todo ha de llevar: pan para las monjes de San Juan, pan y luche para el diablo chuche, pan y harina para las monjas capuchinas. Corte y corte por debajo de los montes, puñalá y puñalá por debajo de la frazá, esterillo y esterillo, por este río Clarillo, y acomodar la fila que aquí pára la retahila. Había dos compadres, uno era rey y el otro, más pobre que aveztruz sin cola...

El cuento duró hasta muy tarde; a su terminación no hubo comentarios; el sueño no lo permitía.

Al amanecer, antes de que aclarara, un ruido violento y la luz que se prendía, despertó a los enfermos: Manuelito había encontrado desnudo al 19 en los W.C.

Esa mañana tuvieron trabajo los doctores. Pusieron ficha roja al 22 y al 11, y le anunciaron a este último que era muy posible que se le diera de alta al otro día.

En la tarde, el 16 se quejaba del dolor de estómago, y el 13 le daba unos remedios de yerbas, infalibles, según él.

-Para el dolor de estómago y principio de diarrea, no olvide esta receta, sana con seguridad: cáscara de graná dos pedacitos, azúcar quemada dos terrones, linaza entera un 0.20 -hay que tostarla- y goma de membrillo un 0.20. Todo en un jarro se le deja caer agua hervida. Se toma caliente. Para los enfermos del corazón, la hualtata, como agua de pasto e infusiones de raíz angélica para bajar la presión arterial.

La madre le hizo poner la extremaunción al 19. De nuevo tuvo Valdebenito la oportunidad de ver la ceremonia.

-Compañero 14, por lo que he observado, tengo la impresión de que le molestó la ceremonia religiosa.

-Camarada, prefiero no hablar sobre ese tema; soy hombre incrédulo y no quiero herir, sin objeto, convicciones arraigadas. Prefiero charlar sobre la injusticia que este ceremonial ayuda a sostener, decir algunas palabras sobre la lucha de clases. Os ruego un poco de atención. Es un problema que a todos nos atañe.

-Compañero 14, la lucha de clases sola la reconocen los partidos de extrema izquierda. En efecto, los partidos burgueses, camaradas, quieren desconocer la lucha de clases y la borran de sus programas; esto es una ceguera o una estupidez. La realidad es tan evidente que no da lugar siquiera a una discusión. La lucha existió, existe y existirá. Actualmente nosotros somos la clase derrotada, somos los vencidos y ante el temor que les inspira la voluntad de reconquistar nuestros derechos, solucionan el problema declarando que no hay lucha. Esto es una burla vil que enciende la sangre, pero dejemos a un lado el encono de nuestra protesta y analicemos en que se fundan para hacer esa afirmación. Existe un bluff formidable que es la estafa más grande al año causado por las degeneradas doctrinas de Cristo. Entendámonos, degenerados por la pútrea interpretación que hacen de ellas los cuervos que las explotan. En la época de la Revolución Francesa, existían en ese país -que era el cerebro del mundo- tres clases bien definidas: la nobleza, la clase media y la plebe. El movimiento del 14 de Julio fue la iniciación del período sangriento en la lucha entre la clase media y la nobleza. La plebe sólo figuraba como comparsa, como carne de cañon y engañada. Las tres oriflamas de la bandera la enceguecía: LIBERTAD, IGUALDAD Y FRATERNIDAD. El bluff del siglo, la más sangrienta infamia creada por el hombre para engañar al hombre.

"En los momentos en que la plebe empezó a tomar importancia surgió Napoleón.

"El pueblo sólo cambió de amo, de la nobleza a la clase media; y esto exacerbó el estado de injusticia, llevándolo a la forma actual. La libertad y la igualdad que la seudo-democracia ofrece al proletariado, es lo mismo que a un hambriento pretendiéramos satisfacerle su necesidad con dibujos de viandas apetecibles. La libertad es una bella palabra huera; representa una abstracción que no es realidad jamás. Uno está en el centro de un círculo y la libertad -según a que se refiera- son caminos formados por los radios; terminan donde empiezan los derechos del vecino; y hoy día, con esta seudo-democracia, se ha reducido más la libertad, porque se ha creado una mordaza contra la libertad de expresión. Nos permiten aún ocupar el centro del círculo, pero le ponen el techo, limitan hasta el cielo.

"La igualdad ante la ley es la farsa más inicua. Que un infeliz de hambre robe una gallina y un señorito, hijo de un don, haga una estafa. ¡Ahí verán igualdad!.

"Ahora la igualdad para elegir y ser elegido es el acabóse. La igualdad democrática exige, para ser realidad, -como condición previa- la igualdad económica. Basta con lo dicho para comprender que la igualdad política no nos sirve de nada. Es como si nos enviasen a una parte lejana, cientos de kilómetros de distancia y para trasladarnos nos diesen un auto sin motor.

"Bullen las masas obreras en el mundo entero; se mueven y palpitan en una incontenible aspiración de justicia y se van jaloneando el camino ensangrentado del tiempo con pequeños triunfos, que sólo son gotas de opio para adormecer a las conciencias rebeldes.

"Es necesario, compañeros, que comprendamos que cuando se habla de injusticia social, de la explotación del obrero, de la miseria del proletariado, no son estas frases meras palabras, ni exageraciones que se dicen con fines políticos; traducen la realidad palpable, efectiva; y los que enceguecidos no quieren reconocerla se pueden dividir en

dos clases: los capitalistas, los burgueses que usufructúan de este estado de cosas y toda la burocracia que está al servicio de la banca y del imperialismo extranejro; estos últimos son pagados en forma de que mantienen un estándard de vida envidiable. Todos aspiran a formar entre los amos, a tener entre sus manos el látigo del dinero.

"El otro grupo, compañeros, es una vergüenza; son descastados de nuestra misma clase social; son obreros que con un pequeño bienestar están satisfechos y no les importa la miseria de sus hermanos, o son infelices a quienes esclavizan con prejuicios y dogmas. Fanáticos de religiones, que son pilares de sostenimiento en este régimen execrable.

"He demostrado, compañeros, que la democracia, en la forma actual, no puede cumplir los ideales para los cuales fue creada. La igualdad política, sin la igualdad económica, anula la bondad de esta solución y transforma a la democracia en víctima del capital, las prostituyen los gestores administrativos, los intereses creados, los individuos que arriban al poder en brazos del dinero y con compromisos inconfesables. Ese es el aporte del capital a la democracia. De este ayuntamiento innoble, híbrido, ha salido regenerado, perfeccionado el sistema de explotación del hombre por el hombre.

"Esta democracia es una podredumbre que hay que incinerar; no tiene salvación, es una fétida mentira que ya no engaña a nadie.

"Dije que no era una frase efectista, sino una verdad cuando se pronuncia: "La explotación del proletariado", y señalé cuáles eran los que negaban esta verdad.

"Pongamos ahora en evidencia esta explotación:

Los obreros, para subsistir, sólo tienen su esfuerzo personal, su trabajo; lo venden y el que lo compra, aprovechándose de la necesidad del vendedor, le fija un precio miserable. La odiosa alternativa es: acepta ser

explotado o pasar hambre. Se elige siempre lo primero, y ya tenemos al hombre enyugado; el que compró el trabajo acumula riquezas, y el otro, el infeliz curva las espaldas, soportando una vida más inhumana que la de las ergástulas en aquellos tiempos los que a ellas caían eran esclavos, habían nacido así o como prisioneros de guerra, sabían la suerte que les esperaba. No eran hombres a quienes se les dijese: ¡Todos somos iguales, todos tenemos los mismos derechos! ¡No creo que el hombre haya producido jamás una burla más endiabladamente hiriente.

"Alguien con un docto libro en la mano o con la cabeza rebosante de conocimientos, me dirá que el problema no es tan simple, que hay que definir el capiral y estudiar su función. Yo le contestaré así a quien me hable:

-Posiblemente tenga usted razón, caballero. la sutileza de la inteligencia es capaz de enredar problemas más simples que estos. Lo que puedo asegurar es que me he limitado a exponer mi caso, una realidad, algo que estoy viviendo y que se repite en el 99% de los trabajadores que yo conozco. No quiero decir nada sobre la explotación de los obreros, porque para mi es tan odioso, tan repugnante que la indignación me llega a causar un dolor físico, como si algo me succionara las fuerzas y el cuerpo desmayado se fuese doblegando hacia tierra.

"Hay patrones que son "muy buena persona", que cuando oyen hablar de la injusticia con el pobre, protestan indignados:

-En mi fábrica no se explota a nadie; pago los más altos jornales que permite la competencia y los capitales en juego dan un interés tan pequeño que cualquiera otra inversión es más remunerativa.

"¿Qué significa, qué prueba este hecho?

"Sencillamente que los intereses capitalistas están de tal modo entrelazados en sus raíces, que al paliar la

explotación, pierde su dinero, no sirve, no es eficiente en esa manada de lobos, de hombres sin corazón.

"Todas las constituciones de origen liberal reconocen, establecen un derecho como algo primordial: la propiedad privada. Justifican así la existencia del principal medio de explotación y consagran con una escritura que llaman título, el despojo a la comunidad.

Aquí, en Chile, hablar de esas cosas es colocarse de inmediato entre los subversivos peligrosos, los odiosos comunistas. La multitud de burgueses con todo el enjambre de lapa que está pegado a ella, cierran los ojos espantados, piensan en España y más atrás ven los horrores de la Rusia Soviética; la turbamulta de babiecas casi se humedece de temor.

"Como esta reclusión forzada por motivos de salud, me está dejando un sobrante de tiempo, otro día lo aprovecharemos charlando sobre este tema. Ahora hablaremos sobre cuales son las oportunidades que en nuestro país se nos ofrece para cambiar este estado de cosas. Entre dos caminos tenemos que elegir.

"Uno de violencia que significa una guerra de exterminio mutuo. Esta ruta hay que descartarla, por ahora; en el estado actual del espíritu de lucha del conglomerado obrero, se iría a un fracaso; al pueblo aún le queda paciencia para soportar; por otra parte nosotros tampoco estamos preparados para hacernos cargo del gobierno; no tenemos a punto los equipos de hombres técnicos necesarios para asumir esa responsabilidad.

"Queda por ver el segundo camino, que es el de aprovechar todos los medios que la democracia nos brinda.

El hombre que sufre en su cuerpo y en el de los suyos la miseria, las necesidades primordiales y no tiene alma de esclavo, busca manera de cambiar, de corregir este estado de injusticia. Se comprende, sin demostrarlo, que el rebaño explotado es la mayoría; unidos haremos sentir el peso de

nuestro número, el poder de las masas y si no imponemos de inmediato nuestras doctrinas, por lo menos conseguiremos mejorías que permitan aflojar el dogal que nos ahorca, tomar un pequeño respiro para seguir adelante.

"Camaradas, para no perder el hilo de nuestra charla, prefiero dejar para otra oportunidad el tema de "sindicatos", y ahora vaya un ejemplo que todos conocemos para probar el arma poderosa que significa la unión.

"No recuerdo cuántos años atrás se organizaron los estucadores e impusieron sus condiciones. Es actualmente el gremio mejor remunerado entre los obreros, el que menos siente la miseria; los maestros ganan entre $ 30 y $ 45 diarios.

"Aceptada la necesidad de unirnos, surge la pregunta: ¿Alrededor de qué puede producirse esta unión? Alrededor de un hombre no puede ser. Ya sabemos por experiencia que esto es sólo servir a las ambiciones desorbitadas de individuos que no perdonan medio con tal de surgir. Estos personajes, ya en el poder, olvidan las ideas que pregonaron y afloran en ellos sus mentalidades de autócratas prepotentes, sus ancestros de mayoral de esclavos, y abusan de la fuerza contra los que formaron su pedestal. Mientras tanto, ellos se mecen en el incienso adormecedor de conciencias, pagadas e interesadas alabanzas.

"Hay que reunirse, compañeros, alrededor de ideas, de doctrinas que satisfagan nuestras ambiciones, nuestra sed de justicia, aunque sea solamente en parte por ahora.

"Los partidos políticos, los que forman la democracia, estilo individualista, tienen programas, tienen doctrinas.

"Nosotros tenemos programas, tenemos doctrinas; unámonos y formemos un partido que pueda luchar dentro de sus mismas canchas y con sus mismas armas. Esos partidos ya existen; son dos: el comunista y el socialista. Al obrero, a la víctima, sino quiere servir los intereses de

sus explotadores, sólo le queda escoger entre esas dos colectividades. Yo soy socialista.

"Camarada, el socialismo es un partido que reconoce la lucha de clases. Trata de cohesionar y reunir en su seno a todos los que sentimos la injusticia social.

El socialismo acepta como interpretación de la realidad al marxismo; eso sí que corregidos con los aportes científicos y con la experiencia revolucionaria que se va adquiriendo a medida que la humanidad evoluciona.

"En la sociedad del futuro se pondrán en práctica todos las aspiraciones socialistas.

"En esa sociedad no habrá clases parasitarias; todos tendrán su tarea.

"Tenemos un programa mínimo, aspiración inmediata, a cuya realización no se opondrán a sangre y fuego los partidos burgueses.

"Pero también tenemos nuestro programa integral, cuyas líneas son:

"La toma del poder político por el partido, para la completa liberación de la clase trabajadora en cualesquiera de sus manifestaciones, manual o intelectual.

"La transformación progresiva de la propiedad privada en colectiva y común.

"Institución de una sola clase social, con idénticos deberes, derechos y posibilidades para sus miembros.

"La creación de una fuerza capas de sostener esta conquista.

"Triste es, camarada, ver que la fangosa materia con que está hecho el hombre haga necesario crear una fuerza para defender conquistas que son un bien para todos.

"Compañeros, creo haber esbozado en líneas generales el problema que se nos presenta, a cuya solución tenemos el deber de aportar nuestro grano de arena".

-En el gremio de pintores al que yo pertenezco, ésas

son las ideas de la mayoría, pero no hay manera de ponernos de acuerdo: unos son comunistas, otros son socialistas y muchos comprenden y sienten, pero no quieren meterse en política ni luchar; temen hacer mayor su miseria.

No terminaba de hablar el 13, cuando irrumpió el 22:

-Entre los tranviarios la lucha es subterránea; si los jefes saben que uno piensa en esa forma del régimen capitalista, le ponen palitos en el camino, hasta que pisa alguno y tienen motivo para echarlo. Se ha creado un departamento de bienestar; cumple una gran labor, aparta a la gente de fiestas que después terminan en borracheras. Une a los empleados, distrayéndolos con funciones de biógrafo, bailes y torneos atléticos. Resultado: nadie quiere perder su ocupación, todos callan con apariencias de estar satisfechos. ¿Quién va a querer exponer a su familia a las penurias de una cesantía?

El 22 calló cansado.

-Yo no entiendo lo que han hablado. Criado en el campo, apenitas se aprende a deletrear un poco. Eso de injusticia de los ricos, ei oído decir que es cierto. Yo he tenido suerte, todos los patrones que me han tocado han sido futres muy buenos; los malos son los administradores; por cualquier cosa lo palabrean ante todos, y estrujan para dejar para ellos.

La tos interrumpió al 12.

-Yo, compañero, juré no meterme más en líos de esta clase. Salvé la vida de la matanza de Iquique y quedé escarmentado.

El hombre de andar campesino, el 20, era quien había hablado.

-Para el lado del Tropezón, donde yo vivo, no hay más que comunistas y socialistas. Un domingo, hará como un mes atrás, con un compadre que comercia en verduras, de palanganas nos fuimos a novedear a un mitín; yo llevaba

el taller a la espalda. Los domingos son días buenos; el pobrerío tiene plata y salen la mar de sartenes, ollas, bacinicas y jarros que componer.

Como la última parte la dijo entonando su grito, todos celebraron riéndose.

-Bueno, llegamos al mitín, ahí un orador, casi más tirúo que yo, hablaba hasta por los codos; de repente se le salía el tomacorriente y quedaba parado; cuando encontraba la palabra que se le había perdido, seguía con sus garabatos. No se le ocurre a este bruto meterse al zoológico, apenitas nombró al rey se vinieron a la carga los carabineros. ¡Putas en correr, compañeros!, y con el taller a la espalda, como a las dos cuadras, vinimos a parar: ya no daba más de cansado. Con el susto se me había olvidado la cardíaca, que no podía andar ligero y había corrido más que Plaza. Ahí en la paradilla ya me ahogaba. Mi compadre me dijo:

-Tomémonos un buen trago de vino para el cansancio.

-Me puede hacer mal.

¡Qué le va hacer mal una vez!

Nos tomamos un litro y para no dejarlo solo nos tomamos otro litro. No me hizo nada. ¡Qué más quería el rotito!, me cebé y empecé a ponerle entreveraito. Hasta la Pascua y Año Nuevo que se me pasó la mano y fui a dar a la Asistencia y de allí aquí. Ve usted, 14, lo que me pasó por ayudar con mi granito de arena.

-No desmaye por eso, camarada, que el esclavo para cortar sus cadenas tiene que sufrir, trabajar y no desanimarse nunca.

-Yo pertenezco al partido Demócrata. Don Malaquías me hizo firmar los registros; siempre he votado por mí partido y como es el de los obreros, he creído ayudar a los de mi clase; entre los albañiles hay muchos como yo.

Un acceso de tos no dejó continuar al 16.

-Yo no me meto en líos, no entiendo, todas las veces

que he reclamado ha sido peor. Para los días que me quedan de vida es mejor tarse calladito.

El negro al hablar daba vuelta el labio inferior hacia abajo en gesto despectivo; el conjunto que formaba su jeta violácea, la negrura del rostro y el amarillear de sus ojos enfermos, lo hacían parecer figura de afiche por la violencia de los colores.

-En el profesorado primario, el movimiento social ha adquirido, desde muchos años, gran importancia. El continuo contacto con los hijos de obreros y sus familiares, no les permite ser indiferentes a una realidad miseria que hasta los ciegos ven. Es convicción de conciencia que el régimen actual debe sufrir una evolución trascendental, para poner fin este estado de cosas. La prensa en general ha acusado al profesorado primario de comunista, de disolvente, y se olvidan decir que en el diario contacto con la pobreza y las necesidades del pueblo, tiene forzosamente que germinar en sus espíritus un grito de rebelión; no es posible la resignación o la conformidad con un régimen que produce tales frutos.

-Todos los que pueden han opinado sobre el tema que yo expuse; sólo calla el camarada 21. No creo que él forme parte entre los explotadores, lo más probable es que sea miembro de algún partido político.

-No formule hipótesis, compañero. Ya que usted lo pide, le daré mi opinión. Hasta hace un año atrás mi vida se deslizaba sin preocupaciones de ninguna índole; era uno de la pequeña burguesía; criado y moviéndome siempre al lado de mis padres no supe de necesidades; desde los 18 años trabajé en una mercería que tienen. Se murió mi madre y poco después me disgusté con mi padre y me alejé viniéndome a Santiago. Influenciado por el ambiente de mi casa, fue miembro activo del partido balmacedista; me parecía indudable la bondad de su programa; creí que ningún problema de interés nacional quedaba al margen de él.

"Llegué aquí a Santiago, como se dice vulgarmente, con los brazos cruzados. La odisea que en esas condiciones he pasado durante este año, me parece a mí la más dolorosa de las experiencias; sin embargo, comprendo que esto es el pan cotidiano de todos los obreros y de la gente que ocupa puestos subalternos en la maquinaria capitalista. El vuelco que esta experiencia ha dado a mis ideas, es para mí trascendental. Como el compañero 14, siento el problema en la misma forma; sólo difiero en la importancia que le da a la solución encontrada.

"Desengaños tal vez, como miembro de una entidad liberal, influyen en mi razón para hacerme pensar que los partidos con pretensiones electorales no son la solución de este problema. Nuestras esperanzas de redención, encuadradas dentro de un programa político, pierden la idealidad con que se formulan en la mente, se contagian con el interés demasiado inmediato a la agrupación. Algo de esto le acontece actualmente al partido Socialista. No crea, compañero, que yo tenga la pretensión de considerar importante mi manera de pensar, ¡en absoluto! la formulo porque usted me interroga y porque todos los que estamos aquí somos individuos modestos y cada cual ha expresado con libertad su punto de vista, sin que turbe sus espíritus la falta de trascendencia o de valor de sus ideas; hecho este paréntesis continúo:

-Estimo que hay dos peligros para el partido Socialista, dos causas que lo pueden atrofiar, haciéndolo cambiar su curso.

"Se está intelectualizando con una rapidez excesiva. A él acude toda la juventud ambiciosa que antes iba a militar al Radical y a toda la gama de partidos liberales. La juventud bulliciosa que rejuvenecía con sus arrestos a esas caducas colectividades, acude ahora, como mosca a la miel, al Partido Socialista. Entre esos elementos, algunos serán convencidos, y el resto lleva sus ambiciones personales, juventud mediocre, mentecata, que se figura haber

encontrado la escala para subir. Este mal empeora al segundo que es:

"El partido no ha sabido o no quiere reconocer que debe estar solo y siempre luchando en la oposición; que ahí debe forjar su gente y prepararla para el momento en que asuma el poder. No debió entrar en maridaje con los partidos que se dicen de izquierda; el contacto le va a ser funesto; se van a crear intereses particulares que priman sobre su ideología, y dentro de poco tiempo sólo será otro partido político en el país.

-El augurio es bastante pesimista y muy fácil de rebatir.

-Perdone una interrupción, compañero; no dudo que usted pueda demostrar que estoy equivocado. Parto yo de una apreciación personal que no tiene más asidero que mi experiencia. No cansemos con estos temas a los compañeros.

-Conforme, camarada.

La conversación tenía aburridos a los enfermos. Ahora dialogaban entre vecinos, sin interés, temerosos de una charla como las anteriores; el 15 había comentado:

-Esto es peor que un rosario en el hospital San Fernando.

Después que repartieron el agua caliente, el 18 preguntó:

-¿A dónde quedamos en el cuento de anoche?

-¿Que no lo terminó entonces?

-¡Qué esperanza!. Lo corté ahí porque me di cuenta que se las estaba ganando el sueño. Bien, ¿dónde quedé?

-Quedó en el casamiento de la princesa, cuando en la fiesta, de tanto tañer la guitarra, se le zafó el dedo gordo.

-¡De veritas que ahí quedamos!

-Siguió la fiesta y yo con el dolor del hueso no pude avivar más las cuecas. Notó la princesa que le faltaba animación al baile y preguntó:

-¿Qué pasa que parece que la alegría se desgana?

Uno de esos que se fijan en todo le dijo:

-Es que Madrid, el forastero, se lastimó el dedo.

-Tráiganmelo para acá -dijo ella.

Y allá fui yo, pues compañeros, al lado de esa princesa tan relinda; iba todo cortado, sin saber cómo disimular el hipo; ¡si le había puesto al tinto duro y parejo!

-A ver el dedo enfermo -me dijo, y yo le mostré mi pulguero, y ella acercó su hociquito chiquito, cómo el de la doctora, y me dio un soplido, un poquito rociado.

-Sóbate, Madrid.

Le obedecí y me quedó como nuevo.

Yo que estaba más tieso que guasa con los vestíos almidonaos, le día las gracias y me largué, pues hermanitos, a tañer que ni se me veían los dedos...

Mientras tanto el rey meditaba como vengarse.

"La Guardia", a pedido de Manuelito, pasó a ver al 19. Ordenó llevarlo a Aislamiento.

En la mañana no hubo novedades; las doctoras continuaban sin hablarse y su disgusto estimulaba su espíritu de trabajo.

El 12 fue llevado a Rayos, fue pasado directamente a aislamiento; después se supo que su enfermedad era una TBC en estado avanzado. Valdebenito aprendió así como los doctores llamaban a la tuberculosis. Al 22 le ordenaron levantarse dos horas.

La despedida al Profesor iba a ser pronto; consistiría en una copa de champaña. Corría el rumor que lo reemplazaría el doctor Olivares.

A última hora llegó el doctor Mariano. Traía la segunda radiografía del 11; le dieron de alta.

Antes del reparto del té, Godoy trajo la noticia: el 19 había muerto; sólo se sabía de él que se llamaba Gutiérrez;

nada, absolutamente nada más. La Asistencia lo había recogido a la llegada del tren; venía enfermo y solo.

Un rato después pasó el carro sonajero que lleva los muertos al depósito. Los enfermos de la sala fueron los últimos que lo recordaron... Y fue un cadáver más para la autopsia.

La señora del 17 vino a verlo y esto le causó extrañeza por no ser día de visita. Era una mujer joven, cuando más de 28 años, criolla, casi blanca; el único defecto visible era la falta de un ojo. Conversaron teniendo cuidado de que nadie oyese lo que hablaban. Se fue y el negro quedó triste, deshecho; su mirada vagaba perdida y rumiaba penas, buscando solución a sus dificultades.

-Alégrese 17, afligiéndonos nada se remedia; échese a la espalda las preocupaciones, olvídelas. Cuéntenos otra mentira como esa de Quintín Romero que con una mano levantaba un saco de salitre y con la otra de una bofetada lo aventaba.

-¡Si no son mentiras, 21! También dirá que son mentiras lo que me pasó con una gallinita de la pasión que tenía.

-Ya, cuente luego la historia -dijo Madrid.

-Se encluecó la gallinita y sólo tenía un huevito; me conseguí con un amigo otros dos y la eché. ¡Buena sacadora!, se levantó con tres pollitos. Yo no me preocupé más porque es mi mujer la que se entiende con las aves. Un día me dijo:

-¿Qué vamos a hacer con la gallinita de la pasión?; se va a salir muriendo.

-¿Qué le pasa?- le pregunté.

-Anda a verla.

Me fui para el sitio; y ahí la encontré. ¡Era para la risa!: detrás de ella tres pollos, uno de la pasión enanito y dos Indiangue, mucho más grande que la gallinita. Piaba llamándolos y partían los dos guagualotes; en dos zanca-

das estaban al lado de ella, mientras que el otro chiquitito se las pelaba moviendo las patitas y siempre llegaba cuando los otros se habían comido los granitos. A la oración; cuando se iban a acostar, se metían los grandotes debajo de las alas y dejaban en el aire a la pobre avecita; ¡menos mal que el pollito se las arreglaba debajo de ellos! La pobre gallinita pasaba las penas del tacho estirando las alas para cubrir a los gigantes que por mi culpa tenía de hijos. ¡No se rían! Yo digo que tenía esos hijos por mi culpa, porque no advertí lo que iba a pasar colocando en su nidal huevos de gallina grande.

El 17 se levantó hablar con el 21.

-¡Cómo no voy a estar apenado! Fíjese lo que me pasa. En el sitio que cuido tengo un ranchito con tres piecesitas; para ayudarme le doy pensión y alojamiento a dos trabajadores de unas obras de ladrillos que hay por ahí cerca. Aprovechando que yo no estoy en la casa, uno de ellos quiso entrar a la pieza de la señora para aprovecharse de ella. ¡Casi los deslomó a palos y encima lo mandó preso y el otro se fue debiendo la pensión de la semana y me llevó un perrito muy bonito. Lo que más siento es mi perro; pero no para ahí la desgracia, compañero. Se metió una vaca a la chacrita que tengo y se perdió todo, lo que no se comió lo pisoteó, dice mi mujer que dan ganas de llorar al ver el perjuicio que hizo. Ella estaba sola, mi perro siquiera ni se atrevió a salir cuando sentía ruido.

-Parece muy buena mujer su compañera, 17.

-¡Y es bien cierto lo que dice, 21! No la cambiaría por ninguna otra; estoy muy contento con ella. Ya van para los siete años que estamos casados; antes alcanzamos a vivir juntos como dos años. La primera vez que vine al hospital, enfermo del corazón, venía grave; entonces la madre me dijo por qué no arreglaba estas cosas casándome. Yo acepté, ella también y nos casamos por la iglesia y por el civil. Yo tengo muchos más años que ella. Le voy a contar como la conocí.

"Para dormir arrendaba una pieza, por ahí cerca de Vitacura. Resultó que el vecino de la pieza era conocido mío; vivía con la que es mi mujer ahora, el hombre se había dado al trago; la pobre tenía que trabajar para comer. Yo le mandaba a lavar mi ropa y donde podía la recomendaba para que le diesen algún ganito. Se aburrió de tomar el compañero y se enganchó para el Norte, dejándola abandoná. Lloriqueó su poco la pobre, al fin y al cabo, fuese como fuese, tenía alguien que mirase por ella. Se empleó en una cocinería; yo me apatroné con un gringo para el lado de Cisterna, la perdí de vista. Como al año se fué el gringo a Buenos Aires y remató la casa y los muebles. Quedaron un montón de trastos viejos que no servían para el remate: toditos me los dio a mí, quedé con casa aperá. Volví para Vitacura, por ahí tengo todos mis conocidos, me costó poco encontrar trabajo; como a los dos meses la vi a ella; le propuse que viviera conmigo, que así no pasaría las pellejerías que tenía que aguantar en los boliches donde trabajaba. Aceptó y desde entonces no nos hemos separado nunca y nunca hemos tenido ni un sí, ni un no. Ella sabe que yo soy el hombre que mando y yo la respeto y la considero como mi mujer.

El negro había desahogado su corazón contándole su historia al 21; estaba alegre.

Dijo su "hasta mañana" la monja, después de haber rezado, y el 14 aprovechó el silencio momentáneo para que fijasen la atención en sus palabras.

-Camarada, 20. Usted que dice haberse encontrado en la matanza de Iquique, ¿por qué no nos cuenta sus recuerdos de esa época?

-Tengo que pensarlo, compañero. Soy medio lerdo de la memoria; necesito tiempo para acordarme bien de las cosas y más de esas que ya hacen tantos años que pasaron. Mejor les voy a contar un chasco que me pasó con unos bandidos.

"El año 20 volví pobre del Norte; se me habían concluido unos ahorritos que tenía; y las oficinas sin esperanzas de encender los fuegos. No me quedó más camino que partir para el Sur. Como traía buenas recomendaciones y tenía patrones conocidos, conseguí entrar de capataz en el fundo Providencia. Lo que ganaba no era mucho, pero ahí podía esperar mejores tiempos para irme al Norte; tenía casa, ración, un pedazo de tierra y otras garantías, pero, a pesar de todo, con la carga de chiquillos me veía alcanzado. Un domingo decidí ir en busca de te Burro, yendo a buscarlo me ahorraba los cobres que por él me cobraban en el despacho del fundo. Me habían dicho que crecía ésta en unos cerros que se divisaban cerca; eran unos riscos muy parados y no había huellas. Me aprovisioné bien, tenía caminata para todo un día; llevé charqui, azúcar, pan, mi tacho y los cigarros y los fósforos que no me pueden faltar nunca.

Salí de noche, quería estar temprano de vuelta. Encontré hasta yerba, crece entre las piedras y a orillas de los peñascos altos; llené bien un saco quintalero y preparé un montón grande, la amarré con una soga bien apretada y con una punta larga que dejé del cordel, amarré el saco y como vi que del valle se venía levantando una ñiebla, sin preparar el tacho para calentar las tripas, me eché la carga al hombro; por delante montón, por la espalda el saco quintalero y me volví a la casa mascando un pedazo de charqui, yo bajando y la ñiebla subiendo; ligerito no me veía ni las manos, perdí el rumbo y el quiltro que llevaba no me sirvió, seguía bajando, pasé un portezuelo y siempre caminando cuesta abajo. Me pareció divisar el resplandor de una fogata, para allá me dirigí, el quiltro empezó a ladrar; ni supe cuando me encontré casi de sopetón con un hombre que con una recortá me hacía los puntos:

-¡Arriba las manos!

Le obedecí.

-¿Qué anday haciendo por aquí?

Me extravié, iñor. Vine al cerro a buscar "te burro".

-Sigue adelante -me dijo.

Seguí bajando hacia la fogata, y él de atrás. Lueguito olfatié olor a carne asá. Llegamos a un claro, ahí había dos hombres asando un cuarto de vacuno. Me preguntaron si andaba con arma. Yo le contesté que tenía una cuchilla y nada más. Me dijeron:

-Siéntate en esa piedra. Y no me trajinaron na.

Ahí quedé pensando que me harían. El hombre se metió a una cueva que había al lado de unos matorrales. Por los rastros me pareció mina abandonada; salió con otro y se allegaron a hacerme preguntas. Yo les conté que era muy pobre, tenía muchos hijos y que andaba recogiendo te Burro. Al rato uno de los que estaba asando la carne pegó un silbido; se reunieron como ocho alrededor del asado.

-Sírvete hombre- me dijo el que hacía de jefe.

Saqué mi cuchillita y corté una buena lonja.

-¡Bonito cuchillo! ¿A verlo?

No me quedó más remedio que pasárselo.

-Estoy jodido-pensé yo.- Ya no tengo ni con que defenderme.

El cuchillo yo lo había ganado en unas partidas de rayuela para un Dieciocho, por allá en el norte.

-Linda la cuchilla -volvió a decirme.

-Si es de su gusto déjela para usted.

-Gracias, amigo, se la voy a aceptar, me gusta la herramienta esta.

Estuve hasta cerca de las 12 con ellos; a esa hora me dijeron:

-Bueno, amigo. Va siendo tiempo que se vaya, saque esas yerbas del saco y venga para acá.

Les obedecí, desocupe el saco quintalero y lo seguí. Entramos a la cueva, a un lado había un alto de cueros de vacunos y al otro un ensanche; parecía almacén como estaba de víveres.

-Apérate bien, lleva todo lo que podáis y él al lado. El saco quintalero se me hizo chico; le puse azúcar, fideos, salmón, sardinas, casi un cuarto de saco de harina, arroz, fósforos, de todo lo que pude. Llené bien el saco y con eso me contenté. Afuera arreglé la carga. Estaban todos los de la cuadrilla. Conté ocho en total. Listo para retirarme el que era jefe me dijo:

-Hay una de estas libre -y me señalaba un choco de carabina. Si quiere se viene con nosotros. Como ve, no se pasa mala vida.

-Gracias, iñol. Tengo muchos hijos -le dije.

-Bien, pues mi amigo. Usted me dio su cuchilla, llévese esta cortapluma de recuerdo.- Y me pasó ésta que todavía conservo.

La cortaplumas del 20 anduvo de mano en mano; tenía entre otras una cuchilla grande puntúa, que en manos hábiles era un verdadero puñal.

Me dieron la dirección del camino que tenía que seguir y después de prometer no decirle a nadie lo que había visto me fui para mi rancho. Habría andado como mis tres cuartos de cuadra, cuando uno me gritó:

-Adiós, Rivas. Acuérdate de la boliviana que mataron en la plaza de Iquique.

Quedé todo confundido. Yo no le había dicho a ninguno cómo me llamaba; seguí para mi casa pensando quien podría ser el que me conocía. Ya les he dicho que soy lerdo para recordar las cosas. Llevaba como dos horas caminando, entonces vive a salir del empacho: el que hacía de jefe era cara conocida, eso y lo que me había dicho en el grito me sirvió. Resulta, compañeros, que para la huelga de Iquique, después que hicieron la primera descarga, no

quedaba más remedio que arrancar, buscar donde guarecerse de las balas. Yo que había hecho mi servicio militar me acordé y sin más me tiré al suelo al tiro; de ahí divisé como a diez pasos donde esconderme algo siquiera.

Había una boliviana que tenía un carretoncito tirado por un burro; adentro llevaba una cocina para vender comida caliente; era una mujer gorda, maciza. Como les digo poquito más lejos de donde estaba yo, en el suelo se veía el burro muerto, y la boliviana debía estar lo mismo, no movía patas; más allá el carretoncito dado vuelta y la tendalá de ollas por el suelo. Empecé a arrastrarme por la vereda cuando pasa un gallo corriendo por mi lado, lo pesqué de una pata y cayó:

-Bótese, iñor. ¿Cómo se le ocurre arriesgarse así?

Empezó a arrastrarse junto conmigo y él se guareció tras la boliviana y yo detrás del burro. Lo que se cansaron de matar gente-yo estaba debajo de tres gallos, ya me ahogaban- avanzó la tropa y vamos tomando presos y dando culatazos a los que estaban en el suelo, por si aún les quedaba vida; nos paramos empapados en sangre, corría como agua por la cuneta.

Ahora lo recordaba patentito, el jefe era el que se salvó detrás de la boliviana gorda, ese me debía la vida, por eso no me habían muerto.

Llegué a la casa, abrimos un tarro de salmón, la mujer quería saber de adonde traía tantos víveres, yo no le dije una sílaba. Un tiempo después se hablaba mucho de una cuadrilla de bandidos, que andaba haciendo barbaridades por los fundos cercanos a Limache, Quilpué y pueblos de los lados. No podían dar con los salteadores, ya debían más de diez muertes. Como a los dos meses después, en las bodegas de la hacienda, oí contar que en Casablanca les habían hecho una encerrá; mataron a siete. Días después el bodeguero que tenía un diario de Valparaíso, me los mostró, ahí salían las fotografías, los conocí al tiro: eran los que yo encontré en los cerros. Me quedé pensando,

tratando de acordarme si eran ocho, como los que yo creía o eran siete los que vi.

Si estaban muertos era una barbaridad dejar perderse tantos alimentos. El primer domingo de noche partí para alla; no encontré a nadie, ahí estaban el alto de cueros hediondos y el rincón lleno de víveres. Ese día hice como tres viajes, arrié casi con todo, menos los cueros; en el primer viaje llevé a mi chiquillo más grande con un caballo. Lo dejé por acá lejos y yo me fui a traer las cosas. Cargamos la bestia, y nosotros con sus grandes paquetones a la espalda; como le dije los cueros no los toqué.

Pasó muchísimo tiempo. Una vez venía yo del Tranque para Casablanca, cuando me alcanzó un mocetón de unos treinta años:

-¿Para adonde va, amigo?

-Para el pueblo; voy tranqueando; vámonos juntos.

-Bien, pues compañero, así se nos acortará el camino.

Seguimos, era bueno para andar y no muy conversador el hombre. Habíamos caminado poco más de una legua, cuando enfrentamos un despacho.

-Pasemos a tomarnos una cerveza -le dije.

-Ando sin plata.

-Yo llevo, pasemos no más.

Como a dos metros del camino, en unos horcones había tendida una vara de álamo; ahí los compradores amarran sus bestias; retirado, a cinco pasos, empezaba la mediagua dejando un corredor con una puerta colorada al medio: la entrada al despacho. Oscuro, con una pizquita de luz que se colaba por la puerta del fondo, tenía que acostumbrarse la vista para distinguir las cosas.

Pedimos pan, arrollado y un par de botellas, de esas grandes, ¡fresquita la cerveza!, ¡estaba rico el trago!. En un rincón había un hombre tomando, al rato lo vimos, con el sombrero gacho, no se divisaba ná la cara, de repente se paró y dirigiéndose al que andaba conmigo le dijo:

-Andate, que a este otro lo voy a matar por feo.

-¿Tay seguro de matarme?, ¡no se vaya a helar la chacra -le dije, y mi compañero acercándose a él le gritó:

-Anda a mandar a tu casa; de aquí no me voy hasta que se me antoje.

-Por vos voy a empezar -y sacó una cuchilla acorvada de más de una cuarta.

Como estábamos cerca de la puerta hicimos ademán de salir.

-No traten de arrancarse ch... de su madre porque los baleo hasta que caigan los dos.

-¿Quien va a arracar de vos, cursiento...?

Y le largó la rendía mi compañero. ¡Putas el roto atrevío!

Salimos al laito afuera; entre el despacho y los horcones había un buen trecho, linda cancha pa jugársela. Saqué mi quisca y le dije a mi compañero:

-Déjeme a mí. Yo soy el que no le he caído en gracia.

-Hágase un lado, que estoy quemado hasta la hiel. A este... le voy a enseñar a ser prosudo.

Me empujó a un lado y se arrolló la poncha que llevaba al hombro en el brazo izquierdo. Quedaron agazapados frente a frente los dos rotos. Mi compañero tiró el sombrero al suelo. Parecía que la cara se le había chupado; pálido se cimbreaba en la punta de los pies, moviendo despacio el barajo delante del pecho. El otro con el pañizo encima de los ojos meneaba las patas como gallina escarbando. Después de dos o tres amagos se tiró de frente el desconocido. Yo no me doy cuenta de lo vivo del ojo y la ligereza con que mi amigo saltó a un lado y le lanzó un punzazo que el otro alcanzó a chingar con el brazo. Ahora quedaron cambiados y mi compañero tenía casi juntas las manos, una con la quisca y la otra forrá en la manta. El otro simuló un corte a un costado y se le volvió a tirar de frente y ahora fué tan ligero que apenas vi como

pasó la cosa. Se desvió de un salto mi roto, cambió de mano la cuchilla, golpeó con la derecha defendiéndose y le tiro agachado casi al ras del suelo un revés, tajo rebanado a puro fijo que lo cortó en la pantorrilla.

Se le enconó la rabia al hombre y sin hacer más firuletes cargó como un perro enfurecido; cuando se separaron el matón estaba herido en las dos piernas y a mí compañero le corría sangre del brazo izquierdo. Cambió nuevamente la cuchilla. ¡Era gallo y lince!, maestriaba a las dos manos, -y empezó a torearlo dando vuelta alrededor, se le desenrolló algo la poncha del brazo y sin preocuparse de ella la arrastraba por el suelo. De repente, en una de las apequenadas como un chicotazo, le tiró la punta que colgaba de la manta a la cara, botándole el sombrero y entierrándole todo. ¡Putas el hombre enojado!, se le encelaron los ojos y ¡por Cristo!, la mirá asesina que tenía. Cuando podía se daba sus manotadas para secarse los lagrimones. Mi amigo saltaba como gato, acosándolo por todos lados; en una de estas lo vi agacharse y partir disparado, lo mismo que resorte con el barajo arriba. Se sintió un quejido y el otro se encogió como si tuviera retorcijones de tripa y se fué apegando pal suelo, ahí quedó encluclillado, dado resoplidos hasta que se desmayó para un costado, botó la cabeza encima de los brazos y finó sin estirar las piernas ni soltar la cuchilla.

Me acerque a mi compañero y le dije:

-Se desgració.

-Peor hubiera sido lo contrario. Cuento con usted.

-Eso no hay ni que hablarlo.

Duró poco la pelea, no alcanzó a amontonarse gente. El despachero apenitas salimos del local atrancó la puerta, dejó encerrá las mujeres y él salió a mata caballo en busca de guardianes.

Ahí estábamos nosotros cuando llegaron, yo parado y mi compañero lavando la cuchilla a orillas de una acequia;

con un pañuelo le había vendado el rasguñon. Les contamos cómo había sido, que nos vimos obligados a defendernos por nos iba la vida. Se acercaron al muerto, lo miraron un rato, se hablaron entre ellos y el que hacía de jefe nos dijo:

-Váyanse, no más. Este era el último bandido que quedaba de la cuadrilla que matamos pal lao de Casablanca.

Nos fuimos, y mi amigo riéndose me decía:

-Nu'es ná tan feo usted pá que lo quieran matar por eso.

Y yo pensaba:

-Quizás si el hombre ha ido a la mina abandoná donde tenían la guarida y se ha encontrado con que yo le llevé todos los víveres. Me ha reconocido; por eso me buscó camorra.

Como a la semana el bodeguero me mostró un diario. Salía el retrato de un cabo que peleando de hombre a hombre y a cuchillo había muerto al famoso bandido. Le daban un premio en dinero y lo ascendían a sargento.

-¡Es bien cierto lo que dice el 20! En Tinguiririca, cuando estaba vivo mi padre, hicieron un salteo. El, como tenía carabina, corrió a los gritos de auxilio y alcanzó a botar a un bandido; los demás se arrancaron. A ese lo llevaron al retén y en la misma noche lo hicieron confesar el crimen, lo pusieron a la barra y le llevaron el cadáver de una de las víctimas, dejándolo a un lado; antes del amanecer se cerró a gritos y confesó que él era el que lo había muerto y delató a su cómplices.

En el diario se habló de la valentía de los guardianes y de mi padre, que pilló al que le dio los datos para capturar a los otros, no dijeron nada.

-Y el 15 se calló contento. Había conseguido que todos los escucharan.

El 13 continuó la conversación. Tenía una voz tal vez demasiado delgada para un hombre de su edad: 39 años.

-En Pichidegua, hace años atrás pasaba lo mismo; el valor de los bandidos lo medían por el callar largo o el callar corto. Una vez encontraron apuñaleá una vieja; era una avara. En una casa de niñas dos forasteros gastaban plata que era vicio; como era plata antigua los tomaron por sospechas, los llevaron al retén y los plantaron al cepo; ahí mismo estaba la morgue, en la noche les pusieron el cadáver en las piernas, a las dos horas habían confesado el crimen. Los diarios hablaron de la hábil pesquisa y pedían ascenso para los guardias.

Manuelito avisó:

-Conversen más despacio. Va a pasar La Guardia.

Con esto terminó la charla general, muchos se tendieron a dormir y otros se quedaron conversando entre ellos.

Se repitió la mañana monótona, tarea de todos los días. A la diez la sala quedó sin doctores; se fueron a la reunión semanal.

Llegó el carro. Venía un paciente que formaba un gran bulto bajo la ropa; totalmente tapado nada se veía de él.

Acercaron el carro al lado de la cama 19 y el conductor le gritó:

-Ya, enfermito, pásese a su cama.

De debajo de las sábanas surgió la cabeza de un hombre excesivamente gordo, rojo; dio una especie de bufido por respiración, se pasó a la cama, se acomodó en los almohadones y siguió bufando en vez de respirar.

-¿Usted viene enfermo del corazón? -preguntó Godoy que repartía el almuerzo.

-Sí.

-Sin sal -y le dejó el plato de almuerzo correspondiente. Al rato como no le trajeran más alimento rezongó:

-¿Y ésta es toda la bulla de comida? ¡ni fiado!; entonces le dan dos platos por lo menos.

Pasó en ese instante una niña por el hall y el negro 17 la llamó:

-¡Pish!, adiós.

-¡Más, qué fresco el mote! -comentó el gordo 19.

Entraron tres personas: un chiquillón de 22 años, macilento, pálida la cara cubierta de espinillas, a su lado un moreno fornido, en un brazo una poncha de castilla. Don Aliro le señaló al muchacho la cama 11.

-Acuéstese y usted tiene que arreglárselas como pueda.

Al llegar los doctores de la reunión se encontraron con la novedad de dos enfermos nuevos. Examinaron primero al 19 y el resultado de las pruebas cardíacas fue dejarle una sangría; les llamó la atención que este hombre en esas condiciones hubiese tenido ánimo para almorzar. El otro enfermo dijo venir del San José; lo habían enviado de allá creyéndolo tuberculoso; como se había comprobado que era un cardíaco lo habían trasladado; le recetaron digitalina, y al 22, que se levantara dos horas.

Antes del té se corría la noticia que el enfermo 11 era un reo rematado y el acompañante un vigilante de la penitenciaría vestido de civil. Todas las miradas se concentraron en la dirección del 11; sin embargo este no se daba por aludido.

Distrajo la atención una visita que recibió el 13. Joven, no representaba más de 23 años, alta, bien formada, con gusto para vestirse, sin que su ropa fuese de lujo; su andar onduloso y el movimiento de sus caderas tenía algo de lascivo, excitante, y en sus ojos negros, cargadas de rimmel las pestañas brillaba una malicia incitadora. Se dieron un sonoro beso y esto llamó la atención de los enfermos, creando silencio, de tal forma que lo que hablaron se oyó en la sala.

-¡Mi hijito, no sabe el susto que he pasado! Recibí su

telegrama en Curicó; estuve el tiempo indispensable para cumplir tus encargos.

-Y mi madre ¿qué te dijo?

-Como siempre encontrándome muy joven y buenamoza para ti.

Y estalló en carcajadas moviéndose en la silla que había colocado junto al velador mostraba sin reparo su boca desdentada. La desilusión fué grande. Nadie se volvió a preocupar de ella. El 19, a quién ya habían hecho la sangría, comentó en voz baja:

-Lo boquita se volvió tarasca; le quedan dos o tres veteranos todos estropeados.

-¡Chitas! que es reparón usted iñor -dijo el 18.

-¿Para qué engaña así? Con tal buena fachada no tiene derecho a no cuidarse los chocleros. Lo que falta es que debajo de los guantes aparezcan las uñas con luto. El pobre 13 no va a sanar nunca. ¡Es mucha hembra para un enfermo del corazón!

-No es na dentrador usted, 19; cuando los otros no llegan ni a la mampara, ha recorrido toda la casa.

Se callaron; se oía la voz del 11.

-Y cuando sepan por qué estoy preso, verán que soy inocente.

El vigilante se reía de la afirmación del 11.

Esa noche a pedido de todos, el 11 contó su desgracia.

-Narrar la historia completa es muy pesado; sólo voy a referirme a lo que pasó cuando me condenaron.

Estaba trabajando en un taller de niquelado. El patrón era un hombre de muy mal genio y muy tomador. Por emborracharse algunos sábados sólo daba suples. Fue día lunes en la mañana cuando me desgracié. El sábado me había dado $ 10 de suple y yo como quería retirarme le pedí mi libreta y mi dinero; parece que estaba con la mona viva, se puso furioso, me amenazó y se me fué a la

carga, yo arranqué por el taller y como ya me pillaba endilgué por un pasadizo para la casa de él. En el corredor me alcanzó y me dio una tanda que me dejó chorreando de sangre. Cuando se alejó empecé a gritarle lo cobarde que era; le pegaba a un chiquillo. Volvió y yo me defendí dando vueltas por el rededor de la mesa; ahí vi una cuchilla de comedor, eso si que puntúa; la pesqué y cuando se me vino encima se la tiré desde lejos y me fuí para la calle y seguí para donde una tía. Yo no sabía lo que había pasado.

"Al otro día en El Mercurio vi la noticia: el cuchillo que yo le lancé desde lejos, le hirió el corazón y murió instantáneamente. Yo me escondí en la casa más de dos meses; después me atreví a salir, de a poquito; fui tomando confianza, me junté con amigos; y una vez por defender a uno de ellos, me tomaron preso, me reconocieron y empezó el proceso. Mi madre estaba en la Argentina; mi tía no quiso meterse en nada, no tuve quien me defendiera; me condenaron a cinco años. Yo obré en defensa propia, con eso me había salvado. Si hubiese tenido $ 200 para unos escritos, me dejan libre.

-¿Y por qué no hizo reclamo en las visitas semestrales?

-Ah, la visita de los "se le hará". Son tonterías, engañiflas, para parar la mona, miren pues.

El teniente averigua primero que es lo que uno va a reclamar; si no les conviene, no lo autorizan; tienen que ser leseras para que lo dejen hablar. Oyen con mucho interés y se despiden con un "Se le hará lo que pide".

Después entre los presos se comenta lo que ha dicho el ministro y resulta que a todos los conforma con "Se le hará".

Cuando uno recién llega lo ayudan para que no piense mucho, lo aconsejan para que olvide; de no les entra el chiche, se ponen malo de la cabeza. Sólo debe pensarse que hoy dieron el rancho y mañana también tendrán que

darlo. Hay que olvidar mujeres, madre, hijos y cuanto diablo amarra al hombre.

Concluyó de hablar el 11, y a pedido general el 18 empezó un nuevo cuento.

-Voy a contarles las desesperaciones de un chino, los sustos de un negro, y como un rotito se casó con una princesa otomana.

Las carcajadas duraron hasta más de media noche.

La despedida del Profesor se iba a verificar a las once y media; el apuro era grande y el resultado fue que después de la visita clínica quedó casi toda la sala en pie; los condecorados eran el 13, 14, 17, 18 y 22.

El primero en levantarse fué el 18. Resultó un hombre chico, sucio el paletó; resaltaban negreando, las huellas que ha impreso en un costado la caja de gásfiter callejero. Anda moviendo los pies hacia afuera, balanceándose; parece un pato criollo que sale de una acequia de aguas cenagosas, todo sucio, sacudiendo la cola y las alas.

El 13, cubierto de un sobretodo, vuelve de la toilette, pulcro, cuidadosamente afeitado: ha distribuido en tal forma el pelo de su cabeza que ni se nota su semicalvicie.

Los cinco condecorados salieron a conocer el hospital, tomaron once en el comedor y se fueron a sus andanzas. Volvieron a la hora de comida y entonces supieron que el 12, el que había prometido contar muy bonitos cuentos, había muerto alrededor de las tres. El 16, con la cara sombría, murmuró:

-Chitas, tenía la misma tos que tengo yo.

Algunas conversaciones particulares y el cuento del 18, ocuparon un tiempo. Después el 14 dijo:

-Camaradas, durante el recorrido que hoy hemos efectuado por dentro del hospital, se ha ofrecido la oportunidad para que me formulen ciertas objeciones referentes a nuestras últimas charlas. Deliberadamente no di inmediata contestación a ellas; estimé más conveniente

hacerlo aquí en conjunto, reunidos, por si las mismas dudas han nacido en vuestras mentes. Así, por ejemplo, el camarada 13 me decía: cada cual se forja su propio destino y el de los suyos; nosotros heredamos la derrota o el triunfo de nuestros padres, nos dan sus taras y a veces sus cualidades y también recibimos una situación en la escala social que nos hará, según sea la colocación, más o menos fácil triunfar en la vida. Estas fueron sus ideas; tal vez no sus palabras y ha sido afortunado el camarada al subrayar una de las injusticias del sistema actual; corolario de aquellas aberración que llaman "propiedad privada", el absurdo que permite perdurar al régimen capitalista. Desde el instante que dice que nacemos en una escala social, da fe de una desigualdad que existe y que debe desaparecer.

"El hombre, animal de presa, acaparador, egoísta, que sólo piensa en su propio bienestar y de los suyos, no debe existir en la futura organización humana; y como no es posible controlar los íntimos sentimientos que constituyen la personalidad, donde germinan las virtudes y los vicios, sólo nos queda el camino de organizarnos en forma que sea imposible la fructificación de males como el indicado. Que seamos virtuosos cumpliendo las leyes.

"Antes de explayarme sobre lo que yo concibo como virtud, voy a probar, citando algunos casos, que la mayoría de los capitales se forman a base de expoliación de abusos incalificables, y siempre son la acumulación del trabajo de los pobres. No dudo que en este régimen de perversas costumbres e inicuas leyes, haya gente que reúna fortuna sin faltar a ninguno de estos dos prejuicios codificados, y que por consiguiente, según ellos, son hombres probos, correctos en todas sus acciones. Esto es lamentable, es un engaño, es un narcótico adormecedor de conciencias y sólo prueba que el concepto de moral actual y las leyes son malas. Hay que corregirlas.

"Camaradas: os voy a contar un caso que demuestra como los lobos se reparten el botín y engordan. Si yo fuera periodista, reuniría las pruebas necesarias para hacer de este hecho una denuncia criminal; pero, como no lo soy y no tengo documentos, ni manera de probar legalmente mi información, me limito a contarla. Hecha esta salvedad, vamos al grano.

"Una repartición fiscal, semifiscal o privada pide propuestas públicas, pone avisos en la prensa para ejecutar una gran construcción. Los interesados retiran planos y especificaciones; sus especialistas estudian el negocio y el día fijado y a la hora indicada, en un gran salón o en una muy confortable oficina, se presentan, digamos por caso, seis respetables caballeros, que después de saludar ceremoniosos, se sientan en mullidos sillones, mientras desde su escritorio, hierático, trascendental, el director y sus asesores técnicos presiden la reunión. A veces al acto se le da tal publicidad que acuden fotógrafos y periodistas. Se va a levantar el acta. El secretario escribe, cada proponente se acerca por turno, entrega un sobre grande y da su nombre completo, aunque sea más conocido que el parque; la liturgia así lo exige. Terminado este proemio, el director toma un cortapapeles y una de las propuestas. Los interesados, papel y lápiz en mano se aprestan a tomar nota. Rig... rig suena el sobre grande al rasgarse, extrae los documentos y lee generalmente con voz gangosa, necesaria a la función y trascendencia del acto. Don Fulano de Tal, ofrece ejecutar... por la suma alzada de $ ... Acompaña una boleta de garantía por la suma de ...

"El secretario casi transpira escribiendo, los interesados tomar nerviosas notas y don Fulano de Tal, giocónditamente insinúa una sonrisa desde su sillón. Y así, seis veces se repite lo mismo. Después el director pregunta si hay alguna observación que hacer para dejar constancia en el acta. No hay observaciones. Se firma por triplicado y entonces con voz agradable, jovial dice: El jefe del

departamento técnico -el aludido, cejijunto, sube ferozmente la presión de su tecnicismo- informará al Consejo, el que resolverá oportunamente.

"Con un apretón de manos y remedándose la sonrisa se van despidiendo los proponentes.

"Lo anterior no tiene irregularidad, y aún más, hay gente que proclama que es un hecho que enaltece a las instituciones republicanas, una demostración de competencia cívica emocionante por su espíritu democrático.

"La verdad es muy distinta: Los seis contratistas se han reunido dos o tres días antes de la apertura de la propuesta; se han puesto de acuerdo a quién de ellos le corresponde ejecutar el trabajo, y el presupuesto se sube en este ejemplo en un millón doscientos mil pesos sobre el precio real, suma que a su debido tiempo se reparten entre todos. Estas honradísimas personas nos miran a nosotros, que nos ganamos la vida a fuerza de sudores, con el más olímpico desprecio, con la altivez innata a un elemento distinguido de la clase privilegiada. ¡Canallas!"

-Perdone que lo interrumpa, 14. A mi me tocó oír la conversación de un ruso que se dedica a construcciones, con otro que recién llegaba de la Argentina. Yo estaba tapiando con pandereta el hueco de una puerta en el escritorio de él. Le contaba que para poder conseguir planta y poder edificar, se inscribieron él y su mujer como empleados particulares, vendedores viajeros de joyas y pieles con $ 3.000 de renta mensual cada uno. Hacían las imposiciones correspondientes; después suplieron lo que les faltaba en sus fondos de retiro, y a los dos años empezaron a construir un edificio de departamentos. Como él es constructor y entiende algo de arquitecto, economiza y construye un edificio de mucho más valor que el que otro puede hacer con el mismo dinero. Total que quedó dueño de una construcción de renta de más de medio millón de pesos, y consiguió en la Caja el dinero a

bajísimo interés y a largo plazo y ganándose por la diferencia entre lo que recibe y tiene que pagar, cerca de $ 40.000 al año. Dice que piensa venderlo y edificar otro más grande. Por este mismo tiempo, un caballero que conozco para el lado de El Tropezón y que es empleado en el centro, no podía conseguirse $ 30.000 para edificar una casita en un sitio que tiene. La Caja no tenía fondos disponibles, y yo que iba a hacerle la albañilería, todavía sigo esperando.

-Casos como el que me acaba de narrar el camarada 16 hay muchos. Yo pregunto ahora: un régimen que permite estos abusos como pan cotidiano, ¿está bien? Evidentemente que no, hay que cambiarlo, y la única forma de hacerlo es impedir la acaparación , suprimir la propiedad privada en la forma actual.

"Decía hace un momento que iba a tratar de definir el término virtuoso tal cual yo lo concibo, que es muy distinto de la virtud religiosa que hoy conocemos y para la cual basta cumplir una serie de preceptos morales que en la mayoría de los casos tienden a mantener un régimen de injusticia. Voy a ser más explícito poniendo dos ejemplos. Los políticos actuales tienen el fariseismo de dividir sus vidas en dos sectores: la pública y la privada; en esta última nadie tiene derecho a inmiscuirse; es inviolable, referirse a ella es una felonía. Y así se produce el absurdo de grandes hombres públicos que en su vida privada; son unos sinvergüenzas, unos infames, unos canallas de la peor especie. No, camaradas, los hombres que aspiran a dirigirnos, a ocupar puestos de mando, no tienen derecho a tener vida privada, sus actos siempre deben ser virtuosos, ejemplares, porque el hombre debe ser correcto en todas las acciones de su vida y no en ciertos sectores de ella solamente.

-Yo estimo, compañero 14, que esto es excesivo, va contra la estabilidad de la familia; no es posible que desgracias del hogar sean pasto para todas las maledicen-

cias. Hasta una sentencia muy antigua lo dice: "La ropa sucia se lava en casa".

-Vaya, camarada pintor, con que usted se achica por estas pequeñeces. Voy a analizar lo que usted dice: La estabilidad de la familia, yo, como usted, la considero necesaria y deseable, se ennoblece el corazón con los sentimientos de cariño a nuestros padres y con los recuerdos de niñez de nuestro hogar. Esto nos sensibiliza, nos hace más aptos para ser ciudadanos virtuosos; es como si un acero hubiese pasado por las antiguas forjas de Toledo.

"Y ahora, dígame 13, ¿todos los hogares producen el mismo inefable recuerdo? Ahora, si las pasiones humanas, en libre juego, sin torpes prejucios, tocan en la vida de un dirigente, la solución de este conflicto debe ser de justicia y por consiguiente no necesita el biombo de "la vida privada".

"Incidentalmente, de paso hemos tocado un problema que atañe a la moral actual. Por el pudor y la virtud religiosa de nuestros legisladores hay millares de hogares mal constituidos, amancebados dicen ellos despectivamente; hay miles de miles de hijos ilegítimos. Mientras tanto la conciencia cívica de esos hombres públicos se mueve chapoteando enredada entre los intereses creados del momento, sin poner remedio a este mal.

"Otro ejemplo: La caridad; una virtud cristiana, que para mí sólo es una reacción emocional que nace en nuestro espíritu al constatar las injusticias, las miserias que existen en el sistema actual de relaciones humanas. En el futuro no necesitaremos de caridad, el pleno reconocimiento y ejercicio de los derechos y los deberes de cada cual, barrerá de entre los hombres esta humillante virtud religiosa.

"Virtuoso será nosotros el hombre que ponga toda su capacidad de trabajo e inteligencia al servicio del mejoramiento, del bienestar colectivo, sin que jamás empañe su vida un renuncio egoísta. Puede ser un sabio eminente o un camarada que desempeñe algún menester que hoy día

se mira como degradante porque para ese trabajo se necesita el mínimum de capacidad intelectual. Será virtuoso el que se entregue entero al bienestar común, cualesquiera que sea el resultado. Sólo se evaluará la intención, el fin que perseguía.

"En nuestra sociedad futura debe crearse el premio a "la virtud cívica". Serían tres puestos vitalicios y se llegaría a ellos por un plebiscito, en el cual no debería haber candidatura previa. Las corrientes de opinión impondrían el nombre en la urna sin trabajos preliminares de ninguna especie. Los elegidos deberían tener más de cuarenta años. Estos tres individuos no tendrían ningún privilegio, ninguna prerrogativa y ningún deber, salvo los que les impusiera su propia dignidad. Serían un ejemplo viviente de las más excelsas cualidades del ciudadano, los hombres probos de la república, la más digna encarnación de sus virtudes. Alcanzar a ser uno de esos triunviros sería el galardón más apreciado en la vida de los pueblos.

"Camaradas, creo que os estoy cansando. Buenas noches: otro día hablaremos más sobre este tema."

Los enfermos no contestaron; despiertos siguieron soñando en esa sociedad ideal. ¡¡Que así contagia a veces la fe visionaria!!

Jueves, era día de visitas. Las doctoras pasaron juntas con el jefe; fueron examinando pacientes de cama en cama; resultado dieron de alta a todos los condecorados.

Los que están de salida esperan a sus visitas con los paquetes preparados. El primero en hacerlo es el 17, a quien su mujer ha venido a ver. Antes de partir se despiden de todos personalmente y al 21 le dice contento:

-Apareció el perrito.

El 22 solicita una silla que lo lleve hasta la puerta. La última curación a la herida de la espalda lo ha dejado amolado. De ahí se irá en auto a su casa.

El 18 más que nunca parece un pato sucio; se despide

alegre, feliz, al lado de su vieja compañera, un poco más sucia que él.

El camarada 14 se despide en alto la mano izquierda empuñada y deseando mejoría y prosperidad, concluye diciendo:

-Reivindiquemos nuestros derechos, camaradas.

Al último parte el 13 con su mujer.

Mientras los mozos cambian las camas desocupadas, llega el carro con un enfermo, que acompañan dos mujeres: una de ellas baja, gorda, no se le nota cintura, pelo negro sin canas, cara avejentada. La otra es más alta, mejor vestida y se da cierto aire de importancia impertinente habla con afectación. El enfermo ocupa la cama 18 es un moreno de ojos pardos de mirar bovino, tieso el pelo, rebelde, no acepta ser peinado. Por efecto de la enfermedad la cara está hinchada, así los pómulos le achican los ojos, produciendo la impresión que miran con maldad.

Don Aliro, a pedido de la mujer de ademanes señoriales, llama a la guardia. Le recetaron una sangría y digitalina.

Reparten la comida; al 18 no le dejaron, con gran protesta del enfermo.

El 19 entabla una conversación con el 18; se sabe así de este jardinero de una embajada, que es segunda vez que llega al hospital enfermo y todos los días vendrán de su casa a traerle el almuerzo. El 19 le aconseja no devolver los platos que no quiera servirse. Decía:

-Nunca falta algún pobre que los quiera aprovechar.

En este caso, el pobre será él, y el 18 hambriento prometía seguir su consejo.

El 20 conversaba con el 21; le contaba las peripecias de su vida nortina.

-Trabajaba yo de ripiador y hacía pareja con un chico-co espaldúo, callao, pero roto de primera para el trabajo. Llegó la fiesta del Dieciocho y se corrió la voz que en la

Oficina Anita iban haber ramadas. En ese tiempo permitían para ese día las peleas a guantá limpia, para ver cual era más hombre. Se armaban desafíos de una oficina a otra y a veces llegaban forasteros, de tapadita, así las apuestas subían. Mi compañero me convidó. En la noche del 17 partimos, alojamos a la entrá de la oficina; un sereno tenía ahí aislá su casa. Las fiestas empezaron tempranito con viejas y petardos. Serían las diez, estábamos viendo bailar a una china de botas altas, casi hasta la rodilla, -¡bonitas piernas de las mujeres!- cuando se sintió como un chivateo. Adelante venía un hombre desnudo, cintura arriba, rodeado por chiquillos y otros hombres; más atrás venían dos guardianes a caballo, frente a cada fonda se parara y otro que andaba con él lanzaba el desafío. Peleaba de $ 50 para arriba. Ni me di cuenta cuando mi compañero salió al medio.

-Aquí hay cincuenta pesos.

-¿Y quién es el que pelea? -preguntó el hombronazo.

-Yo -dijo mi compañero.

-¡Puchas!; esto parece burla. ¿Querís morir, hombre?

-No guapee tanto u cópeme los cincuenta pesos.

-Allá van, te voy a dar dos guantá a $ 25 cada una.

Se desnudó también de cintura arriba mi compañero y no quiso hacer caso a mi consejo de que no se metiera con ese hombre. Yo sabía que era fortacho para el trabajo, pero para pegarle a esa mole, no había caso.

Se trenzaron, y del primer encontrón el chicoco rodó por el suelo.

-Con el viento te caís. ¿Qué más irá a ser cuando empiece a pegarte?

-Vamos $ 500 más -dijo mi amigo.

Se rió el otro gallo y aceptó la pará.

Se corrió la voz y toditos vinieron a la pelea; eran $ 1.100 de apuesta. Hicieron una rueda bien grande y ahora si que fue de veras. Bueno el chicoco ágil y corajudo.

Como a los 20 minutos el grandote quedó en el suelo, sin moverse; estaba dado. Lloraba el hombre. No se podía conformar que un cristiano tan chico le hubiese pegado. No era para menos, machucado y con $ 550 pesos perdidos.

Al anochecer llegó un enfermó. Lo colocaron en la cama 17. Lo visitó La Guardia y así supo que venía de Antofagasta; había desembarcado esa mañana y continuando viaje a Santiago en auto.

Valdebenito no pudo conciliar el sueño. Los últimos días de visita nadie había venido a verlo. La señora Eduvigis con seguridad que aún no había vuelto del sur, y la señorita Rosa, tal vez desengañada, optó por el mejor de los caminos: olvidarlo.

El practicante don Aliro le había dicho que estaba mejorando; los exámenes de orina indicaban menos albúmina y disminución de glóbulos rojos. Lo más probable sería salir de alta dentro de dos semanas.

¿Qué haría? ¿Qué camino seguiría al salir del hospital? Ya iban dos noches que no aprovechaba el agua caliente; se había terminado el té y el azúcar, y no podía comprar. Le quedaban $ 17.80 de sus economías; era el único dinero de que disponía, el capital con que tenía que subsistir los primeros días. Por otra parte pedir a sus compañeros era algo inaceptable; mil veces preferible fingirse dormido cuando pasaba repartiendo el nochero.

No era posible continuar la vida sacrificándose sin objeto. Por lógica ilación pensó en su padre y en la mujer que los había alejado, creando entre ellos barrera tan profunda. Sin quererlo, una sonrisa de conmiseración se insinuó en su cara, mientras pensaba: ¡Qué hombre tan mediocre era su padre! y ¡qué insignificante la mujer, causa de todos sus tormentos! Y se sintió liberado. Una satisfacción salvaje se apoderó de él, sentía ganas de salir corriendo, gritando a todo pulmón su alegría...

Estar meses sin pensar en ellos por temor a desesperarse y de repente comprender que no causan ningún

dolor, que el corazón permanece indiferente a sus recuerdos. Su padre, ¡pobre hombre!, enamorado a una edad imposible, y ella, ¡insignificante mujer! ¿Cómo pudo enceguecerse tanto por la pasión? ¡Menos mal, todo había pasado!

Lo que acontecía no estaba de acuerdo con las novelas: en ellas no se olvida o se necesita mucho más tiempo para conseguirlo. Fuese como fuese el hecho es que esa causal de penas ya no le importaba. Y aliviada el alma se tendió a dormir.

El 17 y el 18 concentraron esa mañana la atención de los doctores. El 17 había tenido la precaución de traer los papeles del examen del hospital de Antofagasta, y esto sirvió para confundirlos más. La palidez de su cara impresionaba, no era amarillosa como los anémicos, ni color limón como los enfermos del hígado; era una palidez mate sin brillo, barrosa, sucia como grasa de segunda clase solidificada.

El 18 ya había estado en el mismo hospital; trajeron la historia de su primera estadía y también sirvió para confusión. La enfermedad había evolucionado, demostrando que el primer diagnóstico estaba equivocado. El doctor Mariano les dejó una interminable lista de exámenes. Al 20 y al 21 les pusieron la ficha colorada, advirtiéndole a este último que debía andar lo menos posible, le permitieron además comer pan con sal.

Primero, un hombre uniformado de azul, gorra en mano, como quien guía, señalando, respetuoso, el camino. Más atrás un caballero anciano, alto, delgado, con camisa abierta de sport, sin sombrero, apoyándose en un bastón para caminar; tiene una pierna con la articulación de la rodilla anquilosada. El que va delante se hace a un lado, cediendo el paso a la entrada de la sala; ahí con la mano que sostiene la gorra señala la cama del 18. Hacia ella se dirige el anciano:

-¿Cómo estar usted?

-Como el primer día, aún no siento alivio.

-Yo hablar con doctor. No tener cuidado. Partir al sur, espero vuelta encontrar sano. ¡Good bye!

Le tendió la mano que el 18 apenas se atrevió a tocar.

La visita del embajador ha llenado de orgullo al enfermo y a toda la sala. Se comenta el gesto, alabándolo con una puerilidad infantil. Que les hubiese dado la mano les parece una acción llena de bondad y democracia.

El 18 no cabe de orgullo en su pellejo; parece que le han aumentado las hinchazones de la cara. El 19 habla:

-Compañeros, yo estimo que la acción democrática y prueba de buen corazón que ha dado el señor embajador al venir al hospital a saber de su jardinero y despedirse dándole la mano, merece no olvidarse. Propongo que al compañero 18 lo llamemos, de ahora en adelante, en recuerdo de su patrón, con el nombre de el embajador.

-¡Bravo! ¡Bravo! ¡muy bien! Viva el embajador!

El 18 estaba satisfecho; se sentía honrado con el sobrenombre. Sentado, sin apoyarse en sus almohadones, oscilaba, su sonrisa se perdía a causa de las hinchazones, mientras sus ojos bovinos miraban complacidos.

Días después, el 18 se mostró abusador. Respaldado por la visita del embajador se cree un dictador y opina y protesta haciendo prevalecer su criterio, sin consideración a nadie.

El 16 se dirige al 19 y le dice:

-Usted parece del lado del Matadero por lo gordito.

-Se equivoca, iñor. Soy bachicha y cualquiera dice que soy más chileno que los pequenes. Nací en Roma y llegué aquí al país cuando tenía seis años; de esto hace 62, tengo por consiguiente 68 años. ¡Calcule usted si pareceré chileno o no! Me gusta la

crúa y la cocía, el blanco y el tinto y las chasconas de quilinas largas.

Hasta el pálido enfermo de la cama 17 se rió.

Esta tarde corrió el rumor de que la doctora Rubio salía a vacaciones y que al otro día el doctor Olivares pasaría visita por primera vez.

Llegaron dos nuevos enfermos. A la cama 14 un muchacho alto, bien vestido; venía con un ataque al hígado, y el otro a la cama 12; era un hombre viejón, de edad indefinible, bigote caído, la nariz y los pómulos galiquentos, la cara redonda de ojos castaños, inyectados en sangre: era la típica expresión de un borracho consuetudinario.

La mujer de estudiados ademanes vino a ver al 18: éste le cuenta entusiasmado la visita del patrón, y ella satisfecha, sintiendo que algo del honor de la visita le corresponde a ella, reparte a los enfermos cercanos duraznos y les cuenta que ella es la cuñada; les averigua de qué están enfermos y cómo siguen. El gordo 19 que comprende de que pie cojea, le da conversación, haciéndose agradable; le habla con socarronería, asintiendo a todo lo que ella expresa, pone los ojos en blanco, mira el techo y mueve, como los frailes, los pulgares sobre la panza, pillándose uno al otro.

Esa noche, Manuelito conversó sobre el doctor Olivares. El 19, que lo conoce, pues estuvo en su sala, se desvive hablando de él. Las damas de la Beneficencia Italiana, por recomendación suya, lo habían mandado a veranear.

-Mañana apenas me vea me va a decir: -¡Bah! ¿Tú por aquí? ¿No te ibas a ir a San Felipe?

-Si, señor -le voy a contestar- pero la vida es más fácil ganársela por estos lados, y si uno se enferma está más cerca de los doctores que lo conoce.

"Es muy buenazo el hombre; gordo también"

Al día siguiente los médicos madrugaron; se trataba de pasar revista antes de que llegase el jefe.

Alrededor de las diez entró la comitiva con el anunciado doctor Olivares.

El enjambre de facultativos, chorreando ciencia y desbordando buena voluntad, rodea al enfermo. El doctor de cabecera informa leyendo o resumiendo la parte pertinente de su historia. Los otros oyen atentos, meditando a toda profundidad. Concluida la exposición y previo examen, empieza cada cual a dar su opinión, y el paciente con los ojos muy abiertos se siente abrumado, sobrecogido ante la avalancha de palabras raras, términos nunca oídos; le parece que cada uno es una enfermedad distinta, y para colmo, hacia donde dirija su vista, buscando auxilio, la ciencia clínica enfundada en sus casacas blancas, lo observa curiosa. Es un anonadamiento que lo obliga a callar y que si estuviese de pie tendría que tomarse de algo para no caer.

Cuando llegaron al paciente 19, se renovó la atención de la sala; todos los enfermos observaban esperando el anunciado reconocimiento. Pasó la comisión la cama 19, la 20, la 21 y la 22 y nada de produjo. Se va el grupo llevando a la zaga un parvulillo de facultativo, de baja estatura y larga nariz puntiaguda, que en su afán de estrenar su primera cotona blanca, se la ha colocado sin hacerla lavar. Los pliegues del lienzo gomoso lo van demostrando. ¡Incontenible impaciencia del futuro galeno!

El gordo se ha desinflado; no se nota bulto en la cama 19. Las cuchufletas van de un lado al otro; el impasible no dice nada: "se ha derretido".

El Embajador que le tiene cierta amistad protectora, interviene diplomático:

-Parece que no supieran que en los hospitales no se reconocen los amigos.

La de risas y bromas subió de tono. El 19 se anima e interviene:

-Ya pues, no se rían más, no me figuré nunca que se iba a poner tan orgulloso porque lo habían ascendido.

Concluida la inspección de la sala del lado, volvieron los doctores y anotaron las medicinas prescritas por el jefe. La doctora Rubio comunica que desde el proximo día el Sr. Zuleta Palma se hará cargo de su sección; ella sale a vacaciones.

Valdebenito había observado que la cabeza del 19 le recordaba a los medallones que en una historia antigua viera de los emperadores romanos posteriores a la época de Augusto. Ahora se sentía desengañado; el gordo tenía una figura lamentable, zapatos inverosímiles de color rojo, chuecos los restos de tacos desasbolados y sin cordones; un traje azul arrugado en forma desastrosa, descolorido, manchado y remendado en diferentes partes. En medio de tanta pobreza lucía una magnífica camisa oscura de cuello pegado y bolsillo lateral de parche; desde el pecho y hasta su pescuezo subía un elegantísimo cierre eclair. El 19 era una ruina; nadie lo hubiese reconocido en ese hombrón gordo y jibado, lerdo, perezoso, que arrastraba los pies en su torpe andar.

Entre el 11, 14 y 15 se ha establecido una camaradería estimulada por su juventud. Se llevan contando cuentos inmorales, y el 11 les hace bromas de indudable mal gusto; demuestra en ellas un relajamiento sexual que es repulsivo; como el 21 le llamase la atención, sin molestarse le contestó:

-Estas bromas en la penitenciaría son cosas de cada momento; se acostumbra tanto a oírlas que se repiten sin darse cuenta. ¿Cómo se asombraría usted si viese o supiese las inmundicias que pasan? Con decirle que ha habido muertes por celos entre los mismos reos está dicho todo.

El 12 luce su cabeza de Baco criollo, arriba de un

esquelético y espinillento pescuezo; callado, no molesta a nadie, acepta todo lo que le dan, posee un apetito que envidiaría Gargantúa.

Esa tarde se ocupó la cama 22. Llegó a ella un muchacho silencioso, flaco, demacrado. No demuestra los 18 años que dice tener.

A las cuatro Valdebenito avisó la hora al 19 y al 20; había que ir a acostarse; el 19 protestó:

-Yo no me acuesto hasta después de que coma; en el comedor los platos son con yapa.

Se entusiasmó el 20 y también se quedó.

El 17 se agravó y tuvieron que avisar a La Guardia; vino un doctor y recetó una inyección de morfina para calmarle los dolores.

El vigilante de carácter amable y amistosos se llama Gutiérrez; se ha puesto demasiado confianzudo con el terceto de jóvenes 11, 14 y 15. Dispone de los víveres que a ellos le traen como si fuesen provisiones propias.

Manuelito avisa a los enfermos que desde el lunes se irá a vacaciones; en su reemplazo va a quedar el inefable Armandito, asesorado por Miguel, el practicante de Máximo.

La madre ya rezó; la sala en silencio; los enfermos esperan que alguno inicie una conversación. El 21, con la más ingenua buena fe, dice:

-Compañeros, todos aquellos a quienes la vida trae a recluirse a un hospital, somos fracasados...

No pudo continuar: las protestas llegaron hasta los gritos, y estos eran del 19. Nadie aceptaba ser fracasado; cuando le permitieron hablar continuó:

-Celebro que todos los presentes hayan triunfado en la vida, especialmente el compañero 19. Yo he fracasado y estimaba que alguno más de nosotros corría mi misma

suerte; felizmente no siendo así, las reflexiones que iba hacer no tienen objeto.

El 21 deja de hablar y se produce una especie de tensión; mohinos, demuestran sus hostilidad al 21, callando.

-Oiga; suegro, cuidado.

-No hay cuidado que los calzones van cerrados.

Y enmudeció el 19 que había dicho lo anterior. De todas partes empezaron a salir voces que le rogaban para que continuase su cuento. Contestó:

-No tengo más que contar; el cuento es de ese porte y nada más; lo que falta cada uno se lo pone por su cuenta. No siempre ha de ser la breva pelá en la boca.

Los enfermos se sentían burlados; el 19 los había estafado. En castigo tenía que contar algo.

En ese momento, Manuelito venía a buscar al vigilante Gutiérrez por si quería acompañarlo al depósito a dejar un enfermo de la salita del lado que acababa de fallecer en Aislamiento. Su primera intención fué negarse; las bromas lo obligaron a ir. Ayudó a echar al muerto al sonoro carrito y acompañó al nochero hasta el ascensor.

Los reclamos, como la protesta es en la galería de un teatro, obligaron al 19 a contar una historia:

-Yo, ahora estoy flaco, antes era gordito; no despintaba de los 135 kilos. Eramos cinco los de la comparsa y el más livianito era yo...

-¡Cállese, iñor! ¡Hasta cuando va a seguir contando mentiras? Ta como un moscardón con su runrruneo y no deja dormir.

El de la descomedida protesta era El Embajador.

-¿Por qué me voy a callar?, ¡no han apagado ni la luz todavía! ¡Si no te callas no contís más conmigo! ¡¡A estos mal agradecidos se les mata el hambre y después se ponen soberbios!!

-¿Qué hambre vay a matar vos?, ¡el caballero no come lo que le dan en el hospital y me pasa los platos a mí! ¡Lo mismo hace el mozo y no por eso va a decir que me está alimentando! ¡¡El tonto se cree que es cierto que es El Embajador!! ¡¡Vay a ver lo que te va a pasar mañana conmigo!! Apenitas lleguen los doctores les voy a decir que llevay comiendo carne y comidas con sal. ¡¡Yo te voy a enseñar a ser mal hablado y atrevido!!

La sala entera empezó a protestar:

-¡Qué nos importa que tenga sueño!... ¡Que se vaya a dormir a su casa!... ¡Si hubiesen apagado la luz tendría algún derecho para protestar!

El vigilante aprovecho la batahola para ir en busca del carro-camilla en que dormía; lo colocó al lado de la cama 11. Manuelito, que en ese momento venía entrando, le dijo:

-¿Hasta cuando le voy a decir que no me use el carro? Amanece la ropa arrugada y ni la arregla siquiera. Yo lo tengo, en la mañana, que estar sacudiendo y acomodando.

-¡No se le dé nada, Manuelito! Le arreglaré el carro a primera hora y déjeme contar lo que a mí me pasó una vez, hará dos o tres años.

"Hacía poco que había entrado de vigilante; era la noche de Pascua y me tocaba hacerme cargo de mi puesto a las doce de la noche. Partía con el relevo y quedé en el puesto número 6; revisé la garita, recibí conforme y empecé a pasearme con la carabina al hombro; como a la una pasaron revisando los puestos, yo no tenía novedad y seguí paseándome. Me cansé de andar y me paré en la puerta de la garita apoyando mi carabina en el piso. Ahí me quedé traspuesto, ¡quizás cuánto rato estuve así!, lo único que recuerdo es que entre sueños sentía una voz que me gritaba:

-¡Silvestre, despierta!... ¡Cuidado, Silvestre, despierta!... ¡Cuidado!

Abrí los ojos, pesqué mi carabina y me puse a mirar por todas partes para saber quién era el que me había

gritado. ¡Como a diez pasos de mí, un grupo de reos estaban tratando de escalar el muro; habían traído unos tablones y ya iban a llegar arriba! Yo que los diviso y disparo dos tiros al aire y toco el timbre de alarma.

Llegó el teniente con un pelotón, le conté lo que había visto; hizo levantarse a un pelotón suplementario. Contaron de nuevo los reos en las galerías, celda por celda, y resultó que faltaban siete. Continuaron buscando todo el resto de la noche hasta que los encontraron en los talleres. Por donde yo señalé que iban subiendo, se encontraron cuatro cuchillas.

Sin esa animita buena, que debe haber sido mi madre, me despierta, me matan y se llevan mi carabina.

-¡Cree en las ánimas y se estaba riendo del muerto!- comentó el 16,

-Son bromas sin malas intenciones. Me pesa haber ido; estoy viendo la cara del difunto cuando los pesqué de las patas para ayudarle a Manuelito a echarlo al carro.

La luz clara apagada y las torpes protestas del 18, obligó al "buenas noches".

Estaban todos sumidos profundamente en el primer sueño, cuando despertaron asustados; alguien corría a pie desnudo por el hall; después prendieron la luz de la sala y en el centro se vio al vigilante Gutiérrez, sin zapatos, en calzoncillos y camiseta, y más pálido que un finao. Luego llegó Manuelito con el carro:

-¡Yo se lo había advertido, vigilante! Que no durmiera en el carro. Después el que paga el pato soy yo; dicen que me llevo durmiendo en lugar de preocuparme de los enfermos.

El vigilante trepó al carro-camilla que estaba en el centro de la sala y cubriéndose el cuerpo con la poncha, desde ahí empezó a hablar:

-¡¡Esta broma no va a quedar así no más!! Me la van

a tener que pagar y bien carito; que el susto que he pasado es el más grande que he tenido en mi vida.

Anoche, como ustedes deben haberse fijado, me acosté en el carro, al lado del 11; me quedé dormido como trompo; desperté porque me pareció que algo se movía, abrí los ojos y vi todo oscuro y que todo caminaba; no pensé más y me tiré carro abajo y arranqué sin saber para adonde cortaba; no tengo idea como llegué aquí.

-¡Agradezca que despertó a tiempo! Mi intención era bajarlo por el ascensor y dejarlo detenido entre el primer y segundo piso.

-¡¡Chitas, ahí si que me había muerto de susto!!...

Esta mañana temprano, con sorpresa, todos contemplaron al 19 sentado y dando fieros mordiscos a un magnífico tuto de gallina, una mascada de pan y una de ave. No hablaba, a veces sonreía volviendo los ojos hacia el cielo, como si el manjar fuera algo delicioso; no dejó ni una piltrafita en los huesos; en seguida empezó a quitarle la cáscara a los huevos duros, los sazonó y tomó uno en cada mano, mordía uno primero y después el otro y se saboreaba haciendo gestos de satisfacción. Concluido se limpió la boca con el reverso de la mano, y dijo:

-Caballeros, el señor Embajador, diplomáticamente ha firmado conmigo un tratado de paz. He recibido, a cuenta de la indemnización correspondiente, una pequeña cantidad de víveres selectos.

-¡Miren que rotito! Y así quieren que no esté gordito- comentó la otra parte tratante.

El 19, el 20 y el 21 se decidieron ir a misa.

La doctora que los domingos viene por formalismo, examinó al 17; tuvo que volver a recetarle inyecciones de morfina; los dolores lo hacía quejarse y no se podía mandar a Aislamiento; estaban todas las piezas ocupadas.

El nuevo enfermo 22, después de un minucioso examen, fué enviado a Rayos.

En la otra sección de la sala había expectación, a pesar de ser domingo; el doctor Zuleta Palma se hizo cargo de su sección. Interrogó a los pacientes, parece que siguiendo un formulario determinado; les tomó la presión y verificó la temperatura y el peso. La hoja de Estadística que hay en la cama de cada enfermo, se llenó de apuntes; cambió en algunos los medicamentos; en otros conservó el tratamiento y no tuvo inconveniente en contestar las preguntas de los enfermos. En poco más de una hora había concluido los exámenes.

Se fueron, y el 12 murmuró:

-Aquí vamos bien, compañeros. Este peón sabe trabajar, pásenle el gancho con confianza no más, tiene ñeque y es baquiano para acondicionar las cargas. Con hombres así se va de alivio uno; es un buen cargador, no hay que matarse los pulmones y echar los bofes haciendo fuerzas.

-¿Es golondrinero, usted 12? -preguntó el 16.

-¿Y cómo se dio cuenta, compañero?; yo no sé la suerte que tengo. En las mudanzas siempre los patrones me dicen: toma estos pesitos, hombre, para que te tomes unos tragos a mi salud. Quizás cómo se dan cuenta que me gusta el mosto.

El practicante Omar que estaba de turno prestó a Valdebenito un diario del día. Para estar más tranquilo se fue a leerlo a la sala; detrás de él entró el 19, iba a tenderse un rato. El 20, al quedar solo, dijo:

-Me voy a la puerta a esperar a la señora, viene con paquetes y con un niño en brazos.

La primera visita que llegó fué la mujer del 18, este la recibió de mal modo.

-¿Que me traís?

-El jugo de la carne, frutas y unas presitas de congrio fritas en aceite, bien sequitas.

El Embajador tomó un botella litrera y llevándosela a los labios empezó a beber ingirió casi medio litro.

-¿Le pusiste caldo a este jugo?

-Como siempre, unas cucharaditas para poder exprimir bien la posta.

-Eres muy bruta te he dicho que la doctora me prohibe el caldo y la carne, por eso te pido jugo; no le vuelvas a poner caldo, mira que si un día de estos me encuentras de mal genio, aquí mismo te pego. ¿Fuiste a la embajada a buscar el sobre?

-Si fui, aquí te traigo la plata, me dijeron que te pidiera la libreta para ponerle las estampillas.

-¡Chis!, ¡ni leso que fuera yo!, diles que la necesito aquí en el hospital, que cuando salga se las llevaré.

El 19, a cuenta del tratado de paz y amistad, recibió una presa de congrio y duraznos.

Valdebenito leía, no esperaba a nadie, pensaba que una carta le avisaría adonde debía retirar su cama. Por esto fue grande la sorpresa que le causó ver entrar a la camarada Rosa, acompañada de un carabinero.

-¿Cómo le va, Valdebenito?; me alegro verlo en pie, le presento a mi hermano Alberto.

Los hombres se estrecharon la mano y se ofrecieron mutua voluntad para servirse.

-Pasemos al hall: ahí estaremos más cómodos y libres.

Antes de salir la camarada le tendió un paquete.

-Tome, Manuel, aquí tiene unas frutitas para que moje los labios. Son de la casa de mi hermano.

Se sentaron Rosa y el 21 alrededor de una de las mesitas, y el carabinero se excusó diciendo:

-Me van a perdonar; tengo que ir a visitar a otros dos ñatos amigos; son compañeros que han caído enfermos y no hay que olvidarlos; "hoy por tí y mañana por mí"; en un rato más me vengo a juntar con ustedes.

-Tengo mucho que contarle, Valdebenito; el sábado

pasado me fue a buscar a la hora de pago la señora Eduvigis; venía recién llegando del Sur. Dejó a Morales instalado en su puesto de llavero y se vino a buscar sus muebles. Trabajamos todo el sábado y el domingo, embalando y retobando: dése cuenta usted dos mujeres solas, cuando ese es trabajo para hombre. Los pensionistas se han portado muy mal; hasta plata prestá le quedaron debiendo, "si uno ve caras y no corazones". Alojó en mi pieza, casi no dormimos conversando. Total que con el trabajo y el apuro no pudimos venir a verlo.

-Eso no tiene importancia, ¿y mis cosas qué se hicieron?

-Espérese, hombre, no sea apurón. Ya le he contado que apenas consiguió que soltaran a Morales en la sección de Investigaciones, se lo llevó al sur. La señora Eduvigis no es na quedá para resolver sus asuntos; traspasó la casa a una amiga, le arrendó un cuarto y ahí amontonó sus muebles y los que habían en su pieza.

"El domingo embarcamos todos los de ella y de los suyos, yo no sabía qué hacer con ellos. Si los llevaba a mi casa, usted podía figurarse que yo pretendía atraparlo; la idea de que pensase así de mí, me acholaba estando sola.

-¡No sea tonta, Rosita!, la estimo mucho para pensar de usted en esa forma.

Valdebenito siguió su conversación en voz baja.

-Cuando salga, no sé todavía donde iré, y a propósito no me concluyó de contar que es lo que pasó con mi cama.

-Ahí viene Alberto, pregúnteselo a él mejor.

-¿Que haya personas tan sin corazón? A ninguno de los ñatos los habían venido a ver. Uno de ellos es casado; la mujer va a tener familia y vive en Melipilla, pero tiene seis cuñados, no mal puestos. El otro es soltero y aquí en Santiago tiene no sé cuántos hermanos y hermanas, ¡ni las narices se les ha visto por estos lados!

-Compañero Alberto; la Rosita me dice que le pregunte a usted por varias cositas que tenía en mi pieza.

-¡Ah, mi amigo!, las tengo arregladitas; mi mujer lavó la frazada, está todo limpiecito y listo para hacerle la cama; apenas me avise que le han dado de alta. Estamos un poco lejos, casi en el campo, pero es mi casa y la suya, compañero.

El 21 se puso de pie, tomó entre sus manos una del carabinero y emocionado hasta las lágrimas dijo:

-Gracias.

Sentía un dolor en el pecho y un nudo en la garganta que no lo dejaban hablar.

-Bueno, estamos convenidos que usted se va a convalecer a mi ruca. Ahí se está el tiempo que crea conveniente. El asunto es que cuando vaya a trabajar esté fortacho. Todas las mañanas se toma un vaso de leche con cognac, tengo una vaquita en mi sitio.

-Gracias, compañero, gracias. Le acepto porque sé que algún día podré devolverle sus atenciones.

-Si es por su tranquilidad, conforme; conversemos de otra cosa.

-Todavía no le he concluido de contar, Manuel, la ida de la señora Eduvigis. En el trabajo de embarcar sus bultos se nos pasó el tiempo; ni siquiera pudo cobrar las deudas que le dejaron los pensionistas: son más de $ 300 Este sábado va a venir por plata; le han prometido pagarle, me pidió que le dijese que alcanzaría a verlo.

-Yo creo que esa señora inútilmente se ha ido de Santiago; si el marido es socialista convencido, no se va estar callado, se pone a hablar de sus ideas y en los campos no entienden esas cosas. El administrador o el patrón le corta la piola y no le queda más camino que volverse, -dijo el carabinero.

La monja, con su temida campanilla, anunció el término de la hora de visitas.

Valdebenito convino que en cualquiera emergencia

avisaría por teléfono a la fábricas de enlozados; de allí ella se comunicaría con su hermano a la tenencia.

El 12: toda la tarde solo, conforme con su suerte, lucía brillante sus ojos de bolitas de cristal en la mancha de bermellón que era su cara.

La comida la sirvieron cerca de las cinco, y poco antes de las seis, Armandito repartió los jarros vacíos para el agua caliente. Todos creyeron que los hacía para adelantar trabajo, así es que la sorpresa fue mayúscula cuando en seguida apareció con la gran tetera del agua. La protesta de los enfermos fue ruidosa, és la oía sin preocuparse de contestarla. Su actitud de despreciativo silencio, enardeció los ánimos: todos hablaban al mismo tiempo sin poder entenderse; al fin lograron poner de acuerdo: se le reclamaría a la madre -y se comisionó al 21, por ser el más antiguo de los pacientes.

Después que hubo rezado, Valdebenito se dirigió a ella.

-Madre.

-¿Qué desea, 21?

-Los enfermos me han comisionado para que le exponga una petición: Manuel, el nochero, nos repartía agua caliente entre las 7 y media y ocho, a esa hora nos parecía muy oportuno. Hoy se hizo cargo Armandito del turno de la noche y nos dio agua a las cinco y media, prácticamente junto con la comida. Todos reclamamos y él se quedó callado sin hacernos caso.

-Armando, Armando, venga, muchacho. ¿Por qué repartió el agua tan temprano?

-Para desocuparme más temprano, madre.

-No lo vuelva hacer; el agua se reparte después que yo rece.

-Madre, ¿no podría hacerme calentar esta lechecita?

-Caliéntele esa leche al 17 y cuide que no se vaya a subir.

La madre dijo su "hasta mañana", y Armandito salió tras ella con una botella que contenía más de tres cuartos de litro de leche.

El nochero no volvió; pasado las siete y media aparecieron el 19 y el 20; se habían quedado rezagados en la cancha. El 17 preguntó por Armandito, y el 19 contestó:

-Por ahí, por el jardín, lo divisamos conversando con una chiquilla, vaquillona como las que me gustan a mí.

-Haga el servicio de tocar el timbre, 18.

Tras larga espera llegó.

-¿Aquí tocaban el timbre?

-Qué hubo de mi leche, hombre.

-¡De verita!, se me había olvidado, ¡falta que se haya subido!.

Partió corriendo a la cocina.

-Sólo quedaba este poquito.

En un jarro traía dos bocan adas. El 17 protestó con energía: el no tomaba más alimento que ese y se perdía en el fuego, porque el lindo tenía que conversar con una mujer.

-¡Qué reclama tanto, iñor! ¡Sabe Dios si en su casa no tiene ni sábanas que ponerse!

El 17 se exasperó en forma terrible: lo insultó y le gritaba que si estuviera un poco menos grave, se bajaba y le sacaba la mierda a bofetadas. Los otros enfermos trataron de calmarlo al verlo tan enfurecido. Armandito quería continuar contestando. Intervino el 21.

-No discutan con el mozo. La Guardia pasa entre 8 y 9; se le da cuenta a ellos y se acabó.

Se calmaron los ánimos y Armandito se fue.

Volvió con un jarro que colocó en el velador del 17.

-Ahí tiene leche; me conseguí con el practicante de Máximo y déjense de formar enredos con los doctores.

Nadie le contestó, pero también nadie estaba dispuesto a continuar el disgusto.

El 12, contra su costumbre, conversaba como loro con el 11, 14, 15, y ellos celebraban lo que decía con grandes risotadas. El 19 novedoso les gritó:

-No se coman el pavo solos; no sean mezquinos, conviden para este lado.

-Protesto rotundamente, y notoriamente. Yo no soy pavo; podría aguantar que me dijeran golondrina porque soy golondrinero y harto fortacho para el trabajo y no dejo que nadie me coma.

El tono de la voz y las palabras indicaban que algo anormal le pasaba al 12.

El 15 los sacó de dudas; desde su rincón hacía señas con una botella en la mano derecha; la señalaba con el índice izquierdo y después se lo llevaba a las sienes; pretendía decir que el 12 había bebido.

-Yo, compañeros, en mi profesión he visto y aprendido muchas cosas. Cuando los matrimonios se pelean, la mujer se lleva el catre y los muebles con espejo. El catre porque le tiene miedo a los ratones y no quiere dormir en el suelo, y los espejos para arreglarse. Al hombre le toca el colchón, las frazadas y la mesa del comedor; las sillas se reparten por iguales, pero lo mujer se lleva una o dos más; ¡claro! que casi todos estos matrimonios son de la mano izquierda y arriendan departamentos de una pieza. Los futres, cuando se botan a tramposos se la ganan relejos, uno. Yo les conozco todas las tretas para cambiarse: se ríen del salvoconducto. ¡Son gallos muy linces! Yo tenía uno que era como cliente; me iba a buscar cada dos o tres meses.

-¿Qué hubo, Efraín? -me decía-; ¿me podrís cambiar mañana?

¡Claro, pues patrón! ¿Tiene salvoconducto?

-Sí, está listo y tengo estos cinco pitos guachos para que cambiemos el salvoconducto por el camino.

-Me dio sed, ¡ya 15, pase otro traguito!

-Le va a hace daño, 12. Si este vino es un tónico que me hizo mi hermana; no es vino de mesa.

-¡A buena hora me viene a avisar! Ya me abrió el apetito, déme el último traguito.

-Ya no queda casi nada, le pasaré la botella.

Después de que se bebió el resto del contenido, siguió narrando sus experiencias.

-El futre tiene su salvoconducto listo. Dice más o menos, pongamos por ejemplo:

"Don Fulano de Tal está autorizado para mudarse de la calle Serrano Nº 270 a la calle Buenos Aires Nº 1340". El carabinero revisa, toma apuntes y nos deja partir; el futre se va en la golondrina. Cuando estamos un poco lejos me dice:

"-Ya gallo, cambiemos el salvoconducto.

"Yo le entrego el primero que me había dado y él me entrega otro que dice:

"Don Perico de los Palotes está autorizado a mudarse de la calle Manuel Rodríguez Nº 1591 a la casa ubicada en San Diego Nº 0324".

"La mudanza va a la calle San Diego 0324, si viene un carabinero, ve el salvoconducto y toma los datos.

"Total: El futre queda viviendo en San Diego 0324 y los cobradores y todos los que busquen irán a la comisaría correspondiente averiguar dónde se ha cambiado y aquí le dirán que a Buenos Aires 1340; van allá y se encuentran con que el número no existe; o si existe, ahí no conocen al tal caballero.

-¡Esas son mentiras! ¿Cómo se va a conseguir dos salvoconductos distintos?

-¡Si usted no sabe las maulas de esa gente! No disculpe su ignorancia tratando de mentiroso a otro; sea más diplomático, mister embajador.

-Explique entonces cómo se las consigue.

-El primero es un salvoconducto que le dan llevando los recibos correspondientes. Dan una dirección falsa para la casa donde va la mudanza. El segundo salvoconducto se lo consiguen con algún amigo, teniendo ellos sus recibos al día, da uno de subarrendatario, y con los dos, en la comisaría, sacan un salvoconducto que les sirve para llegar a donde realmente van a vivir.

Algunos no habían entendido y le pedían explicaciones al del lado, y otros celebraban la treta para librarse de los vendedores a la semana, que según decían son los más abusadores y sinvergüenzas que es posible imaginarse.

Armandito apagó la luz y advirtió que la orden que él había recibido era no permitir conversaciones después de las nueve. Los enfermos se movían molestos en sus camas; no les era posible conciliar el sueño; el nochero se paseaba en el hall y hacía sonar el piso y crujir al suela de sus zapatos más que un conscripto que aprende el paso de parada.

Valdebenito pensaba: el hospital debe darle zapatillas de gimnasia o hacerlas en sus reglamentos obligatorias para los nocheros. Si alguien se queja, obligarán a ese pobre a comprárselas, y el gasto le significa, por lo menos, el jornal de tres noches: gana $ 7.00.-

Esa mañana los enfermos quedaron sin lavarse, cuando Armandito ofreció el agua: todos dormían. Felizmente la mayoría pudo levantarse para ir a los lavatorios.

El 17 continúa mal: ya no toma ni la leche. La palidez sebosa de su cara causa horror; los ojos grandes, verdosos, apagados, fijos en el techo, a veces giran alrededor de la sala y se van deteniendo de cama en cama; parece leerse en ellos una súplica llorosa o una advertencia desolada sobre la suerte que les espera.

El doctor Zuleta Palma llegó temprano: es su costumbre. Examinó minuciosamente al 11: lo mismo hizo con el

12, y después se quedó mirando un momento la hoja de control.

-Toque el timbre, practicante.

-Buenos días, Aliro.

-Buenos días, doctor.

-Revise el velador y el cajón de la ropa de este enfermo.

En el cajón de abajo del velador, junto a la bacinica, apareció la botella vacía del tónico.

-Pásela.

La olió y en seguida trató de verter lo que quedaba en su mano: cayeron dos gotitas de vino.

-¿Qué significa esta sinvergüenzura, este abuso? A este enfermo se le suprimen las visitas. ¡Uno hace todo lo posible por sanarlo y ellos comiendo y bebiendo lo que les prohibe; después si se mueren, dicen los parientes que es por falta de atención!

-Doctor, este enfermo no recibe visitas.

-¿Está seguro, Aliro?

-Sí, doctor.

-¡Peor todavía!; esto significa que los mozos se lo compran o que se lo dan los otros enfermos. Hay que averiguar. ¿De dónde sacaste este licor?

El 12 callaba; taimado. En vista de eso intervino el 14.

-Yo le diré lo que ha pasado, doctor.

-Hable.

-Al 15 le trajeron esta botella con vino tónico. El 12 que lo vio beber, le rogó para que le diera a probar. Como ya no quedaba casi nada, le pasó la botella por mi intermedio.

-No puede haber sido una pequeña cantidad. El cambio que ha experimentado el enfermo de ayer a hoy es demasiado violento. Aprovechó esta oportunidad para hacerle presente que el régimen debe cumplirse estrictamente; el que no lo haga será dado de alta.

Se retiró junto con don Aliro.

-No vis pues, "carne de pavo", ¿no te gustó tomar vinoco?

Una carcajada general celebró el sobrenombre: era exactísimo el rostro del 12; galiquento y granuloso semejaba la carne de pavo en la parte del cogote.

Volvió el doctor Zuleta Palma, ahora acompañado de su inseparable Pérez. Las sonrisas gemelas se habían juntado. Se repartieron el trabajo que había.

Entró la doctora, y después del saludo invitó a Zuleta Palma y a Pérez que la acompañasen a ver dos enfermos muy interesantes que tenía. Leían la historia del 15 cuando entró el médico jefe, Mariano; lo acompañaba un joven.

-Les presentó al señor Fraga, nuestro interno.

Apretón general de manos.

-Estábamos en junta de médicos; muy bien, sigamos así.

El 17 les ocupó largo rato; le dejaron inyecciones para calmar dolores. Examinaban al 18, y el doctor Zuleta Palma contaba lo sucedido con el 12.

-Llame al practicante; voy a ordenar una revisión general.

-¿Usted llamaba, doctor Mariano?

-Si, Aliro, revíseme los veladores y cajones de ropa en toda la sala.

El primero que sufrió la medida ordenada fue el 18; le encontraron la parte de una vianda con arroz preparado al aceite pero sin sal, y una botella con restos de jugo de carne.

-¿Y esto qué significa?

-Jugo de carne, señor. La doctora me prohibió el caldo y la carne; por eso me traen el jugo no más.

-¿Es tonto usted o se hace?

-Doctora, vamos a hacer una lista de los que pueden comer. Siga usted, Aliro, revisando.

Mientras el practicante cumple lo ordenado, ellos charlan.

-Le traje una caja de inyecciones al 18, -dijo el jefe.

-No se la haga colocar; yo poseo una experiencia formidable en las tales inyecciones. Tengo un cliente a quien le hice consumir como 20 cajas sin ningún resultado; algunas veces en broma me dice: doctor, devuélvame la plata de las inyecciones, para pagarle la cuenta.

Ya en vías de charlas en confianza, y al margen de su papel, el médico Zuleta Palma continuó:

-Cuando llegamos de internos, nos tocó esta misma sala, recién abierta; no tenía ningún enfermo; un día supimos que había ingresado un paciente a Máximo; con Pérez nos fuimos a verlo; era don Francisco; una cirrosis, lo convencimos que para su conveniencia debía trasladarse a Rosa Ester. Gozábamos solos, sin jefe ni médico de sala. Un día estábamos examinando a un enfermo cuando entró un tipito delgado, sin delantal, con un fonendoscopio en la mano, ¿quién será ese gallo?, me dijo Pérez, supongo que un nuevo interno. Es ese momento llegó a nuestro lado; nos dijo:

-¿Qué tiene ese enfermo?

-Véalo -le dijimos.

-Hay que hacerle la historia.

-Hágasela.

Y así seguimos poniéndole la proa en todo. Estábamos muy bien solos para aceptar un intruso. Cuando después resultó que era el jefe recién nombrado. Pensamos irnos, pero era una buena persona y nos hicimos grandes amigos.

Siempre me acuerdo cuando llegaron de EE.UU las inyecciones Z.K. Teníamos aquí dos enfermos sin esperanza; era cuestión de horas para que se despacharan. Le dije a Mariano por qué no probábamos las inyecciones una a fulano y la otra a zutano y según lo que resulte le colocamos una corrida a todos los que tienen lues. Le

hicimos colocar media inyección a cada uno y nos fuimos. Al otro día había muerto uno de los enfermos y el otro ya partía. Para nuestro criterio la inyección nada tenía que ver con la muerte, como después lo probó la autopsia. Decidimos colocar la inyección a un enfermo que estuviese relativamente bien y observar los efectos. Teníamos reunión y en el apuro por irnos se nos olvidó indicar a quien le íbamos a colocar la inyección.

Cuando llegamos al otro día, la sorpresa fue mayúscula. En la sala no había nadie; el otro enfermo había muerto en la tarde y como nosotros cometimos la imprudencia de hablar delante de los pacientes, éstos que sabían que a uno de ellos le colocaríamos la inyección, prefirieron irse en la misma tarde.

Don Aliro encontró un paquete con sal, cebolla y mortadela en el velador del 11, quien aseguraba que ese paquete era del vigilante; este, interrogado, confirmó lo dicho por el 11.

Continuaron los doctores su visita y dieron de alta al 19 y al 20. El 22 los hizo reír con sus "chis". Tenía la costumbre de pronunciar esa palabra a cada instante.

-¿Como te sientes, hombre?

-Chis, bien pues, señor.

-¿Se te ha pasado la punzada?

-Chis, claro pues, chis.

Dos nuevos enfermos llegaron esta tarde. Un señor completamente rapado, canoso, semicalvo, peinado hacia atrás, cara redonda, blanca un poco rosada, que se quejaba de ahogos. Hubo que ayudarlo para que pasase a su cama. Una señora que lo acompañaba acondicionó cuidadosamente un terno azul en el cajón del somier; le pasó unos lentes y se despidió quedando de volver al otro día.

El ruido con que entró el otro enfermo era como dos pisones golpearan el piso alternativamente y se hicieron crujir fuerte dos pedazos de suela. Con facha de campesino, alto, delgado moreno, el pelo muy corto, chicos

los ojos negros. Brillantes en el fondo de sus cuencas sombrías.

-Me dijeron la cama 20, ¿cuál será?

Valdebenito se la indicó, señalándole también el cajón donde debía guardar la ropa. Al sacarse los zapatos vio que andaba sin calcetines, y por el golpe que dieron al caer, comprendió el peso.

-Poco liviano el calzado.

-Cierto, algo pesaones son, pero guenazos para los caminos de ripio. Si usara de los otros no me duraban na y estos el montón de tiempo que me están aguantando.

-¿Trabaja en caminos?

-Si, tengo a mi cargo el riego y el arreglo de un pedazo en el Cajón de Maipo.

Don Aliro venía a ver a los nuevos enfermos y avisó que el 17 había muerto.

-Qué iba a aguantar más; ya hacía tres días estaba con hemorragia interna.

-Lo que a mí me causa admiración es que anoche haya sido capaz de insultar a Armandito, el nochero.

-No se extrañe, 21, ese ha sido gallo tieso; momentito antes de morir estaba insultando a Omar porque no lo sentaba bien en la chata. Y usted, mi amigo, que es lo que siente -dijo dirigiéndose al 19.

-Tengo una aflicción al corazón y unos ahogos que no me dejan respirar ni dormir; me cuesta sacar la respiración.

-Voy a llamar La Guardia para que lo examine. Una sangría y queda como nuevo.

-¿No me doldrá mucho?

-Pregúntele a su compañero 18. Y usted, amigo 20, ¿qué es lo que siente?

-Tengo una puntá, señor.

El practicante salió en busca de los doctores.

Valdebenito hacía días que estaba intrigado.Don

Omar le traía disimuladamente pan al 22. Debían ser conocidos antiguos. Sin embargo nunca conversaban.

Decidió aclarar las cosas; con ese fin preguntó:

-22: cómo se llama el alto, el compañero de don Aliro.

-¡Va! Chis, apesta 21, ta perdiendo la memoria, chis. Omar, quien no lo conoce, chis.

Vino La Guardia y recetó una oblea al 19 y nada al 20.

Armandito entró, saludó y salió con una sonrisa enigmática. Recordaron el chasco del día anterior, se les contó al 19 y al 20 que lo ignoraban; el primero se lamentó:

-¡Qué lástima tener que perder la agüita caliente!; no tengo ni té ni azúcar.

El 18 se ofreció rangoso para darle a él y al 20 que estaba en las mismas condiciones.

Dieron las ocho y el agua caliente no llegaba; se sintió la repartían en las salitas de los lados, pero a la sala central no llegó nada. Las ocho y media y nada de agua ni jarros. Ya algunos proponían reclamar al doctor.

-No; compañeros -dijo el 12-; venguémonos nosotros mismos; tengo una idea y se les parece bien se la jugamos al guasamaco ese.

El 12 expuso su proyecto hasta que consiguió que le entendiesen todos. Se convino ponerlo en práctica.

A las 9 repartió los jarros, y a las nueve y cuarto el agua. Armandito sonreía feliz y burlón. Los enfermos callados tomaban el té, nadie decía nada, ni demostraban molestia. Armandito irradiaba alegría.

Eran las nueve y media; cambio la luz.

No se había retirado diez pasos de la puerta cuando lo detuvieron los gritos del 19.

-Nochero, la chata, nochero, la chata.

-No grite tanto, iñor, ya se la traigo.

Todavía no terminaba de colocarla y el 18 estaba a gritos.

-La chata, Armandito, la chata.

-Espérese, pues iñor, ¿qué no ve que está ocupada?

-¡Ay!, la chata, no puedo aguantar más. ¡Ay! me voy a tener que ensuciar en la cama.

-Espérese, iñor, voy a ver a Máximo a ver sí consigo una chata.

Armandito corría desesperado por los pasillos. Cambiar un enfermo sucio era trabajo serio.

Llegó acezando y a tiempo con el utensilio. Se sentó a descansar y a esperar; pero no alcanzó a estar bien sentado: la voz del 12 lo llamaba.

-Armandito, ¿quiere llevarse esta bacinica?

El 12 le hablaba encaramado en su cama y arriba del tiesto que pedía le retirasen.

No entraba de vuelta, y ya el 19 gritaba:

-Nochero, sáqueme la chata.

Allá corrió Armandito.

-¿No ve?, ¡tanta bulla para orinar en la chata!

-¿De veras, Armandito?; ¿oriné?

-Claro, pues iñor, se los voy a vaciar al jarro de los orines.

-¡Ay! Armandito, ¡qué bueno!, siempre que orino al ratito obro; póngame la chata.

-Nochero, sáqueme la bacinica, ya me voy a parar- dijo el 11.

-Sí, apúrese que yo estoy aquí al lado- refunfuñó el vigilante.

Dieron las once y Armandito acarrea y acarrea chatas y bacinicas. Se sentía desesperado; cansado y aburrido exclamó:

-Hasta cuando me van a tener sacando mierda.

Risa general; entre el bullicio se sintió la voz del 21.

-El agua tan tarde, Armandito; nos ha dado cólico.

Nuevo bullicio de risa.

-Bueno, hagamos las paces; mañana les traeré el agua a las ocho.

-Cochinos, por eso no dejaron que cerrase las ventanas. Estoy desrengado de hacer viajes.

Los enfermos despertaron tarde; la broma hecha a Armandito tenía la culpa. Se repitió la monotonía de todas las mañanas: aseo, peso, desayuno, termómetro.

Fue una sorpresa; el nuevo interno llegó poco después de las ocho; se había colocado un delantal que debía tener historia antigua; las orillas estaban deflecadas. Fue tomando el pulso y al anotarlo preguntaba:

-¿Cuántas deposiciones ha hecho en las últimas 24 horas?

Al terminar estaba profundamente sorprendido, y como el doctor Mariano fue el primero en llegar a él comunicó su extrañeza.

-Doctor, por olvido de los practicantes o por falta de interno, los enfermos no tiene anotadas en su hoja el número de deposiciones diarias. Hoy los interrogué y resulta que el que menos ha obrado tres veces, y otros sin tener indigestión ni nada que los justifique, han alcanzado a cinco veces en las 24 horas.

-Cuando pasemos visita veremos eso. Tome las presiones; yo vuelvo luego.

Entraron los inseparables Zuleta Palma y Pérez. El interno los informó que el doctor Mariano acababa de salir.

-¿Te fijas?, ahora Mariano llega a primera hora, madruga.

El 19 venía enfermo del corazón; después de las pruebas cardíacas ordenaron una sangría. El 20 era un caso curioso; estaba sano, sólo un poco débil, y al 14 se les permitió levantarse.

El 19 se demostró cobarde cuando se le hizo la sangría, se quejaba y lamentaba más que una mujer

parturienta; después, satisfecho de haber pasado el susto y sintiéndose heroico, conversó en voz alta con el 18. Así, en la sala se supo que había sido garzón en el club de La Unión.

Espontánea nació la idea de llamarlo así. Al lado del embajador estaba muy bien el Club de La Unión.

Cerca de las doce, un viejito de tupidas cejas canosas y ojos escondidos entró a la sala; lo seguía una niña treintona. Sus papeles indicaban la cama 17; la niña lo ayudó a costarse y guardó la ropa; hizo llamar a los mozos y les prometió una propina con tal de que atendiesen bien a su padre. Era primera vez que estaba en el hospital. Se fue llorando, desconsolada.

Perezosos, casi todos duermen larga siesta; tenían que reponer el sueño de la noche pasada, y vivieron su vida individual hasta que la madre rezó.

El 20 contaba al 21 algunos recuerdos.

-Sí, pues compañeros; ahí empezaban las apuestas. La prueba más dura con la que yo me gané muchos pesos era pararse con un saco de trigo al hombro.

-Explíquese 20, como era eso.

-Sentadito, pues mi amigo, con las piernas estiradas en la tierra le ponen encima de las nalgas el saco; de ahí uno tiene que echárselo al hombro y entonces pararse sin afirmar las manos en el suelo.

La atención se concentró en la charla del 20, y como no continuase le rogaron que contase algo para acortar el tiempo.

Sin hacerse rogar contó una historia; el castigo que había sufrido un rico por no querer socorrer a un pobre. Dios transformó en chancha a la mujer y él quedó pegado en su montura, sin poderse bajar. El 17 continuamente interrumpió al narrador; el sabía la historia y con más

detalles y no perdonaba que se los suprimiese. Al final Valdebenito preguntó curioso:

-¿Esto lo vio usted?

-Yo no lo vi, pero se lo oí a gente que no puede mentir; es ciertito.

-Es bien verdad- dijo el Club de La Unión-; tenía como 20 años; entonces oí a mis padres contar esa historia; calcule el tiempo que hará, cuando ahora tengo 56 años.

-También oí contar esas mentiras-dijo el embajador-; fue para unas misiones; estaba chiquillo. La cuentan para hacerle la pata a los pobres. No ven que aparece un rico castigado.

El rumor que siguió a las toscas palabras del 18 demostraba que la mayoría era de su misma opinión.

Los dos viejos, el 17 y el 20; que tan amigablemente colaboraron para contarla; se sintieron acorralados, molestos y trataron de conformarse mutuamente, conversando en voz alta para que todos oyesen.

-A mi no me gusta platicar entre gente moza; han sido criados sin respeto a los viejos; sin fe ni en Dios ni en el Diablo; no les cuento más ninguna cosa.

-Es muy cierto.

Señor, no ve ahora tomar el hijo y el padre juntos; ¡hace visto falta de respeto más grande! Por allá cerca de adonde vivo hay un hombre que soporta que sus hijos lleguen a la casa con mujeres ajenas y se alojen con ellas ei mesmo. ¡Se ven cosas que no es de creerlas!

El Club de La Unión se siente molesto porque dudaban de la veracidad del 20. Saltó a la palestra.

-Tampoco creerán en los brujos; dirán que los chonchones no existen y que no pasan gritando tué... tué... las noches de los martes y de los sábados.

Nuevamente se formó una mayoría, ahora de creyentes en brujos. Hubo unanimidad en pedir al 19 que contase algo sobre ellos.

-Mi familia es de Melipilla: toda gente católica, respetuosa de Dios. Desde chiquillo oí muchas historias de brujos, chonchones, pero fuera de oírles el grito tué... tué... tué jamás pude saber de un caso cierto, que pudiese decir lo vi. Se murió mi padre y yo me fui con otro hermano a ganarme la vida a Talagante. Cerca del pueblo, en una quinta bastante grandecita, vivía un viejo, una muchacha de sus 20 años y una veterana flaca, ahumada, del año "trei tabaco". El viejo seco con la cara alba, sin sangre, parecía cuajarón de leche, tenía unos ojos pardos amarillosos y un mirar fijo; no pestañeaba nunca, ¿extraño el hombre! o lo encontraba emponchado O la de no con chaleco, nunca los vimos con paltó puesto o colgado. Usaba una faja tejía muy bonita; por más que rogué no me quiso decir donde la había comprado. La chiquilla linda de veras, le cayó en gracia a mi hermano. Empezamos a visitar la casa; le llevábamos regalos y ellos nos atendían bastante bien; estábamos agradecidos por lo cariñoso que eran, muchas veces nos quedamos a comer a pedido de la Martita.

"Yo también tenía mi amistad; pero en el mismo pueblo a ella le conté un día los amores de mi hermano, Apenas me oyó se puso a hablar y aconsejarme; que le dijera que tuviese cuidado; se murmuraba que esa familia era mala, que la madre de la Martita había muerto en Santiago, según ellos del hígado, pero era mentira, la verdad se sabía por un vecino. La vieja se volvía chancha y por el puro gusto de hacer perjuicio se iba a osar a la chacrita del lado. Una noche la vio el dueño de la chacra; contaba que era un animal, como ver un monstruo que le animó los perros, y éstos se pusieron a llorar y aullar sin querer moverse de su lado.

"Al otro día consultó con una señora de Mallarauco, mujer muy sabida en esas cosas. Esta lo aconsejó y le dio los medios para librarse de la chancha; la esperó en la noche y la lació con la mano izquierda y con un lazo de cuero de vacuno negro y muerto en Viernes Santo a las tres.

El lazo se lo dio la entendida. Así sujeta la arrió hasta un corral donde guardaba un verraco grandazo, ahí la dejó; casi al aclarar la vino a soltar. Dice que la chancha se arrastraba para poder irse.

"A los cuatro o cinco días llevaban a la madre de la Martita para Santiago, al hospital.

"Yo le conté todo a mi hermano; estuvimos reflexionando; montó de rato sobre el asunto, solo entonces nos vinimos a dar cuenta, de que ningún martes o sábado nos invitaban a comer; ahora esa mirada fija de pájaro nocturno tan fea, nunca conocí un cristiano que mirase de esa laya y adentro de las piezas ningún santo ni imagen.

Al otro día era martes; convinimos ir a verla, apenas pudiésemos, Nos tocó mucho trabajo; así es que vinimos a estar libres como a las siete; mi hermano le puso trago todo el camino y en el último despacho se compró una botella. Eran las ocho. Se sentían las campanas de ánimas que tocaban en el pueblo; atravesamos un potrero para acortar el trayecto; mi hermano empina y empina el codo, ya estaba por darle el bajo a la botella. Ibamos como en la mitad del potrero, yo bueno y sano y él curado; cuando sentimos encima de las mismas cabezas nuestras, el tué-tué; pasaba un chonchón. Estaba la noche clara como día, porque había luna sentimos los aletazos cerquitas de nosotros. Entonces mi hermano se puso a gritar:

-Ven, ven, a llevarme pa Peumo, me voy contigo.

Se volvió a sentir el tué-tué, tué-tué, bajito-cerca de nuestras cabezas. Yo, desesperado. gritaba:

-Váyase, váyase, no le haga caso: está curado.

Y el bruto porfiado de mi hermano, que en paz descanse, sin querer callar:

-Ven, ven, a llevarme, yo quiero ir contigo pa Peumo. Ven, ven...

Yo ya lloraba y él sin callar: traté de taparle la boca.

En ese momento, encima de nosotros, sentimos los aletazos y el tué-tué del pájaro; de balde miraba, no se veía nada, ¡No ven que son invisibles!, se sienten no más. Mi hermano se enojó y se puso a pelear conmigo, se olvidó del chonchón y arenguiando llegamos a la casa donde íbamos. Encontramos a la vieja ahumada y al veterano; la Martita dijeron que estaba en cama, que otro rato vendría. Yo conté lo que nos había pasado en el potrero y las rabias que me causó mi hermano; él se disculpó diciendo que lo llamaba para hacerle una marquita con una cuchilla de mango de plata que tenía en la mano izquierda. Cuando oyó a mi hermano, al viejo le brillaban los ojos; parece que quería matarle con la mirada; después sin buscar pretexto, sin poderse contener salió para el patio, dilató muchísimo en volver con la hija, traían tan mala cara que tuvimos que despedirnos lueguito. Al otro día recibió una carta de su tiemple, le decía que su padre no estaba conforme con su amistad y que ella era del mismo parecer; que no fuéramos porque no nos recibiría.

-¿Y por qué su hermano quería que el chonchón lo llevase a Peumo?-, preguntó el 16.

-¡Quién sabe!, cosas de curado.

Bostezos, de vez en cuando, indicaban que tenían sueño. Un "buenas noches" y se dispersó la atención.

Valdebenito meditó: si el 19 tiene que dar contestación, es correcto para hablar; en cambio si tiene mucho que narrar aflora el campesino en sus palabras.

Una afinidad de sirviente de casa rica lo une al embajador, sus idiosincrasias son semejantes y distintas a la de todos los otros enfermos. Sus hábitos de limpieza son superiores: temprano se lavan y peinan, se afeitan casi diariamente y las manos las asean por lo menos dos veces diarias. Su dicción es más correcta, más pulcra, más llena de frases hechas. Si le dirige la palabra un caballero son humildes, atentos; más serviles que serviciales. Si los habla

uno de su gremio son cariñosos, se sienten entre sus iguales y son hermanos; por ello tal vez femeninamente murmuradores.

Visten mejor que los obreros, aprovechan la ropa vieja que muchos reciben de la generosidad de sus amos y otros la compran a los ropavejeros.

Cuando tratan a un pobre lo hacen con altanería, rudamente, luciendo pretendida superioridad; a veces se ponen bondadosos y hay en sus modales y palabras, promesa de señorial protección.

El alma de lacayo se va formando generalmente desde niño, siendo la propina la principal causa de sus espinas dorsales con bisagras.

Los otros son más sucios, pero más cordiales, menos altaneros; salvo que tengan alma de mayoral; en la mente aparece borrosa la figura de un tambor mayor de tiempo pretérito.

Valdebenito se dormía...

La visita semanal del médico obliga a los otros a llegar antes de la hora de costumbre: es conveniente que ellos recorran sus enfermos antes que pasa la comisión.

El doctor Olivares llama profesor Topaze a Valdebenito, y en realidad el parecido se ha acentuado a causa de una barba en punta que se deja, mientras sana de una infección que tiene en el mentón.

Al 11 le hizo una punción cerca del corazón; el pobre muchacho se queja suavemente, en voz baja; la escena es tristísima; los lamentos se oyen como el balido de un corderito extraviado.

El 14 ha sido dado de alta esa mañana, se irá a las 12. Del 15 pide repetición de unos exámenes, cree en una TBC Al 16 lo examina minuciosamente y lo mismo hacen sus acompañantes.

-Hay que pedir traslado de este enfermo; mientras tanto sería conveniente llevarlo a Aislamiento.

El 17, según contó después, se sintió muy acholado delante de tantos caballeros; no supo ni lo que contestaba.

Al 20 lo dieron de alta: había llegado sano, la tarjeta indicaba un tratamiento de reposo por una semana más.

El doctor Olivares, comentando el caso del 14, que había sido dado de alta decía:

-Cuando era estudiante, las gastritis y la miocarditis eran los diagnósticos de moda; pasó el tiempo y nuevos estudios relegaron casi al olvido tales enfermedades; han pasado otros años y nuevamente se diagnóstica con profusión las primeras. Sería interesante averiguar la causa de esta periodicidad.

Esa tarde llegó un enfermo: lo trajeron en el coche. Cortado al cero el pelo, la cabeza era una bola monstruosa, hinchada por todas partes, apenas se divisaban negreando dos ojos chicos; la boca tenía los labios vueltos y los pómulos escondían entre ellos la nariz; el bulto que formaba el cuerpo bajo la ropa era imponente. A nadie extrañó ver un hombre excesivamente gordo pasar del carro a la cama 22.

La tarde aburridora se fue gastando entre bostezos, sueño y trivialidades.

Valdebenito observaba al nuevo 22, sentado, al aire el pecho que la camisa no alcanzaba a cubrir, velludo, abultado como senos de mujer; los brazos sobre la colcha, las manos semicerradas formando en su interior superficies cóncavas, de pronto se movían con suma rapidez y siempre una o dos moscas caían muertas sobre la ropa; después un movimiento con el dorso y las moscas iban al suelo.

El agua ya había sido repartida, cuando entró a la sala un hombre que andaba lentamente, con dificultad, afirmándose en todo lo que encontraba a mano; miró los número y se dirigió a la cama 20.

El 19 le señaló la existencia del cajón para su ropa y el destino de los jarros que había sobre el velador. El hombre se desvistió trabajosamente, se cubrió quejándose, se afirmó en el almohadón y se persignó y besó dos medallas que llevaba atadas a un cordel que pendía del cuello: acezaba sincrónicamente demostrando extremo cansancio.

Acudió Armandito a su lado.

-¿Qué se le ofrece, amigo?

-Primero que nada algo que comer, pan, leche, lo que sea.

-Esta no es hora de comida, ya se repartió todo, tiene que aguantarse hasta mañana.

-El doctor de la puerta me dijo que llegando a la sala pidiese algo de comer para que no me aumentase la glicemia.

La palabra glicemia tuvo un efecto fulminante, Armandito no la había oído nunca, y si los doctores de la puerta temían que le aumentase, es que era algo grave, gravísimo.

-Voy a ver, pueda ser que encuentre algo.

El nochero volvió corriendo con un jarro enlozado en la mano.

-Aquí tiene sopas con jugo de carne; también le traigo un medio pan.

-¡Peor es nada!, el asunto es que la potacemia no pille a la glicemia y me venga a resultar uremia.

Armandito estaba admirado, y todos los enfermos lo acompañaban en su estado de ánimo. Se sirvió todo el alimento.

-Ahora avise a La Guardia,: me tiene que ver, venía muy mal.

-¿No dice que lo vieron y que le ordenaron pedir comida?

-Si, mi amigo, así fué, pero en la puerta de la Asistencia Pública de donde vengo.

El nochero salió refunfuñando:

-Y yo que creía que era orden de La Guardia y le fui a dar mis sopitas y mi pan.

Llegaron los doctores de la puerta. Venían en cuarteto. Adelante unos gorditos de mangas arremangadas, ¡uf, Dios mío, qué profusión de lienzo!, el delantal tenía género para dos vueltas y sobraba; más atrás uno delgado y alto, después el conocido médico de los lentes de carey, figura alemana y criollo apellido, y por último a la retaguardia uno chico que aparecía confundido, falto de ambiente. Rodearon la cama del 20.

-¿Qué tiene, hombre? - pregunto el gordo.

-Tengo ayson.

Las cuatro cabezas automáticamente se miraron interrogativas; después se volvieron al enfermo.

-Saque la lengua. ¿No era tan negro antes?

-No, señor, yo estaba en el San Vicente: el doctor del Seguro, el señor Lima, muy buen doctor, él me atendía, tomaba unos papelillos de glucosa y de bicarbonato de sodio, y toca la mala pata que sale de vacaciones.

-Siéntese.

Lo auscultaron uno tras otro, y mientras ellos discutían el enfermo seguía hablando sin que ninguno lo escuchara, ni lo tomara en cuenta.

-Para colmo sigue la mala pata y cierran la sala para hacerle un aseo de pintura y nos echan a los pacientes para la calle.

Le recetaron un calmante. El 20 que ha tomado vuelo, aprovecha el silencio general que la presencia de los doctores había impuesto, y ahora dirigiéndose a todos, continúa:

-La enfermedad mía es muy rara; es única en Chile: cuando los doctores supieron lo que yo tenía llegaban en

cardumen a verme. Toditos me examinaban. Resulta que como yo no sabía de que estaba enfermo se lo pregunté a la monja y ella me lo explicó. El asunto es, pues compañeros, que al ladito arriba de los riñones hay dos pepitas. Esas son las que me faltan a mí. Me analizaron todo: la uremia, la glicemia, y la potacemia y me estudiaron la pigmentación. Aquí en este brazo me hicieron dos pruebas: en una me escobillaron hasta decir basta y en la otra me pusieron yodo...

Siguió nombrando los exámenes y pruebas que él designaba con nombres técnicos deformados y colocados a su arbitrio. Los enfermos conversaban entre sí sin preocuparse del 20. Armandito apagó la luz y encendió la roja. El 20 siguió hablando, rato después se sentía su voz.

-Los doctores decían entre ellos: ¡es un caso muy interesante!; esta afectado a las bases renales, vamos hacerle la prueba, no me acuerdo el nombre; entonces el doctor Gálvez Castro dijo: déjenme a mí y sacando $ 50.00 llamó al practicante y le dijo: que mañana le compren unos dos kilos de carne y le preparen una fuente de tallarines con harto aceite, a este enfermo. Yo vendré temprano, tenga todo preparado y los doctores siguieron preocupados de mi enfermedad; decían entre ellos: es una lástima que un hombre joven con un cuerpo tan bonito.

El embajador no pudo contenerse más y gritó:

-¡Hasta cuándo vas a estar hablando, mierda... que no dejaí dormir...!

Sorprendido por el exabrupto que no creyó posible, avergonzado rezongó despreciativo:

-Inorantes, no saben na de medicina.

Esa mañana se hizo algo como una junta de médicos. Las dos sonrisitas, el jefe, la doctora y el interno interrogaron al 20. Este feliz contestaba narrando su caso con voz cansadora, despaciosa, con altos y bajos; era como viajar

en una carreta costina por una huella de cerro. El doctor jefe se aburrió de oírle disparates.

-Todos esos datos se los da a la doctora cuando haga la historia de su enfermedad.

Concluida la inspección general, la doctora se dedicó a interrogar al 22, esa mañana al pesarlo don Aliro la romana marcó 119 kilos.

Era analfabeto y medio tonto el gordo, las preguntas no las entendía o las respuestas eras disparatadas.

-¿Qué edad tiene usted?

-No estoy bien seguro; tiempo atrás me decían que tenía 58 años.

-Háble me de sus padres, ¿están vivos?

-Claro, pues, señorita. El es un poco más bajo, pero bastante más gordo que yo. Ella es alta, buenamoza, un poco mal genio, no hay que hacerle caso, porque es buena y generosa cuando reparte la comida.

La doctora oye y escribe sonriente.

-¿Y no son enfermos?

-¡Que esperanza, son sanitos!; él algunas veces amanece con dolor de cabeza y arcadas, es que el día antes se ha pegado una de esas rascas lloradas y con hipos, ella no se enferma nunca, salvo cuando va a tener guagua; en estos días le toca.

La doctora deja de escribir y pregunta asombrada.

-¿Cómo es eso, va a tener familia su madre?

-No, señorita, mi madre murió hace muchos años; la que le digo yo es la patrona.

-Le estoy preguntando por sus padres, no por sus patrones.

-¡Bah!, yo creía que era por los patrones.

-¿Tiene más hermanos?

-Sí, señorita, tuve siete hermanos hombres.

-¿Están vivos?

-No, señorita, se murieron los siete y mi pairastro.

-¿De qué murieron?

-Se ahogaron, señorita; iban en una lancha los siete y el pairastro, se hundió y se murieron toditos, mi mamita no más se salvó.

-Y usted, ¿cómo está vivo?

-Es que yo no había nacido, señorita. Mi madre como quedó viuda se casó con mi padre; de ahí salí yo.

-¿Y como habla de su padrastro, hombre?

-Claro, pues, señorita, si era el marido de mi madre y no era na mi padre; tenía que ser mi pairastro.

Valdebenito observaba a su vecino 20. De pelo negro, tieso, sobre la frente se levantaba un mechón quiscudo, como manojo de largas espinas. Correctas las facciones, moreno, tenía el rostro manchado lo mismo que mujer embarazada. Al hablar se notaban tres dientes de oro, brillantes entre sus labios secos; sus brazos musculosos y la amplitud del tórax demostraban que era un hombre fuerte. Leía un folleto religioso a media voz y deletreando penosamente.

En la tarde, Valdebenito fue a visitar al 16 a Aislamiento. En una pieza chica, donde una ventana ocupaba el lienzo de pared que da al poniente, se encontraba el enfermo. El catre, al lado de la luz, le permitía ver la gran palmera que crece al centro del patio y parte de los praditos de trébol que hay alrededor. Una señora entretenía su ocio mirando a los gorriones que se movían desde las manchas verdes a la palmera.

-¿Qué hubo, compañero, como se siente en su nuevo domicilio?

-Me siento lo mismo, 21; esta tos condená que no me deja dormir y para colmo que me hayan traído aquí. Yo se bien: enfermo que sale de la sala para Aislamiento es porque ya está para morir. Es muy triste; compañero;

pensar que la muerte está tan cerca. Yo se que si me hubiese ido al campo, donde mis parientes, a tomar arta leche al pie de la vaca, leche pura compañero, no de esta agua blanca que venden embotellada, estaría sanando. Me tomo dos litros de esta que dicen pasteurizada, no da ni nata, un pelito más y la dejan como el suero que sirve para engordar chanchos.

-Yo le voy a decir la verdad, 16, a usted lo trajeron para acá porque su tos en la noche no dejaba dormir a algunos enfermos. Por otra parte, como lo van a trasladar al pabellón Cousiño donde son especialistas en su enfermedad, va a ser por poco tiempo su estadía aquí. En cuanto a la leche si la pasteurizada no es de su gusto compre en un establo al pie de la vaca, como es más cara compra menos.

-¿Oyó, Juanita?, para que le diga a mis hermanas; ¿el 21 es un compañero que sabe lo que habla, repítale a las chiquillas lo que dijo, llegan aquí a verme y se ponen a llorar y lo afligen y los desesperan más que lo que uno está. Ayer vino la monja a recordarme mis obligaciones con Dios. Como era tarde las chiquillas ya habían salido del trabajo y estaban aquí. Me confesé y el pare me puso la extremaunción. Anoche a rato me daban acceso de tos, mientras me duran estoy deseando morirme; son tan fuertes que no se pueden resistir; pero después que se han pasados solo pienso en sanar. Total que sufrí las penas del tacho. ¿Cómo estaré de grave? me decía yo, me traen a Aislamiento, la monja hace que me confiese, mis hermanas vienen a una hora que no dejan entrar a nadie y me dejan a esta niña para que me cuide. Me desesperé, compañero, la Juanita cabeceando en esa silla y yo llorando, me vine al hospital a sanar y por lo que veía estaba a punto de morirme; no hallaba la hora que aclarase, pensaba, con el día se quita la aflicción. El cura llegó con la comunión a las siete; mis hermanas ya estaban aquí; comulgamos todos juntos, ellas lo hicieron pidiéndole a Dios mi mejoría. La

madrecita se portó muy bien, nos trajo fosfatina con leche y pan con mantequilla. Me quedé solo, mas conforme; me resigné a morir. Montón de años que no me acercaba a una iglesia. Confesarse es muy bueno, compañero, se siente una tranquilidad muy grande, ¿va a creer?, me parecía haberme bañando y estan limpiecito, fresquito, y transpiraba como siempre. La Juanita va ir a la casa a dormir un poquito; almorzando se viene para acá.

-No converse más que le puede venir la tos; tenga confianza, no está tan grave como usted se figura. Si no fuera por la bulla que hace en la noche al toser estaría en la sala. Antes de acostarme voy a volver a verlo. Hasta luego; compañero; hasta luego, señora.

-Gracias, hasta más rato.

Valdebenito se alejó pensativo y apenado; era muy triste ver a un hombre que sabe que le restan unas pocas horas de vida. Pensó en esa comunión de moribundo junto con sus hermanas, y sintió que su mente afloraban recuerdos perdidos; cuando muchachito, niño muy pequeño, asistió por primera vez, en un Viernes Santo a las tres horas. Hincado en una alfombra de mano que siempre su madre llevaba a la iglesia, no lograba entretenerse sacando hilitos de colores de las flores bordadas con seda en la alfombrita. Perdido entre la muchedumbre arrodillada de mujeres de manto, sentía que arriba en el techo de la nave, muy alto retumbaba a veces la voz del sacerdote indignado con los hombres que hacen agonizar al Dios bueno; otras veces eran como un murmullo sollozante, implorando misericordia por ellos y entonces la pena le parecía infinita; se apretaba al cuerpo de su madre y se quedaba con los ojos muy abiertos, asustado, mirando las imágenes escondidas tras un lienzo morado. Sentía la misma impotencia de ese tiempo. Había que conformarse, ser como los doctores.

¡Al Diablo la muerte!

De vuelta a la sala encontró una novedad: la cama 14 estaba ocupada. Sentado en ella un hombre calvo, de cara arrugada y sucia, carente de pestañas y escaso de cejas, se quejaba en voz alta.

-Ay... Ay... de esta no libro, maldita sea mi madre ...Ay... Ay...

Y abría sus ojillos ribeteados de rojo; teniendo su boca abierta como pez fuera del agua. Sarmentosos los dedos, secas las muñecas y los brazos pecosos y peludos, los alzaba, extendido cual orador sagrado que implora al Altísimo.

-Ay... Ay... que estoy entre moros; estos no son cristianos, en balde clamo y reclamo ...Ay ...Ay...

Acudieron los practicantes y al llamado de éstos los doctores. Inyecciones y prohibición de comer o beber, fueron los resultados.

El embajador y el club de la Unión han pasado las últimas horas de la tarde comiendo, ostentosamente, pollos y otros víveres apetecibles.

Cuando Armandito se hizo cargo de su turno de noche, lo llamó el embajador, quería que le arreglase el atril y los almohadones; sentía un malestar al pecho, desde ese momento no dejó de quejarse de ahogos y de dolores al corazón.

Poco faltaba para cambiar la luz, cuando de pronto unos gritos formidables atronaron la sala y repercutieron por todo el pabellón. Se oían a más de una cuadra de distancia. Los enfermos callados, sobrecogidos de pavor, escuchaban fijos los ojos en el 20 y éste continuaba en sus fantásticas quejas alaridos. Era algo que angustiaba; oprimían de terror los corazones, desesperando ante la impotencia de prestar ayuda.

Valdebenito se sentía conmovido hasta lo más íntimo; su compañero, con los brazos extendidos sobre la mesa corrediza y las manos crispadas apretando la orilla de

metal, apoyaba la cabeza en el tablero, los ojos vueltos hacia arriba y del rostro le escurría copiosa transpiración; lanzaba sus quejas anonadantes como si fuese el ulular de un perro enorme ante la visión más espeluznante y horrorosa.

Armandito corría sin saber qué hacer ni a qué santo encomendarse; Miguel, el practicante de Máximo, temió tomar una iniciativa inmediata y salvó su responsabilidad llamando a La Guardia; ésta andaba en su ronda de todas las noches, tenían que esperar.

Los gritos continuaban atronando, pero disminuyendo poco a poco su intensidad; parecía que el 20 agonizaba apagándose su voz con la vida. Armandito y Miguel, a la orilla de la cama, miraban sin poder, en su ignorancia, prestarle auxilio. Ni siquiera el practicante jefe nocturno aparecía. La fuerza de las quejas había declinado. Ahora sólo eran perceptibles a su rededor y no continuas, entre ellas sonaban chocando los dientes en unos tiritones convulsivos que estremecían el catre.

Llegó La Guardia: los mismos de la noche anterior, mandaron a buscar dos inyecciones que hicieron colocar inmediatamente, y prescribieron rodearlo de bolsas de agua caliente y una taza de café bien cargado y casi hirviente.

El embajador aprovechó para renovar sus lamentos y ser atendido; lo interrogaron sobre qué desarreglo había hecho. Contestó:

-Es del espanto que me causaron los gritos del 20.

Y el viejito del 17 comentó, inocente en voz alta:

-No, eran de antes los ahogos; deben haber sido las presitas de ave que se comió.

Los doctores lo retaron y le advirtiéron que por esos desórdenes podía morirse; y encargaron a Armandito que avisase a los practicantes de día, para que ellos diesen cuenta de lo que pasaba. Inyección, bolsa con oxígeno. El embajador furioso gritó al 17.

-Viejo intruso, ¿qué tenís que meterte a dar cuentos?

-Se está muriendo y peleando, atrevido que no respeta ni a los ancianos; si no te callay mañana le cuento todo al doctor.

El embajador se mordió disimulando su rabia en quejas de ahogos.

-A este hombre debían tener en Aislamiento, no le basta a él hacerse mal sino que también se lo hace a sus vecinos. Ya me parece sentir ahogos como él... -dijo el club de la Unión...

-Cállate, mal agradecido, te matan el hambre y estay hablando.

-Qué te voy agradecer a ti, destripaterrones, sinvergüenza que en los banquetes de la embajada con otros garzones te robay los licores finos y los dulces.

El embajador se mordía y se ahogaba, ahora de rabia; tenía que callarse; el club de La Unión podía gritarles todo lo que amigablemente conversaron en sus ratos de confidencias.

Llegó el oxígeno y el agua caliente.

Rodeado de bolsas, el 20 se calmó; los tiritones cesaron y miraba sin decir palabra. Armandito trajo el café.

-Ya, iñor, tómese este café aunque se queme.

El enfermo, en actitud mística, elevó los ojos hacia el cielo y juntó las manos suplicantes para orar; con voz compungida dijo:

-La Virgen Santísima y nuestro Señor Jesucristo han de querer que con esto mejore. Animas benditas del Purgatorio, favorézcanme.

Levantó el jarro con las dos manos, como si pesase mucho, se tomó el café a sorbitos, mientras los demás enfermos lo miraban curioso, esperando en silencio expectante, el resultado de su súplica conmovedora.

El 18 respiraba, revivido, pequeñas cantidades de oxígeno.

Un largo rato y sonó la voz del 20.

-Ya Armandito, me tomé el café.

Resopló fuerte, como estornudo de un animal y siguió con su voz antipática, recuperado del ataque, como si nada le hubiese pasado.

-Si esta enfermedad mía es muy raraza; hay que ir a EE.UU. para encontrar otro caso como yo, en el San Vicente cuando supieron que había llegado, era una procesión de médicos a verme; los otros enfermos que me tenían entre ojo, ¿no ven que todas las atenciones eran para mí?, y a ellos los dejaban a un lado. Bueno, como les iba contando ayer, llegó tempranito el doctor eminente Gálvez Castro y el doctor Montt Weber: en fin, una cantidad de médicos jóvenes y viejos, de lo mejorcito que tiene la Escuela de Medicina.

"Ya niño, dijeron, empieza a comer, y me trajeron en un azafate grande más de un kilo de carne asada y un montón alto de tallarines. Me puse a comer hasta que terminé sin dejar nada en el azafate. Todo estaba muy bueno, tan sabrosito que se hacía agua la boca. Si más me hubieran servido más habría comido. Los otros enfermos han creído que estaba hambreado. Empezaron al tiro con sus pruebas, tomando la hora y una infinidad de cosas más. Si esta enfermedad mía es muy raraza: hay que ir a EE.UU. para encontrar casos como el mío. Los doctores me compadecían y hablaban de mi caso entre ellos, decían:

-Un hombre joven lleno de vida y con tan bonito cuerpo...

El embajador aprovechó para gastar la rabia que había acumulado.

-¡Hasta cuándo no dejas dormir, cállate moscardón...!

-Si sabís contar, inorante, no olvidis que llevai dos, a la tercer es la vencida.

Armandito perdió la memoria esa mañana; la causa

de esa amnesia fue una pechuga de gallina pegada al cogote, incluso la cabeza. Los doctores ignoraron las barrabasadas con el régimen cometidas por el embajador.

El 22, el gordo, está muy contento, es día de visitas y espera la de su patrón; es tanta su alegría que se ha puesto hablador. Su voz es gruesa, ronda como sonido de un guitarrón.

-Mi patrón va a venir en la camioneta amarilla; me va a traer dulces, frutas; a toditos le voy a convidar. Yo no soy mezquino como el 18.

El interno fue el primero en notar la recaída en el embajador: se lo comunicó a la doctora, a esta le causó extrañeza.

-¿Cuántas cucharadas tomó ayer de este remedio?

-Dos, dos veces al día.

-Yo le dije una dos veces en el día. ¡No ve los resultados por no fijarse!

En la primera oportunidad que la sala quedó libre, el 18, que se sentía mejor, encuentra a quien culpar de su recaída y lo cuenta en alta voz al mozo, pues su intención es dar la noticia a todos.

-La toma tiene la culpa. Me bebí dos cucharadas temprano y otras dos en la tarde. En la mañana la doctora, cuando le dije que había pasado mala noche, me salió con que era una la cucharada. Por llevarse chijeteando no se fija en lo que habla.

-Miente usted -gritó el Club de La Unión-; ayer discutimos lo mismo y usted decidió no tomar el remedio y así lo hizo.

-No sea intruso y metete.

-No soy intruso: defiendo a la doctora.

En ese momento entraba a la sala. La discusión no siguió adelante.

Valdebenito fue a visitar al 16. Allí encontró a la niña Juanita, era una joven de 25 años a quien las privaciones y el trabajo habían envejecido prematuradamente; toda ella insignificante, vestía con suma pobreza. Estaba allegada en la casa de las hermanas del 16, y como se encontraba cesante se había encargado de cuidarlo. Charlaron los tres un buen rato: el enfermo se sentía más aliviado y estaba lleno de esperanzas.

Esa tarde no todos tuvieron visitas. El 22 estaba furioso.

-Miren el caballerito, si él no podía venir, ¿por qué no mandó a uno de los mozos? Me las va a pagar bien pagada; yo le enseñaré a ser ingrato.

El 15 hizo llamar a la cocinera; le habían traído un trozo de carne de cordero y él quería que le hiciesen una cazuela al otro día.

-¿Qué se había hecho, señora?. Tanto tiempo que no venía.

-Estuve muy enferma, se me hinchan las piernas y se me gana un dolor a los tobillos que no lo puedo aguantar. El año pasado estuve hospitalizada como dos meses en la sala Purísima; los doctores me cuidaron mucho y me trataban muy bien; me aburrí, mejoraba muy poco, me salí enferma, y con una comadre que tengo, de aquí mismo me fui a ver a una meica, que hay por ahí cerca de 10 de Julio; me examinó y me dio unas tomas, ¡fue santo remedio!, a la semana siguiente estaba trabajando. Este año ni supe cuando me enfermé; la monja me obligó a hospitalizarme; pero yo no fui lesa, con mi comadre le mandé las aguas a la meica, ella me mandó remedios y a la semana ya estaba bien. Las tomas que me daba el doctor las echaba a la escupidera. ¡Si para los pobres no hay como las meicas! ¡Hasta los ricos que tienen fe sanan!

-Yo también creo en los remedios caseros. Consígame la dirección, señora. Hágame ese servicio -suplicó el 20.

-¡Como no!, mañana o pasado viene mi comadre y le consigo el nombre de la calle y el número. Yo lo único que sé es que está al llegar a 10 de Julio.

La gorda se alejó, llevando al extremo de su brazo un pedazo de pulpa.

-Apenas me traigan la dirección voy a consultar a esa meica yerbatera.

-No, pues 20. Si usted quiere sanar tiene que tener fe en los caballeros. Le sacan la sangre para sacarle el mal. ¡Sería picardía muy grande dejarlo con esa sangre mala!. Si ellos son doctores, es porque saben un poco más que nosotros; hay que tenerlos en cuenta.

El 17 era quien aconsejaba al 20; este le interrumpió:

-Hombre, no hable ignorancias, usted no sabe no más que lechar vacas y hacer quesos, ¿qué va a saber usted de lo que tengo yo? Hay que ir a EE.UU. para encontrar otro caso como el mío. Cuando me llevaron a las nueve de la noche en una ambulancia a la calle de Merced. Ahí estaban todas las eminencias médicas. Uno medio secón que hacía de jefe dijo: tiene la palabra el parlamentario Gálvez Castro. Este que es un profesor que sabe mucho, pero mucho, dijo.

-Yo voy a decir a mis oyentes que no voy a decir no más que algunas palabras, porque las de más las va a decir ni honorable ayudante Sr. Lima.

Entonces se paró este médico, ¡hombre más bueno no he visto!, tan caballero, tanto finito, le dice a uno, ¿qué siente usted, señor? A nadie trata de tú, ni de vos. A todos los oye con tanto interés y paciencia que da gusto. A mi, cuando me vio en el Seguro, me dijo: Usted, señor, se va al San Vicente, sala San Carlos cama Nº 7. Llego allá y me encuentro con la cama ocupada; me senté en un corredor a esperar. Cuando llegó y me vio ahí me dijo.

"¿Y usted, señor, por qué está aquí?, ¿por qué no se

ha ido a su cama? Doctor, le contesté, la cama está ocupada.

"Muy cierto, se me había olvidado.

Fuimos juntos hasta la sala; el enfermo estaba en pie sentado a la orilla del catre. Y el doctor, con esas maneras tan caballeros le dijo: Usted se siente bastante mejor, ¿no es cierto, señor?; le conozco que está con ganas de irse a su casa, quiere estar al lado de su mujer, de sus niñitos, ¿no es verdad, señor? Le voy hacer el alta, ¡qué sorpresa en su hogar cuando llegue de repente!, ¡qué alegría!

"¿Han visto hombre más bueno?, yo le tengo una fe muy grande, apenas llegue del veraneo lo voy a ir a ver. Si para esta otra semana no siento mejoría me voy con él. Es muy buena la doctora, pero yo prefiero entendérmelas con hombres. Miren pues, compañeros, como le iba a decir ayer cuando me estaba confesando a preguntas, que saliendo del hospital me fui a ver con niñas y na ni na; peor que hubiera sido guagua. La mujer me decía:

-¡Qué lástima mi hijito!; usted que tiene un cuerpo tan lindo y no puede na.

"Menos mal que la niñoca no era malintencionada y no le contó a nadie, me libré jabonado de quedar en vergüenza, que si alguna hay grande para un roto, es que una mujer pueda decir que uno no es hombre para ella. Me acuerdo de la otra vez que salí del hospital; también fui donde las niñas, pero entonces daba gusto, se me cargó el caballo, me pasé mis dos días encamado. Estaba refortacho y más cargoso que tábano.

Dejó de hablar un rato para descansar; después miró para todas las camas; sólo vio caras indiferentes que no lo escuchaban. Desanimado, echó su cabeza hacia atrás sobre el almohadón, mirando al cielo de la sala. ¡Gente más tonta!, ¡nada les interesaba!; pronto olvidó el desaire y se distrajo tratando de saber si había más moscas que zancudos en el techo.

Nadie se dio cuenta cómo se produjo la reconciliación; el embajador y el Club de La Unión están nuevamente amigos; charlan cordialmente, tratando cada cual por su parte de hacer olvidar a su compañero el mal rato. El Embajador le da un racimo de uva y el Club de La Unión le retribuye con una tajada de melón. No parece posible que amigos que de tal modo se estiman hayan estado disgustados.

Armandito está cambiando el carácter de la monja. Ese atardecer rezó sin unción, apresurada, como quien cumple una obligación sin voluntad, terminado salió al hall y gritó colérica:

-Armando, Armando, ¡chiquillo flojo!, ¿dónde se habrá metido? Este muchacho es capaz de agotar la paciencia de un santo.

La tarde se había nublado en forma que parecía de invierno. La monja necesitaba al nochero para que cerrase todas las ventanas.

El Club de La Unión había cultivado la amistad del 20 mientras duró su disjusto con el Embajador, de ella se aprovechó para decirle:

-Usted 20, que tanto le gusta conversar sobre su enfermedad, podría contarnos algo de su vida; con seguridad que en sus correrías por las minas, más de un chasco le ha pasado, sabe Dios si hasta el Diablo ha visto.

Complacido, el 20 contestó:

-Sí, compañero, siempre he preferido trabajar fuera de la ciudad; se evitan tentaciones y la vida es más barata.

-Trabajan como machos, se sacrifican como bestias, y concluyen bajando al pueblo a gastarse en una semana lo que se ahorra en seis meses. Para ahorrar dinero da lo mismo la ciudad, el campo o las faenas mineras. No depende ni del lugar ni del ambiente, la voluntad del hombre lo hace todo.

-Amén -le diremos, 21- y que el compañero empiece su historia.

-Resulta que hacía poco tiempo que había bajado de la mina de El Cristo allí estuve como cinco meses arreglando capachos, componiendo una chancadora y otros trabajos de mi profesión. Bajé a Santiago, tuve como una semana dándome gusto. Decidí no volver a esos minerales; no tardaría mucho en llegar el invierno y por allá el frío aprieta mucho. Me habían dado el dato que en el andarivel de las minas Naltaguas se encontraba muy buen trabajo. En ese tiempo yo andaba bien cacharpiado, tenía una ternada ploma color tortilla, mis buenos zapatos de pará, rico sombrero de felpa, reloj, cadena de oro con mis dos esterlinas y una medallita, anillo, en fin de un todo.

Llegué casi de noche a San Francisco del Monte; me entretuve y se me fue la última góndola. Como lo que hay que andar no es más de legua y media, decidí seguir a pie, acostumbrado a caminar, ¿qué me iban hace siete kilómetros? Llevaba un saco de tela de buque con la ropa de trabajo, mi quisca y algunos alimentos, cosas que nunca deben faltarle a un hombre que es un poco andariego: un tacho, harina tostada, azúcar, té, un poco de pan, queso y una lata de sardinas que es mi manjar preferido, teniendo plata. Ya había oscurecido bien cuando partí; como a la hora y media de caminar vine a comprender que me había extraviado; conocía la ruta, antes había trabajado en Naltagua. No sabía qué hacerme, la noche más oscura que pecado mortal. Decidí preguntarle al primero que encontrase. Seguí caminando; como a las seis cuadras casi de sopetón me encontré con un emponchado; lo vine a ver cuando estaba encima de mí no a más de tres pasos: Perdone, caballero le dije, ¡voy bien para Naltagua?

-No, va usted por otro camino.

-Y dígame caballero, ¿no habrá por aquí cerca donde alojar?

-Tres o cuatro cuadras más allá hay una parva, yo creo que ahí está bueno para pasar la noche.

-Muchas gracias, caballero -le dije y me separé del hombre-. No se por qué me entró un poco de recelo, saqué la cuchilla del saco y me la puse a la cintura. Caminé otro poco y divisé una luz en el suelo; para allá me dirigí. Estaba cerca de la parva que me había dicho el otro. La luz era un fueguecito. Al hombre que estaba a la orilla del fuego me dirigí:

-Caballero ¿me daría permiso para pasar la noche en esta parva?, se me ha hecho tarde y en la oscuridad extravié mi camino.

-La parva no es mía y si usted quiere dormir, usted sabrá.

Me sacó su poco de rabia la contestación tan seca del hombre; lo miré de mal modo. Sentado a la orilla del fuego, levantando el cuello de la poncha, el sombrero gacho con el ala doblá sobre los ojos, no había modo de verle la cara. Me acondicioné un poco retirado de él, saqué mi tacho y di una vuelta por los alrededores buscando agua, como no encontré no me quedó más remedio que ir donde él.

-Disculpe, caballero, ¿dónde podré encontrar agua? Me quiere preparar un tachito de té.

-Agua no hay por estos lados. Ahí en esa olla tiene comida y en el tacho café.

-Muchas gracias, caballero. Siento mucho tener que molestarlo.

No me contestó ni una palabra; fui a buscar al saco un plato de fierro enlozado, una cuchara y pan.

En la olla tenía un "pilco" que llegaba a estar olorocito. Le había puesto choclo picado, papitas cortadas en trocitos chicos, porotitos verdes, cebollita a cuadrito, bastante color, hasta unas hojitas de albahaca tenía. Me serví una buena cachá, el plato de bordo a bordo, me llegaba a quemar el pulgar dentro del pilco.

De pie, empecé a cucharear. Me habló y me dijo:

-Siéntese y se verá más bajo.

Me senté conteniendo la rabia. No me gustaba la manera de tratarme; me conformé pensando que cada uno tiene su modo de apearse y decidí vengarme comiéndole todo el pilco.

-Con permiso -dije- y me serví otra platá, colmadita como la primera; me extraño; la olla no mermaba nada, y los tremendos platones que yo le había sacado. Quedé bien satisfecho, medio tieso, una taza de café para bajar la comida me venía al pelo.

-Con permiso -le dije otra vez y llené mi tacho y me lo tomé a sorbitos, estaba bien caliente.

Cumplido con mi estómago le di las gracias y traté de entablar conversación, pero ¡fué inútil! No levantó nunca la cabeza y me contestaba sí, no, bueno, malo. No pude meterle conversa, me aburrí y me quedé callado a la orilla del fuego; cansado y bien comido me puse a cabecear. Así entre sueño me pareció ver que al emponchado de cabeza gacha se le caía el sombrero y en lugar de orejas se le veían dos cachos negros, retorcidos como de animal cabrío. Estoy seguro de no haber alcanzado a dormirme, abrí los ojos y lo encontré agachado, con una mano se arreglaba el sombrero y con la otra el rescoldo.

Me entró un calor que me recorría el cuerpo desde la planta de los pies hasta las mismas orejas; debo haberme puesto más colorado que ají cacho de cabra maduro. El recelo me cortó el habla, trabajé para sacar valor y decirle:

-Caballero, me voy a ir a dormir a la parva.

No me contestó ni una palabra. Tomé mi saquito y me fui a tender; había un nidalito hechito, lo probé y lo encontré rebueno, pero de ahí se no veía al emponchado, decidí hacer una cama por mi cuenta y a mi gusto. Elegí un rincón de adonde se veía todo lo que podía pasar a la orilla de la fogata. Tenía mi ruca lista, encuevadita, para

el sereno, la paja sequita. No me acostaba porque no podía desechar el recelo.

Hombre a hombre yo no le temo a nadie. Con un gallo tan misterioso y tan callado ¡me tenía el habla adentro! Como en estos casos es conveniente tomar sus precauciones, decidí rezar una oración que sé y que sirve para todo cristiano que está en aflicción. Dicen que los bandidos cuando están en peligro la rezan y si están gravemente heridos no mueren hasta que han recibido la absolución del sacerdote, y si los van siguiendo se borra el rastro detrás de ellos y les pierden la pista y se salvan.

La oración es a la Virgen de Monserrat; es muy difícil de conseguirla, los curas no la enseñan porque la aprovechan los bandoleros. Es así:

"Jesús, Hijo vivo de Dios vivo, Espíritu Santo que iluminaste a los Apóstoles, Virgen Santísima, Madre de Miseridordia, Templo sagrario de la Santísima Trinidad, Paraíso de los Mártires. Espejo de Consolación de toda alma cristiana, no permitáis que mi cuerpo sea preso, ni mis carnes heridas, ni mi sangre derramada, ni mi alma sea perdida. Virgen Santísima de Monserrat acordaos de mí para salvarme como Jesucristo salvó al buen ladrón. (aquí se hace una manda a la Virgen de Monserrat) Jesús, José y María favorézcanme, amén.

Cuando concluí de rezar me acomodé para dormir, dejé la cuchilla a mano y me saqué el paltó, por si acaso para el barajo, coloqué el saco con mis tiras un poco retirado; en el camino tenía que tropezar con él y me eché la poncha encima para el relente, de modo que me fuese bien facil deshacerme de ella.

Con la intranquilidad no me dormía bien; a cada rato abría los ojos y miraba para la fogata y ahí estaba el hombre con la cabeza gacha y junto al fuego que tampoco mermaba ni un poquito. Yo estimo que había pasado largo rato la media noche; en una de las despertá que daba, diviso que el gallo se está parando, estiró los brazos como si se

desperezara y de una patá dio vuelta el tarro con café y de otro la olla con piloco. Sentí clarito el chirriar del fuego que se apagaba y vi el vapor con cenizas que se esparcía. Movió los brazos para adquirir agilidad y se fue derechito para donde yo estaba. Me preparé al tiro. Tomé mi cuchilla, me arrollé el paltó al otro brazo, y me encluquillé afirmando una mano en tierra, listo para pinchar de abajo arriba al pararme; estaba seguro de pescarlo y de salir bien librado.

Se paró como a dos metros de adonde estaba yo; y como si no me hubiese visto ni el saco que estaba a sus pies siguió andado alrededor de la parva hasta que llegó nuevamente adonde había partido; después sentí que se trepaba al montón, lo trajinó, se bajó y volvió a su asiento, ahí quedó cabeza gacha a la orilla de los restos de la fogata. Me dormí al rato; desperté con el sol alto, todas mis cosas estaban junto a mí, sentí ruido de agua que me extraño mucho y más extrañado quedé cuando miré para el lado de la fogata; me acerqué al lugar donde la noche anterior estaba el hombre misterioso y no había nada, ni cenizas, ni las piedras en que nos sentamos ni señal alguna que indicase que alguien había comido durante la noche ahí. Di vuelta la parva buscando rastros y no encontré ninguno. Fui a un hilillo de agua que corría cerca me lavé y traje para mi desayuno, encendí fuego y la puse a hervir. Mientras me servía mi tacho de té pensaba en el hombre de la noche, convenciéndome que era el malo. Más convencido quedé cuando vi que el camino no lo había extraviado na.

¿No, ven, pues compañero?, la oracioncita me salvó quizás de qué peligro. También hay que tener en el trato sus precauciones. Todo hombre andariego no debe olvidar que de noche a los extraños no es bueno decirles señor; hay que tratarlos de caballero. Y no decir Dios se lo pague - como acostumbramos muchos,- hay que decir: Muchas gracias. Por los campos, en la soledad de las noches, no se sabe nunca con quien puede toparse.

La historia contada por el 20 le creó ambiente favorable; la comentaban entre ellos y algunos le pidieron que repitiese al otro día la oración, querían copiarla. Lo prometió de toda voluntad.

El cielo cubierto de nubarrones negros anunciaban tormenta. A través de los ventanales sólo se veían oscuridades. Los enfermos que sentían el frío de una noche de invierno, trajinaban sus cajones buscando ropa que echarse encima.

Formidable el ruido de los truenos no dejó a nadie dormido. La luz roja se había apagado, la sala solo se iluminaba por el resplandor de los relámpagos. Cayeron los primeros goterones anunciando la lluvia; luego se formalizó torrencial, diluviana. Valdebenito no había visto en ese invierno llover tan fuerte.

Los enfermos trataron de continuar su reposo.

Una tempestad tan imprevista causó daños en el pabellón. El viento voló las hojas de los árboles, anidadas estas a las que por falta de limpieza se encontraban en la techumbre, obstruyendo las descargas de aguas lluvias; se acumuló el líquido que pasó al interior por debajo de las juntaduras del zinc.

El agua corrió sobre los techos de yesos empapándolos y se escurrió por las esquinas a formar una poza en el piso.

Los mozos recogían el agua con paños que estrujaban en los recipientes y el trabajo se les hacía llevadero, comentaban lluvia tan a destiempo y discutían entre ellos si perjudica a los trigos, a las frutas; contentos lucían sus experiencias de campesinos.

Los doctores llegaron temprano con su tenida de invierno, y al entrar a la sala y ver los desperfectos que causaba la lluvia, ponían cara de circunstancia, a media desolación. No se podía pedir más; los daños no eran considerables. En la techumbre los gásfiteres se mojaban destapando los cañones obstruidos.

La doctora llegó sonriéndose, marcial. Usaba un par de magníficas botas de goma. Se veía mucho más alta.

-Nos hemos mojado - dijo.

Se unió a los doctores Zuleta Palma y Pérez y fueron tres las sonrisas; el interno que estaba con ellos, para ponerse a tono también mostró un poco los dientes y ahí se que-daron un momento las cuatro sonrisas mirando hacia el techo humedecido por falta de previsión. Luego se fueron semisonrientes a ver los perjuicios de las otras salas.

-Sí, allá en la Peni -dijo el 11- se viesen dos gallos tan cumpas como estos doctores, las habladurías y las porquerías para pensar no habría quién las atajase y aquí que alguien lo pensase, sería un canalla ¡lo que va de un lugar a otro! Me he dado cuenta en este tiempo que son los reos los mal pensados, si no fuese así, podría uno tener el alivio de un amigo con quien hablar de su cosas. Si lo ven mucho junto con otro en el acto se van a la geografía, ¿cuál es el oriente, cuál es el poniente?

Sigue lloviendo torrencialmente; a través de los vidrios simétricos; la lluvia achura la atmósfera y el horizonte y todo es una sinfonía gris, que apaga el pedazo de cielo; gris oscuro a dos tonos las techumbres; y la cúpula de la torre que antes era color ratón, gris matando el blanco de las fachadas que se divisan; gris el ambiente de la sala y los enfermos sufren una tristeza gris.

A la una, ya el Embajador tenía visita, la mujer abnegada como de costumbre, llegó con su paquete; El Club de La Unión, que es el amigo confidente, se unió a ellos formándose el trío de charladores. Muy contenta dentro de su vistoso impermeable, arribó un momento después la cuñada, la de modales aseñorados.

Un momento y los enfermos tuvieron que escuchar la voz del Embajador: se había hecho potente.

-Y entonces mi pago, ¿qué se hizo?

-Aquí se lo tengo.

-¿Y la libreta del Seguro?

-La llevé para que me pagaran.

-¡Maldita mujer!, ¿no te dije que la libreta la guardaras y no se la entregases a nadie?

-La señorita me dijo que si no se la llevaba no me pagaba.

-Todavía me discute esta m...

Y con la derecha le lanzó una bofetada que le pegó en el oído. La mujer afligida y avergonzada, tapándose la cara con un pañuelo, quedó llorando al lado de la ventana junto al radiador.

El Embajador, tiesas las quiscas largas sobre la frente, perdido los ojillos entre las hinchazones, mira esperando la aprobación de los enfermos, y como sólo viese reproche en la actitud de sus compañeros, se hace el interesante fingiendo aflicción, reclinando sobre la almohada la cabeza como si llorase. La cuñada se desvive, le cubre con los brazos, le acaricia la cara, y le habla como a un niño taimado la madre consentidora. El Embajador está insensible a los consuelos; su propia víctima tiene que correr a la toilette a buscarle el jarro con agua y darle beber.

-Aquí tienes tu libreta.

Al rato, siempre fingiendo, ahora, debilidad, la abre con torpeza hoja por hoja.

-¡Menos mal!; no le pusieron las estampillas.

-Yo le dije a la señorita que si las ponía, tú me habías dicho que te echaban del hospital.

-Ta bien.

Aparentemente tranquilo, se retiraron las visitas. Entonces trató de atenuar el mal efecto de sus modales; habló:

-Estas mujeres intrusas y desobedientes echan a perder los planes de uno. Fíjese, compañero 12, mi patrón me paga todo el sueldo como si estuvieses trabajando; son

$ 117,60 semanales, si le ponen las estampillas a la libreta el Seguro no me paga el subsidio. Yo no soy leso, no he querido entregar la libreta a nadie, ni siquiera tenerla aquí, puede venir la señora Angela o la visitadora: me la piden y se la llevan a Estadística y pueden ir a la embajada. Así cuando salga cobro todo mi subsidio y después que el Seguro me timbre todas esas semanas, le digo a la empleada de la oficina de mi patrón que me devuelva la plata de las estampillas porque no las puede colocar.

-Muy bien, 18, hay que aprovechar cuando se puede, que el que se manea es vaca; los bultos pesados abajo, los livianitos arriba y los abultadores atrás. Si no se sabe trabajar se pierde plata. Yo conozco otro caso: un compañero aficionada al tinto y al blanco se quedó dormido en la posá, debajo de la golondrina; llovió en la noche como diablo, el agua corrió y él amaneció mojado hasta los huesos. Le dio pulmonía; fue a parar al hospital; allá estuvo más de un mes; lo dieron de alta con 15 días de descanso. Tenía una sombra en el pulmón que los doctores veían con los rayos; total que la sombra no se la quitó nunca; el Seguro le dio subsidio durante un año y el gallo desde que salió del hospital trabajaba. Se hacía dos sueldos el rotito.

-Sí pues, compañeros, hay que ser buscavidas, inteligente y con la mujer duro y hacerse respetar. Yo a ésta, si sigue así, le doy la patá y la dejo tamboreando en un cacho.

Satisfecho dio una mirada en contorno. El 21 no pudo contenerse.

-18, usted se olvida muy ligero lo bien que se ha portado su señora; no hay día que no haya venido, las molestias de un rato no borran sacrificios de mes o de años.

-¿Ha sido casado usted?

-No.

-Entonces no entiende nada de mujeres y no se meta en lo que no le importa.

-Le voy a aceptar que no entiendo de mujeres y en cuanto a lo otro, hay mucho que hablar. No intervine cuando discutía con ella. No teniendo razón, se me podía tachar de entrometido, pero ahora que sin nombrar a nadie, habla en voz alta a la sala, y lo hace ufanándose de su mala acción ante todos nosotros, estoy en mi perfecto derecho al protestar, porque no pienso ni procederé jamás como usted.

-Cállese iñor, no venga con leyes.

-Me voy a callar porque no vale la pena discutir con un testarudo abusador que no entiende de razones.

El Embajador comprende que todos están en su contra; rezonga a media voz.

-Leguleyo, tinterillo, se hace el caballero y sabe Dios si no tiene donde caerse muerto.

Valdebenito se endereza indignado para contestar, pero la mayoría grita:

-No haga caso, no haga caso...

-El silencio embarazoso duró mucho tiempo. Al atardecer cesó la lluvia y empezó a despejarse el cielo; los enfermos tuvieron de qué hablar; todos preveían un frío muy grande para esa noche y se preparaban buscando entre su ropa con qué cubrirse.

El nochero, a pedido de los pacientes que con el frío tenían apetito, sirvió el agua caliente. Después cada cual se abrigó lo mejor que pudo; entonces el 20 dijo:

-Que cuente algo el 22; hay que entretenerse.

-Sí que cuente el gordo, que cuente el guatoncito -pedían a gritos; el 21 para sacarlo de apuro dijo:

-No le exijan, al gordo no le ha pasado nada.

-¡Ves que no! ¡Bah! yo también he visto al diablo.

La algazara fue grande, sobresaliendo la voz del 12.

-Que el guatón cuente cuando el diablo lo vio a él.

-No haga enredos, iñor, fui yo el que vi al diablo, y fué así:

"Ahí en San Victoria, al lado del teatro, el patrón tiene una fábrica de helados, lo más encachadita; hizo unos arreglos en la pastelería; en un rincón acomodó un saloncito con mesitas y sillas para que los gallos que iban acompañados se sentaran a tomar helados y comer pasteles; sentados comen más. ¡Es muy diablazo el gordo de mi patrón, no se le va ninguna! Pasó por el negocio uno de esos que se llevan laucheando para sacar multas y lo obligó acomodar el excusado, las mesitas tuvieron la culpa. Se hicieron tres cuartuchos de madera, con puertecitas chicas; por dentro van separados por una división de tablas que no llegan al suelo; ahí quedaron tres W.C., y a un lado hizo hacer un urinario de cemento, bien ancho; caben cuatro personas sin estorbarse; tiene una llave, le da agua corriente a toditos, por un cañón agujereado que corre a lo largo cae el agua, como si los portillos tuviesen haciendo pipí.

Todas las noches se espera que la gente salga del teatro para cerrar; así que algunas veces me daban las doce cabeceando y sin poder irme a dormir. Si no hubiese sido por unos traguitos de helados para entretenerme y calentar el cuerpo, no se cómo me las hubiese visto. El patrón, cuando no iba al teatro a las diez, ya estaba en la cama ¡como no se van a llenar de chiquillos así!

Siempre que iba al teatro, a la vuelta tenía que arenguiarme no más con el cuento que tomaba muchos helados y empezaba la trifulca. Una noche, después del biógrafo, llegó con retorcijones de guata, al trote pasó para el escusado; no se demoró nadita en volver a corriendo y reasustado.

-Anda a ver vos guatón -me dijo-; en uno de los escusado hay un bulto; le alcancé a divisar una cola negra que le salía por debajo de la puerta ¡chis iba a ir! ¡como no! Me entró más susto que el que traía él.

-No le aguanto el salto -le dije, yo no voy, si quiere vamos los dos, pero usted adelante.

-Miedoso cobarde, con ese cuerpo no te da vergüenza- me dijo.

-¿Y usted?- le respondí.

Se rió él y de atrás me reí yo. Esa noche de ahí no pasó el asunto. Al otro día, el patrón me recomendó que no fuese a contarle a nadie lo que había pasado; yo se lo prometí, pero en la tarde se me olvidó y le conté a un motudo negro como hollín y que es portero y aseador del teatro. ¿Van a creer? El muy hocicón va y le pregunta al mismo patrón si es cierto que ha visto al diablo. Quizá por qué no se enojó na, pero lo roché medio sentido conmigo.

Pasó un buen tiempo, como sus tres semanas, y yo no iba al escusado de noche. Resulta que un día tomé, pasándoseme la mano un poquito, me entró valor y fui para dentro; eran como las doce de la noche y a mi me apuraba el asunto. Abrí las tres puertecitas y no había nadie, en el urinario menos. Me tranquilicé y me senté en el W.C. Ratito después sentí movimiento en el del lado; miré para el suelo para ver si algo divisaba por debajo de la división que está más de una cuarta separada de la baldosa. Ahí vi que se movía uno cosa negra, como cola de animal de cerdas cortas y gruesas. No me dio miedo, y por saber lo que era metí la punta del pie tratando de pisarla; no alcancé hacerlo, se iluminó mi zapato y el suelo, y una de las pezuñas del diablo me dio un pisotón que me sacó un grito tremendo y cerré los ojos agarrándome a dos manos la patita -risas interrumpen un momento-; lo que pude sacar la respiración, sin hacer más averiguaciones, y dejando la luz prendida, arranqué en una pata para mi pieza. Al otro día le conté al patrón, se puso serio y me dijo:

-Eso es para que no tomís tantos helados, ¿no veis que te hacen ver visiones y ni siquiera sabís donde está la

cabecera de tu cama?; todos los días amanecías durmiendo con la cabeza a los pies.

¡Y es bien cierto!, ¡quizás por qué será que me equivoco!

¿No ven? Yo le vi la cola al diablo y le aguanté un pisotón, ¡que si tengo la pata chica me la revienta!

El 20 habló:

-Miren, compañeros, del Diablo yo se mucho, pero me callo; se muchas de esas cosas, pero prefiero no contar...

Quizás que produjo el acuerdo entre los enfermos; nadie tuvo el valor de contradecirlo. Así el 20, contra toda su voluntad, no le quedó más remedio que callar.

Pronto algunos ronquidos mancharon el silencio.

Esa mañana los pacientes estaban despiertos al aclarar. El frío no los dejaba dormir. Gutiérrez, el vigilante, se paseaba restregándose las manos. Los mozos se atrasaron y hubo una protesta cuando a las ocho llegó don Aliro con la romana de pesar.

Al pasar al 14, don Aliro dice:

-¿Qué ha comido, hombre, que en lugar de disminuir de peso ha aumentado dos kilos?

-¡Mi madre!, ¿qué puedo yo haber comido si no tengo que comen? ¿está usted loco, hombre? ¡Que me saca tanta sangre de este brazo que ya lo siento seco, que me tienen tres días sin comer ni beber y encima que aumento de peso! ¡No señó!, ¡que usted está jugando conmigo y eso no está bien! ¡Me habré comido unos papeluchos que me han pasado!

Don Aliro siguió pesando a los demás, y el 14 repitió lo que había dicho.

¡Efecto contraproducente del frío! En lugar de quedarse más rato en cama y llegar atrasados, todos los doctores llegaron temprano. Se forma una comisión presidida por el doctor Mariano, las sonrisas gemelas, la doctora y el interno. Al 11, le dice el jefe:

-A usted le conviene más que se vaya, ¿qué se va a quedar haciendo aquí?, su enfermedad es larga y su curación se consigue casi con puro reposo; allá en la Enfermería puede sanar y se evita que lo estemos pinchando al lado del corazón.

Al 14 le dice, después de ver al aumento de peso en la hoja:

-¡No me vengan a hacer cuchufletas! ¿Qué es lo que has comido?

-¡Mi madre! ¡Otra vez con lo mismo! ¿Qué voy a comer yo? Si no tengo nada, que me estoy muriendo de hambre con tres días que no me dejan probar un bocado de pan o un sorbo de agua. ¡Y encima que estoy engordando! ¡Menuda gordura tendré cuando me han sacado hasta la sangre!

-¡No alegues más, coñito! Lo que pasa es que ha llegado con 60 kilos y no con 50, como lo anotaron; ahora pesa 52, quiere decir que ha bajado 8. Pide tu desayuno, que te den un jarro de chuño.

Y dirigiéndose al interno-: No se olvide de anotarle el régimen: seco, sin sal, hidrocarbonado.

Frente al 15 comenta:

-A este enfermo hay que trasladarlo. No es de aquí,- y dirigiéndose al paciente:

-Lo van a llevar, hijo, a una sala donde hay especialistas para su enfermedad.

-¿Y el 16? ¡Ah! en Aislamiento. Hay que apurar ese traslado, dígaselo a la Angela.

Al 17:

-Usted ya se puede levantar hoy día, y si sigue bien, irse el lunes en la tarde.

-¿Y tú, hijo? ¿Cómo sigues? ¿Cómo te sientes?

El Embajador, con la cara más hinchada que de costumbre, se endereza quiscudo y como siempre enojado.

-Estoy mejor, señor, pero...

-¡Déjate de peros y cumple tu tratamiento!

Al 19, revisando su hoja:

-Suspéndale la digitalina. Yo creo que el lunes te vas a poder levantar, hijo.

El 20 está callado, preocupadísimo, la pagadora del Seguro no le dejó el subsidio por no querer presentar su carnet o firmar un recibo con la impresión digital en una esquina. Está dispuesto a buscar venganza; para ello se ha conseguido un texto de las leyes del Trabajo.

El doctor que lo ve leyendo se consulta con la doctora y le dice:

-Está mejorando, confianza y paciencia.

-Y usted 21, siga sacándose dientes, no deje ninguno.

-Y tu gordito, ¿qué has hecho que casi no mejoras nada?

El 22 con su cabezota semeja una enorme luna llena. Perdidos sus ojillos entre los pliegues grasosos, sonríe, mientras arriba en su mate lucen como un almácigo las puntas de pelos blancos que empiezan a salir.

El doctor manda a rayos Central al 22. Lo lleva don Omar. La visita técnica había terminado; en grupo siguieron a la otra sala.

-Hay que apurarse, pelao, hablé a la Peni y me van a mandar la camioneta.

El vigilante, Gutiérrez, estaba dinámico, ejecutivo.

El 11 murmuraba amurrado vistiéndose:

-No hace nada que me clavaron como perro y no me dejan ni reponerme para mandarme a cambiar ¡por mi madre que son abusos! Como uno no tiene ningún palo grueso que lo apuntale, lo tratan como carne de cogote.

Desesperado, deja correr las lágrimas, sin hacer amago de secárselas.

-Y a mí -dice el 15-, me van a llevar cambiando de sala. Yo me encuentro bien aquí, no dejo que me lleven a otra parte, prefiero irme a mi casa.

El 11 ya está vestido, ha hecho su paquete. El 20 lo llama.

-Compañero 11, venga que quiero decirle algo calladito para usted solo -y sonríe satisfecho mostrando sus dientes de oro que resaltan en su pigmentación morena.

Cuando el 11 llega a su lado empieza hablar tan despacio que todos oyen con meridiana claridad.

-Oiga, compañero, usted se la puede sacar y quedar libre antes de mucho. No se le dé nada, compañero; a fines de año vamos a tener un cambio en el gobierno; yo calladito aquí me les hago el cucho, pero déjeme salir sano, entonces vamos a ver bueno y ustedes van a saber quién soy yo. Van a quedarse con la boca abierta, no lo sospechan. Tenga confianza y no le diga a nadie lo que le he dicho. Apréndame a mí; el hombre debe ser reservado y hablar lo menos posible. No se olvide: "calladito el loro".

-Ya, pues, compañero. -le dice el 11, y dándole las espaldas mira a la sala, mueve la cabeza y se señala las sienes con el dedo.

El espíritu de ayuda ha invadido la sala; ahora es el viejito 17 el que llama al 11 y le dice:

-Apúntame aquí en esta libreta su nombre y toditos los datos que pueda de su caso; yo tengo un patrón muy buen cristiano y caballero muy hombre, es de esos que nunca dejan de tenderle la mano a los que se hallan en desgracia. Mire que la injusticia que han hecho con usted es la sin nombre. ¡Ave María!: meter a la cárcel a un cristiano por seis años, es crimen que no tiene perdón de Dios!

Junto con terminar sus reflexiones le tendía la libreta.

El 11 se sentía satisfecho de haber narrado el cuento de su historia con tanto realismo que el viejito 17 la ha creído íntegra.

El penado se entristece. Del subconsciente aflora a su corazón un sentimiento extraño. Comprende la necesidad

de agradecer esas dos acciones semiridículas. Hay en ella consideración humana, solidaridad de hermano... Conmovido, golpeándole el hombro al 17, le dice:

-Gracias, abuelito, no hay para que molestarse...

No pudo continuar, la voz de la justicia inexorable resuena:

-Vamos, pelado, ya llegó la camioneta.

El 11 toma sus paquetes y sin decir nada, ni un "hasta luego", absolutamente nada, se va cabeza gacha. ¡Pobre pelado! En la sala por su culpa hay tristeza para un rato. Afuera el sol brilla como nunca.

El patrón del 22 ha venido al llamado de la doctora; como el gordo anda en Rayos Central y la doctora no está, conversa con Valdebenito.

-¿Y como se porta Carlos?

-Muy bien, callado no molesta a nadie, anoche quizás por qué milagro se le desató la lengua y nos contó cuando había visto al diablo.

-Es la única historia que sabe contar; la ha narrado, que yo sepa, más de 20 veces. A toda persona que le inspira confianza se la cuenta.

-Habla mucho de los helados que usted fabrica y que él consumo en gran cantidad.

-¡Guatón farsante!; mire señor, llama tomar helados beberse una mezcla que hace de un libro de vino con dos bañitos de a $ 0,20.- Así disimula el gusto por la chupeta. Eso de haber visto al Diablo que cuenta, lo hice yo para que se le quitara al afición al vino. Con una cola de una vaca negra recortadas las quilinas, un pisón y mi linterna me las arreglé para el susto. A mi se me pasó la mano en el golpe que le di en el pie, estuvo cojo más de una semana, dejó de tomar sus helados como unos tres meses.

-Ahí llegó la doctora, aproveche, hable con ella.

Los datos que aportó el patrón cambiaron la historia del 22.

Volvía este de Rayos y al verlo olvida todos sus proyectos de venganzas; feliz se le hacía chica su enorme cara para reírse. Le habían traído té, azúcar, frutas y dulces.

El también gordo patrón, al despedirse, le dio la mano al 21. Desde entonces el 22 tuvo gran estimación y respeto por Valdebenito.

Esta tarde el Embajador repitió la pelea con su mujer, pero esta felizmente no se puso al alcance de su mano. Gritaba:

-¿Qué hiciste tu sueldo que no me lo has entregado?

-No te he dicho, hombre, que renové los boletos de mi ropa y pagué las calillas que tenía. Venir a verte cuesta plata, el carro, la entrada y todo lo que compro para traerte.

-Bueno, pero dame la plata que te queda.

-Ya te lo di, fuera de esos $ 45, me queda el sencillo y eso no te lo puedo entregar.

-¡Espérate que sane!; entonces vamos arreglar cuentas; no va a ser paliza la que te voy a dar!

-¿Si me quitas la plata como te voy a traer algo mañana?

-Te volvís a encalillar hasta este otro mes.

-Me voy, la enfermedad te ha puesto más malo.

Al salir de la sala se encontró con don Aliro; después de saludarlo, le preguntó en voz baja:

-¿Se estará volviendo loco Domingo?

-Señora, eso hay que preguntárselo a los doctores.

Se alejo con evidente demostración de no querer seguir la conversación.

Reviso el libro donde se apuntan las medicinas prescritas a cada enfermo, y comprobando que todas estaban cumplidas se sentó en el escritorio.

Entraron don Omar y Godoy con el carro ambulancia. Colocaron al 15 y lo llevaron a la sala Máximo, Godoy en una bolsa había acumulado toda su despensa.

Nuevamente; silencio; don Aliro habló:

-Yo tengo por costumbre no informar a los parientes de los enfermos; tengo experiencia sobre lo que puede pasar. Cambian las palabras, abultan y forman enredos. Aquí se han visto muchos casos; el más sonado pasó en la sala X, hasta en los diarios salió.

"Había un enfermo a quien le ponían una inyección muy dolorosa y delicada. Estaba casi sano, le faltaba una para concluir el tratamiento, aquí en el hospital. Era hombre muy travieso y juguetón, tendría sus cuarenta y cinco años y le faltaban cinco para jubilar en los ferrocarriles: era maquinista.

Amigo con el practicante de la sala se hacían bromas pesadas a veces, pero nunca se enojaron. La mujer sabía de su amistad y la celebraba. Así su marido lo pasaba bien y tenía esmerada atención. Un día jueves, a la hora de visitas, el enfermo está en pie y llamó a su amigo el practicante para comerse juntos un fiambre que le traían, Entre las bromas le dijo:

-Está muy contento mi amigo y mañana le coloco la última inyección: con esa lo voy a matar.

Se rio el enfermo y se rio la señora. Se separaron muy satisfechos.

Al otro día le puso la inyección al enfermo, y a este como a la media hora le dieron convulsiones y murió casi instantáneamente. El practicante hizo todo lo posible y como lo estimaba se quedó triste esperando a la señora, a quien se le había avisado por teléfono. Llegar esta mujer y ver a su marido muerto, fue como si hubieran soltado a una fiera. No lloró por el hombre, sino que se abalanzó sobre el practicante con intenciones de apretarle la garganta y gritando como una loca: asesino... asesino... asesino... ayer me dijiste que hoy matarías a mi marido, y una carrentillas de insultos. Nadie se había imaginado al verla que pudiese ser tan sucia y atrevida. El escándalo

fue fenomenal. De aquí del hospital se fué a los diarios de oposición. Intervino la justicia, se llevaron el cadáver para la morgue, y el pobre practicante estuvo incomunicado dos días.

Por eso yo no doy datos ni me gusta hablar con las visitas, y si preguntan algo contesto en alta voz para que todos se impongan y no vengan después con historias y enredos.

Concluyó de contar y se fue don Aliro. Entonces el Embajador habló:

-Diego, ¿a usted le toca salí mañana?

-¡Me parece!, mañana es mi Domingo, tengo la ñata avisá para irnos a bailar toda la tarde y después "Ah, me diju la ñata"...

-En lugar de llevarse bailando, ¿por qué no lleva a la chiquilla al Club?, yo le pago la entrada y usted me juega los datitos que le voy a dar.

-¿Sabe que no me parece mal?; voy a pensarlo y a consultarlo con la hembruca; mañana a la hora del desayuno le contesto.

-Piénselo bien, si ganan los caballos que va a jugar, saca diez pesos y se pasa al centro a tomar onces con la novia.

-Si ella puede acompañarme acepto. Hasta mañana.

El Embajador moviendo la cabeza, sentencioso, dice:

-Este puta madre es muy habiloso, es casi tan inteligente como yo.

A Armandito le gusta oír las conversaciones que se suscitan entre los enfermos, generalmente después que se ha repartido el agua caliente. Desde la lluvia no se ha recibido a nadie; las salitas contiguas a la que está Valdebenito, tienen tres y cuatro camas ocupadas respectivamente, por esto el nochero tiene poco que hacer. Se corre el rumor de que van a cerrar algunas de ellas para arreglar la pintura.

A pedido de todos y habiéndose al principio negado tenazmente, el 17 empezó su narración:

-Les voy a contar un caso bien raro; lo tengo clavado como espina y no hallo como sacármela; se lo he contado a mucha gente, pero nadie sabe darme razón. Consulté a mi hija para decírselo al patrón. No quiso, se enojó conmigo, cree que el caballero me va tachar de loco. El caso es rudo y para contarlo hay que irse bien atrás: el tiempo de la guerra con los cholos. Fuimos cinco hermanos hombres, Olegario, Gumercindo, Etanislao. Juan de Dios y yo, que me llamo Matías. Para el 70 Olegario tenía 16 años; para cumplir los 17 sería, porque era guaina que parecía hombre formado, cuenta mi padre; Gumercindo era un año menor que él. Se arrancaron de la casa para irse a la guerra. El patrón hizo muchas deligencias para averiguar el paradero de ellos. Fue tiempo perdido, como si se los hubiera tragado la tierra, no hubo manera de tener noticias.

Como a los diez años llegó a la hacienda un forastero, en un caballo, muy bien aperado. Se desmontó en la puebla de nosotros y preguntó por mi padre. En la ruca estaba una tía que vivía al lado nuestro; ella hacía la comida y todos los quehaceres de la casa. Mi madre había muerto antes que terminase la guerra. Mi tía lo invitó a sentarse y le sirvió mote y harina tostá con agua para la sed.

Cuando a la hora de la oración llegamos del trabajo, ahí lo encontramos pitando. Se paró, se sacó el sombrero y se quedó con la cabeza media gacha ante mi padre; éste lo miró un rato, después le dijo:

¿No sos, Gumercindo, mi hijo?

-Sí, padre, perdóneme que me haya ido sin su consentimiento -le contestó mi hermano.

-Te perdono, hombre, porque te fuiste a defender la patria.

En esos años de la guerra, los curas no hablaban de otra cosa en los sermones: defender la patria. ¡Bueno!, mi

padre abrazó a Gumercindo medio lagrimeando, contento de verlo tan hombre y aprovechando. Nos abrazó a todos; mi padre le preguntó por Olegario el hermano mayor. Le dijo que desde la batalla de Chorrillos que no sabía de él. Ahí cayó herido Gumercindo y perdió el rastro. Contó que en el ejército les decían los "sin nombre", porque no habían querido decir como se llamaban para que nos los encontrase mi padre. Hasta tarde de la noche estuvo contando las pellejerías y aventuras que había sufrido: no me acuerdo el nombre de las batallas en que se encontró. En Chorrillos lo hirieron en una pierna, y casi le cortaron toda una oreja en Huamachuco. Estuvo con nosotros poco más de una semana; a mi padre le regaló el caballo con todos los aperos, a todos nos dio algún regalo, hasta la tía tocó la bolsa tabaquera. A lo lejos se carteaba con mi padre.

Un hijo del patrón compró una chacra aquí cerca de Santiago; me apatroné con él, me vine para trabajar en la lechería. Antes de venirme, me casé.

El año 20 lo vine a volver a ver; llegaba del norte con los cesantes; traía sus reales el hombre. Me conversó de la guerra y de la trajediosa vida por las salitreras. Todavía lo conocían por el "sin nombre"; le quedó por toda la vida el sobrenombre. Estuvo un tiempo con nosotros y se fué al sur a ver a los otros hermanos.

Desde entonces lo veo cada 4 ó 5 años.

Hará como año y medio estuvo en la casa; después que conversamos un montón de rato tomándonos algunos tragos, me dijo:

-Matías, ya se dónde está Olegario.

-¿Está vivo, hombre?

-No, murió al final de la guerra. Se portó tan valiente que el general Baquedano decía que el hombre de más coraje en el ejército era el "Sin Nombre". Nunca quiso aceptar ascensos; decía que los enredos por mandar su gente lo dificultaban para pelear. Cuenta Gumercindo que

cuando supo el general que mi hermano había muerto se cuadró y dijo:

-Hom... Hombres como éste me... merecen estar siem... siempre al lado de un general. Que manden el ca... cadáver para Santiago y cuando yo muera lo entierren a los pies míos.

Se cumplió la orden del general y ahí lo tienen a los pies de su estatua pero en lugar del "Sin Nombre" lo llaman el "soldado desconocido".

Desde que mi hermano me contó esta historia, es como espina clavá en el pecho lo que siento. Quiero encontrar a alguien que me diga qué trajines debo hacer para conseguir que cambien eso de "El soldado desconocido" por su nombre Olegario Morales.

-¡Miren! ¡vean lo que son las cosas!; claro que hay que hacer algo para que le pongan su verdadero nombre! -dijo Armandito...

Ahora era el Club de La Unión el que hablaba:

-Muy bien pensado, es deber suyo hacer que se repare esa injusticia. Por todas partes se ven estatuas para los jefes. ¡Yo los hubiese visto a ver que habían hecho sin los soldados!

-Para que el general se fijara en él tiene que haber sido muy gallo, de esos fornidos que sirven para cargar muebles pesados. Yo que usted mandaba hacer una placa de bronce, grande que dijese: OLEGARIO MORALES.El Sin Nombre. Y una noche la colocaba ahí, firme, que no la pudiesen sacar.

Continuaron los enfermos comentando sobre el camino que habría que seguir.

Valdebenito meditaba: ¿valdrá la pena tratar de sacarlos de su error?, ¿atenderán a mis razones o no tomarán en cuenta mis palabras?; por otra parte a qué matarle al pobre viejo, tal vez, su última ilusión. Cavilando que sería más conveniente se quedó dormido.

El mozo se fue al lado del 18; aceptaba ir al Club; el Embajador entregó el dinero y dio todos los datos.

El desayuno los atrasó un poco; por eso Valdebenito y el viejito 17 se apresuraban camino a la Iglesia.

Concluida la misa los dos compañeros de sala fueron a la cocina a comprar hallullas calientes. De vuelta Valdebenito pasó a ver al 16, a su piecesita de aislamiento.

-Salud, compañero, ¿cómo ha pasado la noche?

-Muy mal, no he pegado los ojos, toser y toser.

-Le traigo una hallullita caliente y otra para la señorita.

-Muchas gracias, caballero, el enfermo no va a poder comerla, sólo puede tragar líquidos, se ahoga con las cosas duras.

-Es bien cierto, desde anoche que estoy así; me fui a comer un duraznito y casi me morí de la tos que me dio. Me siento muy mal, la tos no me alivia na ahora me colocan unas inyecciones que me dejan embarados los brazos, no los puedo ni doblar para tomar el escupitín. Ya perdí la esperanza, compañero, soy hombre al agua. Creo que mejor es morirse, ¿para qué estar sufriendo tanto?

No pudo continuar, llegaba la tos. Empezaba con un carraspeo lento cansado, enseguida acelerándose se transformaba en un martillar matador que lo ahogaba; movía los brazos a los costado como nadando y lanzaba la cabeza hacia arriba, concluyendo por caer botado sobre los almohadones, resoplando fuerte al respirar. El desgaste era abrumador y la palidez cerosa y la flacura de su cara y brazos, formaban un conjunto horroroso, inolvidable.

-No converse, compañero, reserve sus fuerzas para resistir esta crisis; usted sabe que pasado este punto el enfermo está salvado; los doctores a los que sufren de pulmonía no hacen otra cosa que averiguarles la fecha en que empezó la enfermedad y así saben más o menos cuando les toca la crisis, si pasan ese día están salvados; si no, es más difícil librar.

Ponga el cuero duro; compañero y aliméntese con leche, el asunto es que se aguante un par de días; después poco a poco volverá la salud. No se achique, levante el espíritu, que si usted mismo se desanima es para peor. Dios dice "Ayudate que yo te ayudaré".

-Me da ánimo usted, amigo, venga a verme más seguido, se me olvidan las aflicciones hablando con usted.

-Conforme, compañero, no se canse conversando. Un rato más, antes de almuerzo, voy a venir a leerle el diario.

-Dios se lo pague, 21. Hasta luego.

Valdebenito se alejó aterrado. No se atrevía a afirmarlo; sin embargo creía que no era posible dudar: el 16 agonizaba.

Se encontró con don Aliro y le contó la impresión que traía.

-No se extrañe, 21, ese hombre no llega al medio día; a fuerza de inyecciones pasó la noche.

Valdebenito se quedó pensando en el hall, anonadado ante la realidad; no se conformaba con cruzarse de brazos mientras un hombre moría, ¿Cómo ayudarlo?, ¿qué hacer?...

Lo sorprendió el llamado.

-Señor, Valdebenito... señor, Valdebenito, venga a verlo, está con la boca abierta y no me contesta.

Corrió el 21 seguido de la niña. En la cama el que fue el 16, se encontraba rígido, la cabeza hacia atrás, lòs labios descoloridos y resecos, la boca abierta mostrando unos dientes sucios que se veían largos, enormes; se habían recogido las encías; los ojos vidriosos, perdidos en el interior de las cuencas negreantes.

-Dios lo haya perdonado; espérese aquí señorita, voy a llamar al practicante.

Llegó don Aliro, por fórmula le tomó el pulso, miró el reloj y apuntó la hora y dijo:

-Hágame el servicio de llamar a Godoy, 21.

Volvió Valdebenito con el mozo.

-Señor -dice la niña- ¿no se podrá con un pañuelo amarrarle la cara para cerrarle la boca?

-No vale la pena, señora; con las costuras de la autopsia queda cerrada.

-Godoy, vaya a buscar el carro, yo haré el inventario.

Abrió el cajón de la ropa y la dejó en el suelo; ahí empezó a separarla.

Se fué la niña cuidadora llorando y llegó Godoy con el carro bullicioso del depósito.

El cadáver desnudo fue colocado sobre la cuadriculada plataforma de fierro. De lado la cabeza, con los ojos y la boca abierta, el resto del cuerpo de espalda un poco recojida las rodillas. La flacura era aterradora y el color ceroso de la piel general, interrumpiéndose solamente en la planta de los pies que aparecían de un amarillo azafranado. Lo cubrieron con una sábana; colocaron a su lado el montón de la ropa que los deudos después de la autopsia se encargarían de colocarle, y partió el fatídico carro del depósito.

La doctora y el interno pasaron cerca de las diez. Al 17 lo notificaron de alta para el lunes; él pidió se la diesen ese mismo día para aprovechar el viaje de su hija. Al Club de La Unión lo condecoraron; feliz se levantó inmediatamente, con mucha cordialidad habló a Valdebenito y le propuso ir esa tarde a la cancha para conocer parte del hospital. Aceptó la invitación; necesitaba distraerse.

Los nublados que cubrían el cielo desde la mañana se había obscurecido amenazando lluvia. Hacía un poco de frío; por eso el 21 y el 19 estaban sentados a la orilla de las camas. El 20 arropado hasta las narices empezó hablar.

-Este frío me hace recordar el susto que pasé cuando me avisaron que iban a traerme a las nueve de la noche y no me dijeron para donde...

El 12 lo interrumpió.

-Usted debe estar feliz, 20, de no ser sandía.

-¿Por qué 12?

-Porque de ser sandía, con tanta prueba, ya se lo habrían comido.

Todos se reían, algunos por la tontería del 12 y otros de ver la cara del Aysón que quedó para siempre con ese nombre.

En el zinc de la techumbre van apareciendo unas manchas negruzcas, como discos pequeñitos. Son aislados goterones de una lluvia que no ha de tardar en llegar.

La primera visita fue la señora del Embajador; le entregó un paquete y suplicó:

-¡Dame cinco pesos que necesito! Me quiero ir luego, antes que tupa la lluvia.

-Plata no tengo, y si querís te vas al tiro.

-¿Y la que te traje ayer? Tu sueldo entero y el mío casí íntegro.

-Lo gasté, y por último yo no tengo que darle cuenta a nadie de lo que hago.

Avergonzada, sin tener el valor de protestar, se alejó.

La hija del 17 lo peinó, le arregló la vestimenta y tratándolo como a un niño lo mandó a despedirse de sus demás compañeros.

Tres personas vinieron a ver a Valdebenito. La señora Eduvigis que lo abrazó emocionada; la camarada Rosa, a quien le retuvo un momento la mano entre las suyas, mientras ella sonreía, y una señora como de treinta años, la mujer del hermano de Rosita. Terminados los cumplidos de presentación, el 21 dijo:

-Señora, ya me habían hablado de usted su marido y su cuñada; crea en mis más sinceros agradecimientos; me ha ofrecido su casa; por él estoy tranquilo, se que tengo donde ir cuando salga de aquí.

-No tiene nada que agradecernos. Usted es amigo de Rosita, espero que también será de nosotros.

-¡Déjense de cumplidos! Valdebenito, estoy feliz de verlo tan repuesto. Aquí le traigo un bolsita con harina

tostá; yo la hice. En lugar de tomar té, hágase una taza de ulpo. También le traje azúcar molida, la revuelve con harina y le queda riquísima, pero ¡tiene que tener mucho cuidado de no ahogarse!, ¡mire que le da al gallito y se queda tosiendo un buen rato! En estos casos lo mejor es un traguito de agua. Manuel, yo con la Inés voy a visitar a los amigos de mi hermano; luego volvemos.

-Muy bien, Rosita, y desde luego muchas gracias por no olvidarse de mí.

-¡Miren el ingrato!, ¿cómo se hace el engreído!, ¿no digo yo?

-Deme primero noticias del maestro Morales, señora Eduvigis.

-¡Ay; hijito! ¡Está cambiado, no lo conocería! La posesión que nos dieron es bien buena: dos piezas, cocina y gran sitio casi todo con arboleda, un parrón cargadito de uva, un poquito bajo tal vez.

Morales trabaja desde el alba entregando herramientas, recibiendo las galletas y cuidando las raciones. Cuando tiene un tiempecito, corta para la casa a tomar desayuno; ¡el que nunca tomaba la leche, se zampa un litro de una sentada!. Ya casi ni se acuerda de "la función social" y siempre que conversa del Partido yo trato de distraerle la atención, porque cuando piensa en la paliza que le dieron, quiere abandonarlo todo y venirse a Santiago; Los dos agentes que lo martirizaron, mientras Morales esté vivo, tendrán su vida en peligro!

-Me alegra mucho lo que cuenta, señora Eduvigis. Y con sus cobranzas, ¿cómo le ha ido?

-¡No me hable de estas cosas que se me enciende la sangre! ¡Son un atado de sinvergüenzas!; tienen para pagar sus vicios y no lo que se han comido. ¡Tipos así no son hombres! ¡Se alimentan con el trabajo de una mujer! ¡Mejor es que me calle!

-Y usted, Manuel, ¿qué me cuenta de sus amores con la Rosita?

-¡Está equivocada, usted señora Eduvigis! Entre la Rosita y yo sólo hay una amistad, por la cual ella ha hecho muchos sacrificios. Yo estoy profundamente agradecido y dispuesto a serle útil en cualquiera circunstancia. ¡Pagarle en parte siquiera sus atenciones!

-No, Valdebenito. La vida se la va a jugar; la Rosita está enamorada; usted agradecido y con eso ya tienen más de la mitad del camino andado. Ahí vienen.

El Embajador, en voz baja, conversaba con la cuñada.

En la puerta una señora morena, flaca, de nariz picuda, pelo canoso amontonado en la nuca, formando un moño, preguntó:

-¿Estará aquí Francisco Cano?

-¡Señoa Rita!; aquí estoy.

-¡Don Pancho!, ¡qué me ha costado encontrarlo! ¿y cómo sigue la salud?

-¡Ah!, señá Rita, que yo no creía librame de ésta! Vea usted llego aquí muriéndome y estos bárbaros me sacan casi toda la sangre que traía y pa tonificarme me tienen tres días sin comé ni un alpiste, ni bebé una gota. ¡Que a Cristo siquiera le dieron hiel y vinagre, y a mí ni eso! ¡y vea usted que soy raro!: ¿engordé dos kilos!... ¡Que no son mentiras, señá Rita, la romana lo dice!

Se fueron las visitas antes de que Godoy llegase con su campanilla. Había cesado la lluvia y había que aprovechar la descampadita; muchos no traían paraguas.

El Embajador grito:

-No se olvide, cuñada, mañana a las diez.

Godoy es un mozo deportista; se apresuró a dar la comida, quería ir a jugar fútbol

-¿Qué le parece, 21, que fuéramos a ver jugar a la pelota? ¡Con este solcito ya debe estar todo seco!

-Conforme, compañero 19. Vamos a estirar las piernas por esos lados.

En la cancha dos equipos entusiastas se disputan la victoria.

Valdebenito observó el conjunto; sobre ellos girones de azul en el cielo, y allá, en el horizonte lejano, pedacitos de cordillera nevada se ven entre nubes; parecen grandes peces de plateadas escamas. El piso de la cancha, cubierta de arena gruesa, deja aisladas manchas de anémico pasto. Los espectadores de pie se reparten alrededor de ella. Más allá, en una cancha de tenis, un burro temerario, aprovechando la curiosidad deportiva del cuidador, ramonea los brotes de unas plantas de bambú.

-Yo toda mi vida he sido muy poco travieso. Vine para acá por estirar las piernas. Estaba aburrido en cama, como esos vecinos que tengo son para desesperarse. El 18 es un idiota testarudo y malo hasta decir basta. Recibe su sueldo entero, el subsidio del Seguro, y encima le quita lo poco que gana a su mujer. De no estar pelando a alguno, sólo sabe hablar de plantas, del maurón, del injerto, de componer las tierras y leseras parecidas. El otro ya me tiene la cabeza mala con su Aysón y contándome esa carrendillada de pruebas que le han hecho.

De vuelta todos los interrogaron sobre el paseo. El Club de La Unión habló:

-Había un grupo de tontones corriendo detrás de la pelota; el más sensato de todos era un burro que se comía los brotes del jardín.

-Ese es Pancho -dijo el 12-. ¿Por qué será que a todos los burros los llaman Pancho?

-¡Mire 12, de mí no te vienes a reír tú, que aunque tengas cara de tony, no acepto gracias a mi costa!

-¡De ninguna manera, don Pancho! Yo estoy agradecido de usted; me acaba de pasar un regalito y le voy a

pagar burlándome. No tiene por qué molestarse; a usted lo tratamos de Don y al otro no.

-¡Está bien! Ya me había sacado un poquitón de rabia este cara de chacolí!

-¡Cuidado, don Pancho!, que lleva dos. ¡Me ha dicho cara de tony y cara de chacolí!

-No me preocupa eso. Hay algo que me tiene quemada la sangre, ¡que estoy yo maldecido de Dios! Vean ustedes si hay bocado que siempre apetezco es la albacora y el camarón de río. La señora Rita, que sabe mis gustos, me trajo seis de estos bichos ¡y yo sin poder comerlos! La doctora me lo tiene prohibido. Después que se fue la visita he tenido que pasárselo al 12, que a él no le prohiben estos manjares.

-¿Ha pescado albacoras, don Pancho? -preguntó el Club de La Unión.

-Sí señó, he pescado ballenas, he pescado albacoras y me he dado grandes panzadas con camarones de río, pescados por mí. Sí, señó.

-Cuéntenos algo.

El español mueve la cabeza pensando que contar; por último dice:

-¡Justo! Cada cual debe pagar su escote. Les contaré cuando fui a pescar camarones.

Fue cuando estuve en Arica. Allá los camarones se venden por kilos, a sesenta centavos, y son grandes. Hay cuatro arrieros que traen sus capachos de totoras llenos para la venta. Con un paisano que era amigo de ellos nos convinimos un día para acompañarlos a la pesca. Íbamos por el camino los cuatro arrieros, nosotros dos y la recua de burros; era para hacer reír al que nos viera. Ibamos cubiertos de albahacas, en cada mano una ramita, debajo del sombrero, de modo que nos caía por la cara más ramitas y los burros también tapados de ramitas de albahacas. ¡Era gracioso vernos! ¡Hay zancudos en ese río,

camarones en cantidades fabulosas! Llegan a oscurecer; son millones y millones de esos bichos. Llegamos al río; los camarones nadaban como cardumen. ¡Nunca había visto tantos! De dos por tres se llenaron las árguenas. Nosotros cargamos los canastos y unos sacos que llevábamos. ¡Comimos camarones hasta hincharnos y sin que nos picara ni un zancudo, gracias a las albahacas!.

-Yo le voy a contar, don Pancho, una historia para que se le quite el gusto por los camarones.

Nací en el sur, cerca de la frontera. Hace muchos años que me vine al Norte; por eso no se me nota en el habla lo maucho. Cuando estaba chiquillo me tocó seguir a caballo una calabacita de buen morir.

-¿Qué es eso?

-Si un cristiano se ahoga, hay que buscar el cadáver para enterrarlo en tierra bendecida. Si no se puede encontrar, hay que recurrir a la calabacita. Uno de estos frutos secos se parte en mitades, eligiéndolo en forma que quede como botecito. Se le quitan las pepas y se le acondiciona una vela bien firmecita. Apenas se entra el sol se larga la calabacita con la vela encendida en el medio de la corriente, y los vedores la siguen a caballo, en bote o a pie por cada orilla; es cuestión de lo ligera que vaya la corriente y de las vueltas que hay que dar cuando no se puede seguir la orilla. De repente la calabaza en el agua da vueltas bien grandes y la llama cambia continuamente de dirección al extremo del pabilo y sigue dando vueltas, que se van achicando hasta que se detiene un buen rato, ahí casi siempre se apaga la vela, Los vedores, ni no está muy oscuro trajinan el río y si no se esperan hasta el otro día. Fue lo que me pasó a mi; hicimos una fogata y esperamos que aclarara. El finao estaba sujeto de un pie enredadas la espuela en unas ramas de temo. Apenas lo movimos arrancó un cardumen de camarones que llegaba a ser vicio, grandes y chicos, de todos portes, hasta unos grandotes, enormes, como los que le gustan a don Pancho.

Del difunto sólo iban quedando los huesos y las partes del cuerpo donde no habían logrado romper la ropa.

-¿Y qué tiene eso de particular? Una golondrina no hace verano. De esos camarones no he comido yo y no hay que hacerse el melindroso. ¡Si ustedes hubieran visto cuando cazábamos ballenas y las abríamos! ¡Uf! Aquello era un osario, calaveras, canillas, costillas, ¡de todo se encontraba allí!

-Don Pancho, debe haber algún error en lo que cuenta. La ballena tiene un esófago muy pequeño y carece de dientes.

-¿Las ha cazado usted 21?

-No, don Pancho, pero las he estudiado y he leído en varias oportunidades sus costumbres.

-¡Ah!, ¿lo ha leído usted? ¡Hágase cuenta que ha perdido su tiempo! En los libros tres cuartos son mentiras y el otro cuarto está equivocado. Yo nunca he leído un libro ni falta que me hace! Sí, señó lo que yo hablo de las ballenas lo he visto por mis propios ojos, dos años embarcado en un ballenero; ¡si sabré, yo, de esos bichos o no! Recorrimos todos los mares, del Polo Norte hasta que encontramos un cardumen; de ahí nos fuimos de atrás bien retiraditos; ballena que se rezagaba, ballena que cazábamos. Si nos hubiéramos metido al cardumen habría sido nuestra muerte. Se separan en dos grupos y después se vienen a la carga y hacen un sánguche con el buque y con los que van adentro, y después se comen todo lo que pillan.

-¿Y de qué puerto salió usted en el ballenero?

-De adonde quiere, pues, 21, de Talcahuano.

Valdebenito decidió no hacer más preguntas. Don Pancho iba en tren de superar en mentiras al barón de Mulhause.

Los días de visitas sienten pocas ganas de conversar los enfermos. Prefieren meditar sobre las novedades que les han contado sus amigos o parientes; o dormir desde

temprano para compensar no haber tenido siesta.

La proposición de Armandito para que contasen alguna historia no tuvo éxito. A las nuevo volvió a cambiar la luz y dijo que a uno de los practicantes le habían robado la cartera, con casi todo el sueldo, en una góndola Salvador.

-No entiendo - decía Armandito - que le metan la mano al bolsillo y no lo sientan.

-Los ladrones son muy hábiles -dijo el Club de La Unión- Les voy a contar un chasco que vi. Vivo en la calle Eleuterio Ramírez, entre San Francisco y Serrano. Yo soy soltero, mi hermana igual, ambos trabajamos fuera de la casa y tenemos suficiente edad para no escandalizarnos del vecindario. En ninguna parte conseguiremos una casita como la que tenemos por el cánon que pagamos. Con las casas de niñas y negocios de licores, abundan por esos lados los pelusas y los escaperos. Como uno vive por ahí lo conocen y no le hacen nada. Si lo ven venir lo dejan pasar, se vuelven para otro lado, nunca dan la cara. Una noche, era más de la una, me había atrasado un poco, después del biógrafo estuvimos con un amigo en una pastelería, tomando cerveza. De vuelta a la casa divisé más o menos a media cuadra de mí a un curado; iba a tastabillones y tastabillones; andaba dos pasos y retrocedía uno; hacía unas eses que iban desde la cuneta hasta la pared. En la esquina de Serrano con Eleuterio Ramírez conversaban tres vivos. Me fui despacito para ver en qué paraba el caso. Cuando el curado llegó a la esquina dobló para San Francisco. Yo iba como a diez pasos. Se le acercaron los pungas y simulando que iban con él le dijeron: ya, pues, apúrate no te quedís atrás. Y entre dos lo tomaban de un brazo cada uno; el otro quedó a la retaguardia.

-Chis, -decía el curado-, ¿por qué me voy apurar?, yo no ando con ustedes.

El hablaba y los otros le patriacaban los bolsillos; encontraron la plata, tal vez, porque de repente salieron

corriendo a toda velocidad en dirección a San Francisco. De atrás los siguió el curado con un trotecito que era puro empeño; no le cundía nada, gritaba:

-Por no dejar arrancan, yo los alcanzo -y daba unos tropezones que iban a terminar en la pared. ¡Sería leso!, qué esperanza que los fuese alcanzar!

-Buenas noches -dijo Armandito- y con dos golpes de interruptor cambió el decorado.

Valdebenito despertó a la discusión que tenía Diego con el Embajador.

-¿Y no le da vergüenza disputar por $ 15.00 de gastos cuando le traigo casi mil?

-Si no es por mezquindad; tengo la costumbre de saber en qué se gasta la plata. Y aquí tiene la prueba; tome eso de barato.

Diego se echó al bolsillo un rollito de billetes de a cinco.

-Me tiene que hacer otro favor; a las ocho llame por teléfono a este número... y le comunica que hoy, a mi nombre.

Le paso un pedacito de papel, con el número.

-Muy bien, le aviso que hoy a mi nombre.

-No, pues, le dice que el enfermo 18 de la sala Rosa Ester avisa que hoy, nada más.

-Conforme.

No terminaba sus Buenos días el interno y ya el Embajador lo llamaba.

-Señor, haga el favor de prepararme la tarjeta de alta; a las diez me van a venir a buscar.

-Pero, hombre, si usted está enfermo. En su casa se puede agravar y morir.

-Ya hace más de un mes que estoy aquí y no siento ninguna mejoría; prefiero irme.

-Se lo diré a la doctora.

El Embajador majadereó con sus exigencias en tal forma que a las diez era llevado a la puerta en una silla de inválido y acompañado de su hermano y cuñada. No se despidió.

La doctora dejó condecorado al 22 y al 12.

Después todos reían ante el contraste cómico formado por el 12, chico, flaco, pobremente vestido, y el 22 alto, grueso, macizo con unos zapatos enormes. Uno al lado del otro personificaban la debilidad y la fuerza.

El Club de La Unión, el 12, y el 22 salieron en viaje de aventuras a conocer el hospital.

Llegó la mujer del Embajador; miraba asustada la cama vacía donde debía estar su marido. El 21 le dio explicaciones.

-Señora, el 18 se fue con su hermano esta mañana; no quiso estar más tiempo aquí.

-Tenía que ser así; es el cáscara amarga de malo, y aconsejado por una mujer veleidosa y acaparadora, ¿quién lo va atajar? Hace tiempo que estaba con sus amenazas. Yo sé ganarme la vida, no me asusta el abandono. Gracias, señor, que me busque él si quiere, para mí ya murió.

La mujer iba roja, pero no lloraba.

Los paseadores llegaron a la hora de comida; el 22 venía indignado con el gordo del depósito. Decía:

-Es un guatón gritón, me llegó asustar con sus alaridos: Fuera de aquí; a ese cabezón quisiera partido algún día. En la cocina y por los patios me miraban como si nunca hubiesen visto a un cristiano. Más es lo que me cansé y lo enrabiado que vengo; no voy más a estas caminatas.

-Estamos tan callados, que parecemos difuntos. Les voy a contar un chascarrillo que me aconteció hace años -dijo el 14...

El cuento del 14 provocó una cantidad de comentarios sicalípticos y un chascarrillo de colorado subido. Después a dormir.

Martes: toca visita del doctor Olivares, jefe general. Los mozos se esmeran en el aseo. El interno a primera hora ya está desocupado de su labor: pulso, presión arterial y apunte en las historias y en la hoja de control de los exámenes de laboratorio.

Cerca de las 10 vino una comisión formada por el jefe general, el jefe del pabellón, y varios médicos más; también formaba en la comitiva otro señor, vestido de civil y sin el delantal que caracteriza al facultativo. Recorrieron las tres salitas sin preocuparse de los enfermos; sólo atendían a mirar el techo, discutiendo el arreglo que era necesario para borrar los desperfectos que había causado la lluvia.

Concluyó la visita de inspección y volvieron a la sala el doctor Mariano, la doctora y el interno; el primero tomó la palabra:

-Se va a cerrar la sala por una semana para efectuar los arreglos. Los enfermos que necesiten un tratamiento de atención inmediata, serán trasladados a otra sala, y los que están en convalescencia pueden irse a sus casas; tienen plazo hasta mañana.

En seguida indicó que de esa sala serían trasladados Máximo, el 20 y el 14; los demás estaban en condiciones de irse a sus casas.

Valdebenito habló por teléfono a la fábrica; la camarada Rosa; se impuso de lo que se trataba y quedó de contestar por teléfono en 10 minutos más. Antes de transcurrido este tiempo, Valdebenito tenía la contestación:

-Mi hermano te irá a buscar después de las dos.

Arregló dos paquetes con sus cosas y se puso a observar a sus compañeros. Todos estaban listos para partir. El interno les dijo:

-Vayan a pedir que les preparen sus libretas, mientras yo les hago las altas.

Uno a uno se fueron despidiendo. Como a la una y media los mozos vinieron a trasladar al 20 y al 14. Valdebenito, esperando, no quiso acompañarlos y se despidió ahí de ellos.

Sólo en el hall sentía una enorme inquietud. Leía y volvía a leer su tarjeta: "Glomérulo Nefritis aguda difusa, de solución retardada. Régimen: reposo, alimentación seca, hidrocarbonada". "Volver dentro de un mes".

La inquietud aumentaba; eran las dos y media y nadie venía en su busca. ¿Y si no viniese nadie? ¡Qué vergüenza decir que no tenía dónde irse!

Los mozos seguían acarreando catres y veladores; era necesario despejar las salas para los trabajos que se iban a ejecutar. Pasaban al lado de Valdebenito y este creía ver en sus sonrisas una pregunta burlona: ¿A qué hora se va a ir, 21?

¡Al fin llegó el amigo! Un cordial apretón de manos; tomó el paquete más grande y pesado y dijo:

-Nos vamos, Manuel.

-Un momento; voy a despedirme de los practicantes, han sido muy buenos conmigo.

El último apretón de manos fue para Godoy. Y acompañado de un nuevo amigo, salió Valdebenito del hospital.

En la calle Matucana se bajaron de la góndola.

-¿Cómo se encuentran las piernas para andar unas cuadras? -dijo Alberto.

-No apurándome, creo que no tendré dificultad.

-¿Y no ha extrañado la calle?, ¡tanto tiempo encerrado...!

-Sí, estoy desambientado, como si mi personalidad se hubiese desvahído, todo se mueve con excesiva rapidez y es raro sentirse desconocido, aislado entre tanta gente

indiferente; hasta el sol está descolorido, sin calor. Allá de a donde vengo no es así; todos éramos compañeros, solidarios en penas, alegrías; unidos sentíamos rondando cerca al mismo enemigo: la muerte. Allá la vida es más lenta, el sol amable y atento se asoma en puntillas a la sala. El orden ha militarizado las horas, cada cual tiene un destino inexorable y hasta ese bicho malo del carro del depósito, con su chirriar de fierros viejos, mal ajustados, llevándose a uno de nosotros cada vez, nos hace el servicio de advertirnos al fin que podemos llegar; nos angustia su presencia dejándonos temerosos y cuando pasa sonajero con su carga, los creyentes rezan un Padre Nuestro mental por quien va en el; los demás miran con ojos reflexivos, agobiados por el germinar de todas las dudas.

-Yo estuve un mes en el hospital, y cuando salía extrañaba hasta el piso, ¿no ve que allá es encerrado por todas partes?

-¿Qué le parece esta cuadra?, ¡hay más negocios que en San Diego! En Mapocho tenemos que tomar cochecito; el carro no nos conviene; quedamos muy lejos. ¿Conocía por estos lados?

-No, me ha faltado oportunidad.

El tráfico en el cruce de la calle Matucana con Mapocho era intenso; camiones, autobuses, carretelas, coches antiguos de dos y cuatro ruedas dedicados a la movilización de pasajeros, taxis, autos viejos, a veces uno moderno pasa veloz. En el costado norte una línea de carros destartalados, pintados de amarillo, sucios, se balanceaban al moverse como si fuesen a desarmarse. En la esquina sur poniente los gritos detonantes de un cardumen de lustrabotas sentados en la cuneta de la vereda y una muchedumbre abigarrada circulando en todas direcciones. A ratos intermitentes se bajaba la guarda-barrera, el pito de la máquina anunciaba el paso del tren y la aglomeración de gente y vehículos aumentaba constantemente; algunos conductores impacientes hacían

sonar las bocinas; entonces todos los que podían seguían el ejemplo, ofreciendo un espectáculo bullicioso, caótico.

Un muchacho, desde la pisadera de un vehículo, tronaba el aire con sus gritos.

-Ya nos vamos; por Mapocho, ya nos vamos, queda un asiento, apurarse que nos vamos por Mapocho.

-En ese coche seguimos.

-Pero queda un asiento nada más.

-No le crea, el chiquillo sabe su negocio; grita así para que los pasajeros no se vayan en el carro; le aseguro que está medio desocupado.

Era la verdad; se sentaron uno frente al otro, apretujados; iban cuatro donde sólo había lugar para tres y el chiquillo seguía con sus gritos:

-Ya nos vamos por Mapocho; ya nos vamos por Mapocho. Queda un asiento, apurarse que nos vamos.

Protestaba por la demora en partir una mujer con un niño en brazos, una canasta y un paquete a los pies y un bulto en la falda; pringoso el mocosuelo se embadunaba la cara y las manos con un dulce que iba chupando y que compartida con las moscas. Un hombre de tupido bigote, con una poncha de color miel, terciada a la espalda, le contestó:

-¡No sea apurona, señora!; todos quieren llegar a su casa, a más que me llena de paquetes el coche, no quiere esperar un par de minutos.

Dos niñas y un mocetón, con gritos, algazaras y risas subieron junto al conductor, la pisadera estaba muy alta y había necesidad de empujarlas.

Partió el vehículo dado, espaciados barquinazos; y los pasajeros en confianza con la apretura hablaban y celebraban ruidosos las chanzas de doble sentido que decía el cochero; atrás, en la pisadera posterior, iba el chiquillo gritón. Ahora cobraba el pasaje.

En la calle San Luis hicieron parar.

-Un par de cuadras y llegamos a Las Heras; a cuarenta

metros de la esquina está mi choza -dijo el carabinero Alberto.

Calle y vereda sin pavimentar se veían cubiertas de tierra suelta; en las bocacalles y a mediar la cuadra las acequias con aguas servidas que corren a atajo abierto, desbordadas, formaban barrizales y pozas de aguas estancadas. Entre las yerbas resecas, quemadas por el sol de todo un verano, basuras, mugre, desperdicios; algunos quiltros arestinientos con las patas al cielo restregaban sus espinazos purulentos en la tierra caldeada, después corrían afirmando un costado en los ásperos muros de adobones. Una ampolleta en cada cuadra debía con su poca luz hacer tenebrosas las noches sin luna. Dos o tres puertas en la cuadra, el doble número de ventanas y la mayoría desproporcionada, heterogéneas las formas, dejando adivinar que en tiempos pretéritos lucían en alguna casa central.

-Aquí empieza lo mío, compañero.

Postes de álamo descortezados, algunas corridas de alambres de púas y entre estas, ramas secas de espino, poco más al interior quedaban los restos de un cerco vivo que no prosperó.

Al centro del cierro de la fachada, el portón, un rectángulo de raulí, entablado de álamo; en lugar de bisagras dos toscos goznes de fierro forjado, y por chapa, de día, una tranca y de noche, cadena y candado. Frente a la entrada dos tablones sobre una acequia de riego; después una huella entre las cañas secas de un maizal; a mediar el sitio una casita, techumbre a dos aguas; a ella arribaron los dos amigos, seguidos de un perro que ladraba.

-¡Cállate, Moltke! -le decía Alberto-, y el perro negro, de patas y hocico blanco brincaba contento, insistiendo en sus ladridos.

En la puerta de la casa los esperaba una señora con un niño en brazos. Valdebenito la conocía; en una

oportunidad había ido con la camarada Rosa y la señora Eduvigis a visitarlo.

-Me alegro verlo sano por estos lados.

-Muy agradecido, señora Irene; espero reponerme en un par de semanas, que será el tiempo en que la moleste.

-¡Vaya, Manuel; todavía no llega y ya está pensando en irse. Nosotros no le dejamos moverse de aquí hasta que esté bien repuesto. ¿No es cierto, Alberto?

-¡Tiene que estar fortacho cuando se vaya!

Se dieron la mano y continuaron hacia el interior, allí estaba el mayor de los niños, un chico vergonzoso de siete años de edad; lo llamaban Tuco, abreviatura de Antuco, nombre de él y de su abuelo; también conoció a la Chabelita, niñita que no cumplía cuatro años y que tenía fama de hurguete y habladora más que una cotorra.

Al pasar el umbral se entraba a una pieza grande, de piso enladrillado y muros negreantes por el humo; allí estaba la mesa comedor rodeada de sillas y el aparador cargado de lozas; un estante al fondo dividía la pieza dejando más allá la cocina; en el muro oriente la ventana que daba luz, al frente dos puertas de los dormitorios: uno de los niños, y otro de ellos; en la pared del fondo una escala sin contrapiso, empinada; debajo de la escala una puertecita unía la casa con el interior del sitio.

-Manuel, va a vivir encaramado como las gallinas. Sígame, y empezaron a ascender.

La escalerita terminaba en un descanso. Al frente la obligada puerta; entraron a una especie de buhardilla, formada entre los tijerales. En ese cuarto que era mucho más alto al centro, por corresponder a la cumbrera y que no tenía más de 1,20 mt. en los costados, encontró Valdebenito todos los enseres que constituían su menaje, la cama hecha, la ropa limpia.

-¿Qué le parece su ruca, Manuel?

-¡Muy buena!; me gusta este tragaluz en una plancha de zinc; no los conocía.

-Los venden listos, llegar y colocarlos; para una pieza chica es suficiente, aquí falta ventilación; hay que tener la puerta abierta.

Lo dejo.

Valdebenito se tendió en la cama a descansar, pensado que su cuarto se parecía al de la pensión de la calle Rosas, y por asociación de ideas recordó al pintor Alegría. ¿Qué pensaría si supiese la trayectoria que había recorrido? ¿Cómo hablaría de las estratos sociales, haciendo especulaciones por su continuo descenso a través de ellas?

-¡Valdebenito!, baje a tomar onces.

El llamado terminó con sus cavilaciones.

-Estamos solos, Manuel; la señora con los niños salieron a hacer unas compras.

Solos y en confianza contó Valdebenito su historia al amigo Alberto; cuando terminó de contar éste dijo:

-Enconados son esos disgustos entre padres e hijos, y sobre todo si el primero abusa del respeto que hay obligación de tenerle. Si usted quisiese saber qué pasa en su casa, sin que intervenga ninguno de sus amigos linarenses, yo le puedo conseguir las noticias; tengo un compadre que es sargento de carabineros y pertenece a la dotación que hay por allá; a mi pedido me daría informaciones.

-Alberto, con sinceridad le digo que la mujer no me preocupa, y no crea que es porque se casó con mi padre o porque tenga rencor. No, es porque la vida la veo ahora bajo otro ángulo, la siento en otra forma. Si antes hubiese tenido la experiencia actual, jamás me fijo en ella. Me interesa tener noticias de mi padre. ¡Pobre viejo!. no teniendo como justificar su conducta mintió y me mandó una carta llena de sofismas...

Calló un momento, concentrado su pensamiento, y prosiguió:

-Escriba, Alberto. Le deberé un servicio más; el nombre de mi padre es Pascual Valdebenito.

-Esta noche en la tenencia le escribiré una carta a máquina y cuando me venga a media noche, la paso a echar al buzón de la estación. Ya va siendo hora de irme, voy a calentar mi comida. La Irene volverá como a las siete.

Partió el dueño de casa a cumplir su turno de servicio y Valdebenito subió a su pieza y se tendió a leer el diario; se sentía algo cansado.

Los ladridos del Moltke lo despertaron; alguien entraba a la casa; saltó de la cama restregándose los ojos y bajó lo más rápido posible la escalera.

En el sitio se encontró con los que llegaban: eran la señora Irene, su cuñada Rosa y los dos niños. La presencia de la camarada lo tomó de sorpresa; sin contener la efusión de sus agradecimientos, tomándole las manos le dijo:

-¡Rosita!, no sabe usted cuánto me alegra verla.

-Más contenta estoy yo al saber que está tan alentado.

Conversaron y se entretuvieron hasta después de comida; entonces habló la señora Irene:

-No abuse, Manuel, primer día fuera del hospital; es tiempo que se acueste.

-Un momentito, Irene, voy a terminar de revisar estas multiplicaciones del Tuco; enseguida le obedezco.

Le dieron una vela y fósforos, agradeció el cuidado y se retiró deseando buenas noches.

Se levantó temprano; aún no se sentía movimiento de los otros habitantes. Bajó en puntillas, tratando de no hacer ruido y salió al sitio; ahí estaba el perro de patas y hocico blanco que manifestaba su contento con saltos al cuerpo. Aquietado el perro, se dedicó a recorrer el sitio.

La casa, bajo un frondoso nogal, sufría los efectos del otoño y recortaba el amarillento inquieto de sus hojas sobre el fondo de un cielo azul deslavado; al fondo de la propiedad, por una acequia descubierta, cauce labrado en la tierra, sin canalización de ninguna laya, corrían aguas sucias cenagosas, negruzcas como tinta; sobre la acequia una casucha de madera, perdida entre el ramaje de unas higueras chatas varicosas, pegada hacia el suelo, estaba el servicio higiénico de la casa. En los deslindes laterales, hileras de álamos jóvenes, esbeltos, altos, como una muchacha atlética; entre las cañas del maizal cosechado, algunas matas de duraznos parecían esconderse encluquilladas; y en un costado de la casa, en cacharros viejos y cajones, plantas de cardenal, fucsias aspiritas, rosas, bambúes, y una hermosa y lozana mata de ajenjo.

Sintió gritos en el interior; novedoso se aproximó a oír.

-Manuel, baja a tomar desayuno... Manuel baja a tomar desayuno.

El llamado se repetía con un sincronismo admirable. Abrió la puerta y vio que la joven desde el pie de la escalera gritaba hacia arriba, poniendo sus manos en la boca para amplificar la voz; creía que Valdebenito estaba en la pieza.

-Buenos días, Rosita, ¿por qué grita tanto?

-¡Pero hombre de Dios!, yo como lesa gritando y usted muy campante tomando el fresco. Si tiene tantas ganas de pasear apúrese en servirse su desayuno y me acompaña hasta el carro.

-Con mucho gusto, aunque me queme.

-¡Si no es para tanto!, son recién las siete y media.

Mientras tomaba desayuno escuchaba como la señora Irene reprendía a los niños por no levantarse.

Se despidieron y partieron juntos. Alberto seguía durmiendo.

-La gente es muy ardilosa, se llevan preocupados de los que hacen sus vecinos; nos van a creer casados.

-¡No me importa que piensen como quieran!, ¿le molesta a usted eso?

-¡Claro!, por temor a sus pelambres me vine a alojar donde mi hermano, ¿se da cuenta lo que hubiesen hablado viendo a otro hombre constantemente en casa, siendo que Alberto a veces no llega en toda la noche?

-¡Entonces ese es el motivo porque usted se quedó anoche!. Yo pensé que se le había hecho tarde.

-No, estando usted yo me vengo a dormir aquí.

-¡Más comprometido quedo, Rosita! Voy a tratar de trabajar el lunes próximo para poder irme.

-¿Está loco, hombre? Usted necesita por lo menos quince días para reponerse y alimentándose bien. No tiene que pensar en trabajar todavía. Algunas veces me he pasado dos y hasta tres meses alojando aquí y ¡va a ser molestia quince días!.

Valdebenito, por cambiar de conversación, dijo:

-¡Qué hay movimiento a esta hora!, de todas partes sale gente.

-Barrio de proletarios, se despierta al alba a encadenarse al trabajo. Si usted lo recorriere a las seis de la mañana por todas partes vería obreros, trabajadores en construcciones o en fábricas centrales; parten a esa hora para estar en sus faenas a las siete y media. A las siete el movimiento no ha cesado, son los que trabajan en las treinta y tantas fábricas que hay en la comuna; a las siete y media se movilizan las mujeres que laboran en los tejidos o en otra clase de talleres; más tarde, apretadas, formando racimos humanos, los autobuses trasladan al centro a los empleados de tienda u oficiales de modistas y otros menesteres. Más tarde, pero ahora usando su propio medio de locomoción, se ven enjambres de niños haraposos, sucios, la mayoría de las veces a pie desnudo, con su cajoncito sostenido por cordeles al hombro, son los "le lustriamos" que marchan a invadir las calles y paseos con

sus figuras de pequeños atorrantes y sus gritos perezosos. Barrio de pobres, Manuel, que vuelca a sus habitantes hacia la ciudad a ganarse la vida con el sudor de su frente.

-¡Caramba, Rosita!, se ha inspirado.

-Nada de ironías, Manuel. Me he criado en este sitio que usted conoció ayer; he visto a mi padre levantar ese rancho palo por palo y conozco el barrio desde cuando era casi todo potreros alambrados, los caminos barriales intransitables y había una que otra carretela para movilizarse. Le tengo cariño como el amor que se siente por una ciudad natal.

-¡Es apasionada usted!

-Sí, Manuel, cuando se quiere no se puede ser de otra laya.

Y la morena de hermosas pestañas al hablar clavaba amorosas la mirada de sus ojos luminosos.

Llegaron a la calle Joaquín Pérez. Ella se fue en uno de aquellos carritos amarillos que parecían desarmarse en cada vaivén; por un diez la llevaban a calle Matucana; de ahí caminar hasta San Pablo y en un carro de segunda por otro diez a la fábrica.

Valdebenito, huérfano de dirección, sin saber en que ocupar su tiempo, caminó a la deriva.

-Caballero, por favor, ¿podría facilitarme un fosforito?

Sorprendido, salió de su abstracción y cayó a la realidad. Junto a él una vieja chica, tocada con un manto verdoso por el uso, era la resurrección de la imagen de una mujer que fuese a misa en tiempos pasados.

-Un fosforito, caballero, me olvidé de traer los míos.

Se palpó los bolsillos. Encontrada la caja, la pasó en silencio y se quedó observando: una calle polvorienta sin vereda, trazada de norte a sur; a los costados del lomo de toro por donde debían traficar los vehículos, dos acequias sin aguas, embancadas y cubiertas de malezas secas; al frente un muro de tapia en el largo de toda la cuadra; en

el otro costado y en la misma longitud una pared alta de albañilería, casi al llegar a la esquina, en una extensión como de siete metros, los ladrillos hollinados por el humo e impregnados de esperma; en el suelo levantando poco más de un palmo, pequeñas pircas de piedra o pedazos de cascote, tapados con restos de latas negreantes bajo esos reparos, pabilos quemados, restos de velas. La vieja sacó un paquete de seis, extrajo una, la prendió, destapó uno de esos recintos guarecidos del viento y ahí fué colocando una tras otra las velas encendidas, después, sin importarle la tierra que la ensuciaba, se hincó a rezar.

Valdebenito, en espera de sus fósforos, estuvo paseando hasta que la vieja terminó su oración.

-¿Desocupó los fósforos, señora?

-Perdón, caballero, me olvidé de devolvérselos; por cumplir con la animita ha sido.

-¿Qué pasó aquí, señora?

-¿Entonces no sabe que aquí mataron a Meza Bell?

-No, señora, lo ignoraba.

-Ahí donde está usted parado quedó el cuerpo del pobrecito. Lo martirizaron y se ensañaron tanto en él como en los primeros cristianos que fueron mártires por confesar su fe en la religión de Nuestro Señor Jesucristo. Esta animita es de lo más milagrosa; a mí me ha concedido todo lo que le he pedido; un rosario, una vela basta para que acceda a nuestro ruego. El pobrerío de estos lados la quiere mucho y tienen gran fe en ella; sin embargo los padres tratan de prohibir que se le hagan mandas; la envidia se los come, tienen las iglesias cubiertas de santos, viejos, flojos, perezosos, satisfechos, sin voluntad de moverse a rogar a Dios por las pequeñeces que uno le pide en sus mandas. Fray Andresito es bien cumplidor, pero hay que cargar su medalla, y como el pobrecito hizo voto de pobreza se le pega ésta a uno, como la tiña a los perros. San Judas Tadeo era un gran santo, milagrero como pocos;

ahora el beaterío rico se ha apoderado de él y ya no se acuerda de los pobres. Caballero, aquí tiene sus fósforos y no olvide que esta ánima lo ayudará en cualesquier apuro.

-Muchas gracias por el consejo, señora.

-No se vaya, espere un momento y verá a los devotos acudir como en romería.

Valdebenito continuó su camino, admirado de la extraña mezcolanza que la señora del manto verdoso hacía entre las cosas humanas y divinas.

Volvió a la casa después de las once. Alberto al verlo llegar le dijo:

-No seas abusador, Manuel. Saliste a las siete y media y te apareces después de las once, ¿que querís volver al hospital otra vez?

-Hombre, se me ha pasado el tiempo andando, no me he dado cuenta de lo tarde que era.

-Cumplí tu encargo, le escribí a mi compadre Agustín, pidiéndole todos los datos que pudiese conseguir sobre don Pascual Valdebenito.

-Muy agradecido. Ahora te voy a pedir otro favor; necesito vender la maleta grande, ¿conocerás por casualidad a alguno que se interese por comprarla?

-A un particular no. Cerca de la estación hay un negocio que se dedica a comprar boletos; es un boliche que negocia en materiales usados; conozco al dueño; si quieres nos vamos juntos y pasamos a vendérsela.

-Conforme, aunque me dé poco por ella me conviene.

El negociante compró la maleta y Valdebenito tuvo dinero suficiente para arrendar una pieza y vivir una quincena comiendo una vez al día, tomando té en las otras oportunidades que sintiese apetito. Desde esa misma tarde se dedicó a buscar a donde irse.

Habían transcurrido cinco días y aún no conseguía encontrar pieza a su gusto; pretendía que estuviese cerca

de la fábrica y que los vecinos no fueses excesivamente soeces.

Esa noche, Alberto estaba a la hora de comida; cuando esta finalizó dijo:

-Recibí contestación de mi compadre Agustín. Impóngase de la carta Manuel; no son muy buenas noticias.

-Léala usted Alberto, así nos impondremos todos de ellas, no es privado y ustedes son amigos de confianza; nada tengo que callar.

Alberto accedió, y dio lectura con voz lenta y grandes pausas a la siguiente carta:

"Querido compadre:

"La Edelmira y yo hemos tenido un gran gusto al recibir su carta; pensábamos que se habían puesto ingratos y no se acordaban de los provincianos. Celebramos que todos estén bien de salud; nosotros firmes como un peral, ni un constipado para muestra.

"Por estos lados se trabaja poco; los ñatos son muy buena gente, a pesar de esto nos gustaría irnos a Santiago.

"Hemos criado un par de chanchos; están más gordos que el cabo Villalobos; este otro mes, para el cumpleaños de la Chepita; los mataremos, enviándole una encomienda a ustedes para que lo prueben y hagan un salud por nosotros.

"Respecto a los datos que me pide sobre don Pascual Valdebenito, siento tener que darle malas noticias.

"Este caballero era viudo y tenía un hijo, hombre de más de treinta años, el que desapareció el año pasado sin dejar huellas; todos ignoran dónde está, si es vivo o muerto. Poco tiempo después del desaparecimiento del hijo, el viudo se casó con una niña mucho más joven que él, podía ser su nieta; como al mes, una hermana viuda que desempeñaba las obligaciones de dueña de casa se ausentó para Santiago. El "matrimonio quedó solo y según algunos allegados y declaraciones de los sirvientes, no se avenían

bien; se llevaban en continuas reyertas. Una mañana, a fines de junio encontraron muerto a don Pascual; intervino la justicia y la autopsia comprobó que había fallecido de un ataque al corazón.

"Se abrió la sucesión; la viuda presentó un testamento muy favorable a ella, pero el notario presentó otro otorgado posteriormente; en él se nombra albacea a don Rufino Mendoza y deja la totalidad de sus bienes a su hijo Manuel, el desaparecido. Se dice que la herencia es muy grande. La viuda se fué de Linares. Esto es todo lo he podido averiguar en cumplimiento de su encargo.

"Pongo fin a esta carta deseándole a todos felicidades y usted y la comadre reciban un fuerte abrazo de mi mujer y mío.

"Disponga de su compadre y amigo.

"Agustín Molina".

La carta les hizo reaccionar en diferentes formas; demostraban en sus rostros la emoción que los embargaba. Valdebenito, consternado con la cara entre las manos, pensando en la muerte de su padre sentía una profunda conmiseración; ¡pobre viejo!, buscando con egoísmo su felicidad sólo encontró desgracias.

La camarada Rosa, pálida, resignada comprendía que todas sus esperanzas morían con la herencia. La señora Irene, alegre, sentía deseos de palmotear, de aplaudir; y Alberto sonreía contento por su amigo, por su hermana y porque había hecho otro servicio.

Pasado los primeros momentos, se discutió la situación con serenidad y llegaron a la conclusión de que Valdebenito debía irse, cuanto antes, a hacerse cargo de sus bienes y estar en condiciones económicas para recluirse en un pensionado hasta el total restablecimiento de su salud.

Aceptó la manera de pensar de sus amigos y determinó partir al otro día en el tren de la mañana.

Un silencio embarazoso siguió al acuerdo; cada cual preocupado de su propio pensamiento no se cuidaba de los

demás y la armonía -flor de invernadero- que crece en la mutua atenta solicitud, excluyendo todo egoísmo, murió entre las preocupaciones individuales, nacidas de la nueva situación.

Valdebenito, se retiró deseando buenas noches.

La venta de la maleta era providencial; tenía el dinero suficiente para partir al sur en tercera clase, y lo libró de la vergüenza de tener que solicitar un préstamo de sus amigos.

Se levantó muy temprano; no podía dormir y le preocupaba su viaje. Rosa ya estaba en la cocina preparando el desayuno. Valdebenito, al darle los buenos días, observó que lloraba; acercándose a ella le preguntó:

-¿Estás llorando, Rosita?; ¿qué te pasa?

-¡Me siento tan desgraciada, Manuel! Comprendo que ahora te perdí para siempre, que ya no puedo esperar que seas mi hombre.

-¡Tonta!, qué barbaridades estás hablando; ese dinero no nos puede separar; al contrario, nos une, ahora puedo aceptar tu cariño; tengo algo que ofrecerte.

Y la abrazó besándola apasionadamente.

FIN.

"Aguas Estancadas", es decir aguas cercanas a la muerte , aguas en descomposición o a punto de transformarse en ciénaga. El autor de esta novela chilena, extraordinaria, carece de antecesores literarios. Surge como un fruto espontáneo, sin nexo alguno con los corrillos o los grupos. El desconocido autor se diría que anduvo merodeando por los caminos hasta encontrar la razón y el sentido de su vida literaria.

Domingo Melfi